

A man with a beard and short dark hair is shown from the chest up, wearing a black tank top. He is looking down and to the right, with his right hand near his face. The background is dark and textured. The title 'PECADOS oscuros' is overlaid on the image. The word 'PECADOS' is in large, bold, light blue-grey block letters. 'oscuros' is in a white, cursive script font below it. In the bottom right, there is a logo for 'DARK DAMNED & Dangerous' and the author's name 'KELLY MYERS' at the very bottom.

PECADOS

oscuros

DARK
DAMNED &
Dangerous

KELLY MYERS

PECADOS

oscuros

KELLY MYERS

1º Edición Noviembre 2021

©Kelly Myers

PECADOS OSCUROS

Serie Seguridad Platinum, 3

Título original: Dark Riches

Traductora: Beatriz Gómez

Todos los derechos reservados. Bajo las sanciones establecidas en las leyes, queda rigurosamente prohibida, sin autorización escrita del copyright, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier método o procedimiento, así como su alquiler o préstamo público.

Gracias por comprar este ebook.

Índice

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)

[Capítulo 24](#)

[Capítulo 25](#)

[Capítulo 26](#)

[Capítulo 27](#)

[Capítulo 28](#)

[Capítulo 29](#)

[Capítulo 30](#)

[Capítulo 31](#)

[Capítulo 32](#)

[Capítulo 33](#)

[Capítulo 34](#)

[Capítulo 35](#)

[Capítulo 36](#)

[Epílogo](#)

[Siguiente libro de la serie](#)

Capítulo 1

Avery

Me acomodo un mechón de pelo rubio detrás de la oreja, miro a través del objetivo de la cámara y enfoco a la feliz pareja.

¡Chasquido!

Congelo el fotograma en la toma perfecta. Creo que se puede ver literalmente el amor del uno por el otro brillando en sus ojos.

Me alegro por mis clientes, una pareja recién comprometida, pero no puedo negar que una parte de mí está un poco celosa. Nunca nadie me ha mirado con tanta adoración. Dejo escapar un pequeño suspiro y hago unas cuantas fotos finales más. «No todo el mundo consigue un final feliz con su alma gemela, Ave. Asímelos», pienso.

—Creo que hemos terminado —indico y les dedico una brillante sonrisa.

La pareja intercambia otro beso, probablemente el centésimo desde que empezamos la sesión de fotos, y vuelvo a guardar la cámara en su estuche.

—Gracias, Avery —dice la futura novia—. Estoy muy emocionada por ver las fotos.

—Debería tenerlas listas en una semana —le comento.

—¡Qué bien! Estamos deseando compartirlas con todos nuestros amigos y familiares.

Me fuerzo a sonreír de nuevo y le doy mi tarjeta al futuro novio.

—Me alegro de haber podido formar parte de vuestro momento especial. Si alguna vez necesitan algo más...

Creo que ni siquiera me escuchan porque se vuelven a besar con ahínco.

—De acuerdo, entonces. Estaré en contacto —informo y hago un gesto incómodo con la mano.

Me encanta hacer fotos y fotografías de todo tipo, pero, Dios, a veces me cuesta hacer las de parejas de recién casados y las de bodas. Pero, bueno, son mi pan de cada día, así que me aguanto y consigo las mejores fotos que muestren su amor eterno.

Me imagino que al menos la mitad se divorciará dentro de cinco años, de todos modos. Esa es la estadística, ¿verdad? «En realidad, probablemente sea más alta», pienso, y me dirijo a mi coche, más allá de estar lista para dejar el parque con su entorno de Disney de pájaros cantando, cielos azules y parejas besándose.

No suelo ser tan amargada cuando se trata de parejas felices, pero últimamente me resulta más difícil. Me meto en mi Jeep Wrangler, coloco la funda de mi cámara en el asiento del copiloto y bajo la visera. Abro el espejo y estudio mi reflejo.

Por fuera, tengo 32 años, pelo largo, rubio y ondulado, ojos azules y una complexión delgada a pesar de mi amor por el azúcar. Supongo que puedo agradecerse a los buenos genes y al hecho de que mido 1,70 metros, así que supongo que mi peso se distribuye uniformemente en mi alta estatura.

En el interior, las cosas son un poco más complicadas.

Suspiro, me subo la visera y me pongo las gafas de sol. Ser Avery Archer no ha sido fácil. Pero me esfuerzo por no regodearme en la autocompasión. Aunque todo se desmoronó para mí dos años antes, me aferré a lo profundo, superé todo el dolor y vivo mi vida de la mejor manera que sé.

Porque eso es lo que habría hecho Luke.

Mientras me alejo del parque y vuelvo a mi apartamento, siento que mi mente vuelve a divagar, intentando dar sentido y entender cómo todo salió tan horriblemente mal. Ahora vivo en la soleada ciudad de Los Ángeles, pero crecí en Lima, Ohio, una pequeña ciudad donde todo el mundo se conoce y ahora mismo, en noviembre, probablemente hace 40 grados, si tienen suerte.

Miro hacia arriba, agradecida de ver palmeras y no ramas esqueléticas desnudas y medio congeladas.

Mi hermano mayor, Luke, y yo estábamos muy unidos, con solo dos años de diferencia. Le admiraba y quería hacer todo lo que él hacía. Mis padres adoraban a Luke y pensaban que él no podía hacer nada mal. ¿Yo, en cambio? A sus ojos, no podía hacer ninguna cosa bien. Nada era lo suficientemente bueno y siempre estaban tan centrados en Luke que yo sentía la necesidad de probarme a mí misma.

Es la razón por la que me uní a la CIA.

«El mayor error de mi vida», pienso, mientras entro en el aparcamiento.

Apago el coche y me quedo sentada durante un minuto mientras los recuerdos me invaden. Luke se alistó en la Marina después de terminar el instituto y estaba decidido a ser un SEAL: había encontrado su vocación, lo que estaba destinado a hacer, y fue a por ello con una pasión y un celo implacables. Para Luke no había plan B.

Luke fue al Campo de Entrenamiento y luego a Coronado, California, para la primera fase del BUD/S, el entrenamiento básico de Demolición Submarina/SEAL. Es un proceso de selección agotador de seis meses, de prueba de fuego, en el que la mayoría de los aspirantes a SEAL abandonan o se lesionan. Mis padres y yo no podíamos estar más orgullosos. Luke era el mejor de los mejores y estaba ahí fuera demostrándolo.

El entrenamiento de los SEAL de la Marina es notoriamente intenso y son pocos los candidatos que lo superan. Mi hermano dijo que la tasa de abandono era de alrededor del ochenta por ciento. Pero Luke superó todo el entrenamiento, se convirtió en miembro de pleno derecho y recibió su insignia *Trident*. Mientras él demostraba continuamente que formaba parte de la élite, yo daba tumbos en mi primer año de universidad, sin saber qué quería hacer.

Un día, paseaba por el Sindicato de Estudiantes para ver los distintos puestos instalados para una feria de empleo. En cuanto vi al representante de la Agencia Central de Inteligencia, supe lo que quería hacer. Iba a entrar a la maldita CIA. Era muy inteligente, se me daban bien los rompecabezas y tenía facilidad para los idiomas. Sería una gran analista, ayudaría a mi país y haría que mis padres se sintieran orgullosos.

Parecía una obviedad.

Así que me especialicé en Ciencias Políticas, me licencié y me presenté a la CIA. Tras varias rondas de pruebas y entrevistas, me aceptaron. Luego, tuve que completar el entrenamiento básico en la Escuela Sherman Kent de Reston, Virginia, a las afueras de Washington DC.

Para entonces, Luke había entrado en el DEVGRU (*Naval Special Warfare DEvelopment GROUp*), comúnmente conocido como *SEAL Team Six*, que es literalmente la *crème de la crème* de los guerreros. Tenía su base en Virginia Beach y solo estaba a unas tres horas y media en coche, lo que era genial.

Me sentí como Luke, que había pasado por tanto entrenamiento, ya que yo pasé por el Programa de Analistas de Carrera, o CAP, que me dio un conocimiento profundo de cómo pensar, escribir e informar de acuerdo con las normas de la CIA.

A mis ojos, Luke estaba ahí fuera salvando el mundo. Puede que yo solo tuviera un trabajo de oficina, pero estaba reuniendo información que ayudaría a los SEAL como él a acabar con los malos. Me sentía muy bien.

Entonces, la cagué. La cagué tanto que acabé matando a mi hermano y a su equipo, perdiendo la relación que tenía con mis padres y dejando mi trabajo de analista.

Eso fue hace dos años y ahora estoy aquí, sin poder perdonarme. Es como si estuviera atrapada en el limbo. No puedo avanzar y ciertamente no quiero retroceder. Así que me quedo en el medio, ahogándome en la culpa, sin saber qué hacer.

Simplemente... pérdida y tambaleándome...

Con un suspiro, cojo la cámara y el bolso, salgo del Jeep y subo a mi apartamento. Es pequeño pero acogedor, escondido en un barrio residencial de North Hollywood en el Valle. Puede que aquí haga un calor obsceno en verano, pero el alquiler es decente y nadie me molesta.

Nadie me molesta hasta el punto de que no tengo amigos.

Excepto Liberty. Abro la puerta y mi pastor alemán se acerca corriendo. Le doy un gran beso y le pongo la correa.

—Espera, Libs —digo y me dirijo a mi habitación.

Me pongo una camiseta, unos *leggings* y unas zapatillas de tenis y me recojo el pelo en una coleta. Luego cojo la correa de Liberty y salimos a correr.

A Liberty le encanta el ejercicio y correr me ayuda a despejar la cabeza. Porque, por mucho que pase el tiempo, no puedo olvidar los acontecimientos que provocaron la muerte de personas a las que quiero.

Aumento la velocidad, me esfuerzo más. El tópico afirma que el tiempo cura todas las heridas, y puede que al final lo haga, pero esa no ha sido mi experiencia. Mis cicatrices arden y sangran cada maldito día.

Trabajar como analista era un reto y disfrutaba recibiendo información clasificada de diversas fuentes, para luego examinarla y evaluarla. Mi antiguo trabajo consistía en reunir información de todo el mundo procedente de particulares, medios de comunicación extranjeros y vigilancia por satélite. Dado que esta información variaba en cuanto a su fiabilidad y exhaustividad, me correspondía a mí extraer de toda ella información coherente y útil.

Para mí, era como si me enviaran las piezas rotas de un jarrón de todo el mundo y tuviera que pegarlas en el orden correcto para ver cómo era el jarrón.

Era buena en lo que hacía hasta que dejé de serlo. Hasta que compartí información que resultó ser errónea. Mortalmente equivocada. Me sacudo los recuerdos y Liberty y yo terminamos nuestra carrera. Me siento un poco mejor después, y le doy un poco de agua fresca mientras me como un par de trozos de chocolate. Luego, me meto en la ducha.

Después, me pongo un pijama y una vieja camiseta con el emblema de los SEAL de la Marina —un águila con un ancla, una pistola y un tridente en sus garras— que solía pertenecer a Luke. Me tumbo en el sofá y Liberty salta y se acomoda a mi lado. Mientras acaricio su suave pelaje negro y fuego, abro el portátil y compruebo mi correo electrónico.

Miro los mensajes, en su mayoría de clientes, y me detengo cuando veo uno que me llama la atención. No reconozco la dirección de correo electrónico, pero hay algo que me produce un cosquilleo. Lo abro y leo el breve mensaje:

«Avery, tengo información sobre la Operación Armagedón que te interesará. Además, limpiará tu nombre de cualquier delito». G.

Por un momento, no puedo moverme. No puedo respirar. Me quedo sentada, congelada por el shock, releendo el mensaje.

¿Información que limpiará mi nombre?

¿Es eso posible? Parpadeo, intentando hacerme a la idea de que tal vez la mierda conocida como Operación Armagedón no sea culpa mía. Que tal vez no soy la única responsable de enviar a mi valiente hermano y a su equipo a una muerte segura.

Porque todos murieron excepto uno.

Un hombre muy alto, guapo y musculoso llamado Ryker Flynn.

Dejo escapar un suspiro tembloroso, recordando la primera vez que nos vimos. Mi hermano y Ryker estaban de permiso y vinieron a visitar a mis padres durante unos días. Se habían conocido en el campo de entrenamiento de Great Lakes (Illinois), congeniaron y se entrenaron juntos hasta llegar a la cima. Ese fin de semana, yo también vine a casa para poder ver a Luke.

No esperaba que mi corazón diera un vuelco cuando puse los ojos en Ryker.

Su pelo corto y oscuro y sus ojos del color del whisky caro, hicieron que las mariposas de mi estómago revolotearan. Nunca olvidaré que cuando me saludó por primera vez, al mirar su rostro bronceado y robusto, me quedé sin palabras.

Maldita sea. Todavía se me acelera el corazón cuando pienso en él.

La atracción me pilló desprevenida y me pareció ver una chispa de interés por su parte, pero entonces Luke se metió en el asunto y se pusieron a hacer cualquier locura que hacen los militares cuando están de descanso. No me cabe duda de que se trataba de cantidades abundantes de alcohol y de mujeres.

Diablos, eran SEAL de la Marina de los Estados Unidos. La mierda por la que pasaron para formar parte de ese equipo de élite... se merecían relajarse.

Más tarde, ese fin de semana, mi madre preparó una cena para todos nosotros y pude sentarme frente a Ryker y babear discretamente sobre él durante toda la comida. Mientras que mi hermano era ruidoso y siempre hablaba, Ryker era más tranquilo. Sin embargo, poseía una presencia imponente. Escuchaba atentamente todo lo que decía e incluso me hizo bastantes preguntas sobre el trabajo de analista. Cuando le hablé un poco de lo que hacía, parecía impresionado.

Obviamente, ninguno de los dos podía divulgar demasiada información porque todo lo que hacíamos era clasificado. Pero encontramos un punto en común y disfruté mucho hablando con él. Porque Ryker me escuchaba como nadie lo había hecho antes. Mostró interés, entusiasmo y respeto.

Luke y Ryker se marcharon a la mañana siguiente y, a partir de entonces, solía verle una o dos veces al año. Vivía para esas breves visitas cuando volvía con mi hermano y siempre me aseguraba de estar en casa. Un par de veces, incluso conduje hasta Virginia Beach para verlos.

Siempre recordaré cuando Ryker vino a pasar las vacaciones con nosotros. Sus padres habían muerto en un accidente de coche a principios de ese año. Era hijo único y no tenía ninguna otra familia cercana, así que, por supuesto, Luke insistió en que pasara la Navidad y el Año Nuevo con nosotros.

Era Nochebuena y mi vuelo se retrasó. Mis padres se quejaron de tener que recogerme porque querían asistir a la misa de Nochebuena. Así que Ryker se ofreció a recogerme en el aeropuerto mientras Luke y mis padres iban a la iglesia.

No esperaba ver a Ryker y al instante me arrepentí de haberme maquillado lo mínimo, de haberme recogido el pelo en un moño desordenado y de haberme puesto mis viejos y cómodos pantalones de chándal. Debía de estar

hecha un desastre después de esperar todo el día y volar durante horas, pero Ryker no pareció darse cuenta. Me saludó con un gran abrazo de oso, cogió mi equipaje y me guio hasta el todoterreno de mis padres.

Fue el mejor saludo que he recibido y recuerdo que olía a pino, todo navideño y boscoso. Durante el viaje de vuelta, nuestra conversación fue fácil y ligera. Caían ráfagas de nieve y, cuando volvimos a casa de mis padres, preparamos cacao caliente. Ryker encendió un fuego y nos sentamos en el sofá a hablar durante casi dos horas. Creo que fue la mejor noche de mi vida.

Y luego envié a Ryker a una sangrienta emboscada. Era un milagro que hubiese sobrevivido. Apenas llegó vivo al punto de extracción y lo sacaron justo a tiempo. Sus heridas físicas eran extensas, así que solo puedo imaginar el trauma mental que sufrió.

El sentimiento de culpa que he soportado desde aquella noche ha estado a punto de romperme en varias ocasiones. Pero es algo con lo que he aprendido a vivir y a manejar. Algunos días son peores que otros, especialmente los cumpleaños, las vacaciones y los aniversarios.

Siempre estuve muy enamorada de Ryker Flynn y una pequeña parte de mí se preguntaba si el sentimiento era mutuo. Pero, todo cambió después de la Operación Armagedón. Cualquier afecto que Ryker pudiera tener por mí desapareció y fue reemplazado por un odio amargo.

Porque fui yo quien la cagó. Llevé a Luke, Ryker y al resto de su equipo a una matanza y asumí la culpa, la culpa, la caída.

Pero ahora, ¿alguien me decía que tal vez no era mi culpa? ¿Que tenían información que podía limpiar mi nombre? Parecía demasiado bueno para ser verdad, pero tenía que averiguar. Si podía aliviar mi conciencia de la aplastante carga que había sentido esos dos últimos años, lo haría en un santiamén.

Pero, aún más que eso, podría enfrentarme a Ryker, a mis padres y a todos los que me culpaban de la muerte de Luke y de los demás.

Y, tal vez, finalmente ser capaz de perdonarme a mí misma.

Estoy decidida a descubrir la verdad, pero no sé si puedo confiar en este «G.» Voy a necesitar ayuda. Alguien en quien confíe.

Confío en Ryker.

El problema es que ya no quiere ni mirarme. La última vez que hablamos, dejó muy claro lo que sentía por mí: me odiaba y nunca me perdonaría que llevara a sus hermanos a esa masacre para que murieran.

Intento apartar las cosas terribles que dijo y me concentro en la esperanza de que este misterioso «G.» pueda tener información que me ayude a seguir adelante por fin.

Acaricio a Liberty y decido que voy a localizar a Ryker y a pedirle ayuda.

Aunque probablemente me mande a la mierda.

Capítulo 2

Ryker

—Y también quiero dar la bienvenida a Harlow al equipo —dice Jax Wilder, levantando su copa de champán—. Siento que vayas a tener que lidiar con un grupo de machos alfa, pero intenta darnos un poco de margen. Todavía estamos aprendiendo.

Mi mirada se desliza hacia la belleza de pelo oscuro y Harlow Vaughn inclina su copa con una sonrisa.

Todos estamos en la oficina de Jax, el ex policía de Los Ángeles que fundó esta empresa, Platinum Security, y utilizamos nuestra formación gubernamental y nuestros instintos asesinos para trabajar como guardaespaldas, localizadores, investigadores y cualquier otro trabajo turbio por el que nos paguen los clientes. Somos un grupo variopinto formado por antiguos militares, la CIA y, ahora, un hacker gracias a la nueva incorporación de Harlow.

Algunos podrían llamarnos el fondo del barril, pero nuestras habilidades son mortales y hacemos lo que sea necesario para hacer el trabajo.

—Por último, a Lexi. Tienes las manos llenas con esta —dice Jax y asiente con su oscura cabeza hacia Griffin Lawson, el ex-operativo de la CIA y niño bonito de nuestro grupo disfuncional.

—Muchas gracias —murmura Griff, con el brazo alrededor de los hombros de la guapa pelirroja.

Griff, mi mejor amigo, acaba de regresar de Nueva York tras ayudar a Lexi a encontrar a su hermano secuestrado y un tesoro de valor incalculable que vale millones. Ahora está enamorado de la pequeña y aguerrida pelirroja que tiene a su lado. No han dejado de mirarse el uno al otro desde que entré. Tengo que admitir, que se está volviendo un poco demasiado. Griff siempre ha sido un jugador, así que verlo tan loco por una mujer es extraño.

No puedo creer que mis dos mejores amigos estén enamorados. Y, parece que estas mujeres les han ayudado a poner sus demonios a descansar. Sinceramente, nunca pensé que vería este día. De hecho, Jax se casará con Easton Ross la próxima semana.

—Pero, considérate afortunada porque es uno de los mejores hombres que conozco —añade Jax—. Así que, salud —dice y levanta su copa.

—¡Salud! —Todos dicen al unísono y brindan.

El ambiente es ligero, casi festivo, y entonces suena mi móvil. Me excuso y me acerco a la esquina, miro el identificador de llamadas y no reconozco el número. Podría ser un cliente potencial, así que contesto.

—Ryker Flynn —digo.

Hay una pausa al otro lado de la línea. Luego:

—¿Ryker? Soy Avery.

Se me contrae el estómago cuando oigo la única voz que no quería volver a escuchar. La voz angelical que persigue mis sueños, que me tortura en numerosas noches de soledad y que nunca he podido olvidar.

Por mucho que lo haya intentado.

Avery Archer, la diablesa de pelo rubio y ojos azules a la que me encanta odiar. La mujer responsable de la muerte de mi mejor amigo Luke y del resto de mi equipo SEAL.

Estoy tan sorprendido que no digo nada. No podría ni aunque quisiera porque se me aprieta la garganta y no creo que pueda sacar una palabra.

—Por favor, no cuelgues —dice.

—Joder —maldigo en voz alta.

Todo el mundo me mira por encima y a mí me importa una mierda. Me dirijo a la salida, con el ceño fruncido y sé que me debe salir humo por las orejas.

—¿Todo bien? —pregunta Griff.

—No —gruño, saliendo furioso de la oficina. Abro la puerta principal de un empujón y salgo a la calle porque necesito un poco de aire. Respiro profundamente y gruño al teléfono—: ¿Qué quieres?

La oigo tragar saliva. Puedo sentir sus nervios tensos a través de la línea telefónica.

—Necesito tu ayuda.

—¿Me estás tomando el pelo?

—Ryker, por favor. Encontré algo de información sobre... esa noche. Sobre la Operación Armagedón y... bueno, no creo que las cosas sean lo que parecen.

«¿De qué coño está hablando?» me pregunto. Ella asesinó a todo mi equipo. ¿Cómo puede no ser lo que parece?

—Continúa —lanzo entre dientes apretados.

—No quiero hablar de esto por teléfono. ¿Podemos quedar en algún sitio?

Entrecierro los ojos. La idea de volver a ver a Avery es como un cuchillo que me atraviesa el corazón y, a la vez, puro regocijo. Dios, estaba enamorado de ella hasta que...

—Iré a verte —sugiere—. Vivo en el área de Los Ángeles.

—Yo también —digo.

—¡Oh! Vale, bueno, estoy en North Hollywood.

—Te mandaré un mensaje con mi dirección —le comento y miro mi gran y robusto reloj militar—. ¿Puedes llegar a las cinco?

—Claro.

—Bien —suelto y termino la llamada.

«Maldita sea», pienso. Inhalo profundamente varias veces y vuelvo a controlar mi respiración. Luego, le envío un mensaje con mi dirección, saco las llaves de un bolsillo y me subo a mi Expedition. Solo vivo a unas manzanas de East Hollywood. No tenía ni idea de que Avery viviera tan cerca. Me imaginaba que seguía cerca de Washington D.C. en algún lugar o tal vez en Ohio con sus padres.

«La maldita Avery Archer», recuerdo.

Era la hermana menor de Luke y, por lo tanto, estaba completamente prohibida. Pero, eso no significaba que no pudiera imaginar cómo sería con ella. Imaginarme pasando mis dedos por su pelo dorado y besando esos labios carnosos y rosados hasta que se hincharan.

Rosa. Cada vez que veo ese estúpido color, sigo pensando en ella. Avery es femenina, delicada e inocente. Y no me haga hablar de cómo huele. Dulce como el azúcar.

Nunca olvidaré la primera vez que la vi. Luke y yo finalmente tuvimos un tiempo de permiso y fuimos a visitar a su familia en Ohio durante el fin de semana. Habló de su hermana, por supuesto, pero, mierda, era impresionante. Nunca lo había mencionado.

Recuerdo mi primera mirada y me quedé literalmente con la boca abierta. Avery parecía una modelo: alta, delgada, con el pelo rubio y los ojos de color aciano bordeados de azul medianoche. Tenía curvas en todos los lugares adecuados y mi cabeza se llenó de pensamientos lujuriosos. Tuve que recordarme a mí mismo que era la hermana menor de Luke y traté de alejar todos los pensamientos inapropiados, pero fue difícil. «Muy difícil».

Ese fin de semana, durante la cena, por fin pudimos hablar y descubrí que era analista de la CIA. Luke solo había mencionado que ella trabajaba para el gobierno. No me había preparado en absoluto para conocer a su hermana.

No sé qué esperaba. Supongo que no mucho y ella me tomó completamente por sorpresa. No solo era increíblemente hermosa, sino también súper inteligente. Una fuerza para tener en cuenta, comprendí. En cualquier otra situación, la habría invitado a salir y habría planeado llevarla a mi cama después, pero no podía hacer eso con Avery.

Así que me limité a sufrir por debajo del cinturón cada vez que estaba en su presencia y luego salí a buscar a otra persona para follar. Porque juré no cruzar nunca esa línea con Avery. Ella era dulce e inocente, y yo no era bueno para ella. Además, viajaba constantemente por el mundo en misiones clasificadas y peligrosas, acabando con los malos. No tenía tiempo para una relación y no quería una. Lo único que quería era acabar con los malos, proteger a mi país y hacer que mi antiguo padre militar se sintiera orgulloso.

Aparco el Expedition en el garaje de debajo de mi piso y entonces recuerdo la mierda de casa que tengo ahora. Con un gemido de fastidio, salgo y subo rápidamente las escaleras hasta mi residencia. Desbloqueo la puerta y me quedo mirando un putito desastre. Miro el reloj y me doy cuenta de que ella llegará en menos de diez minutos.

«Mierda», pienso. Enciendo las luces, cojo una bolsa de basura y empiezo a echar mierda en ella. Botellas de cerveza vacías, envases de comida rápida y basura diversa. Hay una capa de polvo en todo y solo puedo imaginar lo que ella va a pensar. Parece un pozo. Tuve un par de semanas difíciles recientemente y luego empecé un nuevo caso, así que no he tenido tiempo ni ganas de limpiar.

«¿Un par de semanas difíciles?» Sí, claro. En realidad, han sido un par de años duros. Me masajeo las sienes y luego mis manos se mueven sobre mis orejas, donde se esconden los diminutos audífonos. Lo bueno es que están hechos a medida para encajar en mis canales auditivos y son prácticamente invisibles. Lo malo es que tengo treinta y cuatro años y tengo pérdida de audición en ambos oídos porque estuve demasiado cerca de un artefacto explosivo que detonó.

La misma explosión que destruyó mi audición también mató a mi hermano del equipo SEAL, así que me considero afortunado.

Odio pensar en esa maldita misión, la Operación Armagedón, e intento no hacerlo. Pero es como cuando alguien te dice que no mires al sol durante un eclipse. ¿Qué es lo primero que haces? Mirar al sol. Me gustaría poder borrar esa noche de mi mente y que mis hermanos SEAL siguieran vivos, especialmente Luke, pero eso no es posible.

Durante mi entrenamiento, especialmente en la primera fase del BUD/S, los instructores te enseñan a ser fuerte mentalmente. Cómo blindar tu mente y cultivar la resiliencia mental para que puedas aguantar mientras todos los demás a tu alrededor se rinden. Sí, todo es extremadamente exigente desde el punto de vista físico, pero no hay forma de que sobrevivas a menos que aprendas a ser fuerte mentalmente.

Solo uno de cada siete reclutas lo consigue y la Semana del Infierno es un tipo especial de tortura. Pero lo que realmente pone a prueba el entrenamiento de los SEAL es tu temple mental. Está diseñado para llevarte mentalmente al límite, una y otra vez, hasta que te endurezcas y seas capaz de afrontar cualquier tarea con confianza, independientemente de las probabilidades... o hasta que te quiebres.

Irónicamente, yo me quebré al terminar mi carrera como SEAL. Se suponía que era el más duro del mundo y, durante años, lo fui, pero luego perdí esa capacidad. Esa dureza mental que me había hecho tener tanto éxito en mi carrera en la Marina.

Winston Churchill dijo: «Si estás pasando por un infierno, sigue adelante». He vivido según ese consejo, pero en los últimos dos años no ha sido fácil. El TEPT, las pesadillas recurrentes, las cicatrices...

Estoy increíblemente agradecido por Griff y Jax o probablemente ya me habría volado los sesos. Dios sabe que tengo suficientes armas por aquí para hacerlo.

«Nosotros somos más grandes que solo yo». Junto con la dureza mental, los SEAL también aprenden a trabajar en equipo. Siempre se trata de tus compañeros de equipo. No hay excepciones.

Griffin Lawson y Jaxon Wilder son mi equipo ahora.

Jax me dio un trabajo, algo que hacer y una forma de sentirme útil cuando nadie más me contrataba. Y Griff hace lo que hace cualquier mejor amigo: escucha mis tonterías y me aleja de los malos hábitos que parece que no puedo dejar. La autocompasión, la culpa, la bebida.

Me he castigado a mí mismo por seguir vivo mientras Luke y los demás están muertos. A veces, desearía haber muerto con ellos. Son los pensamientos oscuros como estos los que siempre me hacen entrar en una espiral descendente. «Mierda».

Sacudo la cabeza con fuerza y recuerdo mi entrenamiento: un pequeño paso cada vez; control emocional; visualizar el éxito; pequeñas victorias.

Inhalo durante cuatro segundos y luego exhalo durante cuatro segundos. Lo repito cuatro veces y me siento mejor. Vuelvo a tener el control.

Mi reloj marca las cinco menos cinco minutos. Miro la bolsa de basura que tengo en la mano y me doy cuenta de que no tengo tiempo suficiente para llevarla al contenedor. A la mierda. La arrojo a mi habitación y cierro la puerta. Dios sabe que Avery no va a entrar en mi habitación. Aunque, en el fondo, a una parte de mí le encantaría.

Voy corriendo al baño y miro mi reflejo. Hace dos años que no veo a Avery y sé que no estoy en mi mejor momento. Ni mucho menos. Tengo sombras bajo los ojos marrones, he perdido peso y mi dieta consiste en cerveza y pizza.

«Y, oye, soy un caso perdido emocional. ¿Quieres entrar?», pienso.

Me paso una mano por el pelo corto y oscuro y me pregunto si tengo tiempo de afeitarme. Faltan dos minutos para las cinco. «No». Ignoro la barba incipiente y busco el cepillo de dientes. Puede que no tenga un aspecto estupendo, pero al menos tendré un aliento fresco y mentolado. Supongo que eso es algo.

Cuando oigo que llaman a la puerta, se me revuelve el estómago. Ver a Avery significa enfrentarme a la ruptura que hay en mi interior y no sé si estoy preparado para hacerlo.

O si alguna vez lo estaré.

17:00 horas.

Capítulo 3

Avery

«Diecisiete horas». Respiro profundamente, levanto la mano y llamo a la puerta.

«Dios, estoy nerviosa», pienso, y me retuerzo las manos. Aparte de esta mañana, no he hablado con Ryker desde nuestra bronca en el hospital hace dos años. Pensé que ir a visitarlo sería bueno para los dos y, en cambio, resultó ser lo peor que pude haber hecho.

Oigo el chasquido de la puerta y, al girar hacia dentro, casi me doy la vuelta y salgo corriendo. En lugar de eso, aspiro profundamente, incapaz de tragar por la repentina sequedad de mi boca y garganta, y miro los ojos color whisky que tanto he echado de menos.

Por un momento, nos miramos el uno al otro. Es como si volviéramos a vernos por primera vez. Literalmente, no encuentro las palabras y él es tan guapo como lo recuerdo. Incluso más, con una ligera barba incipiente y el pelo más largo que el corte militar que llevaba antes. Parece más viejo, con los pómulos más altos y con huecos debajo, y no se me escapa que ha perdido peso, aunque sigue siendo muy musculoso.

—Hola.

—Hola.

Hablamos los dos a la vez y no puedo evitar dedicarle una pequeña y tímida sonrisa. Espero que esto vaya bien. Necesito su ayuda, pero, más que eso, le he echado mucho de menos. Tanto, tanto.

No me había dado cuenta de cuánto hasta ahora. Hasta que estoy mirando sus ojos ensombrecidos.

—Entra —dice y me hace un gesto para que pase.

Su voz es tan profunda y firme como la recuerdo. Pero la calidez y la amabilidad han desaparecido.

Lo sigo al interior del apartamento y miro hacia arriba, estudiando la parte posterior de su oscura cabeza y sus anchos hombros. El estómago me da un vuelco y sigo asombrada por lo alto y fuerte que parece. Cuando me indica que me acerque al sofá, me siento y me pongo el bolso sobre el regazo, agarrando las correas con tanta fuerza que se me ponen los nudillos blancos. «Mierda, cálmate, Ave», me ordeno. «Solo dile lo que has descubierto».

Se sienta en la silla junto al sofá y espera.

—Gracias por reunirme conmigo —le digo y vuelve a asentir—. Sé que ha pasado mucho tiempo...

Cuando una sombra oscurece sus ojos marrones, me muerdo el labio.

—Umh, recibí un correo electrónico y quería que lo vieras. —Saco el teléfono del bolso y busco a tientas el correo electrónico.

Levanto la vista y él me observa con esa mirada fría y distante. Como si quisiera que me diera prisa y me fuera de aquí.

Finalmente, abro el mensaje y giro la pantalla para que él pueda verlo. Se acerca para coger el teléfono y, cuando su enorme mano toca la mía, siento que la electricidad chispea entre nosotros. Un músculo se flexiona en su mandíbula y aparta la mano rápidamente. Cuando lee el mensaje, sus ojos se entrecierran.

—¿Quién coño es G? —pregunta.

—No lo sé. Pero esperaba que pudieras ayudarme a averiguarlo.

Por un momento, no dice nada, pero puedo ver los engranajes girando. Y ya sé cuál es su debate interno. Quiere saber más sobre la operación condenada, pero no quiere ayudarme.

La frialdad que emana de él es palpable. «Mierda». Venir aquí fue probablemente un gran error.

—Ryker... —intento comenzar—. Sus ojos se levantan y me clavan una mirada gélida. Una mirada llena de acusaciones. Definitivamente no me lo va a poner fácil, me doy cuenta—. Sé que lo has oído antes, pero lo siento. Lo siento mucho... —agrego.

Antes de que termine de hablar, se levanta de un salto y veo que su expresión se vuelve dura como el granito.

—No lo hagas —me suelta—. No quiero oírlo.

Cierro la boca y lo veo atravesar la habitación y volver.

—¿Por qué estás aquí, Avery? —Se inclina, con su cara rondando delante de la mía, y repite la pregunta con más fuerza—. ¿Por qué coño estás aquí?

La mayoría de las chicas se pondrían a llorar y se sentirían intimidadas por un ex SEAL de la Marina que mide 1,90 metros, pesa casi 90 kilos de músculo macizo y les dice palabrotas en la cara.

Pero yo no soy la mayoría de las chicas. Coloco una mano contra su duro pecho, lo empujo hacia atrás un paso y me pongo de pie.

—¿Qué te pasa? —pregunto, sintiendo una oleada de ira.

Ryker parpadea, sin esperar que le haga frente. Bueno, no soy una flor marchita y he crecido bastante en los últimos dos años. Vine aquí con la esperanza de que él también hubiera crecido, pero veo que no es el caso.

—Te dije por qué estoy aquí. Cualquier información que tenga esta persona podría limpiar mi nombre. Podría ayudarnos a entender mejor lo que salió mal.

—Eso no traerá de vuelta a mi equipo —afirma con una voz plana y sin emoción.

—Lo sé, pero...

—Entonces, parece que todo se trata de ti.

—¿Qué?

—Acabas de decir que podrías limpiar tu nombre.

—Claro —admito con cuidado. Me dispara una mirada y no entiendo por qué me equivoco en esto—. Ryker, desde aquella noche, he tenido que vivir con el hecho de que conduje a Luke y a otros cinco SEAL directamente a una matanza.

—Y yo he tenido que vivir con la culpa de no haber podido salvarlos, así que supongo que estamos en paz.

Mi temperamento se enciende.

—Esto no tiene nada que ver con estar a mano. Se trata de intentar averiguar la verdad. Pensé que tú más que nadie querrías saber lo que realmente pasó.

Nuestras voces son cada vez más fuertes. «Mierda, esto no está saliendo como esperaba», pienso.

—¿Quieres saber lo que pasó, Avery? —pregunta, la voz se vuelve desagradable—. Te lo diré. Tu información de mierda dijo que no había más de diez o quince tangos en esa reunión. «De diez a quince». Nos topamos con al menos ochenta. Todo su puto ejército estaba allí y sabían que íbamos a venir.

Sus fosas nasales se agitan y su pecho sube y baja con respiraciones rápidas. De nuevo, baja su cara hasta la mía, con sus ojos marrones ardiendo. Y vuelve a hablar:

—Tú eres la razón por la que mis hermanos murieron en esa maldita selva colombiana. La razón por la que casi muero. Así que, si crees que me interesa limpiar tu nombre, piénsalo de nuevo, pequeña. Por mí puedes pudrirte.

Sus venenosas palabras hacen que se rompa lo último de mi autocontrol. Retiro una mano y le abofeteo la cara. El chasquido de mi palma contra su mejilla es fuerte y resuena en la habitación. Por un momento, los dos nos quedamos en *shock*.

—Vete —sisea entre dientes apretados. Miro hacia abajo y veo sus puños apretados.

«Oh, mierda». Me doy la vuelta, cojo el bolso y vuelvo a mirar hacia él. Veo que se esfuerza por mantener el control. De repente, siento que toda la rabia se me escapa. Como si alguien hubiera tirado del enchufe. Y, en su lugar, todo lo que siento es un doloroso vacío.

—Echo de menos a Luke todos los días —digo en voz baja.

—Todos lo hacemos.

Suelto un suspiro, me quito el pelo de la cara y me dirijo a la puerta principal. «No va a ayudarme», pienso. La constatación me golpea con fuerza, pero ¿qué esperaba? ¿Que me recibiera con los brazos abiertos?

Abro la puerta y, mientras salgo, oigo su voz detrás de mí.

—Enhorabuena, Avery. El entrenamiento de los SEAL de la Marina no pudo doblegarme, pero tú sí.

Sus palabras me atraviesan como un cuchillo y, cuando me doy la vuelta, me cierra la puerta en la cara. Las lágrimas me queman el fondo de los ojos, pero me niego a dejarlas caer.

Completamente rechazada, me dirijo al camino, subo a mi Jeep y golpeo el volante con el puño. «Bueno, eso ha ido bien», ironizo para mis adentros.

Lo último que quería era hacerle más daño. Tan frustrante como puede ser, sé que es porque está sufriendo. Es como un gran león con una espina clavada en la pata. Ruge y sigue y hace un gran espectáculo, pero en el fondo le duele.

Quiero sacarle esa espina, pero no me deja. Probablemente debería haber sido más paciente, pero él realmente sabe cómo presionar mis botones. Y, supongo que no debería haberle dado una bofetada, pero me ha cabreado mucho. ¿No se da cuenta de que toda esta situación ha sido igual de dura para mí?

Ambos perdimos a Luke. Puede que fueran los mejores amigos y se llamaran hermano, pero Luke realmente era mi sangre, mi familia.

«Aggh. Ryker Flynn me vuelve loca», pienso.

Cuando lo vi en el hospital después de la misión condenada, reaccionó de la misma manera. Se enfureció, dijo cosas crueles y me echó toda la culpa a mí. Dijo cosas que nunca olvidaré, que se grabaron en mi memoria y me cortaron de raíz.

Recuerdo que entré en su habitación del hospital cuando regresó a Estados Unidos. Para ser un tipo tan grande, parecía más pequeño, vulnerable, en esa cama rodeado de todo tipo de equipos y un soporte para suero. Me enteré de antemano de sus heridas y es un milagro que haya sobrevivido.

Cinco heridas de bala que por suerte no alcanzaron ningún órgano importante y una herida de cuchillo en el hombro. Por no mencionar un brazo roto y numerosas contusiones y abrasiones. Su hermoso rostro era un desastre: puntos en la barbilla, moretones, cortes y un ojo hinchado.

Pero, de alguna manera, todavía se las arreglaba para mirarme.

Me acerqué a su cama y puse una mano sobre la suya, cubriendo los nudillos magullados y con costras. Había luchado con una fuerza increíble para escapar de aquella selva y llegar al punto de extracción. «Como un león feroz».

—Me alegro mucho de que estés bien —le dije.

—¿Por qué piensas eso? —preguntó.

Nunca me había hablado con tanta frialdad en su tono y recuerdo que me estremecí.

—Solo quería decir... me alegro de que hayas salido de allí.

De nuevo, esa mirada de muerte. «Dios, realmente la ha perfeccionado en los últimos dos años», pienso ahora.

—Bueno, no lo hice —soltó y retiró la mano.

Durante un largo momento, no supe qué comentar.

—¿Qué quieres decir?

—Una parte de mí murió allí con ellos. Mierda, ojalá lo hubiera hecho.

—No digas eso.

—Vete a la mierda, Avery. Todo esto es tu maldita culpa y nada de lo que digas o hagas cambiará eso.

Recuerdo que sentí como si me hubiera arrancado la alfombra de los pies. Me agarré al lado de la cama y me balanceé. Sus palabras calaron hondo y nunca he podido borrar esa horrible conversación. Sus palabras aún me persiguen.

El hombre del que me había enamorado durante los últimos años me miraba con odio en los ojos. Siempre había creído con todo mi corazón que Ryker Flynn era el hombre más guapo, amable y considerado. Que siempre me cubriría la espalda y daría la cara por mí. Porque aunque nuestras interacciones habían sido escasas y poco frecuentes, las que tuvimos fueron dulces y preciosas para mí. Las había apreciado todas y las había guardado en un lugar especial de mi corazón.

—Lo siento —susurré.

Pero él no me perdonó. En lugar de eso, estalló y yo me quedé allí, sin palabras, mientras me atacaba como si fuera un saco de boxeo.

—Lo siento no es suficiente. No va a traer de vuelta a mi equipo —gruñó.

Nunca lo había visto tan feo y odioso. Después de más gritos, finalmente entró una enfermera y me dijo que me fuera porque estaba molestando al paciente.

«Dios, fue horrible», recuerdo.

No sé por qué pensé que hoy sería diferente. Está claro que Ryker es el único que me responsabiliza de la mierda que mató a su equipo y yo he cargado con esa culpa durante dos años.

Y, he tenido que lidiar con la culpa y el dolor por mí misma. No se habla de misiones clasificadas. Especialmente de las misiones que terminan en fracaso y caos. Apenas me queda una pizca de relación con mis padres. En cuanto escucharon los rumores de que yo era responsable de la muerte de Luke, nunca me miraron igual.

Todo lo que intenté hacer fue complacer a mis padres, pero finalmente llegué a la desgarradora conclusión de que, hiciera lo que hiciera, nada sería nunca lo suficientemente bueno. Lo aprendí después de la muerte de Luke. Fue entonces cuando dejé la CIA y cogí una cámara. Siempre me gustó hacer fotos y durante los largos y solitarios meses que siguieron a la pérdida del equipo de Ryker, me sumergí en la fotografía.

Hay algo en capturar un momento especial en el tiempo y luego poder volver a revivirlo todo de nuevo que me da alegría. Ya no tengo que preocuparme de atrapar a los malos. Ahora mi trabajo es capturar los momentos felices de otras personas y me encanta. En cierto modo, me aporta una pizca de paz.

Pero, si existe la posibilidad de que no haya sido yo quien lo jodió todo aquella noche, necesito saberlo.

Por mi propia cordura y para aliviar mi alma.

Capítulo 4

Ryker

«Que me jodan», pienso.

Cierro la puerta de golpe, levanto las manos y veo que están temblando. Las aprieto, me giro y doy un puñetazo a la pared.

Como un idiota, me quedo mirando el agujero que hay ahora en mi muro.

Ver a Avery de nuevo me estremece. Me paso una mano por la parte inferior de la cara y recuerdo la última vez que hablamos. Estaba tumbado en la cama de un hospital tras volver de Colombia. Puede que estuviera drogado con analgésicos, pero sé que dije todo tipo de cosas hirientes, igual que ahora.

«Ryker, desde esa noche, he tenido que vivir con el hecho de que llevé a Luke y a otros cinco SEALs directamente a una matanza».

Supongo que nunca me tomé el tiempo para verlo desde su punto de vista. Vi mi lado y el de mis hermanos, pero nunca el de ella. Es muy difícil, porque cada vez que la miro, veo a mi equipo masacrado. Perdidos en aquella selva, rodeados por ochenta hombres armados, incapaces de escapar mientras las balas y los explosivos estallaban en la oscuridad.

Ver a mi equipo atrapado y asesinado es algo que nunca podré superar ni aceptar. Me perseguirá el resto de mi vida.

«Pero, mierda, ahora me siento mal», pienso. Me ensañé con Avery cuando lo único que quería era mi ayuda. Y, no importa lo que haya pasado, sigue siendo la hermana pequeña de Luke.

«Joder». Agarro el pomo de la puerta, salgo y la veo sentada en un Jeep aparcado en la acera. Corro hacia ella, la rodeo y le doy un golpecito en la ventanilla.

Una oleada de sorpresa pasa por sus ojos y baja la ventanilla. Apoyo un codo en el techo y me inclino.

—Lo siento —le digo.

Ella mira la huella de la mano en mi mejilla.

—Yo también.

—Probablemente me lo merecía —admito y me giro para mirar por el retrovisor del conductor. Luego, vuelvo a mirar sus ojos azules—. ¿Podemos hablar?

Avery asiente y abro la puerta. Ella se desliza hacia fuera y mi mirada cae, notando la forma en que su camiseta tira de sus pechos llenos. Me doy la vuelta, tratando de ignorar la aceleración de mi pulso. Dios, es más guapa de lo que recordaba. Tan delgada y con tantas curvas al mismo tiempo. Y, con esos impresionantes ojos azules y su pelo como si se le hubiera desordenado en la cama, parece un ángel. Es una tentación, tiene todo en uno.

Mi ingle se tensa. «Joder». No puedo ir allí. Ni ahora ni nunca. Hago mis cuatro respiraciones profundas y la guío a través de la calle hasta un parque. Nos sentamos en un banco y vuelvo a centrarme en el asunto que nos ocupa.

—Cuéntame más sobre este correo electrónico.

Avery cruza sus largas piernas hacia mí.

—Todavía no he respondido. Esperaba recibir tu consejo.

—Creo que deberíamos organizar una reunión.

—¿Nosotros? —pregunta.

Asiento con la cabeza.

—Te ayudaré a hacer lo que sea necesario para averiguar más sobre qué demonios salió mal esa noche. —Respiro entrecortadamente—. No debería haber arremetido contra ti allí. Lo siento, Ave. No te lo merecías.

—Creo que los dos hemos salido bastante perjudicados de todo esto —dice ella—. Si pudiera volver atrás... —Su voz se interrumpe.

—Creo que los dos habríamos hecho un montón de cosas diferentes.

—Sí, eso creo.

Mientras la miro a los ojos, mi corazón se acelera y algo en esas profundidades azules no me deja ir. No puedo negar que todavía me siento atraído por ella. «Mierda, ¿qué hombre en su sano juicio no lo estaría?». Avery Archer

es la mujer más hermosa que he visto nunca. Y, dejando de lado la apariencia, es fuerte e inteligente.

Dios, incluso huele igual que siempre. Dulce como el algodón de azúcar.

Siempre sentí algo por ella. Nunca lo admitiría y Luke me habría cortado las pelotas antes de dejarme salir con su hermanita, pero es verdad. Avery es la que se me escapó. Con la que siempre he comparado a todas las demás chicas y ninguna se le compara.

—Entonces, ¿qué es lo siguiente? —pregunta, rompiendo el contacto visual.

—Envía un correo electrónico a tu fuente.

Avery asiente, saca su teléfono y empieza a escribir. Veo cómo sus finos dedos escriben un mensaje y pulsan «enviar».

—Dice que me interesa saber más y que debo concertar una reunión.

Asiento con la cabeza y vuelvo a encontrarme con sus ojos azules. Nos miramos durante otro largo rato y parece que hay mucho más que queremos decir. Tantas cosas silenciadas entre nosotros que hay que revelar.

—Entonces, ¿cómo terminaste viviendo aquí? —pregunto, con cuidado—. Lo último que supe es que estabas cerca de D.C.

—Renuncié a mi trabajo y dejé la CIA no mucho después de... visitarte en el hospital.

No tenía ni idea.

—¿Por qué?

—¿No es obvio?

Me encojo de hombros.

—Tenías un buen empleo que te costó mucho conseguir. La gente la caga todos los días en el trabajo.

Avery mira a lo lejos y junta las manos.

—Ryker... no estoy segura de que entiendas lo mucho que me afectó tu fracaso, el de Luke y el de tu equipo. — No digo nada. Solo espero a que ella continúe—: Fue horrible saber que metí la pata, pero después de verte a ti... — Ella pasa una mano por esas ondas doradas y yo también quiero alcanzarla y tocarla. Sentir las gruesas hebras entre mis dedos—. Fui responsable de tus heridas, de cada momento de dolor que sufriste, de cada bala que atravesó tu piel. La herida de cuchillo, los moretones, los cortes. Me sentí fatal porque...

Levanto la vista cuando se detiene bruscamente.

—¿Por qué? —insisto.

Sus ojos dicen una cosa, pero su voz dice otra.

—Porque... —Traga con fuerza.

«Dilo, Ave. Dime que te importaba», pienso.

—Porque eras el mejor amigo de Luke.

Siento que se me tensa la mandíbula y hago un breve gesto con la cabeza. Recuerdo las preciosas conversaciones que compartimos, todos los momentos en los que quise acercarme, levantar su barbilla y besarla. ¿Sintió ella alguna vez lo mismo? Pero sabía que no podía sucumbir a mis deseos. Tenía demasiada disciplina como para seguir con alguno de mis pensamientos lujuriosos.

Pero, ahora...

Ahora, cuando la miro a los ojos de aciano y huelo ese perfume azucarado que lleva, siento que se me escapa el control. ¿De qué me ha servido, de todos modos? Me he pasado la vida sacrificándome por los demás. Por mi país y mi equipo, por la gente que amé, pero que perdí...

«Tal vez sea el momento de hacer algo por ti mismo», susurra una pequeña voz. Siempre quise a Avery, pero hice lo correcto, lo honorable, y mantuve las distancias en la medida de lo posible. Fue difícil entonces, pero es un millón de veces más difícil ahora.

Luke se ha ido. Nuestras carreras se han ido. Mis padres se han ido. Los padres de Avery también pueden haberse ido.

La miro y me doy cuenta de que no nos queda nadie.

Nadie más que el otro.

Pero, entonces recuerdo el maldito desastre que soy. Ella es demasiado buena para un hombre roto como yo, que no puede deshacerse de los fantasmas y que está mucho más dañado mentalmente de lo que nunca estuve físicamente.

Sin embargo, si al menos podemos trabajar juntos y descubrir la verdad sobre la Operación Armagedón, tal vez nos ayude a sanar a ambos. Al menos un poco.

Levanto una mano, a punto de ponerla sobre sus manos entrelazadas, pero me retiro en el último segundo. «Mierda». Tengo tan arraigada la idea de mantener las distancias con ella que me da miedo hacer algo. No quiero

asustarla ni hacerla sentir que me debe algo por ayudarla.

Avery me mira la mano, con la sangre secándose en los nudillos, y frunce el ceño.

—¿Qué ha pasado? —pregunta.

Me paso una mano por los nudillos, cubriéndolos.

—Le he dado un puñetazo a la pared.

Sus ojos se abren de par en par.

—Menos mal que me fui cuando lo hice —dice, intentando quitarle importancia a la situación.

Pero el hecho de que insinúe que podría haberla golpeado me sacude hasta la médula.

—Avery, yo nunca te pegaría. Lo sabes, ¿verdad?

Ella asiente.

—Lo siento. Sé que no lo harías. No debería haber dicho eso.

—Si vamos a trabajar juntos, tenemos que confiar el uno en el otro.

—Siempre he confiado en ti —dice con voz suave—. ¿Por qué crees que acudí a ti?

El corazón se me hincha y, sin perder la cautela, pongo mi mano sobre la suya. Su piel es tan suave y cálida. Siento una sacudida de conciencia en mi brazo y en todo mi cuerpo. «Dios mío», pienso.

—Me alegro de que lo hayas hecho —digo. La voz me sale ronca, cruda. Trago con fuerza y, cuando retiro la mano, ella la coge con las dos suyas y la aprieta.

—Yo también —confiesa.

Miro hacia abajo y veo cómo sus dedos rozan ligeramente mis nudillos heridos y empiezan a explorar el espacio entre mis dedos. Su tacto es ligero, tenue, curioso. Me da la vuelta a la mano y arrastra los dedos por la palma, y mi polla se pone rígida.

—Siempre me han gustado tus manos —revela y yo respiro—. Son tan... grandes. Y fuertes.

Literalmente no puedo hablar. Solo siento que toda la sangre de mi cuerpo se precipita hacia el sur y queda claro lo mucho que deseo a esta mujer. Cuánto la he deseado siempre. De repente, dejo que todo pensamiento sobre su hermano, sobre mi lealtad a su familia y a mí mismo se vaya. Simplemente se desvanecen. Entrelazo mis dedos con los suyos, me inclino y la beso.

Y, ella sabe tan dulce como huele.

Cuando la boca de Avery se abre, siento una oleada de alivio y lujuria que me atraviesa. Deslizo mi lengua por sus labios, profundizando el beso que he querido darle desde el momento en que nos conocimos. Ella desliza su sedosa lengua contra la mía, explorando mi boca mientras yo exploro la suya.

Su respuesta me sorprende. Nunca supe con certeza si me deseaba como yo a ella.

Ahora, no hay duda.

Después de devorarnos mutuamente, nos retiramos y ambos nos quedamos sin palabras. Los pechos suben y bajan con fuerza, nos miramos a los ojos, comunicándonos a un nivel más profundo que las meras palabras. Cuando ella levanta una mano y la posa sobre mi mejilla, mis ojos se cierran.

Hay algo en esta mujer que resulta casi... curativo. Aprieto mi mano contra el dorso de la suya, giro mi cara hacia su palma y la beso. Avery es una luz para mi oscuridad. Tiene un brillo tan reconfortante que no se parece a nada que haya experimentado antes. Estando con ella así, siento emociones que no había sentido en años. Emociones que pensé que habían muerto hace mucho tiempo.

Por primera vez en años, siento esperanza y que tal vez haya una luz al final de este infierno en el que he estado atrapado.

De repente, su correo electrónico suena y yo la suelto y me echo hacia atrás. Ella mira su teléfono.

—Revísalo —digo y me paso una mano por el pelo.

No sé qué ha pasado exactamente entre nosotros, pero ha sido intenso. Necesito un minuto para recuperarme y centrarme en el asunto que tengo entre manos. Para volver a controlarme.

—Es de él. O de ella —dice y abre el nuevo mensaje. Lo observa y luego me mira—. Promete revelar todo lo que sabe en la reunión. Pero...

—Pero, ¿qué?

—Pero, dice que tendrá que ser en Colombia.

Siento que todo mi cuerpo se tensa.

—¿Colombia?

—Ahí es donde está.

Ni en un millón de años pensé que volvería a Colombia. La sola idea de pisar ese agujero de mierda plagado de drogas me revuelve el estómago.

—Si no quieres ir... —Intenta decir.

—Voy —sostengo con voz firme.

Ella asiente.

—Entonces supongo que deberíamos hacer las maletas.

Nos levantamos y nos dirigimos al otro lado de la calle, donde está aparcado su Jeep.

—¿En qué parte de Colombia? —le pregunto mientras abre la puerta.

La veo tragar saliva y sé el destino antes de que me lo diga.

—Bogotá.

Por supuesto. Perdí a mi equipo en las selvas de Bogotá. Asiento con fuerza y me resigno a la idea de volver al país donde mi vida estuvo a punto de terminar en una lluvia de balas. Los fantasmas rondan esas selvas húmedas, pero estoy decidido a ir con ella y enfrentarme a lo que tenga que enfrentarme para poder seguir por fin con mi vida.

Para poder finalmente ser capaz de perdonar a Avery. Y, sobre todo, para poder perdonarme por fin a mí mismo.

—Reservaré los billetes —le digo.

Avery asiente, se levanta y vuelve a poner esa suave mano sobre mi cara.

—Gracias, Ryker. Sé que esto no va a ser fácil.

—Nada que merezca la pena lo es. —La ayudo a subir al Jeep y cierro la puerta—. Me pondré en contacto con los detalles del viaje.

Doy un paso atrás mientras ella arranca el coche y se aleja.

No tengo ni idea de lo que nos deparará este viaje, pero realmente espero dos cosas: que Avery y yo podamos continuar donde lo dejamos en el parque y, sobre todo, anhelo un cierre. Un final para el dolor y la culpa que todo lo consume y que he dejado que destruya mi vida.

Capítulo 5

Avery

Mientras conduzco de vuelta a mi apartamento, saco una chocolatina del bolso y empiezo a masticar, incapaz de dejar de pensar en el alucinante beso que acabamos de compartir. Bueno, eso sin duda ha despejado cualquier duda por mi parte sobre lo que Ryker siente por mí. «¿Siente algo por mí?», me pregunto. No tengo ni idea de dónde estamos, para ser sincera.

Todo lo que sé es que quiero besarlo de nuevo. Quiero más, mucho más, pero un paso a la vez. Al menos ya no nos gritamos. Estamos en la misma página y tenemos un objetivo común.

Le dije que me sentía fatal porque...

«¿Por qué?», preguntó.

Tenía muchas ganas de decirle la verdad. Porque me importa mucho. Pero le di la respuesta fácil y le dije que porque era el mejor amigo de Luke. Tiene que saberlo ahora, sin embargo, después de ese beso ardiente. Y, Dios, justo en medio del parque. Nunca había besado a un hombre en público de esa manera.

Pero, Ryker me hace sentir cosas que nunca había sentido... deseada y totalmente deseosa.

Mi pelo se agita alrededor de mi cara mientras entro en la autopista 101 N y me dirijo a casa. Mi historia con los hombres es prácticamente inexistente. Todos los hombres que he conocido o con los que he salido nunca han estado a la altura de los elevados estándares que había establecido después de conocer a Ryker Flynn, así que nunca les he dado una oportunidad.

Él literalmente arruinó las citas para mí.

A mis ojos, Ryker Flynn era un héroe. Ningún hombre era lo suficientemente alto, lo suficientemente duro o lo suficientemente guapo. Nadie poseía ese increíble tono de ojos teñidos de whisky que él tenía. Nadie se acercaba a los duros músculos y al cuerpo militar que tenía Ryker. «Y, todavía lo tiene», pienso al recordar la forma en que sus brazos y su pecho abultaban bajo la camiseta.

«Oh, Señor», me revelo. «Lo deseo. Mucho».

Siempre lo he ansiado. A pesar de todo, él siempre ha sido el elegido.

Sin embargo, todo fue siempre tan jodidamente complicado. Era el mejor amigo de mi hermano mayor y su trabajo era su vida. Las misiones secretas lo mantenían fuera durante meses y estoy segura de que lo último que necesitaba era una novia pegajosa.

Porque desde que lo conozco, Ryker nunca mencionó una novia. Luke dijo una vez que a Ryker no le gustaban las relaciones y que prefería estar soltero.

Pero, ¿no es eso lo que dicen todos los solteros?

Yo lo hago, de todos modos. Es casi un mecanismo para hacer frente a la soledad que puede surgir de la nada y hacer que te preguntes cómo sería tener una pareja. Una persona significativa con la que compartir tu corazón, tus sueños y tu vida.

Después de intentar salir con varios hombres a lo largo de los años, lo dejé por completo tras irme de la CIA. Mi pareja de los últimos dos años ha sido la culpa y no ha habido nadie más. La única que ha estado en mi cama además de mí es Liberty. Ha sido solitario y ahora quiero cambiar eso.

Quiero a Ryker en mi cama.

Quiero a ese macho grande, duro y fuerte. Después de ese beso, siento una oleada de confianza. Sé que él también me desea. Puedo sentir la necesidad de su cuerpo duro.

Pero también hay algo más. Esta profunda conexión emocional entre nosotros que nunca había sentido con nadie antes.

Pase lo que pase entre nosotros, estoy preparada.

También tengo miedo. Hay una oscuridad en Ryker y, aunque lo conozco desde hace años, realmente no sé nada de él. Nunca me di cuenta del daño que le hizo la culpa. Quizás porque estaba demasiado ocupada revolcándome en mi propia autocompasión.

Sin embargo, ahora los dos somos conscientes, y está bastante claro que los dos hemos pasado los últimos dos

años prácticamente en el mismo espacio mental. Envueltos por la culpa, el arrepentimiento y la pena. Tal vez sea hora de cambiar eso.

Cuando llego a casa, saco a Liberty a correr. Pero no puedo aclarar mis pensamientos desordenados. Mi mente está enredada y volar a Colombia para conocer a esta nueva fuente con Ryker me está poniendo ansiosa. ¿Voy a descubrir por fin la verdad de lo ocurrido? ¿He sido un chivo expiatorio y he asumido la culpa por otra persona? Tengo un millón de preguntas.

Y luego está el propio Ryker. Probablemente acabemos quedándonos en algún agujero de mierda fuera de la red, lo que me parece bien, pero ¿habrá una cama que tengamos que compartir? No hay manera de que pueda dormir junto a él y no querer más. No tocarlo y besarlo.

La idea de tener intimidad con Ryker hace que se me tensen los dedos de los pies.

Ya lo he pensado antes. Unas cuantas veces en realidad. Me he preguntado cómo sería sentir sus enormes y callosas manos recorriéndome. Ver su cuerpo desnudo y poderoso frente a mí y tocarlo en cualquier lugar y en todas partes que quiera. Sentirlo dentro de mí, caliente, duro y en movimiento.

Me concentro en mi carrera y no en la sensación de humedad entre mis piernas. Dios, me pone muy nerviosa.

Cuando volvemos, le doy a Liberty un poco de agua fresca y me doy cuenta de que no tengo a nadie para que la vigile cuando me vaya. Mierda. No la voy a llevar a una perrera. Es una perra rescatada y si pensara que la he abandonado, nunca me lo perdonaría.

Aquí es donde tener amigos sería útil. Por desgracia, ya no tengo ninguno desde que los alejé a todos.

Cojo el teléfono y llamo a Ryker.

—Hola —dice.

No espero que lo coja tan rápido y estoy en medio de un gran trago de agua fría.

—Hola. —Consigo decir, aún sin aliento por la carrera.

—¿Estás bien? —pregunta.

—Sí, lo siento. Acabo de terminar de correr. —No dice nada y recupero el aliento—. Tengo un pequeño problema —digo y miro a Liberty.

—¿Qué es? —indaga con voz ronca.

Se me contrae el estómago. Dios, suena sexy. Su voz es profunda y rica, el calor se acumula entre mis piernas.

—Uhm, bueno, tengo una perra y no tengo a nadie que pueda cuidarla mientras no estoy.

—¿La tienes? ¿Qué tipo de perro?

Olvidé lo mucho que Ryker siempre amó a los animales y sonrío. Sinceramente, no creía que pudiera gustarme más, pero ¿adivina qué? Ahora sí me gusta.

—Un pastor alemán. Es rescatada, así que no quiero internarla.

—Por supuesto que no. Pensará que la has abandonado. ¿Cómo se llama?

—Liberty. ¿Conoces a alguien que pueda cuidarla?

—Creo que sí. Deja que te llame luego.

Colgamos y le lanzo un guiño a Liberty.

—Lo siento, Libs, pero Ryker no te cuidará. Estará con mamá.

Liberty da un «guau» y le rasco detrás de la oreja. Un minuto después, Ryker devuelve la llamada.

—Hola —digo.

—Hola. Mi amigo Jax y su prometida Easton pueden cuidarla.

—¿Y confías en ellos?

—Con mi vida —dice—. Confía en mí cuando digo que Liberty vivirá una vida de princesa mientras estemos fuera.

—¿Qué quieres decir?

—Se alojará en la mansión de Easton Ross en Hollywood Hills y será mimada en todos los sentidos.

—¿Easton Ross, la actriz? —pregunto con incredulidad.

—Sí, su casa es todo un lugar.

—Y, ¿está comprometida con tu amigo?

—Jax Wilder. Es el dueño de Platinum Security, donde yo trabajo. Por cierto, tengo nuestros billetes. Volamos a las 09:00 en Delta con una parada en Atlanta. Parece que serán unas diez horas en total.

—Ese es un vuelo largo.

—Sí, volar en un avión comercial apesta.

—Lástima que no podamos subirnos a un avión militar.

—Sí.

—Bien, eso significa que debo dejar a Libs esta noche.

—Puedo recogerte y llevarte.

—¿Estás seguro?

—¿Puedes estar lista en media hora?

—Claro. Gracias, Ryker.

—Nos vemos pronto.

Me da un vuelco el corazón. «Sí, nos vemos pronto», pienso.

—Bien, Liberty, cariño. Vamos a empacar tu equipo y prepararte para pasar un tiempo con una estrella de cine en su mansión.

La cola de Liberty se mueve de un lado a otro.

Una hora después, estoy sentada en el suelo frente a Easton Ross en su mansión de Hollywood Hills y es totalmente surrealista. Easton es aún más hermosa en persona, con sus rizos de cuervo que apenas le llegan a los hombros y sus labios rojos brillantes que resaltan en su rostro de porcelana. Y Jax Wilder es todo lo contrario, con una manga de tatuajes y una mirada intensa y casi peligrosa.

Por supuesto, Liberty la adora a ella y a Jax.

Pero creo que Ryker es el que más la adora. Es tan condenadamente adorable, estirado en el suelo, frotando su barriga y besando su cara peluda. «Me gustaría que me hiciera eso a mí», pienso.

Jax y Easton me observan atentamente y Easton está lleno de preguntas sobre nuestro viaje. Cuando Ryker le dice a Jax que vamos a Colombia, coge su teléfono y llama a alguien llamado Griff.

—Al parecer, Ryker se va a Colombia con una chica —dice Jax y me mira—. Lo siento, no quise ofender.

Griff lanza una fuerte exclamación y Ryker pone los ojos en blanco.

—Dile que venga aquí y os haré saber exactamente lo que está pasando.

Jax parece receloso por la situación, pero Easton se muestra positivamente encantada. Cuando Griff llega, Ryker nos presenta. Sus brillantes ojos azules me evalúan de cerca y tengo la sensación de que ya me conoce. O, al menos, que ha oído mi nombre antes. Me pregunto cuánto le habrá contado Ryker. Me da la mano y luego Easton les dice que vayan a por cervezas a la cocina mientras ella y yo charlamos.

Veo a los tres hombres más guapos que he visto nunca dirigirse hacia una enorme cocina de última generación. Jax es moreno y misterioso, un chico malo total, mientras que Griff es guapo como un delicioso Brad Pitt. Ambos están cubiertos de tatuajes y no dejan de intercambiar miradas. Pero, para mí, Ryker los supera a ambos. Para mí, es perfecto.

Ryker mira por encima del hombro mientras se alejan y yo le hago un pequeño gesto con la cabeza.

—Entonces —dice Easton y me sonrío—. ¿Desde cuándo os conocéis Ryker y tú?

Siento que se acerca el tercer grado, pero decido que me gusta Easton. Tiene mucha clase y está muy bien arreglada. Me recuerda a una estrella del viejo Hollywood. Y es sincera, lo que me hace sentir cómoda.

—Él y mi hermano Luke se conocieron en el campamento militar y pasaron juntos por el entrenamiento de los SEAL —respondo—. Luego, nos conocimos poco después, cuando trajo a Ryker a casa para visitar a mi familia en Ohio. Así que, ¿ya van diez años?

—¿Diez años? —Los ojos verdes de Easton brillan con interés—. Y, ¿ustedes son sólo amigos?

Siento que un rubor calienta mis mejillas y asiento con la cabeza.

—Solo nos vemos una o dos veces al año.

—Y, ¿a qué te dedicas?

—Soy fotógrafa. Principalmente retrato bodas y eventos especiales.

Arquea una ceja delgada y oscura.

—¿De verdad? Necesito contratar a un fotógrafo para nuestra boda.

Miro el anillo de compromiso en su pequeña mano. Un enorme diamante de talla cuadrada con una esmeralda a cada lado. Es cegador.

—Por cierto, tu anillo es precioso.

—Gracias —dice ella—. Pero no es ni la mitad de hermoso que el hombre que me lo regaló.

Está claro lo enamorada que está Easton y me pregunto cómo sería estar tan enamorada de un hombre que quisiera pasar el resto de tu vida con él.

—¿Me das tu tarjeta? —Easton pregunta—. Si no estás ya reservada, me encantaría hablar para que fotografíes nuestra boda.

—Claro —contesto.

Saco una tarjeta del bolso y miro hacia la cocina, preguntándome de qué habla aquel trío de hombres guapos en

voz tan baja y profunda.

Capítulo 6

Ryker

—¿Ese es «Avery Archer»? —pregunta Griff y se pasa una mano por su pelo castaño perfectamente peinado. Asiento con la cabeza y él me estudia detenidamente—. ¿Estás bien?

—Sí.

—¿Es ella la que te llamó antes a la oficina? —pregunta Jax.

—¿La llamada que me hizo enloquecer? Sí —admito.

Sé que Jax no sabe mucho de mi pasado y que ahora no es el momento de ahondar en él, pero quiero ponerlo al día. Griff me conoce mejor, pero ni siquiera él sabe todos los detalles sangrientos. Nadie los conoce.

—Mi mejor amigo en los SEAL era Luke Archer, el hermano mayor de Avery. Nos conocimos en el campamento de entrenamiento, pasamos juntos por el BUD/S y básicamente nos llevábamos bien. Al final, los dos entramos en el DEVGRU, el Grupo de Desarrollo de Guerra Naval Especial.

—Más conocido como Seal Team Six —dice Griff.

—Sé que eso te impresiona por alguna razón —digo, pero, es solo un título de trabajo. Los SEAL de la DEVGRU solo van a misiones más «deportivas». Aunque intento quitarle importancia, Griff no lo acepta.

—Me impresiona mucho —admite Griff y mira a Jax—. Es todo un secreto de mierda, pero sé que te entrenaste durante mucho tiempo, pasaste cinco años en un equipo SEAL normal antes de poder siquiera solicitar el ingreso en el DEVGRU. Entonces, Dios sabe toda la mierda que tuviste que pasar antes de ser aceptado. Fuiste parte de una Unidad de Misión Especial de Primer Nivel. No es un logro fácil, hermano. Así que, sí, estoy muy orgulloso de ti. Asímelo.

—Gracias —murmuro, sintiendo que mi cara se enrojece bajo todos los elogios innecesarios. Sí, me he dejado la piel para ser un SEAL y formar parte de la DEVGRU, pero ¿a quién le importa? Es solo un título de trabajo, como dije—. De todos modos, nos enviaron a una misión para acabar con un objetivo, un señor de la droga, que estaba suministrando armas a los terroristas. Operación Armagedón. —Respiro profundamente y sé que está bien hablar de ello. Contarles a estos chicos, mis mejores amigos, lo que pasó—. Fuimos a Colombia con mala información. Toda la situación estaba alterada. No hay alegría. —Aprieto las palmas de las manos contra la encimera de la isla, miro las costras frescas de los nudillos de mi mano derecha—. Perdí a todo mi equipo. Apenas pude salir yo.

Me ofrecen un apoyo silencioso, sin presionar, solo dejándome ir a mi propio ritmo.

—¿Cuál es la conexión con Avery? ¿Además de ser la hermana de Luke? —Jax finalmente pregunta.

—Avery era la analista de la CIA cuya fuente proporcionó la mala información.

Griff aspira un suspiro.

—Joder.

—La culpaba de todo, la odiaba desde hace dos años. O eso creía. —Esperan a que continúe—. Al parecer, una fuente acaba de contactar con Avery, refiere tener nueva información que la reivindicará. Así que vamos a reunirnos con ellos en Colombia.

—No me parece bien que vayáis a la puta Colombia —dice Jax.

—A mí tampoco —coincide Griff.

—No hay opción, hermanos. Tenemos que llegar en esto hasta el final. Averiguar si le dieron mala información a propósito.

—Si vas a entrar, necesitas toda la información que puedas conseguir. Voy a hacer que Harlow haga una búsqueda profunda. Dame nombres, lo que puedas, y veremos lo que ella puede averiguar.

—Gracias, Jax.

Me da un bloc de papel y un bolígrafo. Apunto nombres, fechas, contactos, todo lo que se me ocurre sobre la Operación Armagedón. Lo deslizo y me siento un poco mejor. Es bueno saber que estos tipos me cubren la espalda.

—Si necesitas algo... —Jax dice.

—Y, estaremos allí abajo en un santiamén —termina Griff.

Extiendo la mano y Griff y yo deslizamos nuestras palmas, enlazamos los dedos y chocamos los nudillos.

Nuestro característico apretón de manos. Luego, me vuelvo hacia Jax y le muestro cómo se hace. Le doy a Griff una media sonrisa como si acabáramos de iniciar a Jax en nuestro club secreto.

—Así que, en lo que respecta a la rubia por ahí... —Griff agrega y me lanza una mirada interrogativa.

—¿Qué pasa con ella? —cuestiono, instantáneamente protector, a la defensiva.

—¿Ustedes dos siempre fueron solo... amigos? —Él levanta una ceja.

—Siempre. Era la hermana pequeña de Luke. Eso significaba que estaba fuera de los límites.

—Eres un hombre más fuerte que yo —suelta Griff.

«En realidad no», pienso. Siempre he deseado a Avery y ahora que Luke se ha ido... Una parte de mí se pregunta si en realidad se alegraría de que nos hayamos encontrado y de que estemos intentando encontrar la verdad en todo este lío. Creo que lo estaría.

Y, aún más que eso, puedo decir que ya no la odio. Mis sentimientos siempre han sido fuertes hacia ella y ahora están oscilando en la dirección opuesta.

—Supongo que lo que pase, pasará —mascullo—. Ya no me contendré más.

Griff sonríe.

—Ahí está mi chico. Cuando no miraste dos veces a Harlow, me preocupé.

—Creía que acostarse con los empleados iba contra las reglas —recuerdo.

—Lo es —nos reitera Jax con el ceño fruncido de buena gana.

—Avery es diferente. Ella es... especial —revelo.

—La que se escapó —concluye Jax.

No lo admito ni lo niego.

—Bueno, ha vuelto, amigo —dice Griff y me da una palmada en la espalda—. Es hora de resolverlo.

Más tarde esa noche, después de mi habitual carrera de 8 kilómetros, hago la maleta y las palabras de Griff resuenan en mi cabeza.

«Es hora de resolverlo», pienso.

Sí, definitivamente era el momento. Ya era hora.

Y, por si eso no me diera suficiente ansiedad, tengo que enfrentarme al hecho de que mañana a esta hora, estaré de vuelta en Colombia. Siento que la cabeza me va a explotar. Saco mi SIG Sauer P226 y la meto en una caja de espuma con munición extra. No voy a correr ningún riesgo allí.

No estoy seguro de cómo me afectará volver a Colombia. Mierda, debería haber ido a hablar con un psiquiatra como me sugirieron los militares hace dos años. Pero, no, pensé que lo tenía controlado. Todo bajo control.

Doy un resoplido. «Sí, ni de lejos», pienso.

Desde el Charlie Foxtrot que fue la Operación Armagedón, me siento como un hombre a punto de ahogarse. Estoy remando muy fuerte, pero sigo hundiéndome, aspirando agua. Y, teniendo en cuenta que no ahogarse era bastante importante, ya que el «mar» era un tercio de mi trabajo como SEAL, es una sensación extraña.

Mi mente se remonta al entrenamiento del BUD/S, cuando pasamos por la prueba de ahogamiento. Eso significa que nos ataron las manos y los pies y nos lanzaron a una piscina. Naturalmente, al principio te entra el pánico, pero tienes que profundizar mentalmente y aprender rápidamente a salir, a respirar.

Ahora, estoy tratando de averiguar cómo levantarme para tomar aire. Mis sentimientos hacia Avery están por todas partes. He pasado del odio al deseo en un abrir y cerrar de ojos y me cuesta procesarlo.

Sacudo la cabeza. No puedo ocuparme de esto ahora mismo. Es hora de ducharse e irse a la cama porque mañana va a ser un día muy largo.

Bajo al baño, me quito la camiseta y me quito los vaqueros. Cojo una toalla limpia y me quedo helado cuando veo mi reflejo en el espejo que hay sobre el lavabo. Mis ojos se mueven desde la cicatriz dentada de un cuchillo que tengo en el hombro delantero, debajo de la clavícula, hasta el costado, donde cuento una, dos y tres cicatrices de heridas de bala. En el lado opuesto hay otras dos cicatrices redondas de un disparo.

No recuerdo mucho sobre el dolor cuando ocurrió por primera vez. Estaba corriendo con adrenalina, perdido en una selva llena de tangos, tratando de llegar al punto de extracción con el resto de mi equipo. Pero, nos rodearon y, uno a uno, vi caer a los demás.

Hasta que fui el último que quedaba.

La DEVGRU está dividida en escuadrones con códigos de colores y yo formaba parte de «la tribu», o el escuadrón rojo. Nuestro logotipo era el de un indio nativo americano y nos quedaba bien. Éramos fieros guerreros y luchábamos hasta la muerte. Eliminamos a muchos malos, pero aquella noche no tuvimos ninguna oportunidad.

Seis de nosotros contra ochenta de ellos.

Cuando me desperté en el hospital, todo vendado y cargado de analgésicos, supe que alguien la había cagado.

Nunca hubiera imaginado que fuera Avery. Pero se corrió la voz y no pasó mucho tiempo antes de que un amigo de los SEAL de otro escuadrón me visitara y me pusiera al corriente de todos los detalles sucios.

Entonces, cuando estaba en el punto más bajo de mi vida, enfurecido por el dolor y la ira, Avery entró en mi habitación. Con un aspecto angelical y compasión en sus ojos. Ella era la única razón por la que mi tribu estaba muerta y yo acostado en esa cama.

«Me alegro mucho de que estés bien» había dicho.

En ese momento, estaba muy lejos de estar bien. Cada frase que salía de su boca me enfurecía más y, para ser sincero, tenía que esforzarme para escucharla porque mi oído estaba dañado después de que una granada explotara demasiado cerca de mí.

Estaba frustrado y quería estrangularla. En lugar de eso, le dije las cosas más hirientes que se me ocurrieron para que se fuera. Odiaba la lástima, no la quería. Sabía que era un desastre y que, incluso después de que mis heridas se curaran por fuera, el interior seguía crudo y fresco.

Por primera vez en mucho tiempo, siento un tenue hilo de esperanza. Que tal vez finalmente pueda encontrar la paz. Quizá volver a Colombia sea una forma de poner por fin a descansar los demonios de mi cabeza.

«Dios, eso espero», pienso.

Después de una ducha rápida, me meto en la cama. Estoy cansado. Hoy ha sido un día emocionalmente agotador y no esperaba volver a ver a Avery Archer y mucho menos aceptar ir a Bogotá con ella.

Me duermo en cualquier lugar y en cuestión de segundos. También me despierto de un salto al primer ruido, listo para salir. Supongo que eso es lo que pasa cuando eres militar. Esta noche, en cambio, en cuanto mi cabeza toca la almohada, me voy.

Cuando la pesadilla comienza, estoy con mi grupo de nuevo.

Los seis, con todo el equipo táctico, nos movemos por la selva como uno solo, totalmente concentrados en la misión que tenemos por delante. Es sencilla y está bien planificada. La información sugiere que hay entre diez y quince tangos y que nuestro principal objetivo es Antonio Castillo.

Su pequeño grupo dejó antes la seguridad del complejo de Castillo y se adentraron en la selva para una reunión. Antonio Castillo es un gilipollas y un señor de la droga. Si eso no es lo suficientemente malo, también está vendiendo armas a los terroristas.

Y, por eso estamos aquí. Nuestra misión, la Operación Armagedón, es neutralizar a Castillo y acabar con el flujo de armas a nuestros amigos de Oriente Medio. Parece bastante simple. Desafortunadamente, la mayoría de la información proporcionada por la maldita CIA es errónea.

Desde los números hasta las ubicaciones y las armas.

No pasa mucho tiempo antes de que nos encontremos en medio del ejército personal de Castillo. Cuando comienza el tiroteo, se desata el infierno y nuestro bien pensado plan se va por la ventana. En su lugar, nuestra misión se convierte en una de supervivencia.

Los hombres de Castillo se acercan a nosotros y, antes de que me dé cuenta, estoy a distancia de combate, lo que significa que los malos están a 7 metros o más cerca. No es una buena sensación. A esta distancia, las cosas suceden rápido, muy rápido, y un arma es bastante inútil.

Saco mi cuchillo oculto y me enfrento a tres hombres. Me atacan todos a la vez y consigo abatir a uno. Luego, a un segundo. Pero, el tercero me apuñala en el hombro con su cuchillo. Sigo adelante, sin embargo, no puedo parar porque si me detengo, estoy muerto.

Me aguanto, ignoro el dolor y me abalanzo sobre el cabrón, clavándole el cuchillo en las tripas. Mientras lo abato, veo a Luke caer, con dos tipos acuchillándole. Me lanzo hacia ellos y neutralizo a los dos atacantes. Pero, Luke no está en buena forma.

Aquí es donde la pesadilla da un giro a lo que realmente ha sucedido.

Miro hacia arriba y estamos rodeados. Un mar de enemigos, todos apuntándonos con cuchillos, pistolas, rifles de asalto y granadas.

No hay lugar a donde ir. No hay escapatoria.

De repente, alguien levanta una granada propulsada por cohete contra su hombro y dispara. La ojiva gira directamente hacia mí y me explota en la cara.

Me despierto de un salto, con el sudor chorreando por mi cuerpo y un grito atrapado en mi garganta. Joder. Eso ha sido más intenso de lo habitual. No había tenido un sueño así desde justo después de salir del hospital. Respiro profundamente y exhalo una, dos, tres, cuatro veces.

Justo cuando empiezo a pensar que estoy mejor... ¡bam!

Me echo hacia atrás y me tapo los ojos con un brazo, sabiendo que ya no voy a dormir por esta noche. Tal vez la

noche de mañana sea mejor.
Al menos eso espero.

Capítulo 7

Avery

A la mañana siguiente, me encuentro con Ryker en el aeropuerto. Registramos nuestro equipaje y Ryker lleva una pequeña caja negra que supongo que contiene su SIG Sauer, una de las favoritas de los SEAL. Después de rellenar una tarjeta declarando el arma, abre la caja para revelar el arma y luego la cierra.

«Sí, estoy en lo cierto». Supongo que cuando tu hermano mayor fue un SEAL empiezas a entender ciertas cosas.

Pasamos por el control de seguridad, nos dirigimos a la puerta de embarque y no tardamos en subir al avión. Diez horas es mucho tiempo para viajar. Pero los dos estamos acostumbrados a volar y sé que Ryker está especialmente acostumbrado a los vuelos largos, ya que solía viajar por todo el mundo.

Despegamos y miro por la ventanilla, observando cómo nos dirigimos hacia el Océano Pacífico, subiendo en el cielo sin nubes. El avión hace un amplio círculo y vuelve a pasar por tierra, y nos dirigimos hacia Atlanta, Georgia.

Quince minutos después del despegue del aeropuerto de Los Ángeles, me recuesto en mi asiento y miro de reojo a Ryker. Sus piernas ridículamente largas se extienden, tocando la pared opuesta, y sus tobillos están cruzados. Me alegro de que haya elegido los asientos de la salida de emergencia porque hay mucho espacio extra para estirarse.

Juguetea con sus auriculares, que están enredados, y se concentra tanto que no puedo evitar sonreír.

—¿Necesitas ayuda? —le pregunto.

Me mira y niega con la cabeza.

—Antes tenía que hacer y deshacer nudos bajo el agua. Creo que puedo desatar unos estúpidos auriculares.

El cable se rompe en sus grandes manos y me muerdo el labio para no reírme.

—Maldita sea.

Me tapo la boca, pero no puedo evitar que me tiemblen los hombros.

No tarda en darse cuenta.

—Ja, ja —dice, sin ninguna gracia.

—Lo siento. Es que... la expresión de tu cara... —Estallo en una carcajada.

Tarda un momento, pero una sonrisa reticente finalmente curva su boca.

—Realmente no es tan gracioso.

—Lo sé —digo—, pero ¿sabes cuando no puedes parar de reír? Aprieto los labios, tratando de contener la risa—. Es que parecías tan serio y sabía que se iban a romper.

De repente, recuerdo la última vez que me hizo reír tanto. Fue hace tres años y había conducido hasta Virginia Beach para encontrarme con Luke. Habíamos quedado para pasar el día juntos y teníamos planes para visitar un santuario de animales cercano.

De mayores, siempre nos habían gustado los animales y cuidábamos de todos los animales callejeros del vecindario o de cualquier animal enfermo que encontráramos. Alimentamos con biberón a las ardillas bebé que se cayeron de un árbol en el patio trasero, arreglamos las alas rotas de los pájaros y una vez incluso salvamos a unas crías de zarigüeya que aún se aferraban a su pobre madre muerta en el arcén.

Además, era mi cumpleaños número veintinueve y Luke sabía que me encantaría visitar a los animales rescatados. Nuestros padres se aseguraron de enseñarnos la bondad y la compasión hacia todas las criaturas vivas, y al crecer, nuestra casa a veces se parecía a la del *Dr. Dolittle*.

Cuando llegué a la base esa mañana, Luke tenía la cara verde y había cogido algún tipo de virus estomacal. Se sentía fatal y no tenía intención de hacerle pasar el día conmigo en el santuario.

—Pero, es tu cumpleaños y has conducido hasta aquí —había dicho—. Me siento fatal.

Y, fue entonces cuando Ryker se ofreció a ir conmigo.

Tengo que admitir que, por mucho que quisiera a mi hermano, estaba muy emocionada por pasar un tiempo a solas con Ryker. Nos dirigimos al santuario de animales y recuerdo lo fácil que era la conversación, lo cómoda que me sentía con él.

La propiedad de dos hectáreas tenía grandes pastos para caballos y vacas, un corral rojo y blanco para los animales más pequeños, un huerto ecológico y muchos árboles y sombra para los casi doscientos animales

rescatados.

Abrazamos a las vacas, acariciamos a los pavos y dimos a los cerdos masajes en la barriga. Mirar a los ojos de esos animales que habían sido maltratados o abandonados me tocó el corazón. También me hizo darme cuenta de cuánto amaba Ryker a los animales.

Y eso hizo que me enamorara aún más del mejor amigo de mi hermano.

Recuerdo que estábamos en el corral con todo tipo de animales, como gallinas, ovejas, cabras y pavos. Yo estaba agachada en la tierra dando de comer a un corderito y Ryker también se agachó, pero para arreglar los cordones de su bota que se habían desatado.

Y, de repente, una cabra enfadada se abalanzó sobre él y le dio un cabezazo en el trasero. La expresión de su cara no tuvo precio y yo me desternillé de la risa. Me reí tanto que temblaba. Nada podía detenerme y me reí tanto que se me llenaron los ojos de lágrimas. En algún momento, Ryker se unió y ambos caímos de espaldas en medio del corral, sin poder dejar de aullar.

Con el polvo cubriéndonos, al final nos levantamos, nos cepillamos y nos sonreímos. Nunca olvidaré cuando extendió una mano y me limpió una mancha de suciedad de la mejilla. Había un calor en sus ojos que jamás había visto antes y mi estómago dio un vuelco.

De vuelta a la base, nos detuvimos a comprar cucuruchos de helado. Tanto Ryker como Luke se burlaban sin cesar de mi gusto por los dulces. Los dos estaban de acuerdo en que debería pesar unos 15 kilos más. Pero era mi cumpleaños y Ryker insistió en comprarme un dulce.

Es curioso cómo algunos detalles nunca los olvidaré. Por ejemplo, yo me tomé una bola de helado de menta y chocolate y Ryker se tomó uno de mantequilla de cacahuete y chocolate, pero luego cada uno deseó haber tomado el otro sabor. Después de unos cuantos sorbos, intercambiamos los conos.

También recordaré siempre la forma en que me miraba mientras terminábamos esos cucuruchos. Casi como si quisiera lamerme a mí también.

Pero al final no pasó nada. Tuvimos un gran día y me llevó de vuelta a la base como un completo caballero. Aunque yo esperaba un beso de cumpleaños. Me despedí de Luke y Ryker se ofreció a acompañarme hasta mi coche.

Dejé mi bolso en el asiento del copiloto y me di la vuelta para darle las gracias por un día maravilloso. Y, él estaba de pie justo detrás de mí, tan cerca, que cuando me di la vuelta, estaba prácticamente en sus brazos. Oí su jabón con aroma a pino y me quedé helada.

—Feliz cumpleaños, Ave —dijo.

Luego, se inclinó y rozó con sus labios el borde de mi boca. No estoy segura de si quería acercarse tanto a mis labios, pero algo dentro de mí se derritió. Mi corazón latía con fuerza mientras lo veía alejarse.

Y, cuando miró por encima de su hombro, no pude pasar por alto la mirada de fuego lento en sus ojos.

Unos años más tarde, esa mirada acalorada se convirtió en hielo.

Dejo los recuerdos atrás.

Tenemos una breve escala en Atlanta y luego nos levantamos y volamos hacia Colombia. Cuanto más viajamos, más noto que Ryker empieza a ponerse tenso. La ansiedad se desprende de él en oleadas y realmente esperaba que volver le ayudara a curarse. No darle un maldito ataque de nervios.

A cuarenta minutos del Aeropuerto Internacional El Dorado de Bogotá, Ryker parece estar muy verde. De repente, se levanta y camina por el pasillo hacia el baño. Cuando regresa unos minutos más tarde, su rostro robusto está pálido y está masticando un chicle.

Creo que probablemente acaba de vomitar por los nervios.

Miro sus grandes manos, agarradas con fuerza al reposabrazos, y deslizo mi mano sobre la suya. No digo nada y, unos segundos después, gira su mano para coger la mía.

No nos soltamos hasta que el avión aterriza.

Entonces, es un torbellino mientras recogemos nuestro equipaje y salimos a la calle. Hace más frío de lo que esperaba y no hace mucho sol. Cogemos un taxi y nos dirigimos por la ciudad hacia el hotel. Los grafitis y los murales decoran las paredes y los edificios, dándole un toque urbano.

—He reservado en el Wyndham —dice Ryker—. A diez minutos del aeropuerto y a 0,3 millas de la embajada americana.

—Me parece bien —digo y cojo el teléfono. Abro mi correo electrónico y le comunico a este misterioso «G.» que estoy aquí y le pregunto si podemos quedar mañana.

No tardamos en registrarnos y dirigimos a nuestra habitación. No es nada glamuroso, pero enseguida me doy cuenta de que hay dos camas dobles, una al lado de la otra. Acercó mi maleta a la cama que está junto a la ventana

del suelo al techo y me tumbo. Ha sido un largo día y mi estómago ruge.

—¿Tienes hambre? —pregunta Ryker con una pequeña sonrisa.

Asiento con la cabeza.

—Hambre y cansancio.

—¿Servicio de habitaciones bien?

Coge el menú del escritorio y yo asiento con la cabeza. Luego, se acerca y se sienta a mi lado en la cama. El colchón se hunde y, cuando su muslo grande y poderoso presiona contra el mío, inhalo profundamente, tratando de concentrarme en las opciones del menú.

Pero su pierna caliente me distrae mucho.

—¿Qué suena bien? —pregunta demasiado cerca, en voz baja y con un sonido grave.

Se me contrae el estómago y recuerdo nuestro beso en el parque. Es muy bueno besando y la forma en que su boca se movió sobre la mía... «Dios, me hace querer más», pienso.

Ese beso valió la espera de casi diez años.

—Uhm, pediré la hamburguesa y las patatas fritas. ¿Y qué tal una cerveza? Y, algo dulce de postre.

—Me estás leyendo la mente, Ave. —Me sonrío. Luego, se levanta, se lleva ese delicioso muslo y hace el pedido.

Mi mirada se desplaza por sus anchos hombros y sus grandes músculos que se flexionan con cada movimiento que hace. Está muy bien dotado. Mis ojos bajan y se deslizan por su espalda, deteniéndose para admirar su culo firme y redondo. Se me hace la boca agua y estoy tan ocupada mirando su delicioso trasero que él se gira y me atrapa.

Desvío la mirada al instante y siento que mis mejillas se enrojecen. Ryker no dice nada, pero puedo ver cómo respira profundamente.

—La comida debe estar aquí en treinta minutos. ¿Quieres ducharte antes? —me pregunta.

Me trago la humillación de mis ojos perversos y asiento con la cabeza. Cojo el pijama y el estuche de cosméticos y me dirijo al baño. Tras cerrar la puerta, dejo caer mis cosas sobre la encimera y se me cierran los ojos. «Oh, Dios. Lo sabe. Lo deseo tanto y lo llevo escrito en la cara», pienso.

Miro el pijama que he traído, un camisón corto y rosa, y me imagino a Ryker subiéndomelo por la cabeza. ¿Cómo voy a dormir junto a él esta noche? Aunque tengamos camas separadas, podría llegar fácilmente al otro lado y tocarle.

«Mierda». Ha pasado mucho tiempo. Mucho tiempo desde que he tenido intimidad con un hombre. Si algo sucede entre nosotros, me preocupa que lo arruine. ¿Y si no soy lo suficientemente buena? ¿No tengo suficiente experiencia para complacerlo? O, Dios no lo quiera, ¿no se siente atraído por mí?

«Pero, él te besó antes. Te besó a fondo», recuerdo.

Me meto en la ducha y no puedo dejar de pensar en ello. Si lo decepciono de alguna manera sexualmente, me moriría absolutamente.

Cómo estar en el primer vuelo que salga de aquí. «Cálmate, Avery. Estás haciendo el ridículo», pienso.

También te estás precipitando. Nadie ha dicho que vayas a tener sexo esta noche. «Jesús, contrólate», me digo.

Aun así, me enjabono con mi gel de ducha de azúcar rosado y luego me impregno de la crema corporal y la fragancia a juego. Me pongo el camisón por la cabeza, me rocío el pelo mojado con un acondicionador y luego me meto los pies en unas pantuflas de color rosa empolvado con bolitas peludas encima.

Cuando vuelvo a salir, Ryker está en la puerta, aceptando dos platos cubiertos, una bandeja de galletas y un par de Pilsen heladas. Le da una propina al empleado del hotel, que lanza una mirada de agradecimiento en mi dirección antes de marcharse. Ryker se gira, con las manos llenas, y se queda helado cuando me acerco.

—Deja que te ayude —le digo y le quito los platos.

Me acerco a la mesita, sintiendo que me mira, y los dejo ahí. Me sigue, lentamente, y abre la Pilsen. Mientras bebe, noto que su mirada baja y observa mis piernas desnudas.

Cuando me siento, me bajo el camisón todo lo que puedo y cruzo las piernas. Y Ryker sigue mirando.

—Bonitas pantuflas —dice finalmente.

Las miro y hago una mueca.

—¿Qué tienen de malo? —cuestiono.

—Son muy femeninas.

—Por si no te has dado cuenta, soy una chica.

—Oh, me he dado cuenta —suelta en voz baja.

Mi estómago da un pequeño vuelco mientras levanto la tapa de mi plato. Finalmente se sienta y los dos empezamos a comer.

—Tardas mucho en ducharte —comenta entre bocado y bocado.

—Oh, lo siento —digo.

—¿Qué haces ahí, de todos modos?

Parece realmente desconcertado y yo reprimo una sonrisa.

—Bueno, muchas cosas. —Se mete una patata frita en la boca y levanta una ceja curiosa—. Tengo que desmaquillarme, lavarme la cara, cepillarme los dientes, ducharme, afeitarme, ponerme lociones y cremas. La mirada que pone es de histeria. Como si no tuviera ni idea de lo que estoy hablando—. Déjame adivinar. Entrarás y saldrás en menos de diez minutos.

—Cinco minutos —corrige.

«Militares», pienso con una sonrisa.

Ryker tampoco tarda en comer y pronto se levanta y rebusca en su maleta.

—¿Se sabe algo de tu contacto? —averigua.

Saco mi correo electrónico y sacudo la cabeza.

—Todavía no.

Coge algunas cosas y se dirige al baño.

—Sigue comprobando —sugiere por encima del hombro.

Oh, claro que lo haré, pienso y vuelvo a mirar su culo. Cierra la puerta y me lo imagino desnudándose. Ese gran cuerpo desnudo bajo el chorro de la ducha. Cojo la Pilsen y me trago el resto de un largo trago.

En el momento en que Ryker vuelve a salir, noto el cambio en él. Lleva una camiseta y unos pantalones cortos. Está bien afeitado y huelo el jabón con olor a madera y a pino que utiliza. Me produce un cosquilleo. Pero parece más distante, sumido en sus pensamientos. Pensamientos oscuros.

Sé que volver aquí es duro para él y cuando se acerca al mini bar y saca una pequeña botella de vodka, me siento incómoda. Quiero consolarlo, acercarme y rodearlo con mis brazos. Pero ¿y si eso le hace sentirse aún más incómodo? Y estoy segura de que así será.

En lugar de eso, finjo consultar mi correo electrónico.

Pero, bajo mis pestañas, le veo acercarse a la ventana y bajar la botella mientras mira la ciudad. Y así sigue durante los siguientes cuarenta y cinco minutos mientras intenta ahogar sus penas. Tres pequeñas botellas de alcohol después, se deja caer en el borde de la cama, abre una cuarta botella y se pasa los dedos por el pelo húmedo.

Ya está bien. Me levanto de la silla, me acerco y me pongo entre sus largas piernas. Le quito la botella de la mano. Mira hacia arriba, medio borracho, mientras yo doy un sorbo y me estremezco. Un poco de valor líquido nunca viene mal.

—¿Quieres hablar? —le pregunto y le devuelvo la botella.

Él da un trago.

—No.

«Por supuesto que no», pienso.

—Me gustaría que me dijeras qué pasa ahí dentro. —Le paso unos dedos por la sien, por encima de la oreja.

Y, él se aleja como si lo hubiera quemado.

«Mierda. ¿Qué he hecho?».

Estoy muy confundida. He visto las miradas persistentes, he sentido el calor entre nosotros, y en el momento en que lo toco, se aparta. ¿Por qué?

—¿Ryker? —insisto.

Un músculo se flexiona en su mandíbula. Finalmente, me mira. Y esos ojos color whisky nadan en el dolor. Me acerco entre sus piernas abiertas y mis rodillas golpean el colchón. Con el pulso acelerado, pongo las manos en su duro pecho y noto cómo se tensa bajo la camiseta. Sus manos se levantan, serpentean alrededor de mis muñecas y las apartan de él.

«Me está rechazando», me doy cuenta con el corazón hundido.

—¿Qué pasa? —inquiero.

Pero se limita a negar con la cabeza y a soltarme las muñecas, haciéndome perder el equilibrio.

Doy un paso atrás y siento una oleada de compasión. Todo esto es culpa mía. Por primera vez, entiendo lo que le han hecho los dos últimos años. Mi pobre guerrero.

—Puede que no me quieras, pero, por favor, déjame ayudarte.

Finalmente, se encuentra con mi mirada.

—¿Crees que no te quiero? —pregunta en un duro susurro—. Joder, Avery, te he deseado desde el primer día que nos conocimos.

Mi corazón se detiene y busco en sus ojos la verdad.

—Pero, me acabas de alejar —digo sin entender.

Deja escapar un suspiro y me agarra de las caderas.

—Porque no tengo nada que ofrecerte. Estoy roto, Avery.

Siento sus largos dedos clavarse en mis costados y me doy cuenta de lo mucho que le duele.

—Ryker —susurro—. Deja que te ayude. —Cubro sus manos con las mías, las subo y las sostengo. Tan grandes y poderosas. Le doy un beso primero en una y luego en la otra—. Por favor.

Cuando no dice nada, coloco una de sus manos sobre mi corazón.

—Concéntrate en mí. No en el pasado. —Mi corazón retumba bajo su cálida mano.

Los dos empezamos a respirar con más fuerza y mis pezones se endurecen bajo el fino camisón.

Su mirada desciende, su pecho se agita, y sé que lo nota.

Arrastro su mano hacia abajo para cubrir mi pecho.

—Tócame, Ryker. —La palma de su mano se curva alrededor de mi pecho, luego la levanta y la aprieta. Mis ojos se cierran y suelto un suspiro—. ¿Se siente bien?

—Tan jodidamente bien —raspa.

—Entonces tócame. Déjate disfrutarlo.

Ante la invitación, levanta la otra mano y me cubre el pecho derecho. Coloco mis manos sobre las suyas, animándole. Acariciando, moldeando, amasando.

—Somos solo nosotros. Tú y yo —digo.

Mi cabeza cae hacia atrás y Ryker saca sus manos de debajo de las mías, me agarra de las caderas y me tira hacia delante. Mis ojos se abren de golpe, y jadeo.

Atrapada entre sus piernas, miro hacia abajo y me doy cuenta de la enorme y dura cresta que le presiona los calzoncillos. Cuando sus manos rozan la parte exterior de mis muslos y suben por debajo de mi camisón, me echo la mano al cuello y me inclino hacia él, sabiendo que está a punto de descubrir que mis bragas están empapadas.

Pero aún no se atreve a hacerlo. En cambio, me acaricia la espalda desnuda, moviendo las manos sin descanso de arriba abajo. Su mirada se dirige a mis labios. Es casi como si hubiera un debate interno en su cabeza.

Y me alegro de que gane la pasión.

Ryker se inclina y captura mi boca en un beso que hace arder mi alma. Nuestras bocas se funden, las lenguas se acarician, las manos se estrechan. Es intenso y a un nivel más profundo de lo que jamás había experimentado. De lo que nunca supe que existía.

Cuando finalmente nos separamos, jadeando, es como si acabara de salir del agua. Jadeo, meto las manos en su pelo corto y me aprieto contra su cuerpo duro.

Y él se retira. «Mierda».

A través de una visión borrosa, veo cómo me aparta de él, me baja el camisón y me toca un mechón de pelo. Juguetea con él un momento y, cuando por fin levanta la vista, sus ojos de *whisky* están llenos de arrepentimiento.

—Lo siento, Ave.

—Ryker...

Pero, él sacude la cabeza.

—Esto no puede pasar.

La decepción surge en mi interior.

—¿Por qué no? —pregunto con voz jadeante.

—Porque no soy lo suficientemente bueno para ti, Avery.

—Ryker, no te hagas el mártir.

De repente, es como si un escudo se cerrara sobre sus ojos, su cara, y me lanza esa mirada perfectamente vacía que desprecio.

—Confía en mí. Luego me lo agradecerás.

Con un gemido frustrado, me doy la vuelta y me dejo caer en la cama. «No, no te lo agradeceré más tarde. Maldita sea, ¿por qué tiene que ser tan santo conmigo? Sé que se ha acostado con otras mujeres. Con muchas otras mujeres», pienso sombríamente.

Sin embargo, cuando se trata de mí, se aleja constantemente. Podría pensar que es porque no se siente atraído por mí, pero sé que no es cierto. Puedo sentir literalmente el calor que desprende y las chispas que salen de mí.

En el momento en que nos tocamos, es como una especie de reacción química a punto de estallar.

Me tapo con la manta y entierro la cara en la almohada. A estas alturas, no sé si voy a ser capaz de convencerle de que baje la guardia. Sus muros son demasiado altos y resistentes.

Una maldita fortaleza que utiliza para mantenerme fuera.

Tiene esta forma de apagar sus emociones como un interruptor de luz. La última vez que lo vi tan inexpresivo e impasible fue en el funeral de Luke, poco después de nuestra pelea en el hospital.

Todos los que vinieron al funeral estaban completamente devastados. Mucha gente quería a mi hermano y la iglesia estaba llena de familiares y amigos del colegio, del barrio y de la Marina. Nunca he visto nada igual. Solo se podía estar de pie.

Recuerdo que busqué a Ryker entre la multitud y finalmente lo vi de pie a un lado con su uniforme de la Marina. Se mantenía erguido bajo una vidriera, con un aspecto tan estoico y limpio. Y esa mirada vacía en su rostro me dio un escalofrío.

El funeral de Luke constó de tres partes y fue el día más largo de mi vida. La misa fúnebre en la iglesia duró alrededor de una hora y cuando el reverendo se tomó un tiempo para hablar de Luke y de la maravillosa y patriótica vida que había llevado, me sentí mal del estómago. Si no fuera por su patriotismo, todavía estaría vivo. Y luego, cuando dijo que Luke era feliz ahora, a salvo y con el Señor, me mordí el labio con tanta fuerza que me sangró.

«¿Feliz?», pensé. ¿Cómo podía ser feliz Luke sabiendo que había sido brutalmente asesinado en un país extranjero y que su vida había terminado a los treinta y dos años? Nunca encontró el amor ni se casó ni tuvo una familia. Mis padres sollozaban a mi lado y recuerdo que cada vez me enfadaba más.

Sé que dicen que la vida no es justa, pero esto era más que injusto. Esto fue trágico y desgarrador a un nivel que me hizo un agujero en el alma. Mi hermano mayor había sido mi héroe y, a mis ojos, completamente invencible. Y ahora estaba frío y en una caja, con el cuerpo acribillado a balazos. No volvería a ver su encantadora sonrisa ni a oír su contagiosa risa. No habría más bromas de ida y vuelta, ni más vacaciones juntas, ni más cumpleaños, ni llamadas telefónicas, ni abrazos en los que me dijera lo orgulloso que estaba de mí.

Porque siempre lo hacía. Mis padres lo colmaban de elogios y atenciones y se lo merecía. Pero también sabía que eso significaba que yo no recibía mucho. Y eso estaba bien, podía vivir con mi hermano mayor siendo la superestrella y el centro de atención. Pero, Luke siempre se aseguraba de dirigir algunos de esos elogios y atención hacia mí.

Luke Archer era un buen hombre. Uno de los mejores. Y el hecho de que se haya ido me llenó de amargura. Pero, la realidad de la situación era que yo había proporcionado a su equipo la mala información que resultó en su muerte.

Estaba muerto por mi culpa.

Todavía no había asimilado ese pensamiento por completo. Y, cuando finalmente lo hice ese día, mi mundo comenzó a desmoronarse. La culpa se sentía como un ácido y me estaba carcomiendo.

Después del servicio religioso, nos dirigimos al cementerio militar. Ryker fue uno de los hombres que ayudó a llevar el féretro de mi hermano, justo delante con mi padre.

La ceremonia de entierro en la tumba fue aún más dura que el servicio religioso. Los honores fúnebres que le rindieron a Luke sus hermanos de la Armada me hicieron llorar y, como había estado en servicio activo y había recibido la Medalla de Honor a título póstumo, había portadores de cadáveres, un destacamento de tiro de siete personas, un oficial al mando (OIC) y un corneta.

La bandera permaneció sobre el féretro durante el servicio y, casi al final, el clérigo se retiró de la cabecera de la tumba. El OIC hizo una señal de atención al pelotón de fusilamiento y todos los militares uniformados, que eran muchos, hicieron el saludo de mano.

El pelotón de fusilamiento disparó tres salvas a la orden del contramaestre y luego un corneta tocó TAPS.

Fue jodidamente desgarrador y miré a Ryker, su mano en un saludo congelado. Finalmente, su mirada parpadeó en mi dirección. Y fue como si sus ojos marrones estuvieran vacíos, completamente desprovistos de cualquier emoción.

Después del TAPS, los militares terminaron sus saludos y el clérigo ofreció una bendición final. Por último, Ryker y otro soldado retiraron la bandera del ataúd y comenzaron a doblarla.

Observé cómo sus grandes manos se movían con tanto respeto y precisión mientras la doblaban a la perfección. No sé qué fue, tal vez la forma en que lo hizo con tanto cuidado, pero algo me sobrecogió por completo y más lágrimas calientes se deslizaron por mi rostro.

Cuando terminaron, Ryker le dio la bandera al oficial al mando, que se acercó a mí y a mis padres. Tenía forma de triángulo con el campo azul visible. Se la entregó a mi madre y dijo:

—En nombre de una nación agradecida y de una Marina orgullosa, les entrego esta bandera en reconocimiento a los años de servicio honorable y fiel de su hijo a su país.

Luego, dio un paso atrás y saludó.

Todos nos derrumbamos y nos dio el pésame. Después de volver a la cabecera de la tumba, los portadores del

féretro de honor, entre los que se encontraba Ryker, se acercaron y dieron sus condolencias.

Ryker fue el último. Estrechó la mano de mi padre, abrazó a mi madre y se dirigió a mí.

Y fue como si el tiempo se detuviera.

Miré su rostro estoico, sin saber qué hacer o decir. Un músculo le hizo tictac en la mandíbula y finalmente algo brilló en sus ojos marrones.

Odio.

Era frío y controlado y mi corazón se rompió.

Murmuró un pésame y luego giró sobre sus talones y volvió a acercarse al ataúd de mi hermano.

Sentí como si me hubiera dado un puñetazo en las tripas.

Mientras los dolientes se alejaban, mis padres y yo nos deslizamos en la parte trasera de un sedán negro. Todavía nos quedaba una parte más de este tortuoso día y era una reunión en el salón de veteranos local donde nos esperaba un almuerzo. Lo estaba temiendo. Todo lo que quería era ir a casa y hundirme en mi cama durante el próximo mes. Quería olvidar esta pesadilla.

Quería recuperar a mi hermano.

Mientras nuestro coche se alejaba, el oficial al mando nos saludó. Recuerdo que miré por la ventana, buscando a Ryker con la mirada. Como es tan alto y sobresale por encima de todos fue fácil encontrarlo. Estaba cerca de la tumba. Todos los demás se habían alejado, pero él estaba de pie junto a Luke, y una gran mano se posó sobre el ataúd.

Y, entonces, su cabeza cayó entre sus hombros.

En ese momento, vi todo su estoicismo desaparecer y Ryker Flynn se rompió.

No hay nada tan desgarrador como ver que algo que creías indestructible se quiebra en mil pedazos.

Más tarde, mientras cogía mi plato de comida en el salón, me di cuenta de que Ryker nunca se presentó a la comida.

Capítulo 8

Ryker

Alejar a Avery es lo más difícil que he hecho en mi vida. Más duro que cualquier entrenamiento o batalla. Más duro que el funeral de Luke. Me doy la vuelta, apartándome de ella, y respiro de forma irregular.

Aunque está en la otra cama, soy muy consciente de ella. Huele como una deliciosa golosina y lo único que quiero es devorarla. Ha pasado casi media hora desde que apagamos la luz y detuve las cosas antes de que fueran demasiado lejos. Y, todavía estoy duro como el infierno. «Joder», pienso. ¿Cómo se supone que voy a dormir cuando mi polla está lista para tener sexo? Exigiendo tener sexo.

«Soy el mayor idiota», pienso. Ha pasado demasiado tiempo y la mujer que quiero más que nada acaba de hacerme saber que también me desea. Y, ¿qué hago yo? Jugar al héroe, al noble guerrero que no necesita tener sexo con la hermosa mujer.

«Sí, claro». Estoy tan tentado de ir a arrastrarme a su cama ahora mismo. Hundirme en sus cálidas curvas y su delicioso cuerpo. Necesito quitarme de encima los nervios de estar aquí en Colombia y pensé que beber me ayudaría. Pero, solo hay una cosa que me ayudará ahora mismo.

Follar con Avery.

Vuelvo a ponerme de espaldas y me tapo los ojos con un brazo. Cuando su mano me rozó antes la cara y la oreja, me aparté de un tirón. No conoce mi pérdida de audición ni los diminutos audífonos que llevo. Tampoco sabe que tengo pesadillas y que a veces me despierto gritando. O cómo intento sobrellevarlas con el alcohol. Hay demasiadas cosas que quiero evitar que sepa.

Es demasiado buena. «Un ángel», pienso. Y no quiero mancharla con mi oscuridad, mis pecados imperdonables.

Tal vez soy un mártir porque prefiero sufrir solo. Me niego a arrastrarla conmigo. Ella no necesita ver la negrura que me tortura.

El problema es que sigo sintiéndome tremendamente atraído por ella. Así que, mientras mi mente dice una cosa, mi corazón y mi polla están en una página completamente diferente. Por suerte para mí, soy un SEAL y la fortaleza mental anula todo lo demás.

Bueno, más o menos. Miro la sábana con la tienda de campaña y gimo. «Joder, tengo que hacer algo al respecto», pienso. Miro a Avery, que está de espaldas a mí, y observo el ascenso y descenso uniforme de su espalda y sus hombros mientras respira. Bien, está dormida. Echo las sábanas hacia atrás, me dirijo al baño y libero el dolor palpitante de mis calzoncillos.

Últimamente he estado muy ocupado en el trabajo y, antes de eso, he caído en una de mis depresiones, así que hace tiempo que no tengo relaciones. Por supuesto, mi polla tiene que recordármelo ahora, precisamente. Envuelvo mi mano alrededor de la gruesa longitud y empiezo a bombear. Me inclino hacia delante, con la mano en el mostrador, y trabajo duro y rápido, con los pensamientos de Avery en la cabeza.

Y entonces la oigo detrás de mí, empujando la puerta hasta abrirla. Me quedo paralizado, a punto de correrme, y alzo la vista para verla en el espejo. Su mirada cae, los ojos azules se ensanchan con lo que parece... agradecimiento.

—Podría haberte ayudado antes con eso —dice. Se acerca tímidamente—. Todavía puedo —añade con voz ronca.

Dios, no tengo fuerza de voluntad para rechazarla y estoy a punto de explotar cuando se acerca a mí y se agacha, rodeándome con sus delicados dedos. Mi visión se nubla en el momento en que sus suaves manos me tocan. Es como el cielo. Su tacto es tan ligero, como un susurro, y envuelvo mi mano sobre la suya, guiándola hacia arriba y hacia abajo. Más rápido, más fuerte, hasta que todo mi cuerpo tiembla.

Cuando llega el orgasmo, es como si un tren de mercancías se abalanzara sobre mí. El líquido caliente de mi interior sale disparado entre nuestros dedos y atraviesa la encimera, y suelto un gemido gutural mientras mi cuerpo libera toda la energía reprimida que me ha estado volviendo tan condenadamente loco.

Me vuelvo a subir los calzoncillos, cojo una toalla y le limpio suavemente las manos y luego la encimera. Me siento como si fuera una olla a presión y todo el vapor de mi interior acabara de ser liberado. Es un alivio y siento la cabeza más despejada. Cojo la mano de Avery, me la llevo a los labios y le doy un beso con la boca abierta en la

palma.

Nuestras miradas se mantienen durante un momento que parece eterno y no nos comunicamos con palabras. Más bien con nuestros corazones o almas o algo así. Es extraño. Sea lo que sea lo que está pasando entre nosotros... no tengo fuerzas para seguir apartándola. Siento que algunos de mis muros empiezan a derrumbarse y decido que, si vamos a explorar esto que hay entre nosotros, no quiero precipitarme.

La conduzco de nuevo a la cama, la atraigo hacia mí y la rodeo con mis brazos. Cuando le doy un beso a lo largo de la línea del cabello, se acurruca en mi abrazo y suspira.

Los dos nos quedamos dormidos al instante y, no sé ella, pero es el mejor sueño que he tenido en años.

La mañana llega demasiado pronto y despertarse con Avery es la experiencia más placentera que podría imaginar. Su suave pelo rubio me hace cosquillas en la nariz y ese aroma azucarado que lleva me hace pensar en tiempos mejores. Cuando era más joven, despreocupado y mis padres aún vivían.

Crecí en un pequeño pueblo de Ohio, irónicamente no muy lejos de Luke y Avery. La vida de chico era todo lo que hubiera deseado para un niño. No tenía hermanos, pero tenía amigos, colegio y practicaba un sinnúmero de deportes. Mis padres eran amables y cariñosos. Mi padre era mi héroe y, como era exmilitar, quería seguir sus pasos. Más que nada, quería que estuviera orgulloso.

Por eso me esforcé tanto. Me alisté en la Marina y me propuse llegar a ser un Hombre Rana porque era lo máximo que podía conseguir. Durante todo mi entrenamiento, él me animó. Cuando por fin recibí mi insignia del Tridente, mi padre estaba en primera fila y gritó el «¡Hooyah!» más fuerte de todos.

Hace cinco años, mientras estaba en una misión en Afganistán, mis padres murieron en un accidente de coche. No tengo más familia, así que perderlos me hizo un gran hueco en el corazón. Luke estuvo a mi lado y me acogió más en su familia, invitándome a pasar las fiestas y las vacaciones.

Siempre me sentí mal porque estaba claro que Luke era el favorito y Avery siempre parecía estar en segundo lugar a los ojos de sus padres. Nunca entendí por qué, porque ella es tan increíble. Guapa, inteligente, decidida.

Ahora la miro, acurrucada entre mis brazos, y deposito un beso en sus ondas rubias y doradas. Ambos hemos perdido tanto y, de alguna manera, nos hemos vuelto a encontrar a pesar del dolor y la ira que nos separaron en un principio.

«No voy a volver a perderte», le prometo.

Es temprano, probablemente alrededor de las 5:30 de la mañana, pero es cuando normalmente me despierto. No puedo evitarlo. Cuando estaba en la Marina, nos levantábamos a las 4 o 5 de la mañana, así que, técnicamente, esto es dormir hasta tarde para mí. Salgo de la cama y desaparezco en el baño. Los recuerdos de la noche anterior me calientan instantáneamente la sangre. Nunca olvidaré que me levanté y vi su reflejo en el espejo. La expresión de su cara. En lugar de asco o repugnancia, estaba excitada. Lo que me excitó a mí.

Me pongo una camiseta, unos pantalones cargo negros y unas botas y me dirijo a la cafetería para tomar un par de cafés. Cuando vuelvo a la habitación, Avery está sentada en el sofá, afortunadamente vestida y sin ese camisón demasiado corto, escribiendo un correo electrónico.

Hace una pausa y me dedica una tímida sonrisa.

—Quiere que nos veamos en un par de horas. A las afueras de la ciudad. Asiento con la cabeza, me acerco y le doy el café.

—Gracias.

—¿Aún no tiene nombre?

—Solo «G.» todavía. Pero, me dijo que buscara al americano de pelo oscuro.

Me siento a su lado.

—No sé qué nos va a decir este tipo, pero espero que valga la pena venir hasta aquí.

—Vale la pena —dice ella—. Aunque no nos diga nada.

Miro y sus ojos azules brillan.

—Ave...

—Sé que tuvimos un comienzo difícil el otro día y lo siento.

Mi boca se levanta.

—¿Por abofetearme?

Pero, ella está completamente seria.

—Por todo, Ryker. Nunca quise hacerte daño. Nunca.

—Lo sé —digo suavemente. Y, es verdad.

Sé en mi corazón que Avery nunca hizo nada a propósito para herirme a mí o a mi equipo. Pero, la ira se apoderó de mí y quería arremeter contra alguien. Necesitaba odiar y culpar a alguien. Por desgracia, ella fue la que se llevó la

peor parte.

—Yo también lo siento —admito—. Perder a Luke y a los otros fue lo más duro que he vivido y necesitaba a alguien a quien culpar.

—Fue mi culpa —asume ella—. Quiero decir, pensé que lo era, de todos modos. Si descubrimos lo contrario, no puedo decirte el alivio que supondrá.

—Lo sé, cariño —susurro—. Ven. —La estrecho entre mis brazos y le acaricio el pelo, la espalda. Siento que su cuerpo se relaja contra el mío—. Supongo que los dos tenemos que curarnos. —La abrazo tanto como me atrevo y luego me alejo y le quito un mechón rubio del ojo—. Sea cual sea el lugar al que nos dirijamos para esta reunión, quiero llegar pronto. Hacer un reconocimiento.

Avery asiente.

—Buena idea. Terminaré de prepararme y podremos irnos.

Veo a Avery levantarse y observo el movimiento de sus caderas mientras se aleja. Mi ingle se tensa y recuerdo la visión de su mano bombeándome. «Mierda», pienso. Me pongo de pie y sacudo la cabeza. «Es hora de concentrarse en la misión que tenemos entre manos, Flynn».

Mientras Avery está en el baño, compruebo mi SIG Sauer y la meto en la cintura a mi espalda. También he traído mi pistola de cerdas, una navaja recta, que meto en mi bota. Estoy dispuesto a obtener algunas respuestas de este contacto, pero no soy estúpido. Aunque Avery tiene la esperanza de limpiar su nombre, una parte de mí se pregunta si esto es una especie de trampa.

¿Por qué esta persona se pondría en contacto con ella de repente sobre una misión que se fue a la mierda dos años antes? Falta alguna parte del rompecabezas y me rasco la nuca. Siempre que algo no me parece bien, me pica esa zona y por mucho que me rasque no desaparece.

Por eso voy preparado y desconfiado. No estoy seguro de lo que va a pasar, pero sé una cosa con seguridad: nadie va a hacerle daño a Avery y la protegeré con mi vida.

Salimos del hotel poco después y tomamos un taxi hasta la dirección que «G.» dio en el correo electrónico. Está fuera de los caminos trillados y es un bar de mala muerte. Hago que el conductor lo pase y nos deje un poco más arriba.

—No parece el lugar más seguro —digo mientras subimos y rodeamos la parte trasera del edificio.

Quiero comprobarlo y conocer todos los puntos de entrada y salida antes de entrar. Cuento las puertas y las ventanas, tomando notas mentales de todo lo que veo.

—Cree que vas a venir sola, ¿verdad? —pregunto.

—Sí. No le he hablado de ti.

—Buena chica —comento distraídamente y compruebo mi reloj.

Avery inclina la cabeza hacia atrás y lee el cartel torcido que hay sobre la puerta.

—¿La Serpiente?

—Sí. —Se lo traduzco a nuestro idioma natal.

—Yo sé. Hablo español, guapo. —Antes de que pueda comentarlo, cuadra los hombros y coge el pomo de la puerta—. ¿Listo para hacer esto? —habla y agrega una frase en esa lengua.

—No tengo ni idea de lo que dices, pero es muy sexy —comento.

Me lanza un guiño y me dan ganas de besarla hasta dejarla sin sentido. En lugar de eso, nos dirigimos al bar oscuro y de aspecto sórdido, solo para locales.

Capítulo 9

Avery

Cuando entramos en La Serpiente, todas las miradas se vuelven en nuestra dirección. Por suerte, solo hay media docena de clientes y estoy muy agradecida de tener a Ryker conmigo. Es más grande que todos ellos juntos y cuando pone su cara de seriedad, da mucho miedo.

Si son inteligentes, nadie en este lugar se meterá con nosotros.

Ryker se fija en un hombre sentado en una mesa de la esquina con una cerveza delante. Pone su gran mano en mi espalda y me guía hacia él. Cuando llegamos a la mesa, el hombre con barba y pelo oscuro desgredado señala con la cabeza los dos asientos vacíos que tiene enfrente. Parece tener unos treinta y cinco años y mira de mí a Ryker con ojos grises plateados.

—Me alegro de que hayas bajado, Avery —dice con voz fría—. ¿Quién es tu amigo?

Aunque su mirada es indecente, su voz es culta, educada. «Una combinación interesante», pienso.

—Ryker Flynn —responde Ryker—. Es imposible que viniera aquí sola.

Esos ojos plateados se estrechan, y prácticamente puedo ver cómo se arremolinan sus pensamientos.

—Ryker Flynn... tú eres el único que salió vivo. Bueno, apenas.

—¿Quién eres tú? —exijo—. ¿Y cómo sabes de la Operación Armagedón?

—Grayson Shaw, pero llámame Gray. Soy un antiguo agente de la CIA y llevo años vigilando a Antonio Castillo. —Se inclina hacia delante y sonrío, pero no hay nada amistoso en ello—. Pero, ese es nuestro pequeño secreto, ¿de acuerdo?

No estoy segura de lo que siento por este hombre. Le rodea un aire misterioso y no me da la impresión de que pueda confiar en él. Espero equivocarme.

—¿Por qué te has puesto en contacto conmigo? —inquiero.

—Porque te han tendido una trampa y te han dejado tirada.

—¿Y qué? ¿Cómo te afecta eso? —cuestiono.

Como si fuera una idea tardía, se encoge de hombros y añade:

—Tengo una hermana. Me recuerdas un poco a ella.

No estoy segura de creer lo que me está vendiendo, pero a estas alturas, tengo que esperar que sea de fiar.

—Entonces, ¿la mala información que pasé me la dieron a sabiendas?

—Eso es todo. Tú y el Escuadrón Rojo se llevaron la culpa porque alguien de adentro se estaba beneficiando de su relación con Antonio Castillo.

—¿Estás diciendo que Castillo tenía una operación de la CIA en el bolsillo? —pregunta Ryker, con la voz entrecortada por la incredulidad.

—No solo lo digo, lo sé. —Gray saca un archivo de su chaqueta y lo desliza por la mesa—. Es la comunicación que encontré entre Castillo y Valquiria.

Abro el archivo y veo una página llena de conversaciones decodificadas.

—¿Quién demonios es Valquiria? —pregunta Ryker, mirando el archivo.

Gray se encoge de hombros.

—No lo sé. Solo sé que es de la CIA porque son los únicos que sabían de la operación Armagedón aparte de tus chicos.

Los ojos marrones de Ryker se estrechan.

—Mi bando no habría saboteado el suyo —dice.

Los dos se miran fijamente durante un momento demasiado largo y puedo sentir cómo aumenta la tensión. Es como si se estuvieran desafiando mutuamente.

—De ahí que haya dicho CIA —dice Gray con suavidad.

—¿Crees que este agente sigue activo? —pregunto.

De nuevo, ese encogimiento de hombros.

—¿Quién sabe? Si tuviera que adivinar, diría que hicieron una fortuna informando a Castillo sobre cada

movimiento en su contra, se retiraron y ahora viven de su dinero sucio. —Gray me estudia y luego golpea la mesa con un dedo—. Podrías rastrear la identidad del agente a través de tu fuente original. ¿Quién era?

—Se llamaba John Miller —respondo.

—Obviamente, un alias. ¿Qué más sabes de él? ¿Algo? —interroga Gray.

—Solo que únicamente le gustaba hablar conmigo. Decía que confiaba en mí.

Gray hace una cara, pone los ojos en blanco.

—Más bien pensó que serías fácil de engañar —suelta.

—Muchas gracias —digo, irritándome.

—Lo siento, pero mira lo que ha pasado.

«Ya estoy harta de este tipo. Un imbécil pomposo», pienso.

—Seamos claros —expongo bruscamente, con los ojos brillando—. Me jodieron porque alguien fue codicioso, Shaw. No porque fuera débil o mala en mi trabajo.

Debajo de la mesa, siento que una mano se curva sobre mi rodilla y me aprieta. Miro a Ryker y veo que se esfuerza por contener una sonrisa.

«Está orgulloso de mí», pienso y eso hace que mi corazón se expanda. Cuando vuelvo a centrar mi atención en Gray, noto que algo nuevo aflora en esos ojos plateados. ¿Respeto, tal vez?

—Tomo nota, señorita Archer —indica.

—Entonces, ¿por qué has estado vigilando a Castillo? —pregunta Ryker.

Gray no responde de inmediato y, en cambio, se limita a reflexionar sobre la pregunta.

—Es un tipo malo. No me gustan los tipos malos.

—Esa es una respuesta bastante genérica —comenta Ryker, sin creérselo.

«Tengo una hermana», sus palabras anteriores resuenan en mi cabeza y, de repente, hago la conexión.

—Castillo hirió a tu hermana, ¿no es así?

Los ojos de Gray se abren un poco de sorpresa y luego asiente con fuerza.

—La asesinó, en realidad. Desde entonces, mi misión es acabar con ese cabrón.

—Lo siento —digo, y Ryker aparta la mirada con disgusto, murmurando una maldición en voz baja.

—Como he dicho, Castillo es un mal tipo. —Señala con la cabeza la carpeta—. Si puedes utilizar esa información y limpiar tu nombre, tu conciencia, entonces me alegro. Ambos parecen buenas personas. —Gray saca una tarjeta de su bolsillo y me la desliza—. Si necesitas ponerte en contacto conmigo, aquí tienes mi número. Mientras estés aquí o cuando vuelvas a casa. No sé nada más sobre la Operación Armagedón aparte de lo que hay en esa carpeta, pero si necesitas algo más... no dudes en llamar.

Cojo la tarjeta, la meto en la carpeta y nos levantamos todos.

Gray ofrece una mano a Ryker y se estrechan.

—Siento lo de tu equipo —dice Gray.

Ryker asiente con la cabeza.

—Y siento lo de tu hermana.

—Gracias por tenderme la mano —digo—. Esto lo cambia todo.

—Buena suerte —desea Gray y luego se da la vuelta y se escapa por una puerta lateral. «Se ha ido como un fantasma», pienso.

Ryker y yo volvemos a salir por la puerta principal. Es otro día fresco y no muy lejos veo un pequeño río. Nos acercamos y nos sentamos en un tronco cerca de la orilla.

—¿Qué te parece? —pregunto.

—Creo que es legítimo. —Ryker mira la carpeta que tengo en la mano—. Debo que echar un vistazo más de cerca, pero si lo que dice Shaw es cierto, entonces mi equipo fue sacrificado porque quienquiera que sea esta Valquiria estaba en la nómina de Castillo.

—Toda la misión fue comprometida para protegerlo. —Sacudo la cabeza, me quito el pelo de la cara y contemplo el agua—. Tengo que localizar a mi antigua fuente. Ver si conoce la verdadera identidad de Valquiria.

—Voy a llamar a Griff. También es un antiguo agente de la CIA y puede tener algunos contactos. Harlow, nuestro especialista en informática, podría ser capaz de desenterrar algo más de información, también.

—Si nada de eso da resultado, volvemos al punto de partida —digo, con la voz cabizbaja.

—Pero no olvides dónde estamos —recuerda.

Por un momento, no sé a qué se refiere. Pero entonces me doy cuenta.

—En el vientre de la bestia.

—Exactamente. El complejo de Castillo está cerca. Si pudiera encontrar una forma de entrar...

—No. Es demasiado peligroso. Además, tenemos otras pistas que comprobar primero. —Como no dice nada, le toco el brazo—. Esta no es una misión suicida, Ryker. Quita esa mirada de kamikaze de tus ojos.

—Estamos tan cerca...

—Oye, mírame. —Gira la cabeza y pongo una mano a lo largo de su mandíbula afeitada—. No puedo perder a más gente que me importa, ¿vale?

Una luz se enciende en sus ojos color *whisky*.

—Vale. Lo siento.

Cuando volvemos al hotel, me tumbo en el sofá y Ryker llama a Griff por el altavoz, paseándose de un lado a otro como un león inquieto. Puedo oír la camaradería en sus voces y están más cerca de lo que me imaginaba. Me alegro de que Ryker tenga a alguien cercano como él en su vida. A mí también me gustaría tenerlo, pero los amigos íntimos que tenía en Ohio los perdí cuando me mudé al Este para trabajar en la CIA.

Y, desde que me mudé a Los Ángeles tras la muerte de mi hermano, no me he sentido muy social. Sé que es culpa mía no tener amigas, pero al menos tengo a Liberty. Ella me hace sonreír cada día y me quiere pase lo que pase. Tal vez, cuando todo esto termine, tenga a Ryker. Al menos como un buen amigo.

Eso espero.

Después de hablar con Griff, Ryker llama a Harlow. No he conocido a la nueva especialista en informática de Platinum Security, también conocida como hacker, pero al parecer Griff solía trabajar con ella cuando era de la CIA y tiene mucho talento. Ryker se sienta a mi lado y nos presenta.

Harlow tiene una voz entrecortada y sensual, e imagino que también tiene el aspecto necesario para acompañarla. «Debe ser un requisito estar más caliente que el pecado para trabajar en Platinum Security», pienso, mirando el musculoso brazo de Ryker y el tatuaje que asoma bajo la manga de su camisa.

—He revisado todo lo que has anotado para Jax —dice. Puedo oír sus dedos tecleando sobre la línea—. Antonio Castillo tiene su propio pequeño ejército privado conocido como las Fuerzas Unidas de Colombia o UFOC. Son comparables al Cartel de Medellín. Un cártel de la droga colombiano muy poderoso y altamente organizado y un grupo criminal terrorista.

—Oh, genial —digo—. Así que es como el animal espiritual de Pablo Escobar.

—Puedes repetirlo —pide Harlow—. Tiene un complejo secreto y muy vigilado en algún lugar de la selva colombiana, pero todavía estoy intentando localizar su posición exacta.

Miro a Ryker, pero no comenta nada más sobre el complejo.

—¿Y el nombre en clave Valquiria? —pregunta Ryker—. Nuestro contacto reveló que Valquiria era el operativo de la CIA que trabajaba con Castillo y le avisó de que íbamos a entrar para eliminarlo.

Más tecleo.

—Veré lo que puedo averiguar —dice Harlow—. Si podemos investigar la verdadera identidad de Valquiria o incluso otro nombre, entonces podré seguir el rastro del dinero. Castillo habría transferido pagos, probablemente a una cuenta en el extranjero, y puedo rastrearlo con mis programas y eso proporcionará una conexión entre los dos. Prueba de que estaban trabajando juntos.

—Gracias, Harlow. Estaremos en contacto. —Después de que Ryker cuelgue, abrimos la carpeta que obtuvimos de Gray y leemos cuidadosamente las diversas comunicaciones entre Valquiria y Castillo.

—Me pregunto cómo habrá conseguido esto Gray —reflexiono.

—Era de la CIA, Ave. Igual que Griff. Esos tipos son tan jodidamente escurridizos. Entran y salen de un sitio y nadie se entera.

—Uhm, perdona, pero yo también fui de la CIA —le recuerdo y me cruzo de brazos.

—Lo sé, pero eran operativos en el campo.

—Que yo tuviera un trabajo de oficina no significa que tuviera una formación menos importante.

Suspira.

—No quise restarle importancia a tu trabajo. Solo que es un trabajo diferente al de alguien que está en las trincheras —aclaro.

—Menos peligroso, querrás decir.

—Exactamente.

—No estoy de acuerdo. —Puedo ver cómo aprieta la mandíbula, pero es cierto. El hecho de que no entrara y saliera a hurtadillas de países extranjeros no significa que mi trabajo no tuviera su parte de desafíos y peligros—. Puede que no haya tenido balas volando a mi alrededor, pero siendo realistas, la mayoría de los operativos no lo hacen porque sus misiones se desarrollan sin problemas. Como has dicho, entran y salen sin que el objetivo se entere.

Me mira por un momento y debe ver la chispa de molestia en mis ojos. Me molesta que la gente piense menos en una mujer que trabaja para la CIA como analista que, por ejemplo, en un hombre sobre el terreno.

—¿Has visto Zero Dark Thirty? —le pregunto.

—Afirmativo —responde con una sonrisa rondando sus labios.

—Entonces deberías recordar que se basa en el hecho de que fue una mujer la que encontró a Osama Bin Laden y, gracias a su tenaz persistencia, finalmente fue capturado.

Asiente con la cabeza.

—También recuerdo a los SEAL que descendieron en rappel desde el helicóptero, irrumpieron en el complejo y finalmente lo capturaron.

«Maldita sea. Estos hombres Alfa siempre deben tener razón», pienso.

—Eres un listillo, Flynn. ¿Lo sabías? —Le doy un puñetazo en el brazo.

Deja escapar una risita.

—¿Qué? ¿Y tú no lo eres?

—¿Podemos al menos estar de acuerdo en que fue un trabajo en equipo?

—Siempre es por el trabajo en equipo —acepta con voz tranquila—. El entrenamiento de los SEAL te enseña muchas cosas, pero lo más importante... Nosotros somos más grandes que yo.

—Eso lo decía Luke —comento.

Capítulo 10

Ryker

«Luke. Maldita sea, echo de menos a mi amigo», pienso.

Una oleada de melancolía me golpea y debe de notarse en mi cara porque Avery me toca el brazo.

—¿Vas a pegarme otra vez? —le pregunto.

—Lo siento —admite con una mirada tímida—. Es que realmente sabes cómo irritarme.

—El sentimiento es mutuo —reconozco.

Mi mente se aleja y recuerdo cuando Luke y yo nos conocimos en el campamento de entrenamiento. Ambos teníamos el mismo objetivo: ser los mejores. Sin embargo, lo curioso es que nunca nos sentimos como la competencia del otro. Hubo una camaradería y un respeto instantáneos. Nos pareció genial que ambos fuéramos de pueblos pequeños de Ohio y quisiéramos ser SEAL. A partir de ese momento, nos empujamos y desafiamos mutuamente, pero también nos cubrimos las espaldas.

Luego, en el BUD/S, fuimos compañeros de natación, lo que básicamente significó que nunca nos perdimos de vista durante los siguientes siete meses. Después de eso, asistimos juntos a la escuela de francotiradores y así sucesivamente hasta que nos convertimos en SEAL de pleno derecho. Luke era mi amigo, pero también mi hermano en todo el sentido de la palabra. Habría muerto por él.

Resulta que él murió por mí.

«Mierda», pienso. Respiro profundamente.

—¿Qué pasa? —Avery pregunta con voz suave.

—Solo estoy pensando en Luke —reconozco.

—Le echo de menos todos los días —dice.

—Sí.

Por un momento, nos perdemos en nuestros pensamientos. Entonces, Avery sonrío.

—¿Sabías que si no era un SEAL, quería ser un surfista profesional?

Me río.

—Apuesto a que cambió de opinión después de la tortura del surf.

—¿Qué es eso? ¿Algo que hiciste en el BUD/S?

Asiento con la cabeza.

—Era bastante básico. Nos tumbamos de espaldas en unos quince centímetros de oleaje frío, enlazamos los brazos y esperamos.

—¿Esperamos qué?

—Hasta que el instructor dijera que habíamos terminado. —Ella frunce el ceño—. Recuerdo que estaba tumbado junto a Luke y el instructor no paraba de decir lo mismo una y otra vez: «No vamos a salir hasta que tres personas renuncien, no tenemos dónde estar, podemos hacer esto toda la noche. Todo lo que tienes que hacer es renunciar. Es fácil». Y, Luke me miró y dijo: «A la mierda».

—Ese es mi hermano —dice con una sonrisa cariñosa—. ¿Qué tan fría estaba el agua?

—Jodidamente helada. Pero ese no fue el verdadero reto. La verdadera prueba vino cuando salimos del agua y tuvimos que enfrentarnos al océano con una camiseta mojada y un viento constante de 15 nudos que nos soplaba. Fue brutal.

—Jesús —susurra ella—. No sé cómo lo habéis hecho. Nada de eso.

Veo la admiración brillar en sus ojos azules y me siento orgulloso de Luke y de mí mismo.

—Porque abandonar nunca fue una opción. Teníamos el deseo de cumplir un objetivo y nada iba a detenernos. Ni siquiera la hipotermia.

—Dureza mental —dice—. No se puede fingir.

—No, no se puede. Solo tienes que comprometerte con un objetivo y completarlo. —Pienso en los dos últimos años y en cómo me rompí mentalmente.

Tal vez sea el momento de establecer una nueva meta. Perdonar a Avery, perdonarme a mí mismo y sanar de una

vez por todas.

Es entonces cuando me doy cuenta de que ya estoy a mitad de camino. Perdono a Avery. Me arrepiento de cada palabra y pensamiento terrible que he tenido o dicho a ella. Y no porque la verdadera culpa sea de Valquiria y Castillo, sino porque Avery es una buena persona que nunca tuvo más que buenas intenciones.

Siento que una nueva calma y paz comienzan a llenarme y miro su rostro angelical, armándome de valor.

—Avery... —Me estudia con sus ojos azules, esperando a que continúe—. Quiero que sepas que lo siento. Por todo. Lamento haber aumentado el dolor que ya tenías tras la muerte de tu hermano. ¿Puedes perdonarme?

Avery asiente.

—Por supuesto. Lo entiendo. Ambos hemos dicho cosas que no queríamos.

—Es que es difícil, ya sabes. Lidar con los sentimientos que se desbordan. —Cuando asiente con la cabeza, no creo que entienda realmente lo que estoy tratando de decir. Me trago los nervios y la miro fijamente—. Tienes que saber...

—¿Saber qué? —pregunta con voz suave.

—Saber que estoy enamorado de ti desde el primer día.

Algo se ilumina en sus ojos.

—¿De verdad?

—Eras la chica más guapa que había visto nunca —admito y veo que el rubor sube a sus mejillas—. Pensaba que parecías un ángel con los ojos del color del océano y el pelo como el sol. —Alargo la mano y cojo un mechón dorado entre los dedos—. Todavía lo pienso.

—Ryker...

Le suelto el pelo.

—Pero, eras la hermana pequeña de Luke, así que sabía que estabas fuera de los límites.

Avery baja la mirada, perdida en sus pensamientos, y luego estira la mano para tocar la mía.

—Ya no estoy fuera de los límites —advierde y desliza sus dedos entre los míos.

Se me acelera el pulso y entrelazo mis dedos con los suyos. Esas pocas palabras me golpean con fuerza, me ponen literalmente muy duro, y la acerco y la beso. El beso es suave durante un segundo antes de que pierda toda apariencia de autocontrol. Introduzco mi lengua en su boca y la beso fuerte y profundamente. Mis manos rodean su cintura y la arrastran hasta mi regazo para poder acceder mejor a su delicioso cuerpo.

—Ryker —murmura, y echa la cabeza hacia atrás.

Arrastro mi boca por su garganta, lamiendo hasta la delicada hendidura de su clavícula y hago girar mi lengua dentro del hueco.

—Sabes tan bien —susurro—. Tan dulce.

Cuando deslizo la mano por debajo de su camisa y sobre su vientre plano, no puedo creer que la esté tocando. Avery siempre fue todo lo que quise pero pensé que nunca podría tener. Meto los dedos en la cintura de sus pantalones y tiro de ellos hacia abajo. Quiero probar más de ella, su esencia.

La tumbo en el sofá y recorro su cuerpo, decidido a descubrir si su coño sabe tan dulce como el resto de su cuerpo. Agarro las bragas negras de satén que lleva y se las bajo, mientras le subo la camisa y bajo la boca por el estómago, por la cadera, por el interior del muslo.

«Es tan hermosa», pienso.

—Ryker... —Se levanta sobre los codos y miro hacia arriba para ver sus ojos azules vidriosos que me observan con atención.

Alzo una ceja y paso la lengua por el interior de su muslo, lamiendo, en una misión.

—Uhm... —Se retuerce debajo de mí, intentando juntar las piernas.

Hago una pausa.

—¿Qué pasa, cariño?

Su cara se enciende y su pecho sube y baja.

—Nunca... quiero decir que nadie ha... —Su ceño se frunce.

«Mi ángel nunca ha sido devorado», me doy cuenta. «Dios, su inocencia me excita».

—Relájate —le digo.

Pero noto lo tensa que está, así que vuelvo a subir por su cuerpo y atrapo sus labios con los míos, besando sus inseguridades y calmando sus nervios.

Cuando empieza a relajarse, deslizo una mano entre nosotros y la acaricio. Ella se estremece ante el contacto íntimo y yo arrastro mi boca hasta su oído, susurrando palabras para tranquilizarla.

—Solo soy yo —murmuro—. Abre las piernas, nena. Deja que te haga sentir bien.

Empiezo a acariciar entre sus piernas y ella deja escapar un suspiro tembloroso, clavando sus uñas en mi espalda.

—Oh, Dios —grita y empieza a retorcerse contra mi mano.

No puedo evitar sonreír contra su oído. Es tan sensible. Me meto el lóbulo de la oreja en la boca y me deleito con lo gloriosamente mojada que está. Cuando le meto un dedo, mueve las caderas y empieza a jadear.

—Voy a volver a bajar y a lamerte hasta que te corras —susurro. Sus uñas se clavan en mi espalda—. ¿Te parece bien?

—Mm-hm —Respira.

La beso de nuevo y empiezo a bajar. Ahora tengo dos dedos entrando y saliendo de su interior, y puedo sentir cómo aumenta la presión dentro de ella. Cuando llego a su centro chorreante, cierro la boca sobre su clítoris y chupo.

Avery golpea una mano contra el sofá y su cuerpo se tensa alrededor de mis dedos.

—Ryker —jadea y se retuerce debajo de mí.

Metó las manos bajo su culo, la levanto y lamo sus pliegues con una lengua plana. Una y otra vez hasta que gime y tiembla. Está al borde, así que vuelvo a rodear su clítoris con mis labios y chupo profundamente.

—Mierda, Dios. ¡Oh, mierda! —grita y se arquea.

Su cuerpo se estremece con fuerza y miro hacia arriba para ver cómo la golpea el orgasmo. Sus ojos se cierran, su cabeza cae hacia atrás y el placer la atraviesa. Creo que nunca había visto algo tan hermoso.

La vuelvo a apoyar en el sofá y me deslizo por su cuerpo. Sus ojos se abren y una sonrisa aturdida curva su boca.

—Ha sido increíble —ronronea.

—Me alegro de que te haya gustado —le digo y le doy un pellizco en la barbilla—. Siempre estoy aquí para ti, Ave. Para lo que necesites.

—Yo también quiero estar para ti —dice, con la voz ronca.

«Oh, Dios», pienso. Mi polla está a punto de desgarrar mis pantalones. Me siento como si me hubiera tocado la maldita lotería. Mientras su mano se desliza hacia abajo, suena mi puto teléfono. Exhalo un suspiro, me echo hacia atrás y cojo el teléfono.

—Ryker Flynn —digo entre dientes apretados.

—Hola, soy Jax. Y tengo a Griff y Harlow aquí conmigo.

Reprimo un gemido y me muevo en el sofá, intentando ponerme más cómodo, pero es casi imposible.

—¿Qué pasa? —pregunto y entonces escucho la ironía de mi saludo. Aparte de lo obvio, al menos.

—Harlow encontró la ubicación del complejo de Antonio —me dice Jax—. Y, las imágenes de satélite muestran que apenas está ocupado ahora mismo —agrega—. Solo unos pocos guardias.

Levanto una ceja y miro a Avery.

Si quiero entrar en el recinto, ahora es el momento.

Capítulo 11

Avery

«No», pienso. Sacudo la cabeza.

No me importa que el lugar esté completamente vacío. Entrar en el recinto de Antonio Castillo es una sentencia de muerte.

No voy a dejar que lo haga. Al menos no solo.

—¿Dónde crees que ha ido Castillo? —Griff pregunta.

—¿Quién sabe? Cuando a mi equipo se le encargó acabar con él, estaba en medio de la maldita selva. Creo que es el único lugar seguro donde puede celebrar reuniones.

—¿Crees que hay algo ahí que pueda confirmar la identidad de Valquiria? —pregunta Jax.

—Posiblemente. Harlow, había mencionado rastrearla a través de transferencias de dinero. Si puedo entrar ahí y sacar su disco duro, entonces tendrías un lugar donde empezar a buscar.

—Definitivamente —coincide ella.

«Maldita sea. Es demasiado peligroso. Pero, una buena idea», pienso.

—Actualmente, parece que su grupo paramilitar está fuera luchando contra un rival, así que podría estar con ellos —dice Griff.

—Podría estar en cualquier parte —comento yo—. Y, por lo que sabemos, él y todo su ejército podrían volver mañana.

—Puedo vigilar las imágenes del satélite —ofrece Harlow.

—¿Qué pasa con la seguridad? —Ryker pregunta—. ¿Puedes romperla?

—Puedo violar cualquier cosa —afirma ella con indiferencia.

—¿Estás segura? —pregunto.

—Puedo ocuparme de las cámaras y las alarmas, pero tú tendrás que hacer el resto.

—Mierda —interviene Jax—. Si haces esto, deberíamos estar allí contigo.

—No tenemos el lujo de tiempo —dice Ryker—. Puedo estar dentro y fuera para cuando vosotros dos subáis al avión.

—Es demasiado para una sola persona —se preocupa Jax.

Ryker me mira. «Quiere mi ayuda», pienso.

—Yo también voy —me ofrezco.

—Y una mierda —gruñe Ryker—. Me pondré en contacto con Grayson Shaw, el contacto que hemos conocido hoy. Tiene una venganza personal contra Castillo, así que es posible que quiera participar. También puede tener alguna información interna que podría ayudar. Harlow, ¿puedes conseguir la distribución estructural del complejo?

Miro fijamente a Ryker. «Si él va, entonces yo voy», decido.

—He buscado —dice—. Todavía no he podido encontrarlo.

—Shaw podría saberlo. Le llamaré en cuanto colguemos. ¿Algo más?

—Te enviaré las coordenadas del complejo, Ryker —informa Harlow.

—Genial, gracias.

—Ten cuidado —ordena Jax.

—No corras riesgos innecesarios —añade Griff.

—Entendido —indica Ryker—. Estaré en contacto.

Después de desconectar la llamada, levanta la vista y está claro que no estoy contenta.

—No quiero que hagas esto. No vale la pena el riesgo.

—Cariño, he hecho cosas mucho más peligrosas que esto.

—Sí, pero yo no sabía de esas actividades. Sé ahora y voy a estar preocupada hasta la médula.

—Es nuestra oportunidad para descubrir quién es realmente Valquiria. Tenemos que aprovecharla —sugiere.

Aprieto las manos en puños. «Mierda», pienso. Sé que tiene razón, pero si pasa algo malo, nunca me lo perdonaré.

—Voy a ir contigo.

—No, no vas a ir.

—Sí, voy.

Ryker aprieta la mandíbula.

—Si vienes entonces estaré preocupado todo el tiempo. Si sé que estás aquí y a salvo, entonces puedo concentrarme mejor en la misión.

—Eres un incordio —le digo y frunzo el ceño.

Ryker sonríe, levanta una mano y me frota la línea del ceño entre las cejas.

—Te prometo que tendré cuidado.

Sacudo la cabeza.

—Esta conversación no ha terminado.

—Sí, lo está.

—No, no lo está. —Deja escapar un suspiro frustrado, pero no me importa. Sé que puedo ayudarlo—. ¿Y si Gray no puede ir? No hay manera en el infierno de que vayas allí solo.

Ryker coge la tarjeta que Gray me dio antes y hace un alarde de marcar el número en su teléfono. Pongo los ojos en blanco. «Puede ser tan difícil», pienso, y me cruzo de brazos. Un ex SEAL grande y duro que se cree indestructible. Pero no lo es. Solo es humano, de carne y hueso, y ahí está el problema.

—¿Gray? Es Ryker Flynn. —Pulsa el botón del altavoz después de que le indique que quiero escuchar la conversación.

—Ryker, ¿qué pasa? —La fría voz de Gray pregunta por la línea.

—¿Hay alguna posibilidad de que tengas alguna información sobre el complejo de Castillo que pueda ayudarme a abrir una brecha?

—Me estás tomando el pelo, ¿verdad?

—Acabo de recibir información de que él y su ejército están ocupados de otra manera, así que el lugar está prácticamente vacío. Voy a entrar a sustraer su disco duro y me vendría bien un poco de información. O bien, refuerzos, si te interesa.

—Tengo esquemas del complejo.

—¿Cómo de precisos?

—Bastante precisos —dice—. Y, sí, estoy interesado en hacer cualquier cosa que derribe a ese hijo de puta.

Ryker levanta su mirada para encontrarse con la mía.

—Vayamos mañana. —Mientras me dice dónde nos vamos a quedar, mi corazón se hunde.

No quiero que haga esto. La última vez que fue a por Antonio Castillo, las cosas no acabaron bien.

Siguen hablando, haciendo planes, y se me revuelve el estómago. Está a punto de recibir una bronca en cuanto cuelgue. Irrumpir en el recinto de Castillo es una estupidez y una imprudencia. Es el tipo de cosa que podría hacer que lo mataran.

Y no necesito su muerte en mi conciencia.

«Mierda», pienso. Me levanto y empiezo a caminar. Mi instinto me hace sentir mal, pero Ryker es un guerrero experimentado y sé que no hay forma de convencerlo de que no lo haga. Está entrenado y seguro de sí mismo, pero también está implicado emocionalmente.

Me acerco a la ventana del suelo al techo y miro la ciudad. El cielo se está oscureciendo y las nubes de tormenta se ciernen bajas y amenazantes. Parece que va a haber una gran tormenta esta noche. Creo que también va a haber una en el interior, cuando me vaya con Ryker.

Muchas cosas podrían salir mal y cuanto más respaldo tenga, mejor. «Voy a ir», decido. Aunque solo sea para vigilar, sé que puedo ayudar. Ryker sigue olvidando que soy un agente entrenado por la CIA. Hice algo de entrenamiento de lucha y no tengo miedo de enfrentarme a los matones de Antonio.

No quiero pelear con él, pero tiene que entender que puedo cuidarme sola. Lo he hecho durante mucho tiempo.

Con un suspiro, sigo mirando por la ventana y escucho el resto de su conversación. Así que, aparentemente, esos dos son lo suficientemente competentes como para entrar en el recinto, pero yo no. Aprieto la mandíbula y repaso varios argumentos en mi cabeza.

Pero, él es más terco que una mula. No importa lo que diga, va a estar en desacuerdo.

Y entonces me doy cuenta.

¿Por qué no los sigo? Para cuando me revele o me descubran, será demasiado tarde.

Ugh, que dolor, sin embargo. Tendré que ir por separado y ser sigilosa cuando podría seguirlos desde el principio. Un trueno retumba y veo un rayo que ilumina el cielo en la distancia.

Tampoco tengo un arma. Ryker tiene su SIG Sauer y su cuchillo, pero ni siquiera eso es suficiente. Va a necesitar más equipo táctico. Su conversación gira en torno a las armas en cuanto lo pienso. Gray dice que puede suministrar cualquier cosa que necesiten. En todo caso, la mayor parte del tiempo. Le oigo mencionar un GPS Garmin Foretrex, un AR-15 con supresor de flash y una SIG Sauer P226.

Un escalofrío me recorre la espalda y las gotas de lluvia empiezan a salpicar la ventana. Ryker cuelga con Gray, pero no me vuelvo. Sigo mirando hacia afuera, con mis pensamientos ominosos dando vueltas.

Siento que Ryker se acerca por detrás de mí y me rodea la cintura con sus brazos. Pero, si cree que va a ser tan fácil, se está buscando otra cosa. Me alejo y me doy la vuelta, con mi temperamento a flor de piel.

—Puedo ayudar —insisto—. Y no me gusta que me descartes.

Deja escapar un largo suspiro y no dice nada. En cambio, inspira y exhala varias veces. Probablemente intenta mantener su temperamento bajo control. Bueno, el mío está a punto de salirse de control.

—Escúchame, Rana —le digo y le pongo el dedo en el pecho—. Soy un ex oficial de la CIA con entrenamiento de campo al igual que tus compañeros. Vas a necesitar todo el apoyo posible mañana y tengo la intención de proporcionártelo.

Ryker mira hacia abajo donde mi dedo acaba de apuñalarlo varias veces y levanta una ceja.

—Entiendo lo que dices, Ave. Pero la respuesta es no.

Mis ojos se entrecierran y me cabreo.

«¿Quién se cree que es?», me pregunto, hirviendo.

«Para tu información, soy buena para algo más que una paja, Ryker Flynn».

Capítulo 12

Ryker

«Dios todopoderoso, no acepta un no por respuesta», pienso.

Me pellizco el puente de la nariz, luchando por mantener mi temperamento bajo control, y mi siguiente comentario lo más políticamente correcto posible.

—Dame un poco de crédito, Ave. Sé que sirves para más cosas. Pero, tu entrenamiento no se parece en nada a lo que Gray y yo hemos pasado.

Avery pone los ojos en blanco.

—Puede que no haya pasado por el BUD/S, pero sé cómo disparar un arma y derribar a un oponente. Vas a necesitar refuerzos. Gray no es suficiente. Especialmente si hay más guardias de los que dice Harlow.

—¡Avery! —rujo.

—¿Qué? —grita ella.

«Joder», pienso. ¿Por qué no se le mete en la cabeza que no va a ir al complejo de Antonio Castillo con nosotros? «Ni de coña».

Mi voz baja y, en lugar de fuerte y mandona, es baja y letal.

—Te vas a quedar aquí. Fin de la conversación. —Cuando abre la boca para responder, la tapo con la mano—. Fin. De. La. Conversación.

Avery me muerde el dedo y retiro la mano con una maldición. Me lanza una mirada desafiante y luego parece replantearse su actitud. Puedo ver los engranajes girando en su cabeza a una milla de distancia.

—Bien —acepta de repente. Luego, gira sobre sus talones y se aleja.

«Una mierdecilla con mucha personalidad», maldigo para mis adentros. Me va a provocar un aneurisma.

«También está mintiendo», pienso.

La persigo y está al lado de su cama, rebuscando en su maleta.

—Dame tu palabra —le exijo.

Levanta la vista, con los ojos azules brillando.

—¿Qué?

—Prométeme que no nos seguirás mañana.

Avery me dedica una sonrisa angelical.

—Te lo prometo.

—Maldita sea, Avery, no voy a andar jodiendo. Es demasiado peligroso y tienes que hacer lo que te digo.

—¿Hacer lo que me dicen? —Ella resopla.

«Mierda», pienso muy tarde. Mala elección de palabras.

—Sé que te crees dura y fuerte —digo, probando una nueva táctica—. Y lo eres. Pero esto es más que eso. Se trata de ser capaz de dominar a un soldado especialmente entrenado que va a venir hacia ti con fuerza mortal. Se trata de ser capaz de manejar un rifle de asalto. También se trata de...

—Si solo entras y sales a hurtadillas, ¿por qué debería importar todo eso? —pregunta.

Mi boca se abre. Se cierra. ¿Por qué está siendo tan densa? ¿Tan obstinada?

—Joder. Siento que me estoy golpeando la cabeza contra la pared. ¿Qué es lo que no entiendes?

Se acerca, tan intrépida y decidida a convencerme de que la acepte que mi corazón se ablanda un poco.

—No entiendo por qué está bien que tú te sacrifiques potencialmente, pero yo no.

Los truenos resuenan y los relámpagos iluminan el cielo exterior.

«¿Sacrificarse?», pienso. Por supuesto que no.

—Eso ni siquiera es una opción —digo—. Así que quítatelo de la cabeza.

—¡Eres tan molesto! —grita. Se levanta y vuelve a clavarme el dedo en el pecho—. Para que lo sepas, puedo cuidarme sola.

Más rápido que una bala disparada por una pistola, le agarro la mano, se la retuerzo por la espalda y la empujo contra la pared. Mi boca baja hasta su oído.

—Entonces, hazlo. Te tengo. Soy el enemigo. Ahora aléjate de mí. —Ella se revuelve contra mí, atrapada entre la pared y las 200 libras—. No vas a ir a ninguna parte, pequeña.

—Eres un cabrón —dice, con la mejilla pegada a la pared—. Ni siquiera me has dado una oportunidad...

—Tampoco lo harán —siseo en su oído, empujando mis caderas en ella, presionándola más fuerte contra la pared, tratando de probar mi punto.

Por mucho que lo intente, está inmovilizada, incapaz de zafarse de mi agarre de acero. Bien. Estoy cabreado y cansado de discutir por algo tan ridículo.

—Suéltame —me ordena.

—¿Es eso lo que les dirás a los malos? —me burlo.

Con un gruñido, Avery gira las caderas hacia la izquierda y me da un golpe con la mano derecha en la ingle. Un «fuerte» golpe.

—¡Maldita sea! —ruge.

La suelto y ella se gira, con los puños en alto en posición de lucha. Me inclino, con las manos en las caderas, y respiro con fuerza. «Genial, ahora me duelen las putas pelotas», pienso.

—No quería hacerlo, pero no me has dejado otra opción.

Me enderezo y ella no parece arrepentida en absoluto.

—He terminado con esta conversación. También he terminado de jugar contigo. Tengo que hacer un reconocimiento.

Cuando me doy la vuelta y me alejo, la oigo soltar un resoplido y un trueno exterior. No voy a alimentar más su rabieta. Tengo que investigar demasiado sobre Castillo, su paradero, su ejército y su complejo.

Me dejo caer en el sofá con un gruñido. «Maldita sea», pienso. Me ha pegado más fuerte de lo que pensaba. «Un infierno». Debería haber sabido que haría algo así. No entiendo cómo puede parecer un ángel y tener el carácter del diablo.

La lluvia golpea el cristal y el siguiente trueno hace vibrar toda la habitación. «Ahí fuera está cayendo una tormenta tremenda», pienso. Solo espero que la tormenta aquí dentro haya terminado.

Gray me envía un correo electrónico con la distribución del recinto de Castillo y lo estudio. El maldito lugar es enorme. Una fortaleza. Reenvío las imágenes a Harlow y luego continúo mirando las fotos, tratando de determinar la mejor manera de abrir una brecha.

Hmm. Entre las imágenes de satélite que envió Harlow y los dibujos de Gray, puedo determinar que hay un muro de hormigón que rodea toda la propiedad. Probablemente de al menos tres metros de altura con una puerta principal en el frente. Las torres de vigilancia en cada esquina del muro se elevan otros tres metros más o menos.

Utilizando la selva como cobertura, nuestra mejor opción sería escalar el muro del lado derecho que da a la parte trasera de la casa, y luego colarnos por la parte de atrás. Compruebo las distintas habitaciones de la planta baja e intento determinar dónde podría estar su despacho. Como no tengo imágenes del interior, es una incógnita. Gray y yo tendremos que hacer un barrido rápido y minucioso para encontrarlo.

Una vez que lleguemos a la oficina, voy a arrancar ese disco duro y meterlo en mi bolsa. No voy a hacer la mierda de la operación fantasma de la CIA en la que entro y salgo a escondidas sin que nadie se entere. Quiero que ese imbécil sepa que alguien se llevó sus archivos. Quiero que se preocupe, que le entre el pánico, que se quede despierto por la noche intentando averiguar quién le ha robado su mierda y que se pregunte qué va a hacer con la información.

Me paso los dedos por el pelo cortado y me doy cuenta de que hay mucho silencio. Avery está fuera de mi campo de visión, a la vuelta de la esquina, y no puedo evitar preguntarme qué estará tramando. Un segundo después pasa corriendo, ignorándome por completo, y entra en el baño. ¡Pum! Da un portazo y yo pongo los ojos en blanco.

Puede estar enfadada. No me importa porque sé que lo mejor que puedo hacer por ella es hacer que se quede aquí y mantenerla alejada del peligro. Y, ahora mismo, protegerla es mi prioridad número uno. Mi responsabilidad.

Cuando oigo abrir la ducha, me viene a la cabeza la imagen de su cuerpo desnudo. Desnudo y mojado. «Oh, Dios», pienso. Realmente sabe cómo cabrearme y luego excitarme, todo en el espacio de unos minutos.

Afuera, la tormenta empeora. Mientras vuelvo a revisar los esquemas del complejo, la energía parpadea. «Oh, oh», pienso. Si nos quedamos sin electricidad, nos quedaremos a oscuras y es demasiado pronto para ir a dormir.

Mi ingle se tensa. No se puede hacer mucho en la oscuridad, pero hay algunas cosas que podríamos intentar.

Avery solo tiene que superarse a sí misma.

Aunque, tengo que darle crédito. Esa pequeña maniobra que hizo antes fue impresionante. Mis partes privadas podrían no estar de acuerdo.

«Dios, ella es un manojo de nervios», me digo para mis adentros. Pero ¿quién mejor para manejarla que yo?

Pensando en lo que dijo antes, tengo la sensación de que no ha sido tocada por muchos hombres. Si la he entendido bien, soy el primer hombre que se la ha chupado. ¿Cómo es posible? La mejor pregunta es ¿cómo puede una mujer saber tan bien?

Trago con fuerza, escuchando la ducha, y siento que mi polla cobra vida. Quiero volver a probarla. Quiero hundirme en ella y darle el mejor orgasmo que haya tenido en su vida. Y, esta vez, no quiero que ninguna maldita llamada telefónica nos interrumpa.

Las luces vuelven a parpadear y miro hacia la ventana salpicada de lluvia. No hay velas en la habitación, así que me levanto y me dirijo a mi maleta, donde tengo un paquete de linternas de 15 centímetros metido en un bolsillo lateral. Un chasquido y una rápida sacudida, y una luz verde iluminará los alrededores. Las que tengo duran hasta ocho horas.

Mientras Avery sigue en el baño, me quito la ropa y me pongo los pantalones cortos. La habitación es cálida, así que no me molesto en ponerme una camiseta. La última vez que me puse estos pantalones cortos, Avery me tomó en sus manos y me masturbó con fuerza. No puedo quitarme la imagen erótica de la cabeza y gimoteo.

No estoy seguro de que eso vuelva a ocurrir. Pero espero que la ducha haya ayudado a enfriar un poco su temperamento. Mientras me dirijo de nuevo al sofá, la puerta del baño se abre y Avery sale en una nube de vapor.

Los dos nos quedamos helados. Vuelve a llevar ese pequeño camisón y no puedo evitar fijarme en sus largas piernas desnudas. Hasta esas pequeñas pantuflas con el puf en la parte superior. «Dios, es tan sexy», pienso. Al mismo tiempo, noto que su mirada azul se sumerge y se mueve sobre mi pecho. Me aseguro de mantenerme en forma, así que sé que estoy bien hecho y me gusta ver la admiración en sus ojos. Definitivamente, hace que todas las horas que paso haciendo ejercicio merezcan la pena.

Pero entonces recuerdo las cicatrices. Las heridas de cuchillo y de bala y mi corazón se desploma. No quiero que vea los feos recuerdos de esa terrible noche, así que me doy la vuelta y me alejo, de vuelta al sofá. Dejo caer la caja de luminiscentes en la mesa de café y me doy cuenta de que ella sigue mirándome.

—¿Qué es eso? —pregunta y señala la caja con la cabeza.

Antes de que pueda responder, las luces parpadean. Una, dos y luego se apagan por completo, sumiéndonos en la oscuridad.

Capítulo 13

Avery

Oigo un chasquido y un inquietante resplandor verde llena el espacio entre Ryker y yo.

—Chemlight —responde para referirse a las lámparas.

—Desde luego, vienes preparado —comento.

Ahora que está más oscuro y es más difícil para él ver dónde estoy mirando, compruebo su pecho y sus abdominales con más detenimiento. «Dios mío, está en forma», pienso, y mi estómago da un vuelco. Como un maldito semental. «Tan fuerte, tantos músculos». Creo que siento que mis ovarios se activan y saludan.

¿Un paquete de seis? «Uhm, no», me respondo. Ryker Flynn tiene un maldito paquete de ocho.

Está al borde del ridículo.

Pero, muy, muy bonito. Siento el impulso de pasar mi mano por sus abdominales, seguir cada hendidura, pero entonces recuerdo que todavía estoy enfadada con él. O, al menos, intento estarlo. «Idiota».

—Avery...

Se me revuelve el estómago al oír su voz ronca. «Oh, no», pienso. Ahora se va a poner sexy y caliente y yo me voy a derrumbar.

«¿Es eso tan malo?», me pregunto.

—Tu cuerpo es ridículo —suelto.

Creo que está sonriendo, pero es difícil saberlo en la oscuridad.

—¿Qué significa eso? —pregunta.

—Significa que deberías comer algo dulce. ¿Tal vez una galleta o un donut?

—He comido algo dulce antes —dice en voz baja y sugerente. Se me hace un nudo en la garganta—. Y me encantaría comer algo más.

—Para —exijo—. Mi voz sale demasiado ronca y él empieza a acercarse a mí. Como un león acechando a su presa.

—¿Puedo preguntarte algo? —Se detiene frente a mí y la luz verde brilla entre nosotros.

Oh, Dios, no tengo ni idea de lo que me va a preguntar, pero tengo la sensación de que va a ser extremadamente personal. Y, probablemente, muy inapropiado. Dejo escapar un suspiro.

—Depende de la pregunta.

—¿Con cuántos hombres has estado?

—No creo que eso sea de tu incumbencia —señalo—. Pero no hay fuerza en mi voz y se acerca. Miro el gran tatuaje que tiene en la parte superior del brazo derecho. Es un esqueleto de rana que sostiene un tridente—. Bonita tinta —musito, intentando cambiar de tema.

Su brazo se flexiona.

—¿Es un secreto? —insiste.

Respiro.

—¿Por qué te importa?

Coge un mechón de mi pelo húmedo y lo frota entre el pulgar y el índice.

—Me parece fascinante que nadie te haya probado más que yo.

Mi estómago empieza a dar pequeñas vueltas y la humedad se acumula entre mis piernas. Maldito sea. Me distrae tanto con ese tatuaje, esos deliciosos abdominales y sus palabras sucias.

—No es fascinante —espeto.

—Lo es para mí.

—Ryker...

—Dime —susurra.

Me muerdo el labio.

—Bueno, técnicamente... uno.

El calor se enciende en sus ojos, que ahora brillan de color verde por el químico.

—¿Cómo puedes ser tan guapa y, a la vez, tan inocente? —inquire.

—No me conoces muy bien —respondo tratando de mantener mi voz ligera.

Me pone las manos en las caderas y estamos a un suspiro el uno del otro. Siento el calor que irradia su gran cuerpo y mi enfado anterior se disuelve. La sustituye una oleada de deseo.

—Quiero hacerlo —murmura se inclina y empieza a besar mi cuello—. Quiero conocerte mejor de lo que te conoces a ti misma.

—Eso no es posible —advierto intentando mantener la distancia.

Pero, cada vez es más difícil con él susurrando en mi oído y arrastrando su cálida boca por mi garganta. Suelto un pequeño y tembloroso suspiro, intentando no tocarlo.

Sus suaves labios suben y me besan a lo largo de la mandíbula, y su cálido aliento me hace cosquillas en la oreja.

—Claro que sí.

Me retiro y pongo una mano en su pecho.

—Todavía estoy enfadada contigo —le recuerdo. Pero, de repente, todo lo que puedo sentir es su dura y cálida piel y es como si una corriente eléctrica pasara entre nosotros. Como un rayo.

—Entonces déjame compensarte.

Antes de que pueda responder, me coge en brazos como si no pesara más que un niño y me lleva hasta su cama. Me baja, sus grandes manos recorren todo mi cuerpo y siento un cosquilleo dondequiera que me toque.

Agarra el borde de mi camisón y lo sube. Por encima de mis bragas ahora empapadas, por encima de mi estómago, por encima de la curva de mis pechos. Me lo quita del todo y lo tira. Luego, se mueve entre mis muslos, atrapando mi pierna entre las suyas, frotándose contra mí.

Mis ojos se cierran cuando siento la dureza de sus pantalones y recuerdo lo perfecto que es ahí abajo: largo, grueso y suave. Me agarro a la cintura y deslizo los calzoncillos por sus estrechas caderas. Su polla se libera y le rodeo con los dedos.

—Estás muy caliente —susurro y empiezo a acariciar su carne palpitante. Su respiración aumenta, volviéndose más ronca, y aprieto muy ligeramente—. Siento haberte golpeado aquí.

—Joder, Ave.

Sus caderas se sacuden y me deslizo por debajo de él, bajando por su cuerpo, dejando besos a lo largo de su pecho y abdominales ridículamente rasgados. Lamo a lo largo de un surco, bajando hasta su polla, que sobresale con orgullo.

«Dios, es grande», pienso. Cuando me la meto en la boca, me enreda los dedos en el pelo y sus caderas se levantan de la cama. Chupo, tirando de él hasta el fondo, hasta el fondo de mi garganta. Ryker gime y tira de mí hacia arriba, dándome la vuelta.

De repente, vuelve a estar encima y me besa con fuerza. Su oscura cabeza cae sobre mis pechos y hace girar la lengua alrededor de un pezón y luego del otro. Su lengua sabe exactamente cómo torturarme y yo le paso los dedos por el pelo corto, arrastrando las uñas por sus brazos duros como piedras.

Cuando llega entre mis muslos, me arqueo contra su mano. Mis caderas empiezan a rechinar como si tuvieran mente propia y no puedo soportar las ondas pulsantes que empiezan a recorrer la parte inferior de mi cuerpo.

—¡Ryker, oh, Dios! —grito.

—Ven para mí, Ave.

Acaricia mis resbaladizos pliegues, desliza un dedo dentro de mí y mis paredes internas se contraen. Grito, clavando mis uñas en sus brazos. El placer es demasiado y dejo escapar un gemido y me vuelvo a hundir en la almohada.

Ryker se inclina sobre mí y entonces oigo el sonido de un paquete de papel de aluminio que se abre. Perdida en una bruma de puro placer, le veo desenrollar el condón y volver a meterse entre mis piernas. No puedo creer que esto esté sucediendo. Que Ryker Flynn, el hombre que más he deseado siempre, esté a punto de estar dentro de mí.

—¿Sabes cuánto tiempo te he deseado? —me pregunta.

«Dios, es como si estuviéramos en la misma longitud de onda», pienso.

—No tanto como te he deseado yo —susurro.

—Imposible —dice y separa más mis piernas.

Cuando siento su punta presionando mi entrada, levanto las caderas. Quiero hasta el último centímetro de él dentro de mí. «Espero que sea posible», pienso. Un temblor me recorre y siento que mi piel se estira alrededor de él.

—Oh, Dios —digo y me tenso.

Ryker hace una pausa, se acerca y empieza a masajear mi clítoris hinchado.

—Puedes cogerme, Ave. Relájate.

Hago lo que me dice y envuelvo mis piernas alrededor de su cintura, abriendo todo el camino. Se retira y se desliza más profundamente. Se retira de nuevo y se desliza más adentro. Me estiro hasta que creo que no puedo más.

—Te necesito todo. Ahora —siseo y le clavo las uñas en los brazos.

Me penetra hasta el final y me ahoga el grito con un profundo beso. Me arqueo y empiezo a moverme con movimientos medidos. Cuando encuentro su mirada, esos ojos color *whisky* que tanto me gustan me penetran hasta el alma.

Con la mirada clavada, se lanza a lo más profundo, empujando con más fuerza, y yo dejo caer mi cara sobre su hombro mientras me penetra una y otra vez. Siento que pierde el control, que su ritmo se desborda, y creo que toda la maldita cama se estrella contra la pared en este momento. Quiero gritar, pero en lugar de eso, le muerdo el hombro mientras las ondas de placer me invaden de nuevo, y me recorren hasta que me corro con más fuerza que nunca.

Sobre mí, todo el cuerpo de Ryker se tensa y luego se estremece.

—Ave —gime y explota en un orgasmo que le sacude todo el cuerpo. Se deja caer a mi lado, enterrando su cara en mi pelo—. Jodida mierda —suelta con voz ronca.

—Lo mismo digo —conuerdo.

Los dos tardamos un buen rato en orientarnos, en recuperarnos.

Cuando su agitada respiración vuelve a la normalidad, se aparta y me mira con lo que casi parece un asombro.

—¿Qué? —indago y trazo un dedo por su áspera mandíbula.

—Acabas de destrozarme a otras mujeres para mí —dice, y luego captura mi boca en un largo y ardiente beso.

«Oh», pienso, y deslizo mi lengua contra la suya. Unos largos instantes después, me retiro y le dedico una pequeña y malvada sonrisa.

—Bien —susurro.

—Un infierno —dice, y se desliza fuera de la cama para deshacerse del condón.

Vuelve un momento después y me rodea con sus brazos, acercándose. Recuesto mi cabeza contra su pecho, atrapada en el calor de su abrazo, y disfruto de la sensación de su cuerpo grande y cálido apretado contra el mío.

Permanecemos así durante mucho tiempo, escuchando la respiración del otro.

—Cuéntame algo sobre Luke —murmuro—. Algo que me haga sonreír.

Ryker enhebra sus dedos entre los míos y piensa por un momento.

—Luke era mi mejor amigo. El mejor hombre que conocí. También, el mayor listillo. Se le ocurría un comentario sarcástico para todo.

Me río y veo cómo nuestros dedos se deslizan uno dentro del otro.

—Nunca nadie me hizo reír tanto. Solíamos quedarnos despiertos la mitad de la noche y bromear sobre todo. Y siempre estaba sucio. Yo le decía que se metiera en la ducha, pero cuando estábamos de patrulla durante días, con el agua del pantano hasta el cuello, él siempre decía que lo haría mañana. Cuando los demás le regañaban por ello, yo me limitaba a decir que lo dejaran apestar.

Ryker toma un mechón de mi pelo entre sus dedos y juega con él y me sigue contando:

—Éramos compañeros de natación, sabes. Una vez estábamos nadando tres kilómetros y le dio un calambre en la pierna. Estaba agonizando y pensé seriamente que se iba a ahogar. Cuando intenté ayudarlo, me dijo que lo dejara en paz y que me ocupara de mis asuntos. Que lo solucionaría o se ahogaría. Bueno, usó algunas palabras más fuertes que eso, pero ya entiendes la idea. Era muy terco. Como tú.

Una suave sonrisa curva mi boca y Ryker continúa:

—Era el mejor hombre que he conocido, un líder natural. Si algo salía mal, él asumía la culpa. Nunca tiró a nadie debajo del autobús y era leal hasta la saciedad. Le echo de menos, Ave. Le echo mucho de menos.

—Lo sé —susurro y levanto su mano para depositar un beso entre sus grandes nudillos.

Capítulo 14

Ryker

Me alegro de que Avery y yo hayamos hablado de Luke. Es importante recordarlo. La persona feliz, divertida y cariñosa que era, los buenos recuerdos que tenemos.

Por desgracia, yo también tengo malos recuerdos y a veces vuelven por mucho que intente escapar de ellos. Y esta noche no es una excepción.

Me duermo, con Avery acurrucada en mis brazos, y es perfecto hasta que la pesadilla vuelve a aparecer.

Mi equipo y yo estamos de nuevo en la selva colombiana, rodeados por las fuerzas de Castillo, luchando por nuestras vidas.

Después de ser apuñalado en el hombro, doy una patada, conecto con la pierna de mi oponente y cae. No pierdo tiempo en usar mi cuchillo con él. Mientras tanto, oigo a Luke pedir ayuda. No está lejos luchando contra tres atacantes. «Mierda», pienso. Salgo a ayudarlo, pero varios malhechores más se abalanzan sobre mí en el camino.

Con 1,90 m, soy un tipo bastante grande, pero tres contra uno nunca es divertido. Nos enfrentamos y es la clase brutal de combate cuerpo a cuerpo que deja a la gente mortalmente herida o muerta. Y yo no quiero morir. No esta noche.

Y entonces Avery aparece en mi mente. La hermosa e inocente Avery, con sus ojos azul aciano y su pelo rubio dorado. Ella es una razón para luchar, me digo. También es una razón para vivir. Porque antes de dejar este mundo, me hago una promesa.

Voy a besar a Avery Archer. Voy a saber cómo se sienten esos deliciosos labios rozando los míos. Voy a descubrir de una vez por todas si sabe tan dulce como huele. Lo más cerca que estuve fue después de visitar el santuario de animales. Le deseé un feliz cumpleaños, me incliné hacia ella y, por mucho que quisiera tomarla en mis brazos y besarla hasta dejarla sin sentido, me limité a rozar un casto beso en la comisura de su boca.

Y me arrepiento de no haber entrado con fuerza y haber hecho lo que ambos queríamos. Es la única vez que puedo decir honestamente que no di mi 110% normal cuando debería haberlo hecho. Debería haber capturado su boca en un beso que la dejara sin aliento y temblando en mis brazos. Un beso de cumpleaños que ella recordaría el resto de su vida.

Aquí fuera, perdido en la selva, luchando contra este vicioso grupo paramilitar, Avery me mantiene vivo. Me hace seguir adelante cuando mi hombro sangra sin cesar y luego me disparan. Una, dos, tres veces.

«Maldita sea», pienso.

Caigo con fuerza, pero no me rindo. De ninguna manera. La adrenalina me mantiene en movimiento, arrastrándome hacia delante, alcanzando mi SIG Sauer, girando y disparando a un soldado que está a punto de apretar el gatillo de nuevo, pero esta vez su cañón apunta a mi corazón. Cae muerto en el suelo de la jungla.

Uno de los miembros de mi equipo, Josh, me agarra y me acerca a un árbol.

—Estás bien —dice apoyándose contra la fresca corteza. Mi cabeza cae hacia atrás y miro hacia la espesa copa de los árboles y veo los ojos azules de Avery. Me pone un poco de barro en el hombro para detener la hemorragia.

—¿De dónde han salido todos estos imbéciles? —pregunto luchando por mantenerme presente.

Él niega con la cabeza.

—No lo sé, pero las comunicaciones no funcionan. Tenemos que llegar al punto de extracción.

—Ya no sé ni dónde diablos estamos —suelto.

Y, como en todo sueño, las cosas empiezan a alterarse de la forma real en que ocurrieron.

Josh desaparece y vuelvo a oír la voz de Luke.

—¡Ryker! Ayúdame!

Me doy la vuelta, buscando a mi amigo, pero no lo veo por ninguna parte. Todo lo que veo es una maldita jungla verde dondequiera que mire. Ahora entiendo mejor lo que debe ser Vietnam. «Y, es una mierda».

—¡Luke! —grito girando en círculo, incapaz de encontrarlo.

—¡Ryker!

De repente, pasan más balas y me tiro al suelo.

Y, me encuentro cara a cara con el rostro manchado de sangre de Luke. Está acribillado a balazos, pero sigue vivo. Y, extrañamente, me doy cuenta de que tiene casi el mismo color de ojos que Avery, solo un poco más oscuro.

—Luke —bramo ronco y hago un rápido inventario de sus heridas. «Joder», pienso. Demasiadas para contarlas y su respiración suena mal. Sibilante, como si tuviera un pulmón colapsado.

—Estoy bien, ¿verdad? —pregunta.

—Sí, amigo, estás bien —respondo, aunque sé que estoy mintiendo—. Vamos, vamos a salir de aquí ahora.

—Yo... no puedo —dice con los ojos en blanco.

—Aguanta —le pido.

Entonces, me levanto, ignorando mis heridas, y me acerco a mi mejor amigo. Parece que está a punto de desmayarse, pero lo arrastro y me lo echo al hombro. Pesa mucho, pero no me importa. De ninguna manera voy a dejarlo en este lugar olvidado de la mano de Dios. O salimos los dos o no sale ninguno.

Miro mi GPS y en lugar de ver nuestra ubicación exacta y la distancia al punto de extracción, los números cambian constantemente. Como si estuviera perdido en el puto País de las Maravillas. No sé a dónde ir y una ola de pánico me invade. Busco el teléfono satelital, pero ya no está.

Así que me dirijo en la dirección que creo que es la correcta, pero no estoy seguro. A cada paso, Luke se vuelve más y más pesado. Tropiezo un par de veces, pero sigo avanzando por la selva. A mi alrededor oigo los gritos de mis otros compañeros al caer. Mi corazón sangra por ellos, por Luke, y justo cuando estoy a punto de derrumbarme, un enemigo sale de la nada y nos ataca.

Caigo al suelo con fuerza y, de repente, Luke desaparece. Solo quedamos este soldado y yo. Nos rodeamos, con los cuchillos en la mano, y él me ataca. Esquivo la hoja, salto hacia atrás y giro, cortando el aire y apuntando a su costado.

Mi cuchillo da en el blanco y el tipo grita de rabia. Se lanza contra mí, dando tajos de un lado a otro, sin apuntar siquiera, solo tratando de apuñalarme en cualquier lugar y por todas partes. Giro y le doy una fuerte patada, pero no cae. Es como un puto ninja demente, lanzándose por todas partes.

Un dolor agudo hace que se me nuble la vista y miro hacia abajo para ver su hoja clavada en mi costado. La saco, veo mi sangre goteando por el reluciente filo plateado y la dejo caer al suelo. Se lanza de nuevo contra mí, derribándome al suelo, y de repente tiene otro cuchillo en la mano, intentando clavármelo en la garganta.

Le agarro la muñeca, con las manos temblorosas, mientras intento retenerlo. Estamos frente a frente, luchando, y la cuchilla se acerca a mi cuello, ahora apenas a un centímetro. Hago acopio de toda la fuerza que llevo dentro y empujo tan fuerte como puedo. El tipo se levanta y cae hacia atrás.

Como una cobra en huelga, me muevo rápido y aterrizo sobre él, clavándole la rodilla en el pecho, inmovilizándolo en el suelo, y le rodeo el cuello con las manos. Sus ojos se abren de par en par por la sorpresa cuando aprieto. Voy a arrancarle la vida.

—¡No! —grita agitándose debajo de mí. Da un puñetazo, pero sus golpes fallidos solo me enfurecen más. Aprieto el agarre, los dedos se clavan en su cuello, dejando marcas rojas y asesinas.

—¡Muérete, joder! —grito y aprieto con cada gramo de fuerza que me queda.

—¡Ryker!

Mi agarre se afloja. «¿Cómo sabe mi nombre?», pienso.

—¡Ryker, para!

¿Qué está pasando? Miro a mi alrededor. «¿Quién me llama?», me digo.

—¡Despierta!

Entonces, mis ojos se abren de golpe. Y me doy cuenta con horror de que mis manos están alrededor del cuello de Avery. Tratando de sacarle la vida.

«Dios mío», pienso impactado. La suelto y ella jadea, alargando la mano para tocarse el cuello, con los ojos muy abiertos.

El shock me invade y no puedo dejar de ver la mirada de sus ojos azules. Miedo. Me mira como si estuviera aterrorizada de mí.

«Oh, joder», pienso. Se me revuelve el estómago y me levanto de la cama. «¿Qué he hecho?».

—Lo siento —consigo decir y cojo mis pantalones cortos. Luego, me alejo con unas piernas que parecen fideos, todas tambaleantes. Voy al baño, me pongo los calzoncillos y me echo agua en la cara. En nombre de Dios, ¿qué acabo de hacer?

Cuando salgo del baño, Avery está de pie, con una sábana alrededor.

—¿Ryker? —Da un paso hacia mí y yo me alejo.

«Jesús, no puedo creer que tenía mis manos alrededor de su cuello», me lamento para mis adentros. Y, estaba

apretando. Con fuerza.

—¿Estás bien? —pregunta con los ojos llenos de preocupación.

«¿Yo? ¿Qué pasa contigo?», pienso.

—¿Tú lo estás? —pregunto.

Avery asiente con la cabeza. «Gracias a Dios», exclamo en mi mente sintiendo un poco de alivio. Pero, cuando se acerca, doy otro paso atrás. Obviamente, tengo que alejarme de ella. Nunca le haría daño físicamente y el hecho de que casi lo haya hecho me mata. Literalmente, me destroza por dentro.

—Tienes que alejarte, Ave —le digo.

—No seas ridículo —dice ella—. Fue un sueño. Una pesadilla. No fue tu culpa.

—¿Y si no me hubiera despertado a tiempo? ¿Y si te hubiera hecho daño? —Deslizo una mano por mi pelo corto—. Nunca me lo perdonaría.

—No vas a hacerme daño. —Cuando extiende la mano, tropiezo hacia atrás, chocando con el sofá.

—Eso no lo sabes —insisto con la voz cruda—. Las pesadillas son tan vívidas a veces. Es como si no tuviera control sobre mí mismo.

—Confío en ti.

—No deberías.

Avery deja escapar un suspiro.

—Por favor. Ven aquí. —Me abre los brazos y por mucho que quiera ir, no puedo.

Mis pies están congelados, no se mueven, porque me niego a ponerla en cualquier tipo de peligro y la protegeré de todo. Incluso de mí mismo.

—Vuelve a la cama, Avery.

Sus ojos azules se clavan en los míos.

—¿No vas a venir conmigo?

Niego con la cabeza.

—Dormiré aquí.

—Pero te quiero a mi lado.

Dios, me lo está poniendo muy difícil, pero no voy a ceder. Su seguridad es demasiado importante.

—Es mejor que me aleje de ti. Por favor, Ave.

Piensa en mis palabras y asiente lentamente.

—De acuerdo —finalmente cede—. Tómame un tiempo. Pero, te quiero en mi cama de nuevo mañana.

«No va a suceder, ángel», pienso.

La veo regresar y meterse en mi cama. Es lo mejor, me digo.

Esto es exactamente por lo que no puedo tener una relación normal con una mujer. No importa cuánto tiempo pase, no puedo superar estos demonios. Me dejo caer en el sofá, enfadado conmigo mismo. Debería haber tenido más cuidado. Debería haberme despertado antes, más rápido.

Pero, Dios, estaba encerrado con fuerza en las fauces de esa pesadilla. No podía escapar.

Y hacer daño a Avery, de entre todas las personas...

«Joder». Me froto los ojos con fuerza y vuelvo a caer contra el cojín. «Eres un idiota, Ryker, si de verdad pensabas que podías tener una relación normal con ella. Ahora os habéis acostado juntos y tiene que terminar antes de que empiece. Porque lo estoy terminando», me digo. Con efecto inmediato.

Me siento fatal. Sé que ella se preocupa por mí y Dios sabe que yo me preocupo por ella, pero no puedo hacerla pasar por las pesadillas conmigo. No es justo. Se merece a alguien que no esté roto. Un hombre que pueda darle todo lo que necesita y merece.

Y, Avery se merece el mundo, incluyendo un matrimonio feliz con un marido e hijos amorosos y normales. Yo no puedo darle eso. Sería egoísta de mi parte mantenerla en mi vida y en mi cama.

Suelto una maldición por lo bajo, me tumbo en el sofá y me meto una mano detrás de la cabeza. Al instante, mi mente vuelve a lo que fue antes, cuando me acosté con ella en este mismo lugar y probé lo dulce que es. Pensar en ella y en las cosas que hicimos me va a torturar el resto de mi vida.

Una parte de mí siente que estuvimos tan cerca de la felicidad. Como si estuviéramos al borde de algo increíble y que tal vez lo hubiéramos logrado. Pero, entonces mis malditos demonios tuvieron que salir a la superficie y destruir cualquier esperanza que tontamente tenía de un futuro normal.

«Soy patético», pienso. Siempre cayendo presa de las pesadillas. Nunca soy capaz de escapar completamente de sus garras.

Solía pensar que era tan fuerte y que nada podía vencerme. Era un maldito Navy SEAL y podía patearle el culo a

cualquiera. Me enorgullecía de mi fortaleza mental.

Ja. Ya no. Supongo que nadie es indestructible y yo soy la prueba de ello. No importa lo fuerte o inteligente que seas, todo el mundo tiene una debilidad y puede ser derribado eventualmente.

Me duele el corazón de saber que voy a tener que romper el corazón de Avery para salvarla. Sé que mi ángel luchador no va a aceptar lo que tengo que hacer. Es una guerrera y sabe lo que quiere. Así que, si decide que me quiere, va a ser una batalla campal.

O, tal vez no. Quizá se harte de mis tonterías y piense que la vida es mejor y más fácil sin un hombre con cicatrices y roto que no puede deshacerse de su pasado atormentado.

De cualquier manera, sé que tengo que dejarla ir.

Y sé que me va a matar.

Capítulo 15

Avery

No voy a mentir. Despertarme para ser asfixiada no fue una experiencia agradable y un poco aterradora. Pero, sé que Ryker no quiso hacerlo. Él nunca me haría daño. Ni en un millón de años.

De esto, no tengo ninguna duda.

Desafortunadamente, él no lo cree.

«Oh, mi pobre guerrero», pienso. Ha luchado contra las sombras durante demasiado tiempo y todo lo que quiero hacer es ayudarlo. Sentí que los muros comenzaban a desmoronarse, pero ahora están de nuevo en pie. Más altos y fuertes que nunca. Aprieto los ojos y aprieto la cara contra su almohada, respirando su aroma.

Afuera, la lluvia sigue cayendo, pero los truenos y los relámpagos han terminado. Sin embargo, dentro de mi corazón se desata una tormenta. Voy a luchar por mi hombre. Ha pasado por demasiados dolores de cabeza y ha experimentado más pérdidas de las que cualquiera debería soportar en una vida.

Una persona solo puede ser tan fuerte. Ryker Flynn me necesita. Necesita ayuda para sanar y solo el amor lo hará. Quiero darle ese amor, introducirme en las sombras oscuras y sacarlo de nuevo a la luz del sol.

Abro los ojos y miro hacia el sofá en el que está tumbado. Está a la vuelta de la esquina, así que solo puedo ver sus pies descalzos, cruzados por los tobillos y apoyados en el reposabrazos, colgando sobre el suelo. Deseo más que nada acercarme y guiarlo de vuelta aquí, a la cama conmigo. Pero está asustado y sé que ahora precisa espacio.

Creo que está más asustado que yo que casi me asfixio.

Mañana, él y Gray van a irrumpir en el complejo de Castillo y tiene que estar 110% concentrado en la misión. Pero, ahora también va a tener esto en la cabeza y eso me preocupa. Si le pasa algo, no lo manejaré bien.

Francamente, perderé la cabeza.

Cuando dejas entrar a la gente, hay un riesgo de perderla. Lo entiendo, pero eso no hace que sea más fácil cuando suceda.

«No va a suceder, Ave», me dijo. Ryker es un experto en lo que hace. Nadie en el mundo está más entrenado que un SEAL de la Marina de EE.UU. para manejar a los tipos malos. Es para lo que viven, tienen el talento, la paciencia y la fortaleza para hacer los trabajos difíciles que nadie más puede o quiere hacer. Bueno, excepto quizás su igual, la Fuerza Delta de élite del Ejército. Por eso trabajan tanto en conjunto. Porque son los más grandes malotes que hay.

Durante un buen rato, no consigo conciliar el sueño, así que me limito a escuchar el chapoteo de la lluvia contra las ventanas. Casi dos horas después, suspiro y me incorporo. Mi mirada se desplaza hacia el borde del sofá, donde Ryker no se ha movido en mucho tiempo, así que supongo que debe estar durmiendo. Entonces, me doy cuenta de que ni siquiera tiene una manta.

Me escabullo de la cama, saco la sábana de la cama y me pongo de puntillas en el sofá. El corazón se me atasca en la garganta cuando lo miro mientras duerme. Está tumbado de lado, con una mano bajo el borde de la almohada y la otra metida bajo la barbilla. Su respiración es profunda y parece estar en paz, no atrapado por un mal sueño, y lo agradezco.

«Dios, es tan guapo», pienso. El sofá no puede ser cómodo porque es demasiado grande y sus largas piernas están dobladas, con las rodillas colgando sobre el costado. Mi mirada se desplaza por su rostro robusto, observando cada detalle, desde su pelo recortado hasta sus pestañas negras cerradas y su mandíbula angulosa cubierta de rastros oscuros.

Su cuello es largo y se une a unos hombros que se funden en unos brazos que solo podrían pertenecer a un guerrero. Los grandes músculos pueden estar en reposo, pero no son ninguna broma. Tan fuertes y capaces. Probablemente puede levantar 300 libras, que son como dos y medio veces mi peso.

Hay una forma de estar en forma y luego hay una forma militar. Ryker cae en la última categoría, sin duda. Compruebo lo que puedo de su pecho. Está encorvado hacia mí con los brazos por delante, así que es difícil de ver, pero es bastante evidente que está construido como el granito. Liso y duro.

A medida que mi mirada se desliza hacia abajo, distingo tres cicatrices de balas y sé que hay más. Le dispararon

cinco veces. Cinco balas y un cuchillo no pudieron acabar con mi hombre. Así que, que me parta un rayo si una pesadilla lo hace.

«Voy a ayudarte», pienso. Subo la sábana por encima de sus largas piernas y se la pongo en la cintura. Se lo prometo.

Por la mañana, ambos nos preparamos y decidimos bajar a tomar un café. No menciona lo que ha pasado, pero noto que se aleja. Mantiene las distancias y está muy callado. Sé que su mente está en la misión, así que no quiero molestarlo. Pero, al mismo tiempo, echo de menos su gran mano en mi espalda y las otras pequeñas caricias que me había acostumbrado a sentir. Extraño las miradas acaloradas y prolongadas, las conversaciones, ya sea que estuviéramos bromeando, conspirando o peleando.

Odio que me aleje. Sin embargo, supongo que hay una forma de volver a encenderlo. Después de la misión, voy a tener que seducirlo. Le dije que quería que volviera a mi cama esta noche, así que voy a hacer todo lo posible para que así sea.

Después de todo, es solo un hombre de carne y hueso. Sucumbirá. Eventualmente, al menos.

Ryker me pasa el café y le doy las gracias. La lluvia ha parado antes y parece que está haciendo sol. «Me vendría bien un poco de sol cálido en la cara», pienso.

—¿Quieres ir a dar un paseo? —pregunto.

Ryker mira el enorme reloj que lleva en la muñeca. Gray no llegará hasta dentro de unas horas y ya ha repasado mil veces el plan de la misión. Le dedico una pequeña sonrisa y le doy un tirón del brazo.

—Vamos, grandulón —le digo—. Estás pálido. Te vendría bien un poco de sol.

—Supongo —concede—. Pero, solo un paseo rápido. Tengo que volver a subir y repasar todo de nuevo.

Mira mis dedos, todavía en su brazo y lo suelto.

—¿Cuánto puedes levantar en banco? —le pregunto de improviso.

—¿Qué? —pregunta. Puedo oír la sorpresa, pero también un rastro de diversión en su voz—. ¿Por qué?

Me encojo de hombros y le lanzo una sonrisa coqueta.

—Solo por curiosidad. Sé que debe ser mucho, así que dame un número. Impresióname.

—Puedo contigo —dice y su boca se inclina hacia arriba.

Me alegra ver el comienzo de una sonrisa en su cara.

—Sí. Como dos de mí.

—¿Dos? —Se burla—. Más bien tres —presume.

Levanto una ceja.

—Para que sepas, no estoy tan delgada como crees. Pero, gracias —añado y doy un sorbo a mi café.

—Eres ligera como una pluma —dice.

—De nuevo, gracias. Pero no. Peso 120 en un buen día.

Ryker hace un rápido cálculo en su cabeza y luego me hace un gesto con la cabeza.

—Tres de ustedes son 360. Eso es lo que puedo levantar en el banco. Exactamente.

—¿360 libras? —pregunto con incredulidad—. No puede ser.

Se encoge de hombros.

—Cualquier tipo en buena forma debería ser capaz de levantar 100 libras más que su peso corporal. Yo estoy en mejor forma que la mayoría de los tipos, supongo —dice.

—Yo diría que sí, He-Man. Cielos.

Se ríe.

«Ahí está», pienso. Sonrío, contenta de ver que vuelve a calentarme. Me va a costar trabajo y tiempo, pero voy a entrar como una bola de demolición y derribar esos malditos muros suyos de una vez por todas.

Mientras caminamos por la calle, veo lo que parece un mercado agrícola en un callejón.

—Vamos a por algo de comer —sugiero observando toda la fruta fresca, las verduras y otros productos.

Nos damos la vuelta y nos adentramos en la callejuela llena de puestos y vendedores interminables. Está lleno de gente local y algunos turistas. No tardo en ver un tipo de galleta de aspecto delicioso.

—Oh, mira —le digo y lo arrastro hacia él.

—Creo que puedes oler un dulce a una milla de distancia —bromea y sonrío.

—Más vale que lo creas —respondo y compruebo el puesto con lo que la mujer me dice que son obleas.

Las obleas, finas como el papel, están rellenas de arequipe, una especie de dulce de leche, y ella les añade un poco de mermelada de fresa.

Ambos cogemos un par y Ryker le paga. No pierdo tiempo en darle un mordisco y es el paraíso azucarado.

—Oh, wow, delicioso —señalo.

Seguimos entre la multitud y me fijo en una mesa llena de cerámica negra.

Un par de puestos más allá, admiro unos chales de colores brillantes y cojo un sombrero. Me lo pongo y poso.

—Deberías comprarte uno —le comento a Ryker y le doy el sombrero blanco y negro. Se lo pone en la cabeza y el vendedor y yo nos reímos.

—El sombrero *vueltaio* es un símbolo de los machos de Colombia —explica el vendedor.

—Pues nadie es más macho que este tipo —juego. Un rubor sube a las mejillas de Ryker y es demasiado adorable —. Mi hombre es muy guapo, ¿no?

—Sí, señorita. Grande y fuerte.

Compro los sombreros.

—Tu español es impresionante —dice Ryker quitándose el sombrero, mientras nos alejamos.

—Gracias —correspondo.

—¿Alguna vez me vas a hacer saber lo que dices cuando hablas en este idioma? —pregunta.

—Posiblemente —respondo con una sonrisa socarrona—. ¡Oh, mira! —Señalo una mesa con esmeraldas expuestas—. Estas no pueden ser reales —digo en voz baja.

—Se pueden comprar esmeraldas en toda Colombia. Puede que no sean de gran calidad, pero probablemente salgan directamente de una mina local. —Su mirada color *whisky* se sumerge y se encuentra con la mía—. ¿Quieres una? —pregunta.

Me doy cuenta de que habla en serio. Pero, entonces, veo un carrito con tabletas de chocolate negro colombiano y eso me gusta más.

—Prefiero uno de esos —admito y me dirijo a él.

Ryker se ríe y me sigue.

—Solo tú elegirías el chocolate antes que las esmeraldas, Ave —espeto.

—Déjame a mí y a mis dulces en paz —suelto por encima del hombro.

Elegimos unas cuantas barritas para llevar a casa y, mientras él paga, paso por delante de un puesto que vende pulpa de zumo de fruta congelada. Todo tiene muy buena pinta. Al otro lado del camino, veo un café y sé que también tenemos que llevarnos un poco a casa.

Mientras miro los diferentes sabores, oigo que alguien se acerca a mi lado y me giro, suponiendo que es Ryker.

—Mira —digo—. Tienen sabor a chocolate...

La sacudida me hace caer de rodillas. Siento como si me clavaran agujas en el costado cuando la pistola eléctrica me toca. Entonces, siento que me tiran por encima de un hombro y me llevan en volandas por el resto del callejón y a la vuelta de la esquina.

Quiero llamar a Ryker, pero no encuentro mi voz. Una bolsa cae sobre mi cabeza y alguien me ata las manos con unos amarres plásticos de cremallera antes de meterme en la parte trasera de un vehículo.

«Dios mío», pienso.

Cuando recupero algo de movilidad en mis aturdidos músculos, ya es demasiado tarde. Estoy rebotando en la parte trasera de la furgoneta, de camino a solo Dios sabe dónde.

Me doy cuenta de que me están secuestrando.

Capítulo 16

Ryker

Mientras pago las barritas de chocolate, miro por encima del hombro y veo que Avery se detiene en un puesto que vende café. El café de Colombia es uno de los mejores del mundo, así que sin duda tendremos que comprar un poco para llevar a casa. Le doy las gracias al vendedor, añado el chocolate a la bolsa de recuerdos que cada vez pesa más y me doy la vuelta.

Empiezo a caminar por el callejón, mi mirada busca la cabeza rubia de Avery. Sobresale como un pulgar dolorido, así que cuando no la veo inmediatamente, frunzo el ceño. «¿Dónde se habrá metido ahora?», me pregunto y empiezo a caminar más abajo.

«Probablemente haya olfateado más dulces», pienso y no puedo evitar sonreír.

Pero entonces veo su cabeza rubia y mi corazón se hunde de miedo. Está colgada del hombro de un hombre que se mueve rápidamente. Dejo caer nuestros recuerdos y salgo corriendo tras ellos a toda velocidad. Al final del callejón, giro en la esquina.

Dos furgonetas blancas están paradas en la acera. No hay nadie cerca y, de repente, una de las furgonetas se desprende, con los neumáticos echando humo.

Aunque no la veo, sé que tienen a Avery.

En el momento en que empiezo a correr tras la primera furgoneta, las puertas traseras de la otra se abren de golpe y dos hombres enmascarados saltan, bloqueando mi camino.

Me detengo y ellos se abalanzan inmediatamente. Pero estoy preparado. El primer hombre se lanza contra mí y yo tropiezo hacia atrás, estrellándome contra un contenedor de basura. Le doy un rodillazo en las tripas y, cuando cae, el segundo hombre ataca.

Consigo lanzar un puñetazo antes de que el cabrón que está en el suelo saque una pistola eléctrica. La veo un poco tarde y aprieta el gatillo. Cuando los voltios me alcanzan, es como si mil cuchillos se clavaran en mi pierna y me dejo caer. No se detiene, asegurándose de que permanezco en el suelo, y Dios, duele. Todos los músculos de mi cuerpo sufren espasmos y se niegan a moverse.

Lucho por levantarme, pero mi mente y mis músculos no se conectan. Los dos enmascarados me agarran cada uno de los brazos, me levantan de un tirón y me lanzan a la parte trasera de la furgoneta. Mientras se aleja, el cabrón de la pistola eléctrica me golpea de nuevo y lo único que puedo hacer es rodar sobre mi espalda y gemir.

Indefenso, veo cómo me atan las manos con una cremallera plástica y luego me ponen una bolsa en la cabeza.

No estoy seguro de cuánto tiempo conducimos. Cuarenta y cinco minutos, tal vez, pero supongo que nos adentramos en la selva porque la carretera se vuelve más accidentada, ya no está pavimentada como en la ciudad, y de vez en cuando oigo cómo las hojas y las ramas rozan el vehículo.

Mi mente y mis músculos empiezan a sentirse de nuevo normales y me pregunto adónde diablos me llevan. Supongo que a Avery y a mí nos llevan los mismos hombres y al mismo lugar, pero por ahora no sé nada con seguridad.

¿Por qué nos eligieron como objetivo? Y, ¿quién nos llevó exactamente? No creo que hayan salido a secuestrar a un par de turistas al azar. Algo más nefasto está sucediendo.

Tengo que encontrar una forma de escapar. Cuando me pongo en posición sentada, una voz me exige quedarme quieto en otro idioma.

Puede que no hable español, pero sé cuando alguien me ordena que no me mueva. Me apoyo en la pared de la furgoneta y espero pacientemente mi momento. Ahora mismo estoy en gran desventaja porque no puedo ver qué demonios está pasando a mi alrededor. Sin embargo, en algún momento me quitarán la bolsa de la cabeza y estaré listo para atacar.

Finalmente, la furgoneta se detiene. Oigo algunos intercambios rápidos en español y me gustaría saber lo que dicen. No hablo con fluidez como Avery, pero capto un par de palabras: el jefe y la mujer.

¿Es Avery la mujer de la que hablan? Dios, eso espero.

No puedo ver qué demonios está pasando, pero las puertas traseras de la furgoneta se abren y alguien me saca de

un tirón. Mi captor me pone el cañón de una pistola en la sien y, en mi lengua acentuada, indica:

—Muévete, gringo.

Luego, me mete una mano en la espalda y avanzo a trompicones. Camino, intentando mirar hacia abajo y ver algo, pero la bolsa está bien cerrada. El gilipollas no me advierte de las escaleras y tropiezo, golpeando mis rodillas contra las baldosas.

—Cabrón —siseo.

La pistola me golpea en la nuca por mi pequeño comentario y las estrellas parpadean en la negrura que me rodea. Sin embargo, me obligo a mantenerme en pie y a dar un paso cada vez. Con suerte, más cerca de Avery.

Recorremos un largo pasillo, damos un par de vueltas y luego me empuja a una habitación. Hay silencio, excepto por el sonido de los pájaros de fuera, y una mano me empuja hacia una silla. Me arranca la bolsa de la cabeza y miro a mi alrededor. Estoy en una biblioteca con un escritorio y estanterías empotradas que llenan cada pared.

Mi captor es un tipo grande, un poco más bajo que yo, pero más corpulento. Sin duda, ha disfrutado de demasiadas obleas bañadas en mermelada de fresa. Lleva una SIG Sauer P228 y tiene una cara de mala hostia con una ceja poblada.

—Te quedarás aquí hasta que El jefe esté listo.

—¿Quién es tu jefe? —pregunto.

—No hay preguntas.

Quiero saber si tienen a Avery aquí, pero me muerdo la lengua. Lo último que quiero revelar es que me importa ella y lo mucho que significa para mí. No voy a darles munición para que la usen contra mí.

Sé cómo mantener la boca cerrada y aguantar bajo presión en una situación de tortura. Pero si amenazan a Avery, se acabaron las apuestas.

Cierro los ojos, fingiendo que todavía me duele la cabeza por el golpe en la nuca, pero, en realidad, me estoy imaginando los dibujos del recinto de Castillo de Gray. Mentalmente, comparo las imágenes con el paseo que acabo de dar, contando los pasos, los portales y las vueltas que dimos.

Coincide exactamente con lo que recuerdo de los dibujos.

«Mierda», pienso. Había planeado entrar y ahora estoy aquí. Al menos estoy bastante seguro de que estoy en el recinto de Castillo. Muy discretamente, tiro de mi amarre de cremallera, probando el apriete, y pienso en el cuchillo de mi bota.

Puedo quitarme las ataduras en un segundo y escapar de este lugar en un santiamén, pero no tengo tanta prisa. Además, si Avery está aquí, no me iré sin ella.

Más que nada, tengo curiosidad. Quiero saber por qué estoy aquí y quiero hablar con El jefe porque sólo puede ser una persona.

Tiene que ser Antonio Castillo.

Pensé que estaba en la selva en algún lugar luchando contra sus narcotraficantes rivales, pero parece que ha vuelto. «¿Cómo diablos sabe de nosotros?», pienso. Entonces, medito en nuestro encuentro con Gray. No lo conozco, pero estoy seguro de que Gray no es el traidor.

Fue alguien en el bar La Serpiente, que debió vernos o escuchar parte de nuestra conversación. Estoy seguro de que Castillo tiene informantes por todas partes y probablemente comparte una buena recompensa con ellos cuando le dan información sobre los enemigos.

Igual que hizo con Valquiria.

No quiero que Castillo sepa que estamos indagando sobre la Operación Armagedón y Valquiria. Si cree que estamos conectados con la CIA o los SEAL, no saldremos vivos de aquí.

Porque hombres como Castillo creen que están por encima de la ley y que pueden asesinar a cualquiera que se interponga en su camino. Se alimentan de su poder y se creen invencibles. Sus egos son enormes y están acostumbrados a dejarse acariciar por su veintena de subordinados.

Después de esperar casi media hora más, la puerta se abre por fin y veo por primera vez de cerca a Antonio Castillo, el rey de la droga de Colombia. El hombre al que se me encomendó derribar hace dos años y ante el cual fracasé. El hombre que ordenó masacrar a todo mi equipo.

Me mira con ojos oscuros que parecen negros como el pecado. No es muy alto, tiene un grueso bigote y lleva una especie de uniforme caqui. Supongo que de su falso grupo militar.

Necesito toda mi fuerza para mantener una expresión neutra, pero por dentro estoy furioso. Este gilipollas es responsable de la muerte de miles de personas a través de su fuerza paramilitar, la UFOC, y suministra armas de uso militar a los terroristas.

«Quiero que este cabrón caiga», pienso.

Mantengo mi respiración uniforme, mi rostro inexpresivo. El problema es que este tipo es como una serpiente que desaparece en su camuflaje selvático a la primera señal de problemas. Igual que los talibanes que se esconden en sus cuevas de la montaña. Pero, voy a entrar con un cortador de margaritas y voy a aplastar toda su maldita operación. Volarlo y limpiar toda esta sección de la selva hasta que no quede nada más que tierra.

—¿Quién eres tú? —Castillo pregunta—. ¿Y por qué te reúnes con un ex agente de la CIA?

Me limito a levantar una ceja.

—Lo sé todo sobre Grayson Shaw y su hermanita muerta. Ha sido una espina en mi costado durante años, pero un día de estos acabaré con él. Mientras tanto tengo un imperio que dirigir.

—Lo sé todo sobre tu imperio —digo con una nota de disgusto.

—¿Y qué sabes tú?

Aprieto la mandíbula.

Castillo se acerca un paso con los ojos entrecerrados.

—¿Quién eres tú, gringo? —No digo nada, solo le miro—. Estoy tratando de ser civilizado. Trátate como un invitado apropiado. Pero entiende que tengo formas de hacerte hablar.

—Tengo curiosidad —expongo y él estrecha sus ojos de serpiente—. ¿Por qué has vuelto aquí y me has interrogado tú mismo?

—Porque Ryker Flynn —sisea y muestra el carnet de conducir que había en mi cartera—, quiero saber por qué estás aquí abajo reunido con un antiguo agente de la CIA, haciendo preguntas sobre mí.

«Mierda», pienso.

—Tal vez deberíamos ir a preguntarle a tu bonita compañera rubia —sugiere con una sonrisa desagradable—. Puede que ella esté más dispuesta a hablar que tú.

Mantengo mi mirada estoica lo mejor que puedo, aunque me estoy asustando por dentro. «Dios, más vale que no le ponga la mano encima a Avery o lo mataré», pienso.

Castillo saca un cigarro y lo aprieta entre los dientes. Parece estar sopesando sus opciones.

—Vamos —dice y hace un gesto a su guardia.

El matón me levanta de la silla y me guía hasta el pasillo. Bajamos a otra parte de la casa y me alegro de que esté más lejos para poder ver las demás habitaciones, la distribución general, haciendo inventario de todos los puntos de salida.

Cuando llegamos a una habitación del fondo de la casa, un guardia abre la puerta y me hace pasar. Enseguida veo a Avery en una silla, también atada con un amarre plástico. «Gracias a Dios», pienso. La felicidad se enciende en sus ojos cuando me ve, pero le dirijo una mirada discreta, esperando que se calle y no revele nada.

El guardia me empuja a la silla junto a Avery. Intento no prestarle demasiada atención, pero le doy un rápido repaso y parece ilesa. Cerca, Castillo enciende su cigarro y da un par de caladas. Me mira a mí y a Avery y luego vuelve a mirar.

—Entonces, Sr. Flynn, ¿es este su amor? —Ignoro su pregunta. Como todas las demás. Castillo dirige su atención a Avery—. Y, ¿cómo te llamas, hermosa?

—Avery Archer —responde ella mirándolo directamente a los ojos. Su voz suena fuerte e inquebrantable, y nunca he estado más orgulloso.

«Esa es mi chica», pienso.

—¿Qué hacéis exactamente tú y el señor Flynn en Colombia? —Castillo da otra calada a su cigarro.

—Oh, ya sabes. Solo unas pequeñas vacaciones.

Castillo se acaricia el bigote y luego dice:

—Tengo esa sensación que me da cuando alguien me miente. —Sus ojos se estrechan y se agacha para que él y Avery queden cara a cara—. ¿Me está mintiendo, señorita Archer? —pregunta Castillo.

«Oh, mierda», pienso.

Capítulo 17

Avery

«Oh, mierda», pienso. Pero, sostengo la mirada de Antonio Castillo y no flaqueo. Con tipos malos como este, es importante parecer siempre tranquila y en control. Incluso cuando no lo estás.

«Sin miedo, Ave», me aliento.

—No —digo manteniendo la voz uniforme. Pero, él no parece convencido.

—Hmm —murmura y se dirige al otro lado de la habitación—. Y, supongo que Grayson Shaw es solo un viejo amigo con el que querías ponerte al día, ¿no?

Por primera vez, me fijo en varios puestos cubiertos en la pared del fondo. Antonio pasa la mano por la cubierta negra que oculta lo que sea que haya debajo y siento el primer ramalazo de inquietud.

—¿Conoces alguna de las criaturas exóticas que prosperan aquí en las selvas colombianas? —pregunta.

—No específicamente —respondo. A mi lado, Ryker se mueve en su silla y sé que el cuchillo está en su bota. Si conseguimos que Castillo se vaya, tendremos una oportunidad de escapar.

—Bueno, entonces déjame presentarte a algunos de mis favoritos. —Castillo tira de la tapa y veo varios acuarios de cristal. En el primero hay una serpiente enroscada—. Esta es la *Bothrops asper*, también llamada comúnmente serpiente equis por el patrón en «X» de sus escamas. Es un miembro de la familia de las víboras de foseta —explica.

No me siento bien con su colección de animales peligrosos y trago saliva. Él continúa:

—Tiene una reputación mortal y es extremadamente impredecible. ¿Quiere verla de cerca, señorita Archer?

—No, gracias —contesto.

Castillo se ríe y pasa a otro acuario. Este contiene una gran araña marrón.

—La reclusa parda —revela—. Puede darte una mordedura desagradable y tóxica.

Inclino la cabeza y observo la gran araña. Recuerdo que aprendí un poco sobre ellas cuando mi padre descubrió unos cientos viviendo en una pila de madera en nuestro patio trasero en Ohio. Su picadura puede hacer que te sientas bastante mal, pero rara vez mata. «Prefiero arriesgarme con la criatura que sé que es menos peligrosa», pienso.

Castillo se dirige al último acuario, donde se encuentra una diminuta rana amarilla. Parece inofensiva, incluso algo bonita, pero estoy segura de que no es tan inocente como parece.

—Y, por último, la rana dardo dorada —agrega. Una sonrisa cruel curva su boca—. Esta pequeña rana es el animal más venenoso del mundo. Lleva suficiente veneno en su piel como para matar hasta veinte humanos solo con el tacto.

Me retuerzo en la silla, tirando del amarre que rodea mis muñecas, pero es inútil. El plástico me corta la piel, dejando marcas rojas profundas que están a punto de sangrar.

—Así que, ahora voy a preguntarte una última vez. ¿Por qué te reuniste con Grayson Shaw?

Ninguno de los dos dice una palabra.

Creo que el lado perverso de Castillo se alegra porque ahora puede llamar a su guardia y comenzar las amenazas.

Sin embargo, estoy preparada para él.

—Cuélguenlo —ordena.

«No. A Ryker no. Ensárteme a mí en su lugar, quiero gritar», pienso.

Pero el guardia lo agarra, se sube a una silla y le engancha las muñecas atadas por encima de la cabeza, en un gancho metálico fijado al techo. El largo cuerpo de Ryker se estira hasta el límite y está prácticamente en las puntas de los pies.

Mi corazón se hunde.

Incapaz de defenderse, y mucho menos de moverse, Ryker se queda colgado. Un movimiento de cabeza de Castillo y el guardia le golpea en las tripas con un puño carnosos.

—¡No! —grito—. ¡Déjalo en paz!

Pero, el guardia continúa golpeándolo. En el estómago, en el costado y luego un golpe en el riñón. Ryker gruñe con cada golpe. Entonces, de repente, Ryker levanta las piernas y da una patada con los pies en forma de bota, alcanzando al guardia en el centro del pecho con un fuerte golpe.

El guardia cae al suelo como un saco de patatas.

Una ola de triunfo me recorre.

—Fuera —sisea Castillo y da una patada al guardia mientras se levanta con dificultad. Mientras sale a trompicones de la habitación, Castillo rodea a Ryker, pero se mantiene fuera de su alcance inmediato. Incluso con las manos atadas y tirantes por encima de la cabeza, Ryker es una fuerza. Todo fuerza bruta y aspecto peligroso.

Cuando Castillo saca una navaja de su chaqueta, mi mirada se levanta y se encuentra con la de Ryker. Castillo abre la navaja y la pasa por el centro de Ryker. Clava la punta en los abdominales de Ryker y una mancha de color rojo brillante aparece en su camiseta.

—¡Para! —grito—. Ryker sacude la cabeza, deseando que me calle, pero no puedo soportarlo. No puedo sentarme aquí y ver cómo este gilipollas inflige dolor al hombre que amo.

«El hombre que amo», pienso.

La comprensión me golpea fuerte y rápido. Supongo que en algún nivel siempre lo he sabido. Desde el primer día, Ryker Flynn ha sido el único hombre para mí. Al que he comparado con todos los demás hombres que he conocido. Nadie se ha acercado a los elevados estándares que estableció el primer día que mi hermano nos presentó.

Honorable, guapo, fuerte. La lista continúa, pero también tiene algunos rasgos no tan buenos que tienen el poder de irritarme rápidamente. Como su terquedad, su sobreprotección y su ocasional arrogancia.

Aun así, no importa. Porque este hermoso guerrero es todo mío y lo quiero por todo lo bueno y por todo lo malo. Lo quiero exactamente como es y no cambiaría nada.

—No le hagas daño —digo—. Por favor.

Castillo mira de mí a Ryker y debe notar cómo me siento. «Maldita sea», pienso. Ahora va a utilizar mis sentimientos contra mí.

Pero en lugar de eso, cierra el cuchillo y se dirige al último acuario. Castillo se pone un par de guantes y mi corazón empieza a latir con más fuerza. Abre la tapa, mete la mano y saca a la criatura.

La pequeña rana se posa en la palma de su mano y siento una furia sin precedentes en mi interior. Si pone esa cosa cerca de Ryker, me lanzaré de la silla y me estrellaré contra él.

Pero pasa por delante de Ryker y se detiene justo delante de mí.

—El veneno de una rana dardo impide permanentemente que los nervios transmitan impulsos, lo que provoca un fallo cardíaco. La muerte ocurre en menos de diez minutos y no hay cura —añade.

«Encantador», pienso con los ojos puestos en el pequeño bicho.

—Ahora —continúa Castillo y se arrodilla frente a mí—. ¿Por qué no me dices qué estás haciendo realmente aquí abajo? O bien, puedes sostener mi rana de dardos dorados. ¿Le gustaría eso, Señorita Archer?

—Resulta que me gustan las ranas —hablo y le doy a Ryker una mirada de reojo—. Pero, preferiría tomar prestados tus guantes para esta.

Castillo se ríe.

—No lo creo.

Trato de no estremecerme y me mantengo completamente inmóvil cuando Castillo me pone la pequeña rana en el muslo. «Mierda», pienso. Si de alguna manera me toca la piel, estoy muerta.

Levanto la mirada y me encuentro con la de Ryker.

—Déjala en paz —gruñe Ryker.

—¡Jefe!

Castillo levanta la vista y uno de sus hombres le hace un gesto.

—Hay algo que deberías venir a ver —le informa—. Ahora mismo.

Con el ceño fruncido de fastidio, Castillo recoge la rana y la devuelve a su acuario.

—Cuando vuelva, quiero respuestas o vas a tener un encuentro cercano y personal con la víbora de foseta.

En cuanto se va, Ryker se endereza.

—Avery, trae mi cuchillo.

Me pongo de pie, me apresuro hacia Ryker y meto los dedos en su bota. Consigo agarrar el cuchillo entre dos dedos y lo saco. Con un poco de maniobra, le doy la vuelta y corto la cremallera. El plástico se desprende y yo salto sobre la silla y me estiro para liberar a Ryker.

Cuando sus manos caen, siento un poco de alivio. Pero sé que aún no hemos salido de aquí. Le devuelvo su cuchillo.

—Quédate atrás —indica Ryker. Luego se acerca al primer acuario, quita la tapa y lo vuelca.

—¿Qué estás haciendo? —pregunto.

—Dándole a Castillo un encuentro cercano y personal con una víbora de foseta. —La serpiente enroscada

comienza a desenrollarse y, mientras se desliza fuera del recinto de cristal, Ryker me agarra la mano—. Quédate detrás de mí. Probablemente haya un guardia.

Le doy espacio a Ryker mientras tira de la puerta hacia adentro. Se mueve como un ninja: silencioso, rápido y mortal. Para cuando el guardia se da cuenta de que está ahí, Ryker empuja la hoja hacia arriba y el guardia cae muerto. Pasa la hoja por el uniforme del hombre, limpia la sangre y la guarda en su bota. Luego, recupera el arma del guardia muerto.

Sin mirar atrás, Ryker vuelve a tomar mi mano y avanzamos. Da un poco de miedo ver de primera mano lo bueno que es en esto. Pero sé que para ser un SEAL competente, para seguir vivo en un entorno hostil, él y Luke tuvieron que matar.

«Matar o ser matado», pienso.

De vuelta contra la pared, nos dirigimos hacia el pasillo, rápidamente y con un propósito. Ryker debe haber memorizado la distribución del complejo porque parece saber exactamente a dónde vamos. Estoy increíblemente agradecida de que haya pasado tanto tiempo preparándose porque este lugar es enorme.

—Por aquí —susurra y me lleva a una habitación.

Hay una gran puerta de cristal en la pared del fondo y nos apresuramos a ir hacia ella. En el camino, pasamos por delante de una vitrina que muestra una esmeralda del tamaño de mi puño y me quedo boquiabierta.

Ryker abre la puerta y salimos.

—Tenemos que pasar por encima del muro —informa.

Miro el enorme muro de hormigón que se eleva por encima de nosotros y me preparo para trepar.

—Voy a impulsarte —dice.

En el momento en que se inclina, un disparo sale de la nada. Ryker me empuja al suelo, cubriéndome con su gran cuerpo, y dispara. No muy lejos, un hombre cae.

—Vuelve a entrar —ordena Ryker levantándome.

Corro hacia el interior de la casa para cubrirme mientras él se gira y dispara a otro guardia. «Mierda, ojalá tuviera un arma», pienso. Echo un vistazo a la habitación y lo primero en lo que se detiene mi mirada es en la enorme esmeralda de la vitrina. Es impresionante, pero no sirve de mucho. Luego, me fijo en una estatua de piedra tallada sobre un pedestal. Es muy pesada y la levanto, dispuesta a dejar a alguien inconsciente.

Me asomo a la puerta y veo a Ryker peleando con dos guardias. Sostiene su cuchillo, con las piernas en alto y en posición de lucha. Se rodean por un momento antes de que uno de los guardias se lance sobre él. Caen al suelo, forcejeando, y yo no pierdo tiempo en acercarme por detrás del segundo tipo y le golpeo en la cabeza con la estatua. Cae al suelo, inconsciente, y le quito el cuchillo de la mano. Mientras tanto, Ryker acaba con el otro guardia con un tajo ascendente en la tripa. Empuja al guardia muerto y se levanta.

—Vamos —exhorta. En un rápido movimiento, deja caer y encaja sus dedos—. Arriba.

Piso sus manos cerradas y me impulsa hacia arriba, con fuerza y rapidez. Vuelo hacia lo alto, me agarro a la parte superior de la pared y balanceo las piernas hasta quedar boca abajo, lista para ofrecer una mano a Ryker. Él da unos pasos hacia atrás, corre hacia delante y salta. Aterrizo en medio de la pared como una maldita araña y aprovecha cada recoveco para clavar los dedos y las botas e impulsarse hacia arriba.

—¡Lo tengo, vamos! —dice.

Por supuesto, lo hace. Mi hombre es más que impresionante. Empiezo a girar y a bajar. En el momento en que me suelto de la pared, veo a otro guardia salir furioso de la casa, con un rifle de asalto apuntando a Ryker.

—¡Cuidado! —grito y me tiro al suelo rodando.

El sonido de los disparos de la ametralladora resuena en la noche y oigo cómo el otro lado de la pared se hace añicos en una explosión de hormigón roto.

«Oh, Dios mío. No, no, no», pienso.

Capítulo 18

Ryker

Justo antes de que Avery caiga, veo que sus ojos se abren de par en par con horror, así que me suelto de la pared y caigo en cuclillas. Un momento después, un guardia rocía la pared con un AK-47. Me agacho detrás de un grueso árbol para cubrirme y levanto el arma que le quité a uno de los hombres muertos.

Alineo la mira trasera y aprieto el gatillo. El disparo en la cabeza lo derriba, guardo el arma en la parte trasera de mi cintura y doy otro salto hacia la pared. Una vez más, escalo hacia arriba, lanzo una pierna por encima y me dejo caer por el otro lado.

Un segundo después, Avery se lanza contra mí.

—Dios mío, creí que habías muerto —grita.

Me retiro y veo el terror absoluto en sus ojos azules.

—Estoy bien —la tranquilizo.

Avery me agarra la cabeza y me tira de la boca para darme un beso salvaje. No creo que ninguna mujer me haya besado así antes. Es duro e intenso y está lleno de emoción.

—Me has dado un susto de muerte —reclama y se retira recorriendo mi cuerpo con la mirada en busca de agujeros de bala.

—Cariño, estoy bien. Pero tenemos que irnos.

Salimos corriendo, adentrándonos en la selva. Es probable que sea cerca del mediodía, así que la luz no va a ayudar a cubrir nuestra huida. Estoy imaginando el mapa general del complejo en mi cabeza y recuerdo que el pueblo más cercano está al noreste de nuestra posición actual.

—Por ahí —señalo y Avery me sigue el ritmo, nuestras zancadas son largas y uniformes sobre el suelo de la selva.

No reducimos la velocidad hasta que nos separan un par de kilómetros del complejo de Castillo. Entonces, siento que está bien tomar un rápido descanso.

—¿Eres una corredora? —pregunto, respirando con dificultad, impresionado por su resistencia y rapidez.

—Liberty y yo corremos todos los días —responde. Pone las manos en las caderas y se inclina hacia delante, tratando de recuperar el aliento.

—Lo has hecho bien ahí, Ave —le confieso. Estoy muy orgulloso de ella—. Has mantenido la calma, la tranquilidad y la serenidad. Te tendría en mi equipo cualquier día.

—Viniendo de ti, eso significa mucho.

Intercambiamos sonrisas.

—Creo que deberíamos dirigirnos al pueblo más cercano, que está a unos 18 kilómetros al noreste del complejo.

—¿Eso es más o menos qué? ¿Once millas?

—Sí. Y, cuanto más rápido nos movamos, mejor.

—¿Crees que enviará a alguien tras nosotros? —inquire ella.

—Posiblemente. Pero, no nos quedemos a averiguarlo. Vamos.

Cuanto más nos alejamos, más espesa y precaria se vuelve la selva. Mi bota resbala en el barro y las lianas me golpean la cara, pero seguimos adelante. Avery es un gran soldado y miro por encima de mi hombro, donde marcha detrás de mí, con la cabeza alta y el rostro estoico.

De repente, me quedo paralizado y Avery se abalanza sobre mí. Levanto una mano y me llevo un dedo a los labios. Un sexto sentido mío se dispara. Me rasco el cosquilleo en la nuca, escuchando los sonidos de la selva.

Aparentemente, de la nada, dos soldados paramilitares de la UFOC de Castillo salen de la maleza y atacan. Uno de ellos salta sobre mí con una andanada de puñetazos en el pecho, casi haciéndome caer de pie, pero consigo darle un codazo en la cara. La sangre brota de su nariz, ahora rota. Giro y le doy una patada en la pierna y luego le doy un fuerte golpe en la base del cuello.

Cuando cae, me giro y veo que el otro soldado tiene a Avery inmovilizada contra un árbol, con las manos alrededor del cuello. «No, joder», pienso. Le agarro por detrás de la camisa y lo alejo de ella. La suelta y ella cae al

suelo, jadeando, con las manos alrededor de su garganta.

Sujetándolo por el cuello de la camisa, tiro el puño hacia atrás y se lo estrello en la cara. Lo suelto y cae al suelo con un golpe seco. Estoy sobre él en un santiamén lanzando puñetazo tras puñetazo, haciendo que se arrepienta de haberle puesto una mano encima a Avery.

—¡Ryker!

Su voz me saca de mi visión de túnel y dejo de golpear al tipo, levanto las manos y veo que mis nudillos están cubiertos de sangre. Me inclino hacia atrás, me la quito de un manotazo y me pongo de pie. Respiro con dificultad y miro al tipo al que acabo de pegar hasta dejarlo ensangrentado. Ni siquiera sé si sigue vivo. Entonces, miro a Avery.

—¿Estás bien? —le pregunto.

Está temblando, doy dos largas zancadas y la cojo en brazos. La aprieto contra mí y le doy un beso en la cabeza rubia. Cuando me retiro, compruebo su cuello y veo las marcas rojas donde intentó estrangularla. Son dos «casi estrangulaciones» en menos de veinticuatro horas. «Mierda», pienso.

—Estoy bien —refiere y se endereza con una ardiente determinación en esos ojos azules.

—Sigamos avanzando —pido.

Seguimos adelante, empujando a través del denso follaje y el ánimo de Avery parece levantarse.

—Probablemente este sea un día típico de trabajo para ti, ¿eh? —bromea.

—¿Cómo es eso? —cuestiono.

—Oh, ya sabes. Arrastrarte por la selva, neutralizar a los malos, correr por tu vida. Un día más en la vida de un Hombre Rana.

—Supongo que se parece a algunas misiones que he tenido, pero no olvides que llevo dos años retirado. Así que este ya no es un día típico.

—¿Qué es? —inquieta ella manteniendo el ritmo a mi lado.

—Totalmente aburrido.

—Cuéntame —insiste.

Suspiro, con las piernas bombeando.

—En un buen día, me levanto, conduzco hasta Platinum Security y veo si Jax tiene algún trabajo nuevo para mí. Él, Griff y yo hablamos un rato. Luego, me voy a trabajar. Emocionante, ¿no?

—Dijiste en un buen día.

—Si es un mal día, probablemente me despierte de una pesadilla y no pueda recomponer mis cosas. Me quedo en casa, bebo demasiado y me absorben los recuerdos oscuros y la culpa que no se va, joder.

Se detiene y me mira.

—Un día, se irán, Ryker. Realmente lo creo.

—Ojalá yo lo creyera. —Miro a mi alrededor, a toda la espesa vegetación, y suelto un suspiro de cansancio—. No puedo creer que esté de vuelta aquí. Una vez más huyendo por mi vida.

—Bueno, si te hace sentir mejor, no hay nadie más con quien prefiera estar huyendo —asegura.

Mi boca se inclina hacia arriba y me paso una mano por la mandíbula afeitada.

—Lo mismo digo.

A lo lejos, me parece oír rotores.

—¿Es eso un helicóptero? —pregunta Avery.

Cada músculo de mi cuerpo se tensa. Llegan los antipáticos.

—Sí. Vamos.

Empezamos a movernos a paso rápido y momentos después tropezamos en un claro. «Perfecto», pienso molesto. Justo cuando estoy a punto de llevar a Avery de vuelta al borde de la selva y fuera de la vista, los cañones del helicóptero comienzan a disparar hacia abajo, desgarrando la vegetación a nuestros pies.

—¡Corre! —grito por encima de las cuchillas que se arremolinan.

El helicóptero desciende y mientras un soldado dispara balas a nuestro alrededor, varios caen en picado y golpean el suelo.

«Mierda», pienso.

—¡Vamos, vamos, por ahí! —Señalo hacia un trozo de selva, listo para sumergirnos y desaparecer. Pero, en el momento en que tropezamos con la maleza, veo agua.

Agarro el brazo de Avery y la arrastro hacia abajo justo cuando pasan más balas por delante de nosotros. Mientras nos deslizamos hacia abajo y a través del barro, una picadura caliente me corta la parte superior del brazo y maldigo. «Un roce de bala», pienso, y miro hacia abajo para ver cómo la sangre florece en la manga de mi camisa.

Avery y yo corremos a lo largo del agua, todavía al borde de la selva para cubrirnos, y veo que se vuelve más

turbulenta y se convierte en mini-rápidos. «Oh, mierda», pienso. Un poco más arriba, nos detenemos y nos damos cuenta de que hemos llegado a un callejón sin salida. El terreno desciende abruptamente y nos encontramos en la cima de un acantilado. A nuestra izquierda, el agua se precipita por la ladera en una impresionante cascada. La caída parece ser de unos buenos 30 metros y cae en una piscina profunda, «esperemos que profunda», debajo.

Los disparos estallan a nuestro alrededor, destrozando la vegetación, a centímetros de destrozarnos a nosotros, y sé que no hay más remedio que tirarse por la cascada. La miro y veo el miedo en su cara.

—¡Tenemos que saltar! —grito.

Para mí, esto no es nada. He hecho saltos HALO desde aviones demasiadas veces para contarlas y el agua es como mi segundo hogar. Si no tuviera a los malos detrás de mí, esto sería divertido. Pero, Avery no está acostumbrada a este tipo de cosas.

—Puedes hacerlo, Ave. ¡Vamos!

La agarro de la mano y antes de que pueda pensárselo demasiado y mentalizarse, mi valiente y bella mujer, se lanza a los rápidos conmigo. Nos arrastran y nos separan, impulsándonos hacia la caída. Siento que Avery se aleja de mí y entonces estoy volando sobre el borde de las cataratas.

Me elevo sobre la cascada y desciendo por el aire, la veo por un momento y luego la pierdo de vista cuando llego al agua espumosa de abajo. Tiene unos cinco metros de profundidad y es cristalina. Agito los pies como si fueran aletas y me dirijo a la superficie.

Cuando mi cabeza atraviesa el agua, miro a mi alrededor en busca de Avery. No la veo de inmediato y el pánico me revuelve las tripas. Siempre me ha gustado el agua y he destacado en todos mis entrenamientos acuáticos: desde la tortura del surf hasta la prueba de ahogado, pasando por el paso del surf y la natación en el océano. Mientras que muchos tipos tenían pánico bajo el agua, yo me convertía en una maldita rana. Literalmente. Podía aguantar la respiración durante 3:45 minutos. Bajo la superficie, mi mundo desaparece. Me concentro en el sonido de los latidos de mi corazón y visualizo que el tiempo se detiene. Me encanta.

Pero, Avery no ha pasado por el extenso entrenamiento que te hace sentir cómodo en el agua. Y, por lo que sé, nunca ha saltado de un acantilado por una cascada. La preocupación me desgarró cuando sigo sin verla. Mis ojos escudriñan el río y la orilla, el pánico me corroe las entrañas.

Finalmente, diviso su cabeza rubia. «Gracias a Dios», pienso aliviado. Se levanta en la orilla fangosa del río y yo nado hacia ella.

—¡Ave! ¿Estás bien?

—No me he ahogado, así que sí. —Se echa el pelo largo hacia atrás y me dedica una sonrisa ladeada.

—Te voy a nombrar rana honoraria después de esto —le digo y me pongo de pie y salgo del agua.

De repente, el helicóptero aparece sobre nosotros.

—Dios, estos tipos no se dan por vencidos —espeta ella y yo la ayudo a subir a la orilla embarrada y a la hierba.

—¡Por ahí! —Señalo una sección de la densa jungla y corremos hacia ella a toda velocidad. Nos metemos dentro del follaje, fuera de la vista del helicóptero, pero sé que los soldados que hicieron rapel antes todavía están en algún lugar por ahí.

Por desgracia, nos alcanzan más rápido de lo que me gustaría.

Avanzamos, las lianas nos golpean la cara y la espesa maleza nos hace tropezar en el camino. Odio la maldita selva. Ponme en el océano cualquier día.

Justo cuando creo que hemos puesto algo de distancia entre nosotros y los soldados de la UFOC, una granada sale volando de la nada. Agarro a Avery, la lanzo fuera del camino y aterrizo sobre ella. ¡Boom! El suelo retumba y los escombros vuelan por todas partes.

Me levanto y la arrastro conmigo. Corremos tan rápido como podemos, pero esta parte de la selva es traicionera, con mucho barro y vegetación. Avery se resbala y cae con fuerza. Me doy la vuelta y la levanto, pero cuando pisa el tobillo se le sale. «Mierda». La levanto y sigo adelante.

Avery me rodea el cuello con los brazos y yo avanzo. No muy lejos, estalla un tiroteo. Las balas pasan junto a nosotros, arrancando trozos de corteza de árbol, y yo esquivo hacia la derecha, tratando de dejar atrás a esos imbéciles. O, al menos, perderlos.

Pero son jodidamente persistentes, así que acelero el paso. En este punto, estoy corriendo tan rápido que rezo para no caer. Lo último que quiero hacer es caer sobre Avery. Probablemente la aplastaría.

Sigo moviéndome hacia la derecha, fuerte y rápido, para que no tengan la oportunidad de flanquearnos. Si dejo que nos rodeen, que nos atrapen, entonces se acabó el juego.

De repente, el suelo se vuelve extremadamente fangoso, lo que me obliga a reducir la velocidad. Chupa mis botas, tratando de arrastrarnos hacia abajo. Me detengo, respirando con dificultad, y siento que el suelo debajo de mí

comienza a deslizarse.

«Oh, mierda», pienso.

Me doy cuenta de que estamos demasiado cerca del borde de un terraplén y el suelo embarrado se derrumba bajo mis pies.

—¡Deslizamiento de barro! —grito. Los brazos de Avery me rodean y nos dejamos caer, atrapados en un vórtice de barro, tierra y escombros.

Capítulo 19

Avery

¡Por el amor de Dios! Primero una cascada, ahora un desprendimiento de barro. Decido que odio la selva.

Mis brazos se estrechan alrededor de Ryker y mi estómago cae cuando nos precipitamos por la ladera de un terraplén. Ryker me sostiene delante de él para que su trasero se lleve la peor parte del viaje. Es como un enorme y sucio tobogán y caemos en picado hasta aterrizar en un charco de barro, ramas y hojas.

Me quito el barro de los ojos y me doy cuenta de que estoy sentada en el regazo de Ryker.

—Vaya, ha sido un buen paseo —digo. Se queja y se limpia el barro de la cara—. ¿Estás bien? —pregunto y me pongo de pie con las piernas tambaleantes.

—Creo que me he raspado el trasero al bajar.

—Oh, mierda. —Me agacho y ayudo a sacarlo del barro—. Déjame ver. —Me muevo para echar un vistazo. Su camisa está destrozada y sus pantalones también están bastante rotos. Puedo ver un montón de arañazos y cortes donde la piel es visible—. Tenemos que limpiarte.

—Lástima que no hayamos pasado por la cascada en segundo lugar.

—Lo digo en serio. Tienes unos buenos cortes.

—Estoy bien —asegura—. Salvo que he perdido la pistola. Mi teléfono, también.

Deslizo una mano sobre mi bolsillo ahora vacío.

—Mierda, yo también. —Miro hacia la interminable selva verde que hay delante—. ¿Qué tan cerca estamos de ese pueblo? ¿Alguna idea?

Ryker mira su reloj, se limpia el barro de la gran esfera con el dedo índice y comprueba el GPS.

—Si nos dirigimos en esa dirección, deberíamos llegar en una hora más o menos. —Mira hacia abajo—. ¿Cómo está tu tobillo?

—Te lo diré cuando pisemos tierra firme.

Salimos del pozo de barro y doy unos pasos. Intento no hacer una mueca de dolor, pero está claro que me duele. Probablemente se haya torcido.

—Estaré bien —prometo.

—¿Segura?

Asiento con la cabeza.

—Entonces, ¿cuál es el plan una vez que lleguemos a la ciudad?

—Llamar a Gray. Espero que pueda recogerlos.

Seguimos adelante y todo lo que puedo pensar es en salir de este infierno.

—Mataría por una ducha caliente ahora mismo —admito.

—Pronto —promete Ryker—. Aunque, vamos a tener que encontrar un nuevo lugar para quedarnos. No creo que sea seguro volver al hotel.

—¿Qué pasa con todas nuestras cosas?

—Puede que tengamos que dejarlas. O recogerlas más tarde.

Asiento con la cabeza y seguimos adelante. Parece que han pasado horas, pero finalmente tropezamos con el pequeño pueblo. Empapados en barro seco y completamente desaliñados, parecemos una imagen triste. También me siento un poco expuesta ahora que hemos dejado la cobertura de la selva y sé que Ryker ha perdido su arma.

Encontramos un teléfono cerca de la plaza del pequeño pueblo y Ryker coge el auricular y marca a Gray. No sé cómo recuerda el número de teléfono. La gente, incluida yo, depende tanto de que todo esté programado en sus teléfonos móviles hoy en día que ya nadie sabe realmente la información de nadie. Es solo apretar un botón y ya está.

Una vez más, me impresiona.

Hablan durante unos minutos y luego Ryker cuelga.

—Gray está en camino. Nos está reservando en el primer vuelo de la mañana. Mientras tanto, conoce un lugar donde podemos pasar la noche. Una vieja casa de seguridad suya.

«Una casa de seguridad», pienso. Vaya, puede que haya sido de la CIA, pero esto es algo operativo. Y, Ryker tenía razón, aunque probablemente nunca se lo admitiré. Hay una gran diferencia entre estar sentado en un escritorio y estar en el campo. Y esa diferencia es de vida o muerte.

He tenido una pequeña muestra de lo que su experiencia SEAL debe haber sido. Ir a tierras lejanas y extranjeras, tratar con enemigos que te quieren muerto y ser capaz de tomar decisiones en una fracción de segundo y adaptarse cuando tu plan bien elaborado te explota en la cara.

No es de extrañar que solo un puñado de hombres lo consiga y tenga el honor de llevar el pin del Tridente.

Miro a Ryker y, aunque está cubierto de barro y con numerosos rasguños, nunca me había parecido tan apuesto. La atracción se enrosca en mi vientre y siento el impulso de saltar sobre él. Entonces, mi mirada itinerante descubre el roce de la bala.

—Jesús, Ryker, ¿te han disparado? —Mis ojos se abren de par en par y le agarro del brazo.

—Ay —gruñe.

—Lo siento. —Hago una mueca—. Déjame ver.

—Avery, está bien.

—No, no lo está. Ahora ven aquí y siéntate para que pueda comprobarlo. —Le guío hasta un banco y le hago sentarse aunque me doy cuenta de que no quiere que se le moleste.

«Bueno, qué pena», pienso.

Levanto la manga pegajosa, ensangrentada y llena de barro de su camisa y me estremezco ante la sucia herida.

—Tenemos que limpiar esto —insisto.

—Podemos hacerlo en el piso franco —sugiere y trata de empujar la manga hacia abajo.

Pero no estoy de acuerdo.

—No. ¿Sabes cuántos gérmenes e infecciones hay en esa selva? Al menos voy a enjuagarla ahora mismo. Aguanta.

Ryker deja escapar un sufrido suspiro mientras me acerco a un lugareño que vende fruta en un carrito. Le cuento que mi amigo y yo nos hemos perdido en la selva, que hemos perdido todo nuestro dinero y que necesito un par de botellas de agua. Me dirijo de nuevo al banco.

—Dame tu brazo —le ordeno a Ryker.

—¿Cuántas veces le batiste las pestañas? —pregunta Ryker con voz seca.

—¿Por qué? ¿Estás celoso de que pueda huir con el aldeano local?

Se ríe mientras desenrosco el tapón y rocío un poco de agua sobre la sucia rozadura. Me gustaría tener algo para limpiarlo mejor, pero nada de lo nuestro está limpio. Tendrá que bastar por ahora.

—¿Te duele? —le pregunto.

Se limita a encoger el otro hombro.

—He sufrido cosas peores.

«Eso es seguro», pienso recordando las cicatrices bajo su camisa.

—¿Sabes lo valiente que eres? —inquiero.

—No, realmente no lo soy.

—¿En serio? No seas tan modesto.

—No soy más valiente que tú, Ave. Hoy los dos nos hemos tirado por una cascada.

—Y, por un alud de barro —añado y sonrío.

El sol de la tarde nos calienta y un rayo de sol cae perfectamente sobre la cara de Ryker, haciendo que sus ojos color *whisky* parezcan un tono más claro e hilvanados en oro. Pongo una mano a lo largo de su mejilla embarrada y miro sus hermosos ojos.

—Gracias —susurro. Cuando abre la boca, le interrumpo—. Y, ni siquiera preguntes por qué. El nivel de habilidad y valentía que has demostrado hoy merece una maldita medalla, Ryker Flynn. Y, estoy muy agradecida de que estuvieras conmigo cuando las cosas se pusieron feas. No estaría sentada aquí ahora mismo si no fuera por ti.

—Avery...

—Hablo en serio. ¿Qué clase de medalla recibe un SEAL por su valentía, de todos modos?

Ryker se mira las manos entrelazadas y empieza a quitarse el barro seco.

—La Cruz de la Marina —dice en voz baja.

Aunque empiezo a burlarme de él, de repente se me ocurre que Ryker probablemente recibió esta medalla después de la Operación Armagedón.

—Tú tienes una, ¿no?

Asiente con la cabeza.

—Por heroísmo extraordinario en combate contra una fuerza armada enemiga. —Fuerza una carcajada—. También me dieron la Medalla de Honor. La habría rechazado si no fuera porque no se puede. El propio presidente me las concedió.

Mis ojos se abren de par en par. La Medalla de Honor es la más alta y prestigiosa condecoración militar que se concede a quienes se han distinguido por actos de valor. Luke también recibió una. Por supuesto, se le concedió a título póstumo y ahora reside en un armario de curiosidades en el comedor de mis padres.

—Debería estar orgulloso. No querer rechazar los premios más altos y prestigiosos que puedes recibir.

—Luke se ha ido. Mi equipo se ha ido. Pero, oye, tengo un montón de medallas así que todo es bueno en el mundo.

—Ryker...

—Gray está aquí —dice y se levanta.

Dejo escapar un suspiro y le sigo hasta el coche de Gray, un robusto todoterreno. Entramos y Gray levanta una ceja.

—¿Qué demonios os ha pasado a vosotros dos? —inquire.

—Siento lo del barro —admito.

Se encoge de hombros ante mis disculpas.

—Cuando llegué a tu hotel esta mañana y no estabas allí, no sabía qué pensar.

—Dimos un paseo y acabamos secuestrados.

Los ojos de Gray se abren de par en par.

—No me digas: Castillo.

—Castillo —afirmamos los dos.

—¿Cómo lo sabía? —se pregunta Gray.

—Creo que alguien en el bar nos oyó hablar y corrió directamente a él —concluye Ryker.

—Mierda. Lo siento. Pensé que era un lugar seguro para reunirse. Especialmente tan temprano.

—Nos llevaron a su recinto y el hombre en persona apareció —relata Ryker.

—Quería saber qué hacíamos aquí abajo y por qué nos reunimos contigo —añado.

—Maldita sea —blasfema Gray—. ¿Cómo salisteis de allí?

—Tus dibujos ayudaron —responde Ryker.

Me giro, miro a Ryker en el asiento trasero y pongo los ojos en blanco. Tiene que dejar de ser tan malditamente modesto.

—También ayudó que Ryker les diera una paliza a todos. ¿Crees que Castillo ha encontrado su víbora de foseta? Ryker finalmente sonríe.

—Quizá le haya mordido.

—¿Víbora de foseta? —Gray hace eco—. Parece que habéis tenido un buen día.

—Ah, y también pasamos por una cascada —agrego.

—Y por un alud de barro —añade Ryker.

—¿Qué es esto? ¿Una película de Indiana Jones? —pregunta Gray, mirando de mí a Ryker por el espejo retrovisor.

—Todavía no hemos encontrado ningún artefacto sobrenatural, así que no —digo.

—Bueno, me alegro de que los dos estéis bien. Un poco golpeados tal vez, pero aún estáis de una pieza y eso es lo que cuenta.

—Entonces, ¿no crees que sea seguro volver al hotel? —averiguo.

—¿Después de lo que me acabas de contar? De ninguna manera. Te voy a llevar a mi antiguo refugio. Hay algunos productos enlatados, un botiquín y a ambos les vendría bien una larga ducha caliente.

—Suenan como el cielo —reconozco.

—Está fuera de la red, así que estaréis seguros. —Gray señala una bolsa en el suelo junto a mis pies—. He cogido vuestras llaves e identificaciones del hotel y hay otras cosas: ropa limpia, billetes de avión, un teléfono desechable, una pistola y un par de cosas más que pueden ser útiles. Por si acaso.

—Gracias —acepta Ryker—. Hemos perdido nuestros teléfonos y armas, así que es perfecto.

Gray sacude su cabeza desgreñada.

—No puedo creer cómo todo esto explotó como lo hizo. No tenía ni idea de que Castillo me estaba vigilando.

—No hay duda —confirma Ryker—. Aunque es mejor que lo sepas. No lo subestimes.

—Ojalá hubieras tenido la oportunidad de meterle una bala a ese cabrón —larga Gray.

—Sí, también me hubiera gustado —admite Ryker.

Unos minutos más tarde, nos desviamos de la carretera principal y conducimos por un camino de tierra. Después de otra vuelta, Gray finalmente se detiene en una casa anodina escondida de la carretera. Los árboles y algo de vegetación la rodean y no parece nada especial. Sin duda, un lugar al que nadie miraría dos veces.

Gray apaga el coche y yo salgo a rastras. No sé Ryker, pero yo estoy agotada. Mi adrenalina se ha desplomado por fin y siento que podría dormir durante una semana.

Ryker coge la bolsa del asiento delantero y seguimos a Gray hasta la casa. Nos hace una visita rápida y no hay mucho que hacer. El salón principal es bastante escaso, con un sofá y una mesa de centro. También hay una pequeña cocina con mesa y sillas, un baño básico y un dormitorio con una cama grande y cómoda.

«Estamos a salvo y no podría ser más feliz», pienso.

Gray abre un armario y saca un gran botiquín mientras Ryker rebusca en la bolsa. Noto que intercambian una mirada. Luego, Gray abre la nevera y nos pasa un par de botellas de agua.

—Siéntanse como en casa —dice—. Si necesitan algo más, mi número está programado.

—Muchas gracias, Gray —comento—, y le doy un fuerte abrazo. No creo que se lo espere, pero me devuelve el abrazo torpemente.

Luego, él y Ryker se dan la mano.

—Realmente apreciamos todo —le revela Ryker.

—Es un placer —esboza Gray—. Supongo que nos veremos cuando nos veamos.

Me despido con un pequeño saludo y veo cómo desaparece por la puerta principal. Luego, me vuelvo hacia Ryker y me cruzo de brazos.

—Desnúdate —le ordeno.

Capítulo 20

Ryker

—Sí, sí —digo y me quito de un tirón la sucia camisa y la dejo caer al suelo—. Voy a tener que quemar eso.

Mientras Avery rebusca en el botiquín de la encimera, me quito los pantalones mugrientos y los hago a un lado. Cuando se gira, noto que su mirada recorre mi cuerpo. Sé que soy un desastre de suciedad, pero ella se ve salpicada de barro y hermosa. Y, a pesar de lo cansado que estoy por nuestra aventura en la selva, mi ingle se tensa.

Avery se acerca, tratando de parecer seria, y examina la rozadura de mi brazo y los diversos cortes, rasguños y moratones que tengo en la espalda y los muslos.

—Estás sucio —anuncia—. Probablemente deberías lavarte primero y luego podré limpiar mejor tus heridas. Vamos.

La sigo hasta el cuarto de baño y, en lugar de salir, se inclina sobre la bañera, abre el grifo y entra en la ducha. Observo cómo se mueve su delicioso culo mientras ajusta el agua. Entonces, se gira y me señala con un dedo.

—Métete.

—¿Vamos a hacer esto juntos? —le pregunto. Su mirada baja y no se pierde la creciente cresta que presiona mis calzoncillos—. Porque estás igual de sucia.

Como respuesta, empieza a quitarse la ropa llena de barro. Me deshago de los calzoncillos y me meto en la bañera. El agua tibia se siente tan bien, lavando la suciedad por el desagüe. Dejo que el agua baje a toda prisa, aflojando los restos pegados a mi pelo, lavando la sangre seca de mi brazo y mi espalda y de cualquier otra parte.

Cuando Avery entra detrás de mí, me muevo y la meto bajo el chorro conmigo. Gime cuando el agua limpia la golpea y cojo un bote de champú. Le echo un poco en la cabeza y se ríe. Luego, echo un poco en la mía.

Tardo unos 20 segundos en lavarme el pelo corto, pero la larga melena rubia de Avery está llena de suciedad de la selva. La ayudo a arrancar algunas hojas y deslizo mis dedos por los mechones húmedos, desenredándolos. Cuando termina de enjuagarse el pelo, cojo una pastilla de jabón y la enjabono con mis manos.

—Date la vuelta —le digo.

Avery se gira y yo le enjabono la espalda, pasando las manos por su piel suave y resbaladiza. Mis manos se deslizan por sus hombros y los masajeo durante un minuto. Cuando su cabeza cae hacia atrás con un pequeño gemido, dejo caer mi boca sobre la delicada curva en la que se unen su cuello y su hombro y la beso.

Ella suelta un suspiro tembloroso, se levanta y desliza una mano por mi pelo. Luego, se gira y, justo cuando me acerco para besarla, me aprieta una mano en el pecho.

—Te toca a ti —dice cogiendo el jabón.

—Qué mandona —bromeo.

Avery me pasa la barra por el pecho, alrededor de mis pezones planos, por los abdominales y por el ombligo. Cuando siento que su mano y el jabón descienden, rozan mi ingle y se mueven por un muslo, mi polla se convierte en acero.

—Dios, eres tan grande, tan hermoso —me elogia.

Se mueve detrás de mí y me pasa el jabón por los hombros y la espalda, y baja por el culo y las piernas. Siento cómo me enjabona las pantorrillas, miro hacia abajo y absorbo la tentadora visión de ella agachada. Cuando vuelve a subir, siento que sus dientes me rozan el trasero.

—Joder —siseo.

Mi autocontrol se va por el desagüe y me doy la vuelta y subo su resbaladizo cuerpo contra el mío. Sus brazos me rodean el cuello, la agarro por las caderas y la levanto para que se ponga a horcajadas sobre mí, con la espalda apoyada en las baldosas.

La beso y es caliente y profundo. Me mete la lengua en la boca y yo le respondo con las caderas. «Dios, esta mujer lo es todo para mí», pienso. La idea me llena la cabeza y no puedo pensar demasiado en ella. Me aterra. Durante los dos últimos años he mantenido a todo el mundo a distancia porque cuanto más gente dejas entrar, más posibilidades tienes de perderla.

Y he perdido a demasiada gente a la que quiero.

Es más seguro e inteligente mantener mi distancia emocional. «Sí, claro», pienso. «Adelante, inténtalo, Flynn. ¿Realmente crees que estarás satisfecho con follártela y marcharte?».

Por muy duro que sea, no tengo opción.

Mañana, nos vamos a casa y todo volverá a ser como antes porque es más seguro así.

Pero, esta noche, voy a olvidarme de todo menos de nosotros. Voy a dar y recibir todo el placer posible y hacer que esta increíble mujer se corra hasta gritar. «Que Dios te bendiga, Gray», pienso, recordando los condones que vi en la bolsa que empacó para nosotros.

Dios, ¿es tan obvio?

Ni siquiera me importa. Avery me envuelve como un gato y me está volviendo loco. Apoyo un brazo en la pared, masajeo uno de sus pechos y lamo el lateral de su cara. Cuando ella empuja hacia abajo, acomodándose sobre la punta de mi polla palpitante, meto las manos bajo su culo y la levanto un poco.

—Ryker. Te necesito.

—Aguanta, nena —susurro. Cierro el grifo, salgo de la bañera con sus piernas aún enrolladas en mi cintura y cojo una toalla de camino al dormitorio. Cuando se inclina para tocarme, la dejo caer en la cama—. Paciencia.

Voy a la cocina, cojo los condones y vuelvo al dormitorio.

—Cortesía de Gray —explico y los tiro sobre la cama.

Avery se ruboriza, la agarro por los tobillos y la arrastro hasta el borde de la cama. Ella chillaba y yo me arrodillo, le abro las piernas y arrastro mi mejilla áspera y erizada por el interior de un muslo. Su cuerpo se tensa y le doy besos húmedos hacia arriba, hacia arriba, hacia arriba. Hasta que llego a su núcleo húmedo y lamo sus pliegues. Un grito sale de su boca y chupo su clítoris en mi boca, trabajando el pequeño capullo hasta que sus caderas se levantan de la cama.

Las manos de Avery se clavan en las sábanas y se retuerce y gime mientras yo lamo y chupo. Deslizo uno o dos dedos dentro de ella y soplo suavemente. Mientras mis dedos se mueven dentro y fuera, acariciándola, me inclino hacia atrás sobre mis ancas y me empapo de la mirada de éxtasis que recorre su precioso rostro.

—Ven por mí, Ave.

Está al borde del clímax y la mínima presión de mi pulgar sobre su clítoris la empuja.

—Oh, Dios, Ryker —grita. Me deleito con la forma en que todo su cuerpo parece rodar de placer.

Entonces me levanto, me pongo en la cama y la pongo de lado. Me aprieto contra su delicioso trasero y le pellizco el hombro. El pequeño diablillo frota su culo contra mi polla y ya he terminado. Agarro uno de los condones, lo abro y lo pongo. Mi mano agarra la parte superior de la cadera de Avery, aún tumbada de costado, y la mantengo en su sitio. Luego, me deslizo dentro de su húmeda calidez con un gemido.

—Estás tan jodidamente mojada para mí —siseo.

—Solo para ti —repite ella apretando su espalda contra mi pecho.

Mi pierna superior se desplaza sobre la suya, atrapándola, y me empuja con fuerza. Pongo un ritmo despiadado y me acerco a ella para frotarla.

—¡Ryker, Dios! —Su voz es áspera, desesperada, y agarra una almohada con el puño.

Necesito ver esos ojos de aciano girar en un orgasmo, así que la saco, la pongo de espaldas y la vuelvo a penetrar de una sola vez. Sus uñas se clavan en la parte posterior de mis hombros y yo gruño, acelerando el ritmo y penetrando en ella.

«Hoy casi morimos», me digo. La idea me hace trabajar más duro y la inclino hacia arriba y me hundo hasta la empuñadura. «Por Dios. Nunca me sentí tan bien y estoy a punto de explotar», pienso.

—Mírame, Ave —suelto—. Mi voz suena cruda y desesperada.

Avery encuentra mi mirada, sus ojos azules se funden con los míos. Mientras nos movemos juntos, no son nuestros cuerpos los que están en perfecta sintonía. Son también nuestros corazones y nuestras almas. «Tienen que estarlo», pienso, porque cuando estoy dentro de ella, es como si viera a Dios.

Los dos gritamos en el mismo momento. El orgasmo que sacude mi cuerpo es más potente que cualquier otro que haya experimentado antes y el estremecimiento normal es como una jodida convulsión en toda regla que me sacude el cuerpo hasta los dedos de los pies.

—Jesús —siseo y me dejo caer a su lado.

¿Qué carajo? ¿Por qué es tan intenso con ella?

«Porque la quieres», susurra una vocecita.

«No», rebato para mis adentros. No puedo permitirme amar a nadie. Ya no. Especialmente a alguien que es tan bueno y tan malditamente maravilloso. Si alguna vez la perdiera, perdería la cabeza.

«Disfruta esta noche, Ryker. Porque mañana tienes que alejarte. No la mereces y no puedes darle lo que quiere o

necesita», me dice la voz. «Estoy roto», pienso. Avery se merece a alguien entero.

Me alejo de ella, voy al baño para deshacerme del preservativo y respiro profundamente varias veces, tratando de recomponerme. Sea lo que sea lo que hay entre nosotros... es demasiado poderoso. Y eso me asusta mucho porque siempre tengo el control.

Fuerte, disciplinado y concentrado. Hasta que huelo ese dulce y azucarado olor de Avery. Entonces, no distingo entre arriba y abajo y todo lo que quiero hacer es besarla por todas partes. Cuando vuelvo a entrar en el dormitorio, está sentada con la sábana envuelta. Se desliza fuera de la cama y me hace un gesto para que la siga.

—Vamos, quiero vendarte el brazo.

La sigo a la cocina, saco un par de pantalones cortos de la bolsa y me los pongo. Soy más grande que Gray, así que no son tan amplios como me gustaría, pero sirven. Avery mira hacia abajo y sonrío.

—Bonitos pantalones cortos.

—Puedo quitármelos —sugiero y me siento en una silla.

—Déjatelos puestos. Por ahora —añade con una sonrisa malvada.

Mientras empieza a ponerme crema antibacteriana en el hombro donde me rozó la bala, miro hacia abajo y estudio sus bonitos dedos de los pies pintados con esmalte rosa.

—Echo de menos tus zapatitos rosas con el puf en la parte superior —digo y deslizo una mano alrededor de su cintura.

—Ryker —me amonesta y se zafa de mi agarre—. Estoy intentando curar tus heridas.

—Qué sería —me burlo y le pellizco el culo.

Avery salta con un chillido y me da un manotazo en la mano.

—¿Quieres hacer el favor de comportarte?

—Por ahora —digo haciéndome eco de sus palabras.

Suspiro y dejo que me ponga una venda en el brazo y que se ocupe de los interminables rasguños. Sus dedos recorren el tatuaje de mi brazo.

—Luke tenía el mismo tatuaje —dice.

—Nos los hicimos juntos.

—Mis hombres rana —dice con una pequeña sonrisa.

Me gusta el tono posesivo de su voz. ¿Soy de ella? ¿Es mía?

Por ahora, sí.

—¿Teníais tonos de llamada divertidos? —pregunta.

—Eran geniales, no divertidos.

—Cuéntame.

—Bueno, ya sabes que nos gustaba todo lo relacionado con *Star Wars*.

—Oh, no —dice ella y lucha contra una sonrisa—. ¿Eras Leia o Yoda?

Alargo la mano y la atraigo hacia mi regazo.

—Eres una histérica —digo y le acaricio la nuca. Luego, le doy un pellizco en el hombro—. Luke era Skywalker, obviamente, y yo era Solo.

—Oh, Han —menciona subiendo la sábana y sentándose a horcajadas sobre mí—. Seré tu Princesa Leia cualquier día. —Cuando empieza a besar mi cuello, mis ojos se cierran y clavo mis dedos en sus caderas.

—¿Te vas a peinar como ella para mí? —pregunto en un susurro sin aliento.

—Incluso me pondré el bikini dorado.

Dejo escapar una risa ronca y me recuesto, disfrutando de la sensación de sus suaves labios subiendo por mi mandíbula. Me da besos de mariposa en la mejilla, en la comisura del ojo y por encima de la ceja.

—Creo que has perdido mis labios —me burlo.

—Estoy tratando de llegar, ya casi lo consigo —dice y sigue dando lánguidos besos por el otro lado de mi cara.

Finalmente, encuentra mi boca y el beso es lento y húmedo.

Deslizo mis manos por debajo de ella, me levanto y la llevo de vuelta al dormitorio. Ya he tenido suficientes primeros auxilios y es hora de disfrutar del resto de nuestra noche.

Nuestra última noche juntos en Colombia.

Nuestra última noche juntos para siempre.

Capítulo 21

Avery

El vuelo de vuelta a Los Ángeles va demasiado rápido. Mucho más rápido que el vuelo a Colombia. Cada momento que paso sentada junto a Ryker, mirando a su apuesto perfil, me hace palpar el corazón. Me sonrojo cuando pienso en la noche anterior y todavía me duelen partes del cuerpo por las cosas que hicimos.

Ryker Flynn es todo lo que había imaginado y más. Es un amante consumado, minucioso y atento, pero hay algo más, algo poderoso que ocurre cuando estamos juntos. Cuando me sostiene la mirada con esos ojos color *whisky* y se mueve en lo más profundo de mi ser, siento cosas que nunca supe que existían.

Creo que me estoy enamorando de él. ¿Por qué negarlo?

Y, ahora que volvemos a Los Ángeles, no tengo ni idea de lo que está pensando ni de hacia dónde vamos. Aunque está siendo educado y considerado, ya puedo sentir que se aleja. Esas malditas paredes tuyas son tan difíciles de penetrar. En el momento en que creo que estoy haciendo algún tipo de progreso, se disparan de nuevo.

Y eso me rompe el corazón.

Pero, voy a luchar por mi hombre. Y, voy a mostrarle que estamos mejor juntos que separados.

Ryker es un hombre que ha sacrificado cosas toda su vida. Siempre se ha centrado en su trabajo y, en el proceso, ha sacrificado su vida personal. No tengo la sensación de que se haya enamorado nunca y si le preguntaras, probablemente diría que no se lo merece. Siempre el mártir.

Por una vez, quiero que empiece a pensar en lo que quiere y necesita. Y, espero, que sea yo.

Después de aterrizar en el aeropuerto de Los Ángeles, nos dirigimos directamente a un taxi, ya que no tenemos equipaje. Los dos llevamos un par de pantalones cargo y una camiseta de Gray, así que será agradable volver a casa y ponerme mi propia ropa. Y no puedo esperar a que vuelva Liberty.

Decidimos parar en mi casa primero para que pueda cambiarme y luego dirigirnos a su condominio. «Es extraño estar en casa», pienso, mientras abro la puerta. Pero me alegro de haber vuelto. La última semana ha sido un auténtico torbellino y mi tiempo se ha trastocado porque Colombia tiene tres horas de diferencia con nosotros.

Me pongo unos *leggings* y un jersey ligero. Luego, me rocío con un poco de mi perfume Pink Sugar y me dirijo de nuevo a la sala de estar, donde Ryker me espera en el sofá.

—¿Tienes hambre? —le pregunto.

—Me muero de hambre —dice.

—¿Quieres comer algo de camino a tu casa?

—¿In-n-Out?

—Me has leído la mente —respondo.

Nos subimos a mi Jeep, cogemos unas hamburguesas con queso y patatas fritas estilo animal de la emblemática hamburguesería de Cali y nos dirigimos al apartamento de Ryker. Devoramos la comida y él se dirige a su habitación para ponerse algo que le sienta mejor. Aunque era bastante bonito que sus pantalones cargo fueran unos centímetros más cortos.

Ryker parece mucho más cómodo con su propia ropa cuando vuelve y yo me levanto del sofá.

—Acabo de llamar a Jax y él, Griff y Harlow siguen en la oficina, así que vamos a ir. Liberty también está allí.

—Oh, la he echado mucho de menos —reconozco.

—Dijo que tiene un par de móviles nuevos para nosotros, también.

El condominio de Ryker está súper cerca de la oficina de Platinum Security y llegamos allí en poco tiempo. Acerco mi Jeep a la acera y nos bajamos. Me guía hasta la puerta principal y me abre. Un momento después, Liberty sale corriendo de una oficina, avanza por el pasillo y salta sobre mí. La alegría de su cara no tiene precio.

—Te he echado de menos, pequeña —le digo y Ryker se agacha y la acaricia.

Me encanta que le gusten tanto los animales, especialmente los míos.

—Deberías conseguirte un perro —insinúa viendo cómo se ilumina cuando acaricia a Liberty.

Ryker es el candidato perfecto para un perro de servicio, pero sé que nunca lo haría. Es demasiado terco y tiene demasiado orgullo. Después de todo lo que pasó, estoy dispuesta a apostar que nunca habló con nadie al respecto.

Solo sufrió en silencio.

Le rasca detrás de la oreja de Liberty.

—Lo haré. Uno de estos días.

—¡Flynn! Aquí abajo —llama Griff.

—Vamos —dice Ryker y me pone una mano en la parte baja de la espalda. Me guía hasta la oficina de la esquina trasera, Liberty nos sigue.

Griff y Jax se ponen de pie y todos hacen un deslizamiento de manos y un choque de nudillos que me hace sonreír.

—Bienvenido, hermano —dice Griff.

—Me alegro de veros a los dos —comenta Jax.

—Gracias por cuidar a Liberty. Espero que haya sido buena contigo y con Easton.

—Fue muy buena. Tanto que estamos hablando de adoptar un pastor.

Froto la cabeza peluda de Liberty.

—Deberíais hacerlo. Son los mejores.

—Entonces, ponnos al corriente —pide Griff, con sus ojos azules brillantes y traviosos mientras mira de mí a Ryker—. ¿Algo que debamos saber?

Miro a Ryker y siento una oleada de nervios. Ni siquiera estoy segura de lo que está pasando entre nosotros, pero Griff parece aprobarlo.

—¿Por dónde deberíamos empezar? —Ryker me pregunta.

—¿Qué tal cuando nos secuestraron?

Tanto Jax como Ryker se enderezan. En el mismo momento, Harlow aparece en la puerta.

—¿Has dicho secuestrado? —inquire.

Levanto la vista y veo por primera vez a Harlow Vaughn, la súper inteligente genio de la informática de P.S. y extraordinaria hacker. Es preciosa, con su pelo castaño oscuro recogido en una cola de caballo, y posee unos intuitivos ojos grises azulados.

—Tú debes ser Avery —habla y sonrío.

—Me alegro de conocerte por fin —le expreso y le doy la mano.

—A ti también. ¿Y ahora qué demonios? ¿Quién te ha secuestrado?

—Castillo —responde Ryker.

—Oh, mierda —espeta Griff.

—¿Me estás tomando el pelo? —suelta Jax.

—Por desgracia, no.

Ryker empieza a contarles la historia de cómo estábamos comprando *suvenires* en un mercado local cuando unos hombres de Castillo nos aturdieron y nos sacaron de la calle. Les cuenta cómo nos llevaron a su recinto en lugar de tener que entrar en él.

—Es un completo maníaco del ego —explico—. Tiene todos esos animales venenosos en acuarios y nos amenazó con ellos.

—Tuvimos suerte de salir de allí antes de que sacara la víbora de foseta —comparte Ryker.

—¿Víbora de foseta? —Harlow se hace eco con un escalofrío—. Dios. Esto es por lo que soy hacker. Puedo quedarme a salvo dentro, detrás de mi ordenador.

—Pero, mi chica fue muy valiente cuando se encontró cara a cara con la rana dardo venenosa —dice Ryker.

«Mi chica», pienso. Me gusta cómo suena eso.

—Eso es porque me gustan las ranas —digo—. Compartimos una pequeña sonrisa y estoy bastante segura de que todos los demás en la sala lo notan.

—Entonces, ¿cómo escaparon? —pregunta Griff.

—Llamaron a Castillo y aproveché para cortar nuestros amarres...

—¿Cuchillo en la bota? —confirma Griff.

—Siempre —responde Ryker—. Conseguimos salir, hacer que Avery pasara por encima del muro y luego me encontré con un pequeño problema con una AK-47. Pero, logré pasar y tuvimos que caminar por la selva durante un tiempo.

—Castillo envió a sus hombres tras nosotros. Y, por si fuera poco, pasamos por una cascada y quedamos atrapados en un alud de barro —añado—. Fue entonces cuando perdimos nuestros teléfonos. Oh, y, el brazo de Ryker fue rozado por una bala.

—Jesús —suelta Griff.

—Nos dirigimos a un pequeño pueblo y llamamos a Gray. Nos permitió quedarnos en una casa de seguridad suya y luego volamos esta mañana.

—Y, aquí estamos —concluyo. Liberty presiona su largo hocico contra mi pierna y yo le acaricio la cabeza.

Jax busca en su escritorio y saca dos teléfonos nuevos. Los desliza por el escritorio y cada uno coge uno y da las gracias.

—Entonces, ¿cuál es el siguiente paso? —Jax pregunta.

—Tenemos que encontrar su antigua fuente —declara Ryker—. La única persona, aparte de Castillo, que conoce la verdadera identidad de Valquiria.

—Sin embargo, es como un fantasma. Va a ser imposible —les indico.

—¿Cómo se llama tu antigua fuente? —Harlow cuestiona.

—John Miller —contesto—. Como si eso fuera a ayudar.

—Estoy en ello —indica y se levanta—. En cuanto averigüe algo, os lo haré saber. —Me dedica una gran sonrisa—. Y, además, me gustan los retos.

—Gracias, Harlow —digo.

—No te preocupes. Ya encontraré algo. Nadie puede ser un fantasma durante mucho tiempo. —Con un movimiento de su cola de caballo, se dirige de nuevo a su oficina.

—Me alegro de haberla contratado —señala Jax.

—Porque yo te lo recomendé —le recuerda Griff.

—Bien. Bueno, de cualquier manera, ella es exactamente lo que necesitábamos por aquí.

Cuando reprimo un bostezo detrás de mi mano, Ryker lo nota inmediatamente.

—Deberíamos llevarte a casa —propone—. Han sido 24 horas muy largas.

Asiento con la cabeza y cojo la correa de Liberty del borde del escritorio de Jax.

—Saluda a Easton de mi parte —agrego y engancho la correa en su collar—. Y, gracias de nuevo por hacer de canguro.

—Cuando quieras —afirma Jax.

—Yo también me habría ofrecido —interviene Griff—. Pero Lexi tiene un gato. No creo que Whimsy lo apruebe. Me río.

—No hay problema. Voy a subir a Liberty en el Jeep.

Ryker asiente.

—Bien. Salgo en un segundo.

Doy un pequeño saludo a los chicos y me dirijo a mi coche. De repente, me siento como si estuviera medio dormida de pie. La aventura, el peligro y la emoción de los últimos días me golpean con fuerza y estoy lista para meterme en mi cama y dormir.

Ayudo a Liberty a subir al coche y me deslizo en el asiento del conductor. Un minuto después, Ryker abre la puerta y se mete dentro. De vuelta a su casa, el viaje es bastante tranquilo. Entonces, me detengo frente a su apartamento.

No sé qué hacer o decir y aprieto el volante. Finalmente, me vuelvo hacia él y me observa atentamente, con la mirada fija.

—Gracias —susurro—. Por todo.

De repente, se inclina hacia delante, me levanta la barbilla y me besa. Es suave y dulce.

—Adiós, Avery —dice. Luego, se escapa cerrando la puerta tras de sí.

Se me cierran los ojos y el corazón se detiene a mitad de camino.

«Adiós, Avery», pienso.

Sus palabras suenan tan definitivas. Como si todo lo que pasó entre nosotros hubiera terminado.

Con el corazón encogido, conduzco de vuelta a North Hollywood y regreso a mi tranquilo apartamento. Me pongo un camisón, me lavo la cara, me cepillo los dientes y me meto bajo las sábanas. Liberty salta a la cama y se acurruca a mi lado.

Nunca me había sentido tan sola.

Ojalá Ryker estuviera tumbado a mi lado. «Dios, echo de menos el calor de su duro cuerpo pegado al mío», pienso. Echo de menos sus besos y caricias.

¿Cómo se supone que voy a seguir con mi vida como si nunca hubiéramos dormido juntos en Colombia? ¿Como si nunca me hubiera enamorado de él? ¿Como si no lo quisiera a mi lado todos los días por el resto de mi vida?

Sé que se está alejando porque cree que es lo mejor. Cree que sus demonios y las cosas que ha hecho en el pasado lo hacen indigno del amor.

Pero, eso no podría estar más lejos de la verdad.

Nunca he conocido a un hombre que merezca tanto el amor como Ryker. Una y otra vez en Colombia, arriesgó su vida por mí. Es honorable y valiente.

Solo deseo que pueda ver lo que yo veo.

«Aún no ha terminado», pienso y eso me da un rayo de esperanza. Todavía tenemos que localizar a John Miller y descubrir la verdadera identidad de Valquiria. Solo entonces se limpiará mi nombre.

Y, tal vez entonces Ryker puede encontrar algún tipo de paz con su pasado.

Haré todo lo que esté en mi mano para ayudarlo a perdonarse a sí mismo y a enterrar sus demonios. Sé mejor que nadie lo que es vivir con la culpa y la culpabilidad. Pero, por primera vez en mucho tiempo, veo una luz al final del túnel.

Dejo escapar un pequeño suspiro y me acerco para acariciar a Liberty.

Voy a entender a ese hombre, decido. Voy a ayudarlo a darse cuenta de que merece amor y a derribar sus muros. Y, en el proceso, solo espero que se dé cuenta de que yo le importo tanto como él a mí.

Porque, en este momento, me doy cuenta de que una vida sin Ryker Flynn va a ser una existencia solitaria, muy solitaria.

Capítulo 22

Ryker

Veo a Avery alejarse y me siento fatal. Básicamente acabo de despedirme de ella y no me parece bien. Sé que hacer lo honorable es difícil a veces, pero esto es más que eso. Esto es como si la mitad de mi alma acabara de ser arrancada.

«Maldita sea», pienso.

«¿Estoy equivocado?», me pregunto. En lugar de alejarla, ¿debería luchar por ella? No. No puedo ser egoísta. Tengo que hacer lo mejor para ella por encima de todo. Incluyendo mis propias necesidades y deseos. Avery me ha llamado antes mártir y quizá lo sea, pero tengo que serlo.

Enciendo una luz y miro por encima de mi frío y vacío apartamento. Sé que siempre hay un choque después de la misión, pero me siento deprimido. Una gran parte de mí desearía haber invitado a Avery a casa, pero eso solo habría llevado al sexo. Y, estoy tratando de mantener mi distancia, no caer más fuerte por ella de lo que ya lo he hecho.

«Dios, esto va a ser difícil», pienso. Avery es la única mujer que siempre quise y, por un corto tiempo, la tuve. Y, nuestro corto tiempo juntos fue tan dulce. Totalmente increíble. Ahora, tengo que volver a como era antes. Y es una mierda.

Con un suspiro, me dirijo a la nevera y saco una cerveza. Le quito el tapón y le doy un largo trago. A veces beber ayuda, pero varios minutos después sé que esta noche no servirá de nada. Lo único que arreglará las cosas es tener a Avery de nuevo en mi cama.

Pero ella vuelve a estar fuera de los límites y yo tengo que aguantarme.

Dejo la botella de cerveza vacía en la encimera y pienso en lo que pasó después de que Avery y Liberty salieran de Platinum Security. Jax y Griff se abalanzaron al instante, exigiendo detalles como un par de mujeres cotillas.

—¿Y bien? —preguntó Griff.

Miré de uno a otro y puse los ojos en blanco.

—Sí, de acuerdo —dije. No tenía sentido tratar de negarlo. Estos dos lo descubrirían porque eso es lo que hacen. Desenterrar la mierda de la gente.

Griff dio un grito y golpeó su puño en el aire como un chico de fraternidad y Jax solo sonrió. Sin embargo, no les dije que estaba planeando terminar con ella.

Ojalá pudiera encontrar una forma de hacer las paces con mi pasado y aceptar las manchas de mi alma. Para sentirme digno del amor.

Para merecer a Avery Archer.

También podría desear que un millón de dólares cayera en mi regazo mientras estoy en ello.

Después de tomarme mis habituales cinco minutos en el baño para prepararme para ir a la cama, bajo a mi habitación y me dejo caer en mi gran cama vacía. Pronto, estar con Avery en Colombia me parecerá un sueño y trato de convencerme de que acabaré por olvidarlo todo.

Pero, en el fondo, sé que eso no es cierto. Lo más probable es que, una vez que este caso termine, me sumerja en la depresión más oscura y profunda que jamás haya experimentado.

Después de una larga noche dando vueltas en la cama y echando de menos el cuerpo de Avery junto al mío, me levanto y salgo a correr a toda prisa por la mañana. Me gusta trotar cuando el sol acaba de salir por el horizonte y antes de que la mayoría de la gente esté levantada. Hay algo agradable en la tranquilidad y la paz.

Mis brazos y mis piernas se mueven con fuerza. Siempre cronometro mis carreras y me reto a mantener lo que se esperaba de mí durante mi entrenamiento para el BUD/S: seis kilómetros en 32 minutos o menos. Sin embargo, es probable que hoy supere mi tiempo habitual, porque estoy corriendo como si los sabuesos del infierno me estuvieran pisando los talones.

Después de correr y bajar de los 32 minutos, me meto en la ducha. Y, al instante, recuerdo la ducha que Avery y yo tomamos juntos. Dios. Pensar en enjabonarla hace que se me acelere el pulso y se me ponga dura la polla.

Scudo la cabeza, intentando apartar los pensamientos eróticos de mi cabeza, y me unto la cara con crema de afeitar. Se siente bien perder la barba de Colombia. Siempre llevábamos barba durante las misiones, especialmente

en Oriente Medio, y hoy en día, aparte de un poco de barba de vez en cuando, prefiero estar bien afeitado.

Tener barba me retrotrae a épocas y sentimientos más oscuros.

Salgo de la ducha, me seco y me pongo una camiseta gris y unos pantalones negros. Cuando suena mi móvil un minuto después, lo cojo y veo el nombre de Harlow.

—Harlow —contesto.

—Hola, Ryker —saluda ella—. He encontrado información sobre John Miller. Me dirijo a la oficina ahora. ¿Puedes venir y te pongo al corriente?

—Estoy en camino, le comunico.

Diez minutos después, entro en Platinum Security. Hay silencio, salvo por el golpeteo de un teclado, y aún no hay nadie más que Harlow y yo. Los dos somos los más madrugadores de nuestro pequeño grupo.

—Hola —digo y entro en su despacho. Le doy un café, me siento y doy un sorbo al mío.

—Gracias, lo necesitaba —comenta y da un largo trago—. He estado despierta casi toda la noche rastreando a este imbécil.

Una de las cosas que he notado en Harlow es que blasfema como un marinero. Lo encuentro divertido y escondo una sonrisa.

—¿Qué tienes? —pregunto y me inclino hacia delante.

—John Miller es uno de los alias de Brian Little. Tiene 45 años y es un ex de la CIA convertido en hacker. Al parecer, filtró información clasificada y sus días en la agencia terminaron. Jubilación forzosa, por así decirlo. Aunque nunca probaron que le pagaron por la información, estaría dispuesto a apostar mi último centavo a que lo hizo, le gustó la sensación y procedió a suministrar información altamente clasificada a otros. De todos modos, investigué un poco y tengo una dirección de Reseda para ti.

«Perfecto», pienso. «Hoy, voy a hacer una visita a John Miller».

—Gracias, Harlow, eres un salvavidas.

—Fue muy fácil —afirma ella.

Mientras un plan empieza a formularse en mi cabeza, Harlow me estudia por encima del borde de su portátil con unos inquisitivos ojos gris azulados.

—Me gusta mucho Avery —indica midiendo mi reacción. No sé a dónde quiere llegar, así que asiento con la cabeza—. Quiero invitarla a tomar algo conmigo y con Lexi. Si le parece bien —añade mirándome con atención.

Lexi Ryder es la prometida de Griff y buena amiga de Harlow.

Me encojo de hombros, tratando de disimular.

—Avery puede salir con quien quiera —apunto—. No es asunto mío.

Harlow arquea una ceja oscura.

—Tengo la sensación de que sois pareja.

Sacudo la cabeza.

—No, solo somos... —«¿Qué somos?», me pregunto. «No tengo ni idea». De nuevo, ella levanta esa ceja y yo frunzo el ceño—. Tengo que irme —señalo y me pongo de pie.

—Lo siento —ataja rápidamente—. No quería entrometerme. Es que... —Su voz se interrumpe y hace una pausa—. Lucíais muy bien juntos. Harlow sonríe y vuelve a mirar el teclado y empieza a teclear—. Si averiguo algo más sobre Miller, te lo haré saber.

—Gracias —murmuro y bajo a mi despacho.

Me siento en mi mesa, enciendo el ordenador y miro la pantalla, pensando en Avery y preguntándome si realmente nos vemos bien juntos. Me imagino su pelo rubio y sus bonitos ojos azules. Es alta, mide casi 1,70 metros, es delgada y tiene unas curvas deliciosas. Yo soy muy diferente, con el pelo oscuro y los ojos marrones. Oscuro para su luz.

No tengo ni idea de cuánto tiempo paso soñando despierto con Avery, pero en algún momento, Jax asoma la cabeza por la puerta.

—Llegas temprano —observa—. ¿Tienes una pista?

—Sí, Harlow tiene una dirección de John Miller. Estoy planeando hacer un viaje allí. —Alcanzo mi café, tomo un sorbo y me doy cuenta de que está helado.

—¿Por qué no vamos Griff y yo contigo? Por si te hace pasar un mal rato.

—Claro —acepto—. Siempre se agradecen los refuerzos.

—Griff probablemente parece el menos amenazante de los tres, así que por qué no hacemos que se acerque a Miller primero. Entonces, vamos a empujar nuestro camino y dar a Miller un ultimátum. O entrega la identidad de Valquiria o le patean el trasero.

—¿He mencionado lo mucho que disfruto trabajando para ti, Jax? —pregunto.

—Oye, lo que sea que haga el trabajo. Tipos como Miller son escoria, de todos modos.

—La verdad sí —coincido.

Dos horas después, Jax, Griff y yo nos dirigimos a Reseda en mi Expedition. La dirección nos lleva a una pequeña casa que me hace pensar que John Miller ya no gana demasiado dinero vendiendo información clasificada o que está intentando mantenerse fuera del radar y no llamar la atención.

Probablemente esto último. «Una vez rata siempre rata», pienso.

Aparco a una manzana de distancia y los tres nos dirigimos a la calle. Subimos por el pasillo y Griff llama a la puerta principal mientras Jax y yo nos mantenemos fuera de la vista, a un lado. Por un momento, hay silencio. Entonces, oímos que alguien entra. Le hago una señal a Jax y nos separamos, cada uno rodeando la casa y dirigiéndonos a la parte trasera. Mientras tanto, Griff mantiene su posición en la parte delantera para asegurarse de que nuestro objetivo no escape por ahí.

Cojo mi SIG Sauer, mi arma de reserva desde que la otra se perdió en Colombia, y me mantengo agachado, con la espalda pegada al lateral de la casa, mientras doy la vuelta al patio trasero. En el momento en que Jax y yo nos vemos, la puerta trasera se abre y un hombre sale corriendo.

Salgo tras él y lo derribo antes de que llegue a la mitad del patio. Luego, lo levanto de un tirón y Jax se acerca con su Glock 22 apuntando al tipo.

—¿Qué demonios? —demanda el tipo.

—Hablemos —le digo y le empujo hacia la casa.

—¿Quiénes sois vosotros? —cuestiona.

—La mejor pregunta es ¿quién eres tú, John Miller?

Maldice en voz baja y lo empujo hacia adentro.

—¿Hay alguien más en casa? —le pregunto.

—No —refunfuña.

—¿Estás mintiendo?

—No, ¿vale? Solo estoy yo.

Entramos en la cocina y le empujo a una silla, con mis dedos clavados en su hombro. Jax deja entrar a Griff por la parte delantera y hacen un rápido barrido de la casa de un solo nivel.

—Despejado —dice Griff.

—Despejado —indica Jax.

Un momento después, entran en la cocina.

—No hay nadie más aquí —confirma Jax.

—Te lo dije —protesta John Miller.

—Cállate —exijo y le aprieto el hombro.

El tipo parece una rata y lo odio nada más verlo. Las comadreja como esta que se lucran con la venta de secretos clasificados ponen a este país en peligro y me dan asco. Espero que me dé una razón para mandarlo a la mierda porque tengo ganas de hacerlo.

Jax y Griff deben darse cuenta de lo cabreado que parezco porque entran en escena y rápidamente toman el control de la situación. Jax le ata las muñecas a Miller con una cremallera plástica y Griff se apoya en el mostrador con los brazos cruzados. Ambos tienen más experiencia interrogando a prisioneros, así que me parece bien. Me mantengo a la espera y estoy preparado para darle una patada en el culo.

—Tenemos algunas preguntas para usted, señor Miller —comienza Griff—. O, ¿es el señor Little? Brian Little, ¿verdad? Ex CIA que fue expulsado por vender información clasificada.

La voz de Griff es baja y uniforme, pero hay una amenaza velada presente.

—No sé de qué estás hablando —reniega Little en tono sarcástico.

Eso es todo lo que necesito. Sin previo aviso, apunto mi puño a su mandíbula y lo dejo volar. El golpe es tan fuerte que le hace caer la cabeza hacia un lado. La sangre le resbala por el labio.

—Inténtalo de nuevo —gruño.

Los ojos de Little se abren de par en par y ahora sabe que no estamos jugando. Vamos en serio y si no nos da respuestas, voy a disfrutar dándole una paliza. La rata levanta sus manos atadas para bloquear su cara de más golpes. «Como si eso fuera a ayudar», pienso.

—Vale, vale —murmura—. No quiero ningún problema.

—Queremos saber sobre la información que le proporcionaste a Avery Archer sobre la Operación Armagedón —dice Griff—. ¿De dónde la has sacado?

Brian Little piensa durante un minuto y luego se encoge de hombros.

—Eso fue hace años. Quiero decir, ¿cómo se supone que voy a recordar...?

¡Bam! Mi puño conecta con su mejilla y le va a dejar un bonito moratón.

—Respuesta equivocada.

—Mierda, de acuerdo, deja de pegarme —grita Little.

—Lo único que tienes que hacer es decirnos la verdad —recomienda Griff.

Little suspira.

—Me pagaron para que le diera a Avery mala información. Alguien no quería que esa misión tuviera éxito.

—¿Quién no lo quería? —interroga Griff.

—Había un agente corrupto al que le pagaban para proteger a Antonio Castillo. Cuando se enteró de la misión para acabar con su pan y su mantequilla, tuvo que asegurarse de que eso no ocurriera.

—¿Quién es ese agente deshonesto? —Griff presiona.

—No lo sé. Solo se conoce con el nombre en clave de Valquiria.

Todos intercambiamos una mirada. Lo más probable es que Little esté diciendo la verdad y que él y Valquiria nunca se hayan conocido en persona. Solo se ocuparon de los negocios a través de teléfonos desechables y otros medios imposibles de rastrear.

—¿Nunca conociste a Valquiria?

—No. Nos comunicamos en línea y con móviles prepago.

—¿Alguna conjetura sobre la verdadera identidad de Valquiria?

—Ninguna pista. Él usaba una máquina distorsionadora de voz cuando hablábamos.

—Sigues diciendo «él», ¿estás seguro de eso? —pregunta Griff.

Little frunce el ceño.

—Quiero decir, supongo que Valquiria podría ser una mujer. Ya te he dicho que no lo sé.

Griff nos mira a mí y a Jax. No creo que vayamos a sacarle más información a este imbécil. Aprieto la mano en un puño y sé que cinco de los mejores y más fuertes hombres del mundo murieron por la codicia de este hombre.

Cinco buenos hombres con familias que los querían.

Mis fosas nasales se agitan y veo rojo como un toro. Necesito infligirle a este cabrón algo del dolor que he sentido en los últimos dos años.

—Vamos —le dice Jax a Griff. Luego, me mira a mí—. Tienes un minuto, Flynn. Si no estás fuera para entonces, te sacaremos a rastras.

Le hago un gesto brusco con la cabeza, con toda mi rabia, mi frustración y mi culpa y miseria contenidas dirigidas a Brian Little, alias John Miller. En el momento en que Griff y Jax se dan la vuelta para salir, agarro a Little por la camisa y lo levanto de la silla.

—Levántate, cobarde —gruño. Saco mi cuchillo, corto sus amarres y ataco. La rabia ciega me impulsa y Brian Little no tiene ninguna posibilidad. Estoy aquí para hacer justicia por la muerte de mi mejor amigo y de los demás de mi equipo. Mientras golpeo a Little contra el suelo, creo que ni siquiera intenta defenderse—. Maldito cobarde débil —siseo entre golpes—. ¿Tienes idea de lo que has hecho?

A los treinta segundos de la paliza, Little deja de intentar bloquear mis golpes. Creo que está inconsciente. Respiro, me apoyo en las caderas y limpio mis nudillos ensangrentados en su camisa. Me pongo de pie, le doy una última patada en las costillas y me voy.

Jax y Griff esperan fuera, en el jardín delantero.

—¿Listo? —pregunta Jax.

Asiento con la cabeza.

—¿Te sientes mejor? —Griff pregunta.

—Pensé que lo haría, pero... —Dejo escapar un suspiro—. Ni siquiera se defendió.

—Bueno, eso le quita la diversión.

No digo nada. Solo me dirijo de regreso a mi Expedition. A pesar de que acabo de golpear al tipo que llevé a mi equipo a una masacre, no siento ninguna satisfacción.

De hecho, nunca me he sentido más vacío.

Capítulo 23

Avery

A la mañana siguiente, después de una larga noche dando vueltas en la cama, salgo a correr con Liberty y al volver decido revisar mis correos electrónicos. Tengo que responder a algunos trabajos relacionados con el trabajo y también preparar algunas sesiones fotográficas para nuevos clientes. Después de todo lo que ha pasado, parece extraño estar haciendo lo mismo de siempre. Como si todo volviera a la normalidad.

Porque no se siente normal. No tener a Ryker en mi vida se siente mal.

Cojo el teléfono y quiero llamarle, pero dudo. «¿Y si no quiere saber nada de mí?», pienso. No podía faltar la finalidad de su despedida de anoche. Recordarlo hace que me duela el corazón.

Si tiene alguna noticia importante, me llamará.

Mientras tanto, tengo que seguir viviendo mi vida y no lamentarme y llorar por un hombre que no me quiere.

Con el corazón y la mente pesados, saco la sesión de fotos de la pareja que hice la semana pasada antes de irnos a Colombia y empiezo a revisar las fotos. El amor en sus ojos es evidente y siento una fuerte punzada de envidia. Se eligieron el uno al otro y ahora están planeando pasar el resto de sus vidas juntos.

A mí nunca me ha elegido nadie.

Ignoro la ola de autocompasión y organizo y edito las mejores fotos. Unas horas más tarde, escribo una nota a la pareja y les envío las fotos por correo electrónico. Miro el reloj y veo que apenas es mediodía. ¿Qué voy a hacer conmigo misma el resto del día?

«¿El resto de mi vida?», me pregunto.

Parece que el tiempo se mueve mucho más lento sin Ryker cerca. Me he preocupado por él durante mucho tiempo y, a lo largo de los años, esos sentimientos solo se intensificaron. Pero nunca alcanzaron el nivel actual porque ahora sé de primera mano lo increíble que es y, Dios, lo quiero en mi vida.

«Bien, Ave, ¿qué vas a hacer al respecto?», pienso. «¿Sentarte aquí y pensar en lo que podría haber sido o levantar el culo y luchar por tu hombre?».

Voy a luchar por mi hombre, decido. Me prepararé y pasaré por Seguridad Platinum para ver si tienen alguna pista nueva. Este es mi caso, después de todo, y quiero averiguar más sobre John Miller y Valquiria.

Me esfuerzo un poco más en mi aspecto y espero que eso haga que Ryker me mire dos veces. Me rizo el pelo, me maquillo y me pongo unos vaqueros y una camiseta ajustada que dice US Navy. Luego me rocío con mi perfume Pink Sugar y me pongo un par de botas negras.

Le lanzo a Liberty una golosina y salgo por la puerta. El día es soleado y cálido, con una temperatura perfecta de 75 grados. Puede que North Hollywood no sea el lugar más animado de Los Ángeles, pero aprecio la tranquilidad del barrio. Mi Jeep Wrangler está aparcado en la acera y, mientras me dirijo a él, observo que un coche de lujo reduce la velocidad al pasar.

No me considero una fanática de los coches de lujo, pero algo me llama la atención cuando miro el elegante coche negro. «Inquietud», me doy cuenta. Es bajo y el estruendo del motor promete una potencia extrema. Desbloqueo el coche y veo pasar el deportivo. Es un Aston Martin.

Me meto en el Jeep y hago una foto del coche con mi teléfono. Ni siquiera sé por qué. Es sólo una corazonada y, de todos modos, siempre estoy haciendo fotos a las cosas. Nadie en este barrio puede permitirse un coche así. Probablemente sea alguien de Beverly Hills que ha pasado por la colina y se ha perdido buscando Ventura Boulevard con todas sus boutiques y tiendas de lujo.

Con los pensamientos de Ryker en la cabeza, arranco y me dirijo a la autopista 101 N. El tráfico se mueve y yo aprieto el acelerador, metiéndome entre los coches. Voy a jugar a lo casual cuando llegue a la oficina. A ver si Harlow ha encontrado ya alguna información. Me gusta mucho y espero que podamos ser amigas. Dios sabe que me vendría bien una amiga.

Justo cuando llego a la primera salida de Hollywood, un todoterreno sale de la nada y me corta el paso. «Mierda», pienso. Freno y toco el claxon. «La gente conduce como idiotas aquí», pienso. Entonces, el todoterreno frena de golpe y casi lo choco por detrás.

«Qué imbécil», maldigo para mis adentros y miro por el retrovisor, preparándome para cambiar de carril. Pero no puedo porque otro todoterreno se pone a mi lado y me bloquea. De repente, el conductor se cruza conmigo y me saca de la carretera. El otro coche sigue delante y, juntos, me obligan a entrar en el carril de las averías bajo un paso elevado.

«¿Qué demonios?», me digo.

Cuando veo que se abren las puertas del todoterreno y salen dos hombres enmascarados, me acerco y cierro las puertas. No tengo ni idea de lo que está pasando, pero sé que estos tipos son malos. Miro a mi alrededor, buscando un arma, deseando tener la SIG Sauer de Ryker.

El primer hombre se detiene junto a mi ventanilla y me hace un gesto para que la baje. «Ni hablar», pienso. Cuando revela un arma, mi estómago se desploma. Golpea el cristal con la punta de la pistola y yo lo bajo un poco.

—Si indagas más en la Operación Armagedón, mueres. ¿Entendido?

Asiento con la cabeza.

—Dilo —exige.

—Lo entiendo —articulo a la fuerza.

Entonces, levanta su arma y dispara.

«Oh, mierda», pienso. Me pongo en la cubierto, cubriendo mis oídos, mis últimos pensamientos de la cara hermosa y sonriente de Ryker. Pero no me apunta a mí y, en cambio, hace estallar las cuatro ruedas del Jeep. Acurrucada, con la mitad de mi cuerpo bajo el volante, oigo el chirrido de los todoterrenos.

Mi corazón retumba, pero el miedo se convierte rápidamente en ira. «Imbéciles». Ahora estoy atrapada en el arcén de la autopista. Y, por supuesto, nunca he renovado mi tarjeta AAA. Me levanto, cojo el móvil y llamo a Ryker.

Tarda unos quince minutos en encontrarme y, cuando se acerca a mi coche y ve los neumáticos destrozados, una mirada asesina ensombrece su rostro. Abro la puerta y me saca y me abraza.

—¿Estás bien? —me pregunta con la cara perdida en mi pelo.

—Estoy bien —le respondo—. Solo estoy enfadada por mis neumáticos.

Ryker se retira, me da un beso en la frente y me estudia detenidamente.

—¿Lograste verlos?

Sacudo la cabeza.

—Llevaban máscaras. Y me advirtieron que dejara de indagar en la Operación Armagedón.

—¿Qué dijeron exactamente? —Cuando se lo repito, los ojos de *whisky* de Ryker se vuelven llenos de rabia—. Vamos —propone y me coge de la mano.

Nos dirigimos a su Expedition y él saca su teléfono y llama a la AAA. Por supuesto, mantendría su membresía de auto al día. El hombre siempre está preparado. Después de decirles que lleven mi Jeep a un taller cercano y le pongan neumáticos nuevos, cuelga y nos lleva a Platinum Security.

Una vez allí, nos dirigimos todos al despacho de Jax y me hacen relatar lo sucedido.

—Parece que nuestro colega Brian Little se ha reportado a Valquiria —suelta Griff.

—¿Brian Little? —inquiero.

—Harlow descubrió que la verdadera identidad de John Miller es Brian Little —dice Ryker—. Le hicimos una visita esta mañana.

—¿Por qué no me lo habéis dicho? —exijo sintiendo un poco de molestia—. Habría venido.

—Por eso no te lo dijimos —responde.

Me pongo una mano en la cadera y entrecierro los ojos hacia los tres.

—Puedo arreglármelas sola, muchas gracias.

—No tenemos dudas —interviene Jax—, pero queríamos mantenerte al margen por esta misma razón.

—Bueno, estoy metida hasta las cejas, así que mantenedme al tanto. ¿Entendido?

Los tres intercambian miradas después de que los regañe. Un momento después, entra Harlow.

—He oído lo que ha pasado —dice—. ¿Estás bien?

—Bien —contesto entre dientes apretados—. Solo me gustaría que estos tres entendieran que no soy una muñeca de porcelana. Puedo valerme por mí misma y no necesito su constante protección.

—Lo entendemos, Ave —aclara Ryker—. Debería haberte llamado esta mañana después de que Harlow me informara. Lo siento.

Su disculpa me pilla desprevenida y siento que mi ira se desvanece. Está siendo completamente sincero y no está tratando de apaciguarme y lo agradezco. Sé que lo único que quiere es que esté a salvo, pero también tiene que entender que, en última instancia, se trata de limpiar mi nombre. Necesito participar y conocer todo lo que descubran

con detalle.

Suspiro y hago un pequeño gesto con la cabeza.

—No quiero parecer desagradecida porque aprecio todo lo que han hecho. Solo necesito que entiendan que es importante que me mantengan involucrada. No en base a la necesidad de saber.

—Entendido —acepta Ryker, y Griff y Jax asienten con la cabeza.

—Entonces, ¿qué pasó esta mañana? —pregunto.

De nuevo, todos intercambian una mirada y espero que no planeen ocultarme nada. Espero y Griff habla:

—Harlow localizó la dirección en Reseda de Brian Little, alias John Miller. Hicimos un pequeño interrogatorio y confirmó haberte dado información falsa.

Mi corazón se acelera.

—¿Y Valquiria?

—Afirma que no conoce su verdadera identidad.

—¿Y le has creído? —cuestiono.

—Sí.

Esto me toma por sorpresa.

—¿Por qué? Es un mentiroso y un traidor. Él...

—Nos dijo todo lo que sabía —dice Ryker con los ojos y la voz planos—. Me aseguré.

«Oh», pienso. Eso significa que usaron la fuerza. Mi mirada baja hasta los nudillos de Ryker y, por primera vez, me doy cuenta de lo crudos e hinchados que parecen. Asiento con la cabeza.

—Entonces, repasemos lo que sabemos —plantea Harlow y levanta su tableta—. John Miller, tu fuente, tenía un contacto secreto, alias Valquiria, que se ha vuelto pícaro y estaba en la nómina de Antonio Castillo. Le pagaban para mantener al narcotraficante fuera del radar de la CIA. Pero, Castillo prácticamente dirige todo el tráfico de drogas de Colombia, así que seamos realistas, está en el radar de todos. Cuando se vinculó a Castillo con la venta de armas a Oriente Medio, el gobierno estadounidense decidió hacer algo al respecto. La información de la CIA mostró que Castillo tenía una reunión con un aliado en la selva y que solo un puñado de sus hombres lo acompañaría. No más de quince a veinte personas en total.

Harlow levanta la vista y todos esperan que continúe, así que lo hace:

—El equipo de Ryker tenía la misión de entrar y neutralizar a Castillo. Pero la misión, la Operación Armagedón, fue un completo desastre. La información era errónea y había casi ochenta guerrilleros esperando para acabar con el equipo SEAL de seis hombres. Porque Valquiria estaba protegiendo a Castillo.

Miro a Ryker y veo una tormenta de emociones en sus ojos. Sin pensarlo, me acerco y pongo mi mano sobre la suya. Él une sus dedos a los míos y los aprieta.

Harlow da un golpecito en su tableta y la gira hacia mostrarnos, nos muestra la imagen de una mujer guerrera con una armadura completa y un casco alado. De inmediato sigue hablando:

—Es interesante saber que las valquirias son las hermosas doncellas guerreras de la mitología nórdica. Su trabajo es elegir qué soldados morirán en la batalla. No descartaría que nuestro objetivo fuera una mujer.

Miro la otra imagen que apareció cuando Harlow buscó Valquirias y veo un coche de aspecto elegante. El mismo que he visto hoy.

—Oh, Dios mío. Harlow, ¿qué tipo de coche es ese?

Harlow toca la pantalla, ampliando la imagen, y me la muestra.

—Aston Martin Valkyrie. ¿Por qué?

—Ese mismo coche pasó antes por mi apartamento. Recuerdo que pensé que era raro porque condujo por delante de mí y casi se detuvo. Justo antes de subirme a mi Jeep y salirme de la carretera.

La mirada de Ryker se dirige a mí.

—¿Pudiste ver al conductor?

Sacudo la cabeza.

—Las ventanas estaban demasiado oscuras.

—Supongo que no hay mucha gente que conduzca ese tipo de coche en North Hollywood —dice Jax.

Harlow saca las estadísticas del coche.

—Yo diría que probablemente no, teniendo en cuenta que su precio es de 3,2 millones de dólares y que lleva un motor V12 de 1.160 caballos.

Griff silba en voz baja.

—Pero, estoy dispuesto a apostar que alguien en la nómina de un capo de la droga puede permitírselo —digo—. Alguien como Valquiria. Entonces, recuerdo la foto que tomé. Saco mi teléfono y se lo doy a Ryker—. Se me

olvidaba, le hice una foto.

Una enorme sonrisa ilumina su rostro.

—Tenemos placas parciales —advierte—. ¿Harlow?

—En ello —avisa ella—. ¿Puedes enviarme la foto por correo electrónico?

Asiento con la cabeza y Ryker me devuelve el teléfono.

—Buen trabajo, Ave —dice.

Parece muy orgulloso y no puedo evitar brillar ante su aprobación. Envío la foto por correo electrónico a Harlow y suelto un suspiro. Ahora tenemos algo que hacer. Una pista que podría darnos la verdadera identidad de Valquiria.

Tiene que ser Valquiria. Esto no puede ser solo una coincidencia.

Siento una oleada de alivio al saber que estamos un paso más cerca de acabar con esta persona y limpiar mi nombre. Solo deseo que haya una manera de traer de vuelta al equipo de Ryker.

Noto que su rostro se oscurece de repente.

—Si se trata de Valquiria, entonces saben dónde vives —dice.

—No es seguro que vuelvas —sostiene Jax—. Eres más que bienvenida a quedarte en casa de Easton.

—Se queda conmigo —afirma Ryker. Me lanza una mirada posesiva—. Tú y Liberty. ¿De acuerdo? —me pregunta.

—De acuerdo —respondo.

Dios sabe que no hay ningún lugar en la Tierra donde preferiría estar.

Capítulo 24

Ryker

Cuanto más lo pienso, más me enfado.

Mis nudillos llenos de costras se vuelven blancos alrededor del volante, y mis pensamientos se ven consumidos por el hecho de que Avery podría haber estado en grave peligro hoy. Podría haber sido herida, secuestrada o incluso asesinada. Voy a seguir la pista a este gilipollas y, cuando termine, Valquiria no volverá a respirar.

De reojo, miro a Avery en el asiento del copiloto. Acabamos de recoger a Liberty y una bolsa de viaje para Avery. En un principio, pensaba ponerla en la habitación de invitados, pero después de darme cuenta de que hoy podría haberla perdido para siempre, eso no va a ocurrir.

Dormiré a mi lado, donde estará a salvo. Bueno, a salvo de todos menos de mí.

«No», pienso. Ya conoces el trato. «Manos fuera».

Va a ser difícil, pero necesito comportarme. La seguridad de Avery es mi máxima prioridad. Pero, ella también necesita comportarse, porque no soy tan fuerte cuando se trata de resistir a sus encantos.

Cuando llegamos a mi condominio, le da a Liberty su cena y pedimos una pizza. No dejo de mirarla y algo me parece diferente. Avery siempre está guapa, pero por alguna razón, esta noche está especialmente guapa. Cuando mi polla se estremece, aprieto los dientes.

«Aquí vamos», pienso.

—Gracias por dejar que nos quedemos contigo —dice.

—Por supuesto. —

Cuando me encuentro con su mirada, me observa con esos azules acianos de bebé y la sacudida se convierte en una erección en toda regla. Aparto la mirada y mis ojos se cierran. Maldita sea. La idea de perderla hoy hace que quiera cogerla en brazos, llevarla a mi cama y hacer el amor con ella toda la noche.

Me levanto del sofá y me dirijo a la cocina.

—¿Quieres algo de beber? —pregunto. Abro la nevera—. Tengo Corona y agua.

—La Corona funciona —me responde.

—Estupendo —digo y trato de ajustar el fuerte bulto de mis pantalones.

Me tomo mi tiempo, esperando que las cosas por debajo de mi cinturón se calmen, y abro las cervezas y pongo una rodaja de lima en cada hueco. Nadie tiene el poder de afectarme como lo hace Avery. Normalmente, tengo mucho autocontrol, pero cuando se trata de ella, tengo muy poco.

Dios, lo único que quiero es volver a entrar ahí, empujarla y deslizarme dentro de su cuerpo cálido y húmedo.

Me paso las manos por el pelo corto y me concentro en otra cosa. Como el tipo al que casi mato a golpes esta mañana. En realidad, eso es un poco dramático. Podría haberlo hecho, pero no lo hice. Ni de lejos. Cuando oigo a Avery acercarse a mi lado, me giro y le doy la cerveza.

—Gracias —dice.

Asiento con la cabeza y doy un largo trago.

Cuando suena el timbre, cojo la cartera y corro hacia la puerta principal. Tengo que mantener la distancia, pero, joder, es difícil. Pago al repartidor y vuelvo a la cocina. Abro la tapa y cada uno coge una rebanada llena de pepperoni.

Apoyo una cadera en la encimera y ella hace lo mismo, mirándome atentamente mientras mastica. Intento evitar su mirada, pero cada vez es más difícil.

—¿Qué? —murmuro y trago saliva.

—Nada. Es que esta noche estás muy guapo.

Mi pulso se acelera. Me lo va a poner muy difícil. Tengo que imponer la ley.

—Esta noche no puede pasar nada entre nosotros. Lo sabes, ¿verdad? —Pero, Avery solo se encoge de hombros—. Ave...

—¿Por qué la decisión es solo tuya? —pregunta ella. Oigo esa chispa en su voz. Supongo que tiene razón—. Estás muy acostumbrado a dar órdenes a los demás, pero yo no soy uno de tus soldados —dice e inclina la barbilla

hacia arriba—. Soy una mujer que tiene necesidades y deseos. Y te quiero a ti, Ryker. —Deja caer el trozo de pizza de nuevo en la caja y se acerca a mí. Toma mi cara entre sus manos—. En mi cama y dentro de mí —añade en voz baja.

«Dios, me está matando», pienso. Desgastando mi resistencia, haciendo que la desee tanto que me duele físicamente. Me pregunta:

—¿No me deseas, Ryker?

—Por supuesto, te deseo, joder —siseo. Bajo mi boca y atrapo la suya en un beso acalorado y exigente. Mis manos se mueven para acariciar su culo y luego la empujan contra mi polla de acero. Cuando se retuerce contra mí, gimo en su boca—. Puedo decir que no a cualquiera menos a ti —susurro y la levanto, dándole la vuelta y sentándola en la encimera.

—Bien —dice y se agacha para subirme la camiseta y quitármela. Sus manos se deslizan por mi pecho y mi respiración se entrecorta. Miro hacia abajo y veo cómo sus dedos se deslizan por mis pectorales, brazos, costillas y abdominales. Me pasa un dedo por el ombligo y lo levanta para tocar la cicatriz del hombro. Su dedo índice desciende por cada una de las cicatrices de las cinco balas que me alcanzaron—. ¿Quién es capaz de sobrevivir a cinco disparos? —pregunta frunciendo el ceño.

Le quito el ceño entre las cejas. Algunos dirán que tuve suerte, pero la suerte no tuvo nada que ver. Solo pude aguantar un poco más que los demás porque yo también habría muerto ahí fuera. No hay duda de ello.

Avery se inclina hacia delante y deposita un beso en cada cicatriz y mi respiración aumenta. La sensación de sus cálidos labios contra mi piel es más de lo que puedo soportar. Entonces, sus dedos desabrochan mis pantalones cargo y se introducen en ellos.

«Joder», pienso. Esos finos dedos me acarician desde la base hasta la punta y empujo mis caderas hacia delante. Me baja aún más los pantalones y los hago a un lado de una patada, dándole pleno acceso para que haga lo que quiera.

—Siéntate —dice y me pone una mano en el pecho.

Sin decir nada, me dejo caer en una silla de la mesa y ella me lanza una larga y acalorada mirada antes de saltar de la barra y acercarse. El contoneo de sus caderas es demasiado bueno, demasiado tentador, y alargo la mano para agarrar las aberturas de sus vaqueros y acercarla. Sus pechos están justo delante de mi cara y se tensan contra su camiseta de la US Navy.

—Me gusta tu camiseta —le digo y acurruco mi cara contra su pecho.

Avery baja lentamente entre mis piernas abiertas. Arrastra una mano por mis abdominales tensos, con la mirada fija en la mía, y se pasa la lengua entre los labios. Luego, sus manos y su boca empiezan a hacer su magia. Mi cabeza cae hacia atrás y mis caderas se agitan.

La sensación de su cálida y húmeda boca desliziándose por mi polla es casi insoportable. Vuelvo a levantar la cabeza y la observo, chupando, con las mejillas hundidas, y gimo largo y tendido. Entonces, sus labios vibran.

—Mierda, Ave —siseo y enredo mis dedos en su largo pelo rubio.

Ella sigue avanzando y yo no tengo fuerzas para detenerla. Estoy palpitando, palpitando, y ella me está chupando hasta el frenesí. El placer me atraviesa y me corro con fuerza, levantando mi cuerpo de la silla. Avery se levanta, se sienta a horcajadas en mi regazo y se lame los labios.

—Dios, sabes cómo hacer eso. Es tan bueno —confieso todavía jadeando y apenas capaz de hilvanar una frase completa.

—Me alegro de que te guste —dice y empieza a subirse la camiseta.

Ayudo a Avery a deslizar la camiseta hacia arriba y por encima de su cabeza. Veo el satén rosa antes de que se apoye en mi pecho desnudo y me bese. Es lento, pero exigente. Cuando nuestras bocas se separan, atrapa mi labio inferior entre los suyos y lo chupa.

Mis manos suben y se posan sobre el suave sujetador de satén, moldeando sus pechos. A pesar de lo bonito que es, quiero quitarlo de en medio. Alargo la mano, lo desabrocho y veo cómo se desliza por sus brazos.

—Dios, eres preciosa —reconozco y sumerjo la cabeza para adorar con la boca uno de sus pechos perfectos y llenos. Se arquea hacia atrás mientras chupo y acaricio el pezón hasta convertirlo en una cresta puntiaguda. Luego, giro mi lengua hacia el otro.

Las caderas de Avery giran contra mí y yo me agacho y meto un dedo en la cintura de sus pantalones.

—Quítale los pantalones —ordeno.

Se retira y me sonrío con descaro.

—Creía que no íbamos a hacer esto.

—Fuera. Ahora.

Avery se desliza fuera de mi regazo, y luego hace una gran producción al desabrocharse la cremallera y quitarse los vaqueros. Su pequeño espectáculo me pone caliente y duro de nuevo. Su mirada desciende hasta mi regazo y sonrío.

Finalmente, se quita los vaqueros y se queda delante de mí con esas diminutas bragas de raso rosa. Algo dentro de mí se dispara y tiro de ella hacia delante, le arranco las bragas y vuelvo a tirar de ella sobre mi regazo. Con las piernas abiertas, se sienta a horcajadas sobre mí y me rodea el cuello con los brazos. Me meto entre nosotros y encuentro su centro hinchado.

—Está tan mojado —murmuro y acaricio sus pliegues.

—Sí. —Suspira y empuja contra mi mano. Cuando deslizo un dedo dentro de ella, se retuerce y se retuerce—. Por favor —me suplica—. Métete dentro de mí.

Mi mente está borrosa, confusa por el deseo. El deseo me invade y agarro sus caderas, la alineo con la punta de mi polla y subo. Mientras me deslizo en su húmeda calidez, Avery baja de golpe y lo que era lento se convierte en rápido.

Nuestros cuerpos se mueven juntos, se juntan, se golpean, se trituran.

—Más fuerte —grita.

Me acerco a ella y le froto el clítoris hasta que me clava las uñas en los brazos y emite sonidos en el fondo de su garganta. Dios, es sexy.

—Libérate para mí, Ave.

Nos movemos rápido y con fuerza y cuando ella explota en un orgasmo, yo estoy un segundo detrás de ella. Es como una explosión cegadora y nuestros cuerpos se elevan. Siento que se contrae a mi alrededor y un escalofrío me recorre mientras me vacío en ella.

El resplandor posterior es brillante y el placer que me inunda hace que me pregunte por qué sigo intentando apartarla. ¿Por qué sigo intentando huir de lo mejor que me ha pasado nunca?

«Joder», pienso. He olvidado la protección. El pensamiento me golpea y me devuelve a la realidad. Me deslizo y me maldigo por ser tan descuidado. Nunca me había olvidado. Nunca.

—Ave, me he olvidado...

—Está bien —dice ella, leyendo mi mente—. Estoy limpia si eso es lo que te preocupa.

—No. Quiero decir, yo también estoy limpio. Pero, no estás tomando anticonceptivos. ¿Lo estás?

—No, pero llevo un control de mi ciclo. Estamos bien.

Dejo escapar un suspiro y la beso. Y, es raro, pero una parte de mí se pregunta cómo sería tener un bebé con ella. Casarme y tener una familia con esta increíble mujer. La idea no me asusta en absoluto. De hecho, todo lo contrario.

Mierda, una parte morbosa de mí espera que la deje embarazada. Porque estar con Avery es como encontrar un ancla en un mar agitado por la tormenta. Hay algo en ella que me hace sentir seguro. Ir a la cama cada noche con ella y despertar cada mañana a su lado... no puedo pensar en nada que me guste más. Parece una forma perfecta de pasar el resto de mi vida.

Y, aunque sé que mi alma está manchada y llena de oscuros pecados, parece que no puedo alejarme de ella por mucho que lo intente.

Estoy enamorado de ella. Completa y totalmente enamorado de Avery Archer. Creo que una pequeña parte de mí siempre la ha amado.

Obviamente no puedo decírselo, pero puedo hacerlo evidente. Pienso pasar el resto de la noche demostrándoselo.

Me pongo en pie, cojo a Avery en brazos y me dirijo a mi dormitorio.

Capítulo 25

Avery

«Dios, quiero a este hombre», pienso.

Pero sé que si se lo digo, saldrá corriendo. Ya está intentando apartarme porque cree que no es lo suficientemente bueno. Solo quiero gritarle en la cara que es un maldito héroe. Pero, por supuesto, no quiere oírlo. No está acostumbrado a los elogios por sus acciones. Únicamente a recibir órdenes, hacer su trabajo y volver a casa.

Agarro su cara con las manos y lo beso sin sentido mientras me lleva a su cama. No me canso de él. Su cuerpo grande y fuerte me hace sentir segura y tiene un gran sentido del honor. Cuando estamos juntos, siento la bondad que lleva dentro. Ojalá él también lo sintiera.

Me recuesto en sus almohadas y sus sábanas huelen a él. Como a jabón con olor a pino. «Mmm, delicioso», pienso. Empieza a besarme por el cuerpo y yo me retuerzo debajo de él y lo empujo hacia atrás.

—Túmbate, soldado —le ordeno.

Su cama es grande y lo veo acostarse de espaldas, estirando su metro noventa, con los ojos mirándome con gran interés. «Esos ojos», pienso. Marrones con motas de oro que siempre me recuerdan a un *whisky* caro y todo lo que quiero hacer es bebérmelo. Hasta la última gota.

Me pongo a horcajadas sobre su cintura y extiendo mis manos por sus abdominales duros como piedras. Los surcos abollados, resultado de miles de abdominales, salen al encuentro de mis dedos.

—Me encanta tocarte —digo y recorro sus pectorales de granito.

—Puedes tocarme todo lo que quieras —permite y clava sus dedos en mis caderas.

—¿Sabes lo que pensé la primera vez que te vi? —le pregunto. Siento que se tensa debajo de mí y su mirada se fija en la mía—. Que eras el hombre más grande, fuerte y guapo que había visto nunca.

Sus fosas nasales se agitan y sus grandes manos se deslizan por mis pechos.

—Pensé que parecías un ángel —susurra él.

Una pequeña sonrisa curva mi boca y me inclino hacia sus caricias.

—Ryker —ronroneo—. Tú eres el ángel. Un arcángel al que hay que temer. Un guerrero que defiende y protege. Me inclino hacia delante y hago girar la lengua alrededor de un pezón plano.

Él busca mi cara y me atrae hacia abajo para darme un largo y acalorado beso. Deslizo mi lengua contra la suya y siento que el deseo vuelve a crecer. Dios, podría pasar un mes en la cama con este hombre y seguiría deseando más.

—No me canso de ti —murmura pasando sus manos por mi culo y apretando—. Eres como... la luz del sol.

Me agacho y envuelvo con mis manos su larga y dura longitud. Luego, lo guío justo donde lo necesito y lo quiero. Cuando empiezo a deslizarme hacia abajo, veo cómo la expresión de su cara cambia de deseo a necesidad. Levanta las caderas, deslizándose hacia arriba, y yo lo llevo hasta la empuñadura, rechinando hacia abajo.

—Dios —murmura.

Inclino mi cuerpo, colocándome en la posición correcta, y empiezo a mover las caderas, marcando un ritmo lento y ardiente. Él empuja hacia arriba, moviéndose conmigo, y mi cabeza cae hacia delante, con el pelo cayendo en cascada sobre su pecho. Agarra un puñado y enreda sus dedos en él.

—Móntame, nena —susurra—. Móntame fuerte.

Aprieto los muslos y me muevo más rápido. Una de las manos de Ryker se desliza hacia abajo y cuando empieza a masajear mi clítoris, echo la cabeza hacia atrás y lo cabalgo más fuerte, más rápido. La fricción aumenta entre nuestros cuerpos y arrastro mis uñas por su pecho, sintiendo cómo aumenta el placer.

Mi mirada desciende y él me observa atentamente con ojos brillantes de pasión, una mano clavada en mi cadera y la otra haciendo cosas increíblemente deliciosas que hacen que me apriete más a su alrededor.

—Oh, Dios —grito golpeando contra él.

Ya es demasiado y su dedo circundante me lleva al límite. Mi clímax es intenso y poderosas olas recorren la parte inferior de mi cuerpo hasta los dedos de los pies.

Ryker se levanta con un gemido y se derrama dentro de mí. Me dejo caer sobre su pecho, con el pelo extendido a nuestro alrededor, y me tomo un momento para recuperar el aliento. Luego, le doy un beso en la cicatriz de su

hombro.

Su mano me aparta el pelo de la cara y me recorre la espalda. Me desprendo de él y me atrae hacia sus brazos. Sus labios me presionan la frente y luego me acurruco profundamente contra su pecho. Nos cubre con la sábana y huelo a pino a mi alrededor, lo que me adormece.

Unas horas más tarde, abro los ojos y Ryker me mira. Estamos uno frente al otro, compartiendo almohada, con las narices prácticamente tocándose. Sonrío tímidamente y me alejo.

—¿Qué? —pregunto.

Me pasa un dedo por la nariz y me dedica una sonrisa torcida.

—Me encanta mirarte.

Mi corazón late con más fuerza.

—No tanto como me gusta mirarte a ti. —Deslizo una mano sobre el tatuaje de su brazo—. ¿Extrañas ser un SEAL?

—Seré un SEAL hasta el día de mi muerte.

—Quiero decir, ¿extrañas salir a las misiones?

En lugar de responder, se acerca y toca el hueco que hay sobre mi clavícula.

—Tu corazón late con fuerza —dice.

—Porque me estás tocando —susurro.

Una mezcla de emociones se dibuja en su rostro.

—¿Te gusta que te toque?

—Me encanta que me toques, Ryker.

Su mano se desliza por la curva de mi cuello y toma mi mandíbula.

Pongo mi mano sobre la suya.

—¿Tenías dudas? —le pregunto.

Desvía la mirada, se preocupa por el labio inferior durante un segundo.

—A veces siento...

—¿Qué? —susurro.

—No me siento digno de ti. He hecho cosas... —Él lanza un suspiro—. Tengo las manos manchadas de sangre y a veces pienso que si te toco también te estoy ensuciando. Y, odio eso.

—Quiero tus manos sobre mí, Ryker. Nada se siente tan bien como tus grandes y fuertes manos en mi cuerpo— Veo una ligera oleada de alivio en sus ojos y entrelazo mis dedos con los suyos—. Si alguna vez dejas de tocarme, te voy a patear el culo.

Ryker suelta una carcajada baja y entierra su cara en mi pelo.

—Es que es difícil, Ave. Lo intento, pero... —Exhala un suspiro—. Estoy tan jodidamente dañado. Deseo cada día ser lo suficientemente bueno para ti.

Su voz baja suena torturada y lo acerco, acunándolo contra mi pecho. «No es justo», pienso, y siento que las lágrimas me pinchan los ojos. Ryker ha sufrido mucho y mi corazón sangra por él.

Quiero decirle que le quiero. Con tantas ganas. Dejo escapar un suspiro largo y bajo y le paso los dedos por el pelo recortado.

—Ryker... —susurro, armándome de valor—. ¿Tienes idea de lo mucho que te amo?

Todo su cuerpo se tensa contra mí. «Oh, Dios», pienso. ¿Qué he hecho?

No siento que respire. Está simplemente... congelado. Pero, después de un minuto, se retira y me mira profundamente a los ojos.

—¿Me amas?

Estoy muy nerviosa y, de repente, se me atascan las palabras en la garganta. Así que me limito a asentir.

Él deja escapar un suspiro tembloroso y luego se inclina y me besa. Es suave y tierno. Pero todavía no tengo ni idea de lo que está pensando. Cuando el beso termina, me alejo y le miro a los ojos.

—¿Te importo? ¿Al menos un poco? —le pregunto.

Múltiples emociones recorren su rostro y me mira como si me viera por primera vez.

—Siempre has sido tú, Ave —dice con voz cruda.

El aire se me escapa y me aprieto contra él, con el alivio y el amor que me invaden. Ryker me arrastra hacia arriba y me besa de nuevo, sus labios devoran los míos, y yo le devuelvo el beso con cada gramo de amor que siento por él.

—Siento que estoy soñando —digo.

Nuestras miradas se cruzan y él sonrío.

—Si esto es un sueño, no quiero despertar nunca. —De repente, se sienta y me arrastra a su regazo—. Dímelo otra vez —dice y acurruca su cara en la curva de mi cuello.

—Te amo, Ryker —repito incapaz de creer que las palabras salgan realmente de mi boca.

Sus brazos me rodean con fuerza.

—Ave... Dios, te amo. Me abraza durante un largo momento y luego me da un beso en la sien—. Creo que tú eres la razón por la que estoy vivo —revela en una voz tan baja que tengo que esforzarme para oírle.

—¿Qué quieres decir? —escarbo.

Aunque deseo darme la vuelta y enfrentarme a él, me quedo como estoy, acurrucada en su pecho. Creo que así le resulta más fácil hablarme.

Siento su cálido aliento en mi oreja, agitando mi pelo.

—Recuerdo que estaba tirado en el suelo, entumecido por el dolor. Había mucha sangre y pensé que iba a morir. Y que tal vez estaba bien. Entonces, vi tu cara. Me dio fuerzas... algo por lo que vivir. —Sus brazos aún me rodean y le subo las manos y las beso—. Llevé a Luke durante casi ocho kilómetros y luego me derrumbé. Perdí mucha sangre. Recuerdo que le dije que lo sentía. No podía ir más lejos. Y, él hizo una broma sobre morir juntos en alguna jungla de mala muerte cuando deberíamos haber estado de vuelta a la civilización, y preparándonos para salir en una cita doble que había organizado con las gemelas Rizzo.

—Eso suena a Luke —digo con una pequeña sonrisa tocando mis labios.

—Murió a mi lado no mucho después.

Oigo la tristeza, la culpa y el arrepentimiento en su voz.

—No es tu culpa —reitero—. Hiciste lo que pudiste, pero también te hirieron. Es un milagro que no hayas muerto junto a él. Y no te atrevas a decir que desearías haberlo hecho.

—Solía desear haberlo hecho. Solía desearlo todos los días.

—¿Y ahora? —pregunto.

Duda, pasa un dedo por mi brazo.

—Por primera vez en mucho tiempo, siento que tengo algo por lo que vivir.

Vuelvo la cara y le miro. Su boca se inclina y me besa con una dulce fiereza.

—Espero que eso se refiera a mí —indico.

—Es 110 por ciento tú, cariño.

Me giro en sus brazos y enarco una ceja.

—Entonces, ¿quiénes son estas gemelas Rizzo? —indago.

Ryker estalla en carcajadas y me da la vuelta, con su gran cuerpo cubriendo el mío.

—Darla y Deena Rizzo. Eran toda una pareja.

Mis ojos se entrecierran y, antes de que pueda decir otra palabra, aplasta su boca contra la mía.

—Para que sepas —susurra—, no son nada comparadas contigo.

—Buena recuperación —suelto y pongo una mano a lo largo de su mandíbula. Es áspera y me encanta sentirla contra mi palma. Cuando trazo un dedo hacia arriba y alrededor de su oreja, se estremece. Como lo hizo en Colombia—. ¿Qué pasa? Cada vez que te toco cerca de las orejas, te apartas.

Deja escapar un suspiro.

—Lo siento. Hábito, supongo —se justifica.

—¿Qué quieres decir?

—Cuando estábamos luchando contra los hombres de Castillo, uno de ellos utilizó un RPG para lanzar una granada. Pasó por delante de mí y explotó demasiado cerca. Me jodió el oído, así que ahora tengo que llevar estos mini audífonos.

Parpadeo. No tenía ni idea.

—No lo sabía.

—Nadie lo sabe realmente. Excepto Griff, supongo. Son diminutos y están hechos a medida para encajar en mi canal auditivo. Aparte de tener que cambiar las pilas de vez en cuando, están bastante dentro y no se mueven.

Mi gran y fuerte guerrero lleva audífonos. La idea me toca la fibra sensible y me doy cuenta de que no es tan invencible como parece. Lo atraigo y le doy un beso primero en una oreja y luego en la otra.

—Gracias por decírmelo —murmuro—. Puedes contarme cualquier cosa, lo sabes.

—Estás derribando mis muros. ¿Lo sabes?

—Eso espero —digo—. Puedes confiar en mí, Ryker.

—Te quiero, Ave.

—Yo también te quiero —repito.

Él baja la cara y cuando me besa, puedo sentir lo mucho que me ama.

Capítulo 26

Ryker

Nunca me he abierto con nadie como lo estoy haciendo con Avery esta noche. Es como si me quitara un peso de encima y, por primera vez en años, pudiera respirar. Respiraciones profundas y completas de aire fresco en lugar de jadeos superficiales de aire fétido.

Me tumbo de espaldas, con una mano debajo de la cabeza y la otra rodeando a Avery. Ella se acurruca en el pliegue de mi brazo y nunca se sintió tan bien.

Me ha dicho que me ama.

«Dios». Avery me ama.

Mi corazón se eleva y siento una loca ola de vértigo. ¿Cuándo me convertí en un tonto? Me pregunto. Ni siquiera me importa porque no me he sentido tan bien en años. Es como un subidón increíble e indescriptible.

Casi un poco como cuando solía hacer saltos HALO. Los saltos de gran altitud y baja apertura desde un avión en perfecto estado a 35.000 pies es el subidón definitivo. La caída libre es locamente intensa y no hay manera de describir con precisión la sensación.

Algo así como el amor, me doy cuenta.

Nunca he estado enamorado. Hubo mujeres a lo largo de los años, por supuesto, pero nunca dejé que ninguna se acercara y, desde luego, nunca dejé que mis emociones se involucraran. Siempre fue algo puramente físico para mí. Pero, Avery era diferente. Desde el primer día. Ella siempre tuvo un pedazo de mi corazón y sabía que era especial. Pero, ahora, es como un sentimiento completo, de no poder funcionar sin ella, que me asusta.

Aun así, no voy a estropear esto. Voy a dar el 110 por ciento. Como si fuera una misión que voy a lograr cumplir. Porque soy un maldito SEAL y somos ganadores. El fracaso no es una palabra en nuestro vocabulario.

Avery y yo vamos a trabajar... tenemos que trabajar... porque ella es lo mejor que me ha pasado. Inclino mi cara hacia su pelo y respiro su dulzura azucarada. Huele como una nube de algodón de azúcar y quiero comérmela hasta quedarme con un subidón.

Voy a protegerla y a ayudar a limpiar su nombre. La valquiria va a pagar por todo el daño que nos infligió a mí, a Avery y a mi equipo. Y, voy a entrar en caliente. Es hora de ajustar cuentas por fin y estoy deseando hacerlo.

«Tal vez soy un poco como un arcángel», pienso. Porque el Armagedón se acerca para Valquiria y es la hora del juicio. Y, yo soy el Juez, el Jurado y el Verdugo.

No hay piedad.

No habrá perdón por mis oscuros pecados y lo acepto. No tengo ninguna duda de que cuando mi vida aquí termine, no iré a ningún lugar agradable. Tengo el buen presentimiento de que el diablo me está esperando, frotándose las manos con regocijo.

Así que, bien puedo vengarme.

Mientras tanto, el diablo va a tener que esperar un poco más porque ahora mismo voy a disfrutar de cada momento que tenga con este ángel rubio.

Oigo un suave aullido y miro hacia abajo y veo a Liberty apoyando su larga nariz en mi lado de la cama.

—¿Tienes que salir? —pregunto en voz baja. Le rasco la nariz y luego me alejo con cuidado de Avery, haciendo lo posible por no despertarla—. Vamos, bonita —digo y Liberty me sigue.

Le pongo la correa y la llevo a hacer sus necesidades. Me invade una extraña sensación. Como si esto fuera vivir con Avery y Liberty. Despertarse junto a ella, sacar a la perra... una jodida felicidad doméstica.

Me gusta. Mucho.

El sol está saliendo y un hermoso resplandor anaranjado comienza a iluminar el cielo. Me siento en los escalones que llevan a mi apartamento y acaricio a Liberty. Juntos, vemos salir el sol y, para mí, es casi una sensación catártica. Como si un capítulo de mi vida se cerrara y ahora se abriera uno nuevo, mucho mejor.

De repente, mi visión se nubla con lágrimas calientes.

—Cuidaré bien de ella, Luke —digo en voz baja—. Te lo prometo. —Me paso una mano por los ojos, me levanto y llevo a Liberty de vuelta al interior.

Estoy acostumbrada a levantarme temprano, así que me dirijo a la cocina y preparo un poco de café. Supongo que Avery dormirá un par de horas más, pero mientras tomo el primer sorbo de café, la oigo levantarse y empezar a moverse. Cuando entra en la cocina, le doy una taza y la acepta con una pequeña sonrisa.

—Gracias —dice.

Le paso una mano por la cintura y la atraigo para darle un beso.

—Buenos días —murmuro entre besos. Sabe a pasta de dientes de menta y, como siempre, huele a panadería.

—Buenos días —responde ella.

—Te has levantado temprano.

—Iba a sacar a Liberty.

—Ya lo hice —digo y me inclino para acariciar al pastor—. Hemos visto salir el sol.

Avery da un sorbo al café caliente y me observa por encima del borde de su taza.

—¿Qué? —pregunto y le aprieto el costado.

Ella sacude la cabeza.

—Estoy intentando averiguar si lo de anoche fue solo un sueño.

—Más vale que haya sido real —sostengo.

Una sonrisa curva su boca. Deja la taza en el suelo y me abraza.

—Entonces, ¿cuál es el plan para hoy? —pregunta.

—Estoy pensando en correr y luego ir a la oficina. Ver si Harlow tiene alguna información nueva para nosotros.

—¿Qué tal una carrera, luego una ducha y después ir a la oficina?

—Incluso mejor —acepto.

Y eso es exactamente lo que hacemos.

Capítulo 27

Avery

Cuando Ryker y yo llegamos a la oficina de Platinum Security, Harlow ya está allí y probablemente lleva tres cafés en su día.

—¿Alguna vez te vas a casa a dormir? —le pregunto.

—Funciono con cafeína —explica—. Y, después de trabajar tanto tiempo en mi oscuro agujero de un apartamento, es agradable salir y tener otro lugar al que ir. Te juro que hasta que trabajé aquí, no había visto el sol en años.

—¿Alguna noticia sobre Valquiria? —pregunta Ryker.

La mirada de Harlow se desvía hacia su gran mano en mi cintura y una pequeña sonrisa curva su boca.

—Todavía no, pero tengo varios programas en marcha, así que en cuanto haya algo, te lo haré saber.

—¿Qué tipo de programas? —demando.

—Los que he diseñado. Con el tiempo suficiente, puedo averiguar prácticamente cualquier cosa sobre cualquier persona —explica con un movimiento de su larga cola de caballo castaña—. La gente inevitablemente deja rastros y mis programas encuentran las migas de pan y las unen.

—Eso es bastante sorprendente.

—Todo es solo codificación. Siempre lo he disfrutado. —Ella teclea.

Ryker desliza su mano entre las mías y me arrastra hasta la puerta de su despacho.

—Oh, Avery —dice Harlow y levanta la vista—. Lexi y yo vamos a salir a tomar algo este fin de semana. Deberías venir.

—Sí, claro —acepto—. Suena divertido. —Mientras Ryker me lleva a su despacho, no puedo evitar sonreír. Estaría muy bien volver a tener algunas amigas en mi vida.

Mientras Ryker se sienta en su escritorio y abre su portátil, yo abro mi tableta y empiezo a buscar todo lo que puedo encontrar sobre «Valquiria», Antonio Castillo y las Fuerzas Unidas de Colombia. No espero encontrar mucho, pero quiero ayudar.

Pasa una hora más o menos antes de que aparezca Jax. Entra, todo un chico malo, alto, moreno y melancólico, y se sienta en la silla junto a mí, estirando sus largas piernas. Él y Ryker empiezan a revisar el caso, repasando todos los ángulos y detalles. Estoy escuchando atentamente cuando entra Griff, con gafas de sol y mascando chicle, con una sonrisa perezosa en la cara. Me recuerda a un actor famoso y finalmente me doy cuenta: una mezcla entre Chris Pine y Chris Hemsworth. Y, una pizca de Brad Pitt.

«Es realmente demasiado guapo», pienso. Lexi definitivamente tiene sus manos llenas con este.

Todos se saludan con la mano y Jax y Ryker intercambian sonrisas.

—Pareces muy... relajado —comenta Jax.

Griff se mete las gafas de sol en el escote de la camisa.

—Eso es porque acabo de echar un polvo —dice y chasquea el chicle. Sus ojos azules brillantes se dirigen a mí y me lanza una sonrisa—. Lo siento.

—Creo que se puede decir que todos lo hicimos anoche —dice Jax con voz seca.

Siento que me arden las mejillas y miro a Ryker, que me sonrío.

—Sí, anoche y también ahora en el coche. Lexi me dejó de camino a la biblioteca.

Jax pone los ojos en blanco y Ryker se ríe.

—Hola, chicos —saluda Harlow y asoma la cabeza—. Tengo una pista sobre la identidad de Valquiria.

Ryker se sienta más erguido e intercambiamos miradas.

Harlow lleva su tableta, entra y apoya una cadera en el escritorio de Ryker. Sus dedos vuelan sobre ella, sacando datos.

—¿Recuerdas que dije que no debíamos descartar a una mujer? Bueno, parece que la valquiria es Freya Singer, ex-operativa de la CIA convertida en pícara. Su expediente es una milla de largo, nada de eso es bueno.

—Freya Singer —repite Griff—. Ese nombre me resulta familiar.

—¿Cuándo dejó oficialmente la CIA? —Jax pregunta.

Harlow teclea en su tableta.

—No mucho después de que la Operación Armagedón cayera. Es como si hubiera desaparecido.

—Probablemente se retiró con los pagos de Castillo —comenta Ryker en tono sombrío.

—Encontré una dirección de ella en Las Vegas. Bajo un alias, por supuesto, pero si investigas lo suficiente y tienes los programas adecuados...

—Puedes encontrar cualquier cosa —termina Jax.

—Así es —dice Harlow con una sonrisa.

—¿Algo ya sobre las transferencias electrónicas entre ella y Castillo? —pregunta Griff.

—Todavía no, pero si las transferencias ocurrieron, que estoy seguro de que lo hicieron, entonces las encontraré. Solo necesito un poco más de tiempo. —Ella teclea un poco más—. Tengo unos cuantos programas en marcha ahora mismo buscando eso.

Jax asiente y habla:

—Entonces, tenemos un par de opciones. Para hacer caer a Freya Singer legalmente, esperamos la prueba de las transferencias bancarias y luego la denunciamos. Mientras tanto, podríamos hacer un viaje a Sin City. Comprobar el lugar.

—Vamos —accede Ryker y se levanta.

No sé cómo me siento respecto a que se enfrente a Freya. Ella es un desencadenante de las cosas terribles que sucedieron hace dos años y él va a necesitar todo el apoyo que pueda conseguir.

—Voy —digo y me pongo de pie a su lado.

Ryker niega con la cabeza.

—No. Tienes que quedarte aquí.

—Por lo que sabemos, Freya está aquí. Estoy más segura contigo —insisto.

—Si Freya está aquí, esta es la oportunidad perfecta para buscar su casa en Las Vegas —dice Griff—. Puedo hacer que entremos y salgamos sin que ella lo sepa. —Él mira a Harlow—. Siempre y cuando te encargues de desactivar cualquier seguridad que tenga.

—Déjame ver qué puedo encontrar —ofrece ella y empieza a cavar.

Jax me mira.

—Puedes quedarte con Easton mientras vamos a Las Vegas. Allí estarás a salvo. Griff y yo le instalamos un sistema de seguridad de última generación hace un tiempo.

Aprieto los dientes, pero no digo nada. Todavía. Esta conversación está lejos de terminar. Quiero estar con Ryker y los chicos, ayudándoles a buscar. No atrapada en una mansión de Hollywood Hills sin hacer nada. Odio sentirme inútil.

—¿Cuándo nos vamos a Las Vegas? —Griff pregunta y mira su reloj.

—En cuanto estéis preparados —dice Jax—. Cogemos el helicóptero, saldremos del aeropuerto de Burbank y llegaremos al aeropuerto McCarran en poco más de dos horas.

—Una de las ventajas de tener una prometida rica es recibir un helicóptero como regalo de compromiso —se burla Griff.

—Corrígeme si me equivoco, pero ¿tú y tu prometida no acabáis de encontrar un tesoro que vale millones? —arremete Jax.

—Dejamos que su hermano se lleve el mérito —corrige Griff con una sonrisa.

—Además, Easton sabe lo mucho que me gusta volar —revela Jax encogiéndose de hombros—. Todavía me gustaría haberme alistado en las Fuerzas Aéreas en lugar de ser policía.

—Habrías sido un buen líder —interviene Ryker.

—Gracias —dice Jax. Todos sabemos que, viniendo de Ryker, eso es un gran cumplido—. Bueno —concluye Jax—. Encontrémonos en Burbank en una hora.

Los chicos asienten con la cabeza y yo sigo a Ryker hasta su coche, completamente tranquila. Hasta que entramos. Entonces, me giro y anuncio:

—Quiero ir contigo.

Me doy cuenta de que sabía lo que iba a pasar por su cara.

—Esta es una misión de reconocimiento, Ave. Vamos a entrar, salir y volver antes de que te des cuenta. No estoy diciendo que no quiera tu ayuda, cariño. Solo creo que puedes aprovechar mejor tu tiempo aquí.

Me coge la mano, le besa el dorso y me hace muy difícil querer discutir con él.

—¿Cómo? —pregunto.

—Harlow tiene un montón de información que tenemos que filtrar. Si puedes apoyar con eso harías una gran diferencia.

«Haré cualquier cosa para ayudar», pienso.

—De acuerdo —digo—. Cuando esté en casa de Easton, llevaré mi portátil y haré lo que Harlow necesite que haga.

—Gracias —dice y me dedica una sonrisa encantadora.

Nos dirigimos a lo de Easton, pero dejo a Liberty en casa. Estará bien por la tarde. Cuando llegamos a la entrada circular, veo que la moto Norton Comando de Jax ya está allí. Ryker y yo nos acercamos a la puerta principal y Easton la abre de un tirón antes de que llamemos.

—Hola —dice efusivamente y me envuelve en un abrazo—. He oído que te quedas conmigo mientras nuestros chicos vuelan a Las Vegas.

Easton enlaza un brazo con el mío y me lleva al interior del enorme vestíbulo. Su casa es más que impresionante, todo de cristal del suelo al techo y varios niveles, todo abierto y aireado. La parte trasera se abre a un gran patio con una barbacoa, muebles de exterior y una piscina azul cristalina cerca de la pared de cristal que se encuentra justo en el borde de una colina que cae en el cañón de abajo.

—Sí, quería ir, pero me han relegado al trabajo de oficina —me quejo y señalo el portátil que llevo bajo el brazo.

—Bueno, lo primero es lo primero —consuela ella con sus rizos cobrizos.

Lleva su característico pintalabios rojo y parece lista para pasear por una alfombra roja, aunque lleve pantalones de yoga y una camiseta. Easton Ross es una estrella de primera clase, sin duda.

Miro a Jax, que está sentado con Ryker, y me encanta que estos dos polos opuestos se hayan juntado. Todo elegancia y modales, Easton se parece a una antigua actriz del Hollywood *vintage*. Mientras que Jax es más bien un rebelde sin causa, un chico malo hasta los huesos, con su aspecto oscuro y desaliñado. Creo que van a tener unos hijos preciosos.

No tarda en llegar Griff, siempre el último en pasearse con una sonrisa perezosa en la cara. Mientras los tres se reúnen en el salón, Easton y yo nos sentamos en la isla de la cocina.

—¿Así que sois oficiales? —pregunta con sus ojos verdes brillando.

No puedo evitar sonreír.

—Más o menos —digo—. Solo que no lo hemos anunciado al mundo.

Easton asiente y se pasa una mano cuidada por los labios haciendo un movimiento de «tengo la boca cerrada y tiro la llave».

—Me alegro —asegura—. Vas a ser muy buena para él.

—¿Están compartiendo secretos? —inquire Jax acercándose por detrás de Easton y rodeando su cintura con los brazos. Le besa la sien.

—Solo una charla de chicas. Nada de lo que tengas que preocuparte —bromea ella y se gira en sus brazos. Se besan durante un largo rato.

Luego, Ryker se pone a mi lado, me atrae hacia sus brazos y captura mi boca en un beso lento y acalorado que hace que me flaqueen las rodillas.

—Esperaré fuera. —Oigo murmurar a Griff.

Cuando Ryker se separa por fin, alzo la mano y la pongo sobre su rostro. Un rostro que se ha convertido en algo muy querido para mí.

—Ten cuidado —le pido.

Asiente con la cabeza, me besa de nuevo y luego él y Jax se van.

Suelto un suspiro y me dejo caer de nuevo en el alto taburete junto a la isla. Maldita sea, me encanta ese hombre. En tan poco tiempo, se ha convertido en mi mundo. Aunque, para ser justos, hace años que siento algo por él.

—Así que —dice Easton y coloca su cara de porcelana entre sus manos—. Quiero saber todo sobre Ryker y tú.

—¿Cómo qué? —pregunto.

—¿Lo amas?

Asiento con la cabeza.

—Mucho. Creo que lo he amado durante años. Supongo que por eso es tan surrealista que por fin estemos juntos. Sus labios rojos y brillantes se curvan en una enorme sonrisa.

—Me alegro mucho por los dos. Ryker... —Su voz se interrumpe.

—¿Qué? —indago.

—Bueno, desde que lo conozco, siempre parecía tan triste y distante. Es la primera vez que le veo sonreír de

verdad. Y el hecho de que te haya besado así delante de todo el mundo... —Se interrumpe su voz—. Significa algo realmente grande.

—Me alegro. Los dos hemos pasado por muchas cosas estos dos últimos años y realmente espero que podamos encontrar un cierre —admito.

—Lo harás —asevera Easton—. Y, entonces, encontraréis el «felices para siempre» que ambos merecéis.

—Seguro que lo hiciste con Jax —digo.

—Y, Griff con Lexi.

Sonrío, sabiendo que no hay nada que desee más. Tal vez tenga razón. Cuando todo esto termine, quizá Ryker y yo encontremos por fin la paz que tanto necesitamos y podamos seguir adelante juntos.

Dios, realmente lo espero.

Capítulo 28

Ryker

El vuelo al aeropuerto McCarran de Las Vegas es tranquilo y sin incidentes. Mientras observo cómo Jax hace descender el pájaro con experta precisión, pienso que tiene razón. Ha perdido su vocación de piloto. Habría sido un gran acosador nocturno. La unidad de élite de la aviación vuela con operadores especiales como los SEAL de la Marina y la Fuerza Delta del Ejército en las misiones más peligrosas y secretas que lleva a cabo Estados Unidos. El 160º. Regimiento de Aviación de Operaciones Especiales, su nombre formal, opera religiosamente según su credo, que dice que estarán allí en más o menos 30 segundos de cualquier tiempo de operación y que «prefieren morir antes que abandonar».

El tipo de hombre que soy.

Una vez que tenemos las botas en el suelo, nos subimos al coche de alquiler que Harlow tiene esperándonos. Una vez más, pienso en la suerte que tengo de formar parte de este equipo y en cómo trabajamos juntos a la perfección.

Después de salir del aeropuerto, Jax nos lleva al norte de la ciudad, a Tule Springs, donde localizamos la dirección que nos dio Harlow. Es una casa extensa en medio del desierto y, por desgracia para nosotros, no hay muchos lugares donde esconderse.

—Vamos a esconder el coche en la carretera —dice Griff—. Luego, rodeemos la parte trasera. Según los dibujos que envió Harlow, hay algunas entradas traseras.

Jax se detiene detrás de algunos cactus y otros matorrales. Vestidos todos de negro, con las armas en las fundas de las caderas y los cuchillos en las botas, estamos preparados. Nos bajamos y volvemos a comprobar nuestras respectivas armas.

Cada uno de nosotros se coloca un diminuto comunicador en la oreja y yo tengo que usar un gancho especialmente diseñado que se enrolla alrededor de mi oreja debido a mis audífonos.

—Comprobación de comunicaciones —emito.

Cada uno de nosotros se conecta a través de su auricular y luego comienza a avanzar por el polvoriento camino, haciendo todo lo posible por mantenerse a un lado y estar preparados para bajar y salir de la cobertura al menor sonido de un vehículo que se acerque. Por suerte, la carretera es solitaria y tranquila.

Le envío un mensaje de texto a Harlow para informarle de nuestra hora de llegada a la casa. Ella me responde y me dice que todas las cámaras y alarmas están desactivadas.

—Harlow dice que es atrás —digo—. Estamos listos para entrar.

Los tres rodeamos la casa grande, permaneciendo agachados. Una valla rodea toda la propiedad y nos ayuda a cubrirnos mientras nos dirigimos a la parte trasera de la propiedad. Hasta ahora, todo bien. No hay señales de nadie.

Jax levanta un puño y nos detenemos. Hay varias entradas, una a cada lado de la casa y grandes puertas correderas en el centro que conducen a una gran sala. Planeamos violar una entrada lateral con las habilidades de Griff para abrir cerraduras y separarnos de allí, despejando las habitaciones a medida que avanzamos.

Juntos, trotamos hacia la puerta lateral y Griff se deja caer frente a la cerradura. En menos de 30 segundos, abre las dos cerraduras y la puerta se abre. Con las armas preparadas y pegadas al cuerpo, nos deslizamos dentro. Jax hace otra señal con la mano y nos separamos.

Me muevo a la derecha y me dirijo a lo que parece una biblioteca, barro la zona y no encuentro a nadie.

—Despejado a la derecha —transmito en voz baja.

Un momento después, la voz de Griff llega a través del auricular:

—Despejado a la izquierda.

—Despejado delante —añade Jax un momento después.

No hay nadie en casa.

—Tengo una oficina por aquí —avisa Griff.

Enfundo mi SIG Sauer y me dirijo al lado izquierdo de la casa. Al mismo tiempo, siento ese pinchazo en la nuca y me rasco. «Mierda. No es una buena señal», pienso.

Cuando entro en el despacho, Griff ya está en la silla del escritorio y copiando el disco duro con algún aparatito

elegante de la CIA. Mientras tanto, Jax está abriendo cajones, buscando cualquier cosa que parezca importante.

Tengo un mal presentimiento que no desaparece.

—Algo no va bien —murmuro.

Los dos levantan la vista.

—¿Qué quieres decir? —pregunta Jax.

—No lo sé. Solo un presentimiento —respondo.

Griff mira su gran reloj.

—Termino en tres minutos.

—Voy a buscar en el dormitorio —digo y salgo.

El dormitorio principal, situado en el otro extremo de la casa, está decorado en tonos azules y grises apagados con toques de plata. Rodeo la enorme cama de matrimonio y echo un vistazo al cuarto de baño adjunto. Todo parece normal, así que me dirijo a una puerta cerrada y la abro para descubrir un enorme vestidor.

Un cuadro en la pared del fondo me llama la atención, me acerco y levanto el borde. Sí, ya me lo imaginaba. Retiro el cuadro de la pared y observo la caja fuerte que se esconde tras él.

—Griff —pido refuerzo—. He encontrado una caja fuerte. ¿Puedes echar un vistazo?

—Estaré allí en 30 segundos —responde.

—Entendido —le digo.

Por suerte para nosotros, la CIA le enseñó a Griff un montón de habilidades útiles cuando era un operativo y una de ellas resulta ser la de abrir cajas fuertes.

Griff y Jax aparecen exactamente 30 segundos después. Griff se acerca a la caja fuerte, con los ojos azules entrecerrados.

—Es de lo mejor —advierte—. Caja fuerte biométrica. Necesita su huella digital para abrirla.

—Mierda —maldigo—. Entonces, ¿no puedes abrirla?

—No, puedo abrirla —aclara Griff con una sonrisa confiada. Jax y yo observamos por encima de su hombro cómo empuja el lector de huellas dactilares y, utilizando ese agujero, introduce sus herramientas—. Solo hay que mover el solenoide —explica.

No tengo ni idea de lo que está hablando, pero me alegro de que esté en mi equipo. Cada uno de nosotros tiene su propio conjunto de habilidades y ha sido muy útil una y otra vez. De repente, se oye un clic y la puerta se abre.

Un vistazo revela que la caja fuerte está vacía. Un segundo después suena una alarma.

—Joder —sisea Griff. La cierra de golpe—. Es hora de irse.

Todos nos damos la vuelta y salimos por donde hemos venido, por la parte de atrás de la casa. Cuando llegamos a la puerta lateral, salimos en fila y Griff cierra la puerta tras de sí.

—Pensé que las alarmas estaban apagadas —reniego.

—La alarma de la casa —rectifica Griff—. La caja fuerte debe funcionar con baterías de reserva.

—¿Por qué estaba vacía? —cuestiona Jax.

No tiene sentido y me rasco la nuca. Mientras volvemos a trotar por la carretera hasta el coche de alquiler, mi teléfono vibra en mi bolsillo. Lo saco y veo: «Llamada desconocida» en la pantalla.

—Ryker Flynn —les advierto y contesto.

—Bueno, hola, Ryker Flynn —dice una voz femenina. Es grave y ahumada.

No la reconozco y frunzo el ceño.

—¿Quién es?

—Oh, vamos. ¿No puedes ni siquiera adivinar?

—No tengo ni idea de quién es —digo sin ánimo de jugar.

—Eso es decepcionante. Supongo que podría poner a Avery al teléfono y que ella te lo diga —suelta y se me cae el putito corazón. Dejo de caminar, pongo el altavoz y le tiendo el teléfono a Griff y Jax. Ella sigue—: O puedo hacer que Easton os lo cuente. —Cuando la menciona Jax levanta la cabeza—. ¿Has encontrado lo que buscabas en mi casa? —pregunta.

Dios, esto no es bueno. Jax parece dispuesto a asesinar a alguien y yo no consigo que mi estruendoso corazón se frene.

—¿Dónde estás, Freya? —le pregunto.

—En casa de Easton, por supuesto —responde completamente despreocupada. Casi puedo oír la sonrisa burlona en su voz—. Nos lo estamos pasando de maravilla. ¿Verdad, señoras?

De fondo, oigo murmullos femeninos. Parece que Avery y Easton están amordazadas y siento que mi presión arterial se dispara.

«Tenemos que llegar a ellas lo antes posible», pienso. Freya Singer es una perra asesina y cada momento que están con esa mujer, nuestras chicas están en peligro.

Un peligro terrible y extremo.

Capítulo 29

Avery

Después de que los chicos se van y Easton arma el sistema de seguridad, saca su champán favorito y nos sirve una copa a cada una. El Taittinger's Blanc de Blancs es un exclusivo champán francés absolutamente delicioso.

Nos dirigimos a la amplia zona trasera de la casa y nos sentamos en el sofá.

—¿Estás preparada para tu boda la semana que viene? —le pregunto.

Sus ojos verdes brillan.

—Nunca he estado más nerviosa y emocionada por algo en toda mi vida —admite.

—¿Cuándo os conocisteis Jax y tú? —indago.

—En julio. Es una historia loca. Lo contraté porque tenía un acosador —narra y toma un sorbo de champán—. Resulta que era un gilipollas con el que salía. Pero, estoy agradecida, si no, nunca nos hubiéramos conocido. Yo era la novia de América, la actriz que aparentemente lo tenía todo junto, y aquí viene él en su moto con su manga de tatuajes, su cara desaliñada y su chaqueta de cuero. —Se le pone una mirada de asombro—. Hasta entonces, siempre me habían gustado los chicos guapos como Griff. Pero había algo tan fascinante en Jaxon Wilder. Después de nuestro primer encuentro, no podía dejar de pensar en él.

—Suenas como amor a primera vista —comento.

—Oh, definitivamente no —asegura ella riendo—. Nos metimos bastante en la piel del otro. Fumaba como una chimenea y decía palabrotas como un marinero. Conseguí que dejara de fumar y él consiguió que yo empezara a decir palabrotas. —Me lanza un guiño juguetón.

Me río y suspiro. Sé lo que quiere decir. Por mucho que adores a alguien, puede volverte loco.

—Háblame de ti y de Ryker —dice.

—Bueno, nos conocimos a través de mi hermano Luke. Él y Ryker se conocieron durante el entrenamiento de los SEAL de la Marina y se hicieron mejores amigos. A lo largo de los años, venía a visitar a Luke. Desde el momento en que conocí a Ryker... —Trago con fuerza y escucho el tono soñador de mi voz.

—¿Lo sabías?

—Sabía que nadie más estaría a su altura. Todos los chicos con los que salí no eran nada comparados con Ryker. Él literalmente arruinó las citas para mí. Pero la espera valió la pena —añado con una pequeña sonrisa.

—Si es el elegido, la espera siempre merece la pena —dice.

—¿Siempre es fácil contigo y Jax? —pregunto.

—Absolutamente no —refuta con una risa—. Pero, aprendes a comprometerte y a elegir tus batallas. El caso es que no puedo imaginar mi vida sin él. Es como si él me diera una razón para levantarme cada mañana. Una razón para respirar. Nada más hizo eso hasta él.

Entiendo exactamente lo que quiere decir.

—Nuestro pasado es un poco rocoso —admito—. Tras la muerte de su equipo, me culpó a mí. Yo también me culpé. Por eso esto es tan importante —explico—. Probar que Freya le tendió una trampa al equipo y limpiar mi nombre sería tan sanador para ambos.

—Las cosas parecen ir bien, sin embargo.

—Nunca han estado mejor —acepto—. Pero, lo último que quiero hacer es asustarlo.

—¿Habéis dicho que os queréis? —averigua.

Asiento con la cabeza y noto que el rubor sube a mis mejillas.

—Anoche.

—Bueno, no se escapó —agrega—. Así que eso es una buena señal.

Las dos nos reímos.

—Créeme, Avery, cuando digo que el hombre está enamorado. No va a ir a ninguna parte.

—¿Tú crees?

—Lo sé. Cada vez que te mira, prácticamente puedes ver los corazones de dibujos animados saliendo de sus ojos —dice y me echo a reír. Es todo lo que quiero. Que Ryker me quiera tanto como yo a él. Continúa—: Ver a estos

machos alfa encontrar el amor es un placer. Les golpea en la cabeza y les da un golpe en el culo. Huyen de ello y no se creen dignos, pero estos tres se lo merecen tanto porque han estado en el infierno y han vuelto.

No conozco la historia de Jax o Griff y mis oídos se agudizan.

La voz de Easton baja:

—La hermana de Jax fue asesinada y él se culpó porque no pudo salvarla. Tenía demonios al igual que Griff y Ryker. También tiene un hermano menor, pero nunca aparece. Nunca he conocido a Sebastian, pero espero que eso cambie la semana que viene y que venga a la boda.

—Siento lo de la hermana de Jax.

Ella asiente.

—Realmente lo destrozó. Conoció a Griff cuando necesitaba ayuda para localizar a los traficantes que la asesinaron. Hicieron buenas migas y cuando Jax abrió Platinum Security trajo a Griff a bordo. Y, Griff le presentó a Ryker.

—¿Cuál es la historia de Griff? —pregunto

—Antiguo agente de la CIA. Las cosas fueron mal en una misión y su compañera murió. Eso es realmente todo lo que sé. Estos tipos permanecen bastante callados sobre sus pasados. Sufren en silencio con sus demonios. Por eso depende de nosotros ayudarles a perdonarse a sí mismos. Para traer algo de luz y amor a sus vidas.

—Todavía no conozco a Lexi, pero Harlow me ha invitado a tomar algo con ellas este fin de semana. Deberías venir. A menos que vayas a hacer algo de la boda.

—Me encantaría —dice efusivamente—. Lexi es tan dulce y me encantaría conocer mejor a Harlow. Oh, y estoy manteniendo la boda súper pequeña para que Jax no tenga un ataque al corazón. Así que está todo listo. —Ella se levanta de un salto—. ¿Quieres ver mi vestido?

—¡Sí! —Me levanto y la sigo hasta el dormitorio principal.

Aunque sea una celebridad, me encanta lo fácil que es hablar con Easton. Al igual que yo, creo que no tiene muchas amigas cercanas, así que pasar tiempo juntas es divertido para las dos.

Easton entra en su enorme vestidor y señala un vestido cubierto colgado. Abre la cremallera de la funda protectora y saca un vestido de color marfil.

—Es un vestido de noche de Chanel de 1954.

—Oh, vaya —digo. El corpiño es completamente de cuentas, con un escote festoneado y mangas cortas sin hombros. La falda de tul, cubierta de más pedrería, se alarga y llega hasta el suelo—. Es absolutamente precioso.

—Pensé que si me iba a casar con el hombre más perfecto del mundo, tenía que llevar el vestido más perfecto. Y, nada se compara con un Chanel *vintage*.

—Puedes decir eso de nuevo. Vas a ser una novia impresionante, Easton.

—Ah, gracias —dice y me da un rápido abrazo. Entonces, mientras cuelga el vestido y le vuelve a subir la cremallera, oigo un ruido detrás de mí y me giro.

Una mujer vestida de negro está allí, con una pistola en la mano.

Cuando jadeo, Easton se vuelve, con los ojos verdes abiertos de par en par.

—Felicidades a la futura novia —dice la mujer de pelo oscuro.

Parece tener unos treinta años y ser unos centímetros más baja que yo. Sus ojos oscuros se dirigen a mí.

—Y tú debes ser Avery, mi pequeño chivo expiatorio.

Siento un escalofrío en mi cuerpo.

—Tú eres Valquiria —reacciono.

—Muy bien.

—¿Cómo has entrado aquí? —exige Easton, con las manos en las caderas—. Mi seguridad...

—...fue fácil de burlar —la interrumpe—. La próxima vez, dile a tu novio que haga un mejor trabajo.

Los ojos verdes de Easton se estrechan y doy un paso adelante.

—¿Qué estás haciendo aquí? —pregunto.

—Quizá la mejor pregunta sea por qué estás desenterrando el pasado.

—Porque me hiciste cargar con la culpa de algo que no fue mi responsabilidad. Me diste información falsa y protegiste a un capo de la droga y a un traficante de armas. Y, esa mala información llevó a mi hermano y a su equipo a una matanza. Tú eres la razón por la que Luke está muerto —suelto cerrando las manos en puños. Quiero golpear a la perra, derribarla y darle una paliza.

—Abajo, Avery —dice ella en voz baja—. Tu hermano y su equipo eran colaterales y no deberían haber intentado interferir. Mi trabajo era proteger a Antonio de las miradas indiscretas de los Estados Unidos y eso es exactamente lo que hice.

—Tenían órdenes. Los SEAL no rechazan las órdenes —digo bruscamente.

Freya se encoge de hombros.

—Supongo que no pueden ganarlas todas.

«Ya he tenido suficiente con esta vaca», pienso, y doy otro paso adelante. Si puedo atraparla con la guardia baja, tal vez...

Pero, Freya levanta su arma.

—No te muevas —ordena—. Me estudia por un momento y luego sonrío—. Eres más luchadora de lo que pensaba. Tal vez deberías haberte vuelto rebelde. No creí que lo tuvieras, pero quizá me equivoqué.

Miro a Easton, que lleva vestido y tacones. Aunque adoro a mi nueva amiga, tengo la sensación de que no va a ser muy útil en una pelea. Decido esperar el momento oportuno para atacar.

Freya apunta su arma hacia la puerta.

—Vamos a la cocina a charlar —dice.

Easton y yo salimos del armario y entramos en el dormitorio principal, con Freya pisándonos los talones. Una parte de mí se alegra de que esté aquí y no en Las Vegas. Esto significa que los chicos probablemente estén registrando su casa vacía ahora mismo y no corran ningún tipo de peligro.

Cuando reduzco la velocidad, ella me empuja.

—Muévete, rubia.

La miro por encima del hombro.

—No me toques —siseo.

Sus ojos oscuros brillan. Un momento después llegamos a la cocina y ella agita la pistola, señalando un par de sillas.

—Siéntate —ordena y saca un puñado de bridas.

«Maldita sea. Es ahora o nunca», pienso. Me acerco a la silla y hago como que empiezo a sentarme, pero en el último momento giro y le doy un golpe en la pierna. Freya tropieza, desequilibrada, y empieza a caer hacia atrás. Le empujo el brazo hacia arriba, intentando quitarle la pistola de la mano, y caemos al suelo. Ruedo, esquivando un codo, y consigo golpear la barbilla con la palma de la mano de forma contundente.

Agarra la maldita pistola como si estuviera pegada a su mano. Veo que da un puñetazo, demasiado tarde, y me da un golpe en la cabeza. «Mierda», me digo. Veo las estrellas, pero al instante le devuelvo el golpe. Mis nudillos crujen contra su mejilla y cuando levanto la rodilla para golpearla en el estómago, ella consigue darme una fuerte patada en el muslo.

«Uf». Con un gemido, me pongo de lado y veo a Easton de pie con un gran cuchillo de cocina en las manos. «Ojalá tuviera una pistola», pienso.

Freya se levanta y le ordena a Easton que suelte el cuchillo. Sin mucha opción, Easton deja la hoja sobre la encimera.

—Siéntate —manda Freya y ata las manos de Easton con una cremallera de plástico.

Veo que Freya está realmente cabreada ahora y se limpia la sangre de la cara. No me había dado cuenta de que había sacado sangre.

«Bien», pienso y me pongo en posición sentada.

—En la silla —me gruñe Freya.

Me levanto y me siento, mirando su mejilla ensangrentada. Debo de haberla pillado con las uñas, me doy cuenta con alegría. Me rodea las muñecas con la brida y tira con fuerza. Quiero hacer una mueca de dolor, pero no le doy la satisfacción.

—¿Grandes planes, Freya? —le pregunto.

Sus ojos oscuros se estrechan.

—Eres un grano en el culo —escupe—. Me alegro de que hayas cargado con la culpa de la muerte de tu hermano. Y me alegro de que Ryker te odiara por ello. Porque lo hizo, ¿no? Te odió y te culpó durante años.

Me siento como si ella acabara de dejar caer ácido en mis heridas. «Perra», pienso.

—Ryker me ama —suelto con los dientes apretados.

—Ryker me ama —imita ella y luego se ríe—. Claro que sí. Puede que te esté follando, pero no te quiere. Un hombre así, un hombre que mata para vivir, no conoce el significado de la palabra amor. Es una máquina descerebrada que solo sabe cumplir órdenes y completar misiones. Despierta, Avery. Es un guerrero construido por el gobierno de los Estados Unidos.

—No la escuches, Avery —dice Easton.

—¿Qué diablos sabes tú, señorita «Yo-Vivo-En-Una-Burbuja-de-Hollywood»? No sabes nada del mundo real.

—Ella sabe más de lo que tú nunca sabrás —la defiendo—. Sabe cómo ser una amiga y cuidar de los demás.

—Oh, Jesucristo, basta de teatro. —Freya guarda su pistola en la funda y saca su teléfono de un bolsillo—. ¿Cuál es el número de tu novio? —inquieta. Niego con la cabeza—. Será mejor que me lo des, rubia, o le meteré una bala a tu nueva amiga.

«Mierda», pienso. Miro a Easton y aprieto los dientes. Maldita sea. Ryker va a estar muy preocupado. Suelto un suspiro y digo su número de teléfono.

Entonces, Freya nos mete un paño de cocina en la boca a cada una. Mis fosas nasales se agitan y estoy tan enfadada porque ella tiene ventaja ahora mismo que podría escupir.

Freya marca el número en su teléfono, pulsa el altavoz y oigo que empieza a sonar.

«Por favor, no contestes, por favor no contestes, por favor no...», pienso.

—Ryker Flynn.

Su profunda voz me llena de confianza. Y, aunque solo han pasado unas horas, me doy cuenta de lo mucho que le echo de menos.

—Bueno, hola, Ryker Flynn —dice Freya y nos sonrío a mí y a Easton.

—¿Quién es? —pregunta.

—Oh, vamos. ¿No puedes ni siquiera adivinar?

—No tengo ni idea de quién es —suelta.

—Eso es decepcionante —continúa Freya—. Supongo que podría poner a Avery en la línea y que ella te lo diga. —El silencio aturdido llega a través de la línea—. O puedo hacer que Easton os lo cuente. —Cuando no hay respuesta, Freya suspira—. ¿Has encontrado lo que buscabas en mi casa?

—¿Dónde estás, Freya? —pregunta Ryker y el tono asesino de su voz me produce escalofríos.

—En casa de Easton, por supuesto —responde ella completamente despreocupada. Vuelve a sonreírnos—. Nos lo estamos pasando de maravilla. ¿Verdad, señoras?

Cuando me da una patada en la espinilla, doy un pequeño murmullo.

—Tengo algunas exigencias —anuncia Freya—. Y, si tú y tus amigos no estáis dispuestos a cumplirlas, entonces Easton y Avery acabarán como garantía. Al igual que tu equipo SEAL —añade con voz desagradable.

Capítulo 30

Ryker

Intercambio una mirada con Jax y Griff y me doy cuenta de que me tiembla la mano. Mi agarre se tensa en el teléfono y trato de estabilizarlo.

—¿Qué quieres? —Jax gruñe.

—La mejor pregunta es qué quieres tú —sisea Freya.

«Que te hundas», pienso. Hacerle pagar por todo el dolor y el engaño que se llevó vidas inocentes y destruyó a la gente que amaba.

Y, ahora Freya tiene a Avery y a Easton como rehenes y estoy a punto de perderla. Perder la cabeza.

Me obligo a concentrarme y a respirar profundamente cuatro veces.

—Queremos que las dejes ir —dice Jax con la voz más calmada que puede reunir.

Freya se ríe.

—¿Jaxon Wilder, supongo? El futuro novio, si no me equivoco. Tienes una prometida encantadora, Jax. Aunque no es muy luchadora. Ahora, Avery, por otro lado. Qué diablillo.

Lucho por mantener la calma, pero cada vez es más difícil con cada momento que pasa.

—Si haces daño a alguna de ellas, te cazaré y te cortaré el cuello —gruño. Griff me pone una mano en el brazo y me lanza una mirada de advertencia.

—¿Por qué no me sorprende? —pregunta—. Tranquilo, soldado. Solo nos hemos peleado un minuto y soy yo la que está sangrando.

«Bien», pienso, y suelto una respiración contenida.

—Obviamente quieres algo, Freya —añade Jax—. Así que, ¿por qué no dejas de hacernos perder el tiempo y vas al grano?

—Muy perspicaz de su parte, señor Wilder. Le diré exactamente lo que quiero y si no lo entrega, una de estas dos encantadoras damas morirá.

Un silencio amenazante irradia por la línea telefónica.

—¿Qué? —grito.

—Dos cosas. Primero, deja tu investigación sobre la Operación Armagedón. Se acabó y dejemos que la culpa recaiga en Avery, como ha ocurrido en los dos últimos años. Segundo, me ha dicho mi amigo Antonio Castillo que has visitado su recinto recientemente.

—Sí, ¿y? —inquiero.

—Entonces, él tiene algo que yo quiero. Puede que lo hayas visto cuando estabas allí a escondidas. Una esmeralda colombiana de valor incalculable llamada La Rosa Verde. Quiero que la robes para mí.

—¿Quieres que le robe a tu amigo?

—Castillo me debe. Me imagino que la esmeralda, el orgullo de su pequeña colección de artefactos robados, debería cubrirlo.

—Su complejo está muy vigilado —espeto.

—Ya entraste y saliste antes, así que puedes hacerlo de nuevo.

—¿Y qué pasa si no podemos conseguirlo?

—O entras en el recinto y robas la esmeralda para mí o tu novia muere. Creo que está bastante claro. Estaré en contacto.

Clic.

Cuando Freya cuelga, mi corazón se desploma. Mi mirada va de Jax a Griff y no me he sentido tan impotente desde que yací herido en el suelo de la selva dos años antes.

—Vamos —dice Griff tomando la delantera ya que Jax y yo estamos consumidos por la preocupación y el temor—. Estarán bien. Freya no les hará daño. No cuando todavía quiere que hagamos algo por ella.

Asiento con la cabeza.

—Tiene razón. Mientras consigamos la esmeralda, ella estará dispuesta a negociar.

—Entonces, vamos a conseguir esa maldita esmeralda —sisea Jax.

—Lo primero es lo primero —dice Griff—. Volvamos al helicóptero. Jax, ¿estás bien para llevarnos de vuelta? Él asiente.

—Estaré bien.

—De acuerdo entonces. Tenemos que volver y asegurarnos de que vuestras mujeres están bien —añade Griff.

—Si les hizo algún daño... —La voz de Jax se interrumpe y está peligrosamente cabreado.

El vuelo de vuelta es tenso y más de dos horas sin saber qué ha pasado con Avery y Easton son desgarradoras. Aterrizamos en el aeropuerto de Burbank y salimos pitando de allí. Conduzco como un murciélago y llego a Hollywood Hills en un tiempo récord.

La Expedition se detiene con un chirrido y salimos corriendo hacia la casa de Easton.

Hay un silencio absoluto y siento ese pinchazo en la base del cuello. Desenfundo mi pistola y avanzamos, despejando cada habitación con rapidez. Cuando llegamos a la cocina, me quedo paralizado. Easton está sentada en una silla, atada con una cremallera y amordazada.

Jax nos empuja, se arrodilla y le quita la mordaza.

—¿Estás bien, princesa? —pregunta pasando las manos por encima de ella, asegurándose de que no está herida. Se da cuenta de que tiene un corte en el brazo e inhala bruscamente.

—Lo estoy —responde ella y él corta las ataduras.

—¿Dónde está Avery? —pregunto sintiendo una oleada de miedo que me invade.

—Se la llevó —contesta Easton con los ojos verdes brillando de lágrimas—. Dijo que era su seguro.

—Maldita sea —gruño y doy una patada a una silla al otro lado de la habitación.

Me paso las manos por el pelo corto y me doy la vuelta. Dios, parece que todo mi mundo se desmorona y gira sin control al mismo tiempo.

—La recuperaremos, Ryker —promete Griff.

Jax levanta el brazo de Easton y frunce el ceño ante el sangriento tajo donde una cuchilla la cortó.

—¿Te ha cortado? —indaga con un tono mortal.

Easton asiente.

—Dijo... dijo que yo era demasiado perfecta y que necesitaba una cicatriz. —Jax la atrae hacia sus brazos—. Iba a marcarme la cara, pero Avery consiguió golpearla. Unas cuantas veces, en realidad.

Mis ojos se cierran y dejo escapar una respiración entrecortada. «Mi chica es muy valiente», pienso. «Aguanta, cariño».

—Jax, ve a cuidar de Easton —dice Griff—. Ryker, ideemos un plan.

Asiento con la cabeza y me desplomo en un taburete de la isla.

—Tengo que buscar a Liberty —murmuro—. Está sola, esperando a Avery.

—Le diré a Lexi que la busque —comenta Griff. Saca su teléfono y se lanza a explicar rápidamente lo que está pasando y ella se ofrece al instante a ayudar con Liberty. Él le dice que tiene que ir a Colombia y lo único que puedo pensar es que ya estamos otra vez.

No quiero volver a ese infierno, pero no tengo elección. El tiempo es esencial y no podemos permitirnos el lujo de perdernos en los aeropuertos y esperar a que nos conecten los vuelos. Saco mi teléfono y llamo a un hombre importante con el que no he hablado desde que murió mi equipo. Desde que me visitó en el hospital y decidí retirarme.

Cuando por fin me comunico con mi contacto, el capitán Joseph Cutler, me pongo de pie y siento que debo saludarlo aunque estemos hablando por teléfono.

—Capitán Cutler —digo—. Soy el Teniente Comandante Ryker Flynn.

Sé que probablemente soy la última persona de la que espera recibir noticias, pero solía ser mi comandante y es uno de los mejores líderes y hombres que conozco. Fue ascendido a Capitán y si alguien puede ayudarme, es él.

Después de una rápida pero detallada explicación de la situación actual y de mi necesidad de bajar a Colombia lo antes posible, Cutler se calla.

—Hay un KC-135 que se dirige a una misión de entrenamiento. Puedes subirte a uno. Gracias a esa Medalla de Honor que tienes —añade. El alivio me inunda y Cutler me da los detalles—. Cuando vuelvas —dice Cutler—, quiero un informe completo.

—Sí, señor —digo—. Gracias, señor.

Después de colgar, miro mi reloj. Salimos en un par de horas y estaremos saltando cuando haya oscurecido. Estoy bastante seguro de que Griff ha hecho saltos nocturnos, pero probablemente Jax no.

Griff cuelga con Lexi y arquea una ceja.

—He conseguido que nos lleven a Colombia y nos vamos en dos horas en un avión de transporte militar. Se dirigen a Sudamérica para dejar algunos equipos y hacer algunos ejercicios de entrenamiento. Lo único es que no van a parar y tenemos que saltar. ¿Te parece bien?

—Ha pasado un tiempo, pero, demonios, sí —dice Griff, sus ojos azules se iluminan.

Ambos levantamos la vista cuando entra Jax y frunce el ceño.

—Dime que no he oído bien.

—Es un salto HALO —digo—. Alta altitud/baja apertura.

—Joder. —Mira de mí a Griff—. ¿A qué altura vamos a estar?

Griff y yo intercambiamos sonrisas.

—¿Importa? —pregunta Griff.

—Odio las malditas alturas.

—No tienes que venir. Sinceramente, Jax, sería mejor que te quedaras aquí. Puedes vigilar a Easton y a Lexi, y actuar como nuestro apoyo de comunicaciones.

—Harlow es el apoyo de comunicaciones.

—Si nunca has saltado de un avión, probablemente no sea un buen momento para empezar —dice Griff—. Diablos, nunca he hecho este tipo de salto. Puede ser angustioso en la oscuridad y tan jodidamente alto, muchas cosas pueden salir mal. Y no olvides que te vas a casar la semana que viene.

—No puedo dejar que vayáis solos. No tenemos ni idea de cuántos guardias estarán allí.

—Haremos que Harlow haga un escaneo de calor —digo—. Y, llamaré a Gray. Él también está familiarizado con el complejo, y dos ex-operadores de la CIA es mejor que uno.

—¿Estás seguro? —Jax pregunta—. Saltaré del maldito avión.

—Quédate aquí —insisto—. Tú y Liberty pueden proteger a Easton y a Lexi.

—Y tú puedes trabajar con Harlow para que entremos y salgamos de ese recinto.

Jax asiente con fuerza y yo llamo a Grayson. Después de que le explique la situación, está muy contento de unirse a nuestro pequeño equipo de asalto. Tiene previsto reunirse con nosotros en la Zona de Caída y le prometo que le enviaré las coordenadas tan pronto como lo sepa.

Centrarme en la misión es bueno para mí porque no me da tiempo a obsesionarme con Avery. Estoy enfermo de preocupación, pero si no tuviera un plan en este momento, me volvería loco.

No tenemos mucho tiempo, pero envío por correo electrónico toda la información que tengo sobre el complejo y Antonio Castillo a Jax y Harlow. Luego, es hora de que Griff y yo nos vayamos.

—Entraremos y saldremos rápido —dice Griff—. Con suerte, antes de que alguien se dé cuenta de que la esmeralda ha desaparecido.

—Y, vamos a tenerte a ti y a Harlow guiándonos —agrego.

Griff y yo intercambiamos nuestro característico apretón de manos con Jax. Es un momento agrí dulce y espero por Dios que lleguemos sanos y salvos a su boda la semana que viene.

—Tened cuidado —dice Jax con ojos oscuros e intensos—. No puedo dirigir P.S. sin vosotros, idiotas. Y, ciertamente no puedo casarme sin mis padrinos, tampoco.

—Nos vemos pronto, hermano —dice Griff y yo asiento.

Después de salir de casa de Easton, hacemos un par de paradas rápidas en mi casa y en su apartamento para cambiarnos y organizar los suministros y las armas que tenemos que llevar. Cada uno de nosotros lleva camisetas de combate Tru-Spec Quarter Zip, chalecos antibalas, pantalones cargo y botas. Debajo, llevamos ropa interior de punto de polipropileno para evitar la congelación, ya que podría haber hasta 45 grados bajo cero cuando saltemos del avión. Nuestras mochilas contienen lo necesario: armas, gafas de visión nocturna, munición extra, agua, nuestros comunicadores y GPS y otros artilugios variados.

Luego, nos dirigimos a la Base de la Fuerza Aérea de Los Ángeles en El Segundo. Tenemos unos cuarenta y cinco minutos antes de que despegue el gran avión militar y hablamos con el piloto durante unos minutos. Cuando se entera de que soy un SEAL, se anima al instante.

—Mi primo es un Hombre Rana —dice—. Es un honor tenerte a bordo.

El piloto nos explica dónde vamos a saltar y, como no tiene previsto aterrizar en Colombia, esto confirma que va a ser un salto de gran altura. Ha pasado mucho tiempo y estoy deseando hacerlo. Sin embargo, Griff parece un poco nervioso.

Después de enviar un mensaje de texto con las coordenadas de la zona de salto a Gray, Griff y yo nos dirigimos a las entrañas del enorme KC-135. Saludamos a otros militares que suben a bordo, pero nadie hace preguntas. Todos conocemos el procedimiento y todo es clasificado a partir de ahora. Encontramos un par de asientos y nos

abrochamos el cinturón.

El gran avión despega y nos acomodamos para nuestro viaje a Colombia. Discutimos el plan y repasamos cada detalle durante horas. También le explico a Griff cómo hacer un salto de altura sin morir. A unos cuarenta y cinco minutos de nuestra zona de salto, empezamos a respirar oxígeno puro.

—Nunca he saltado desde 35.000 pies —dice Griff y consigue meterse un chicle en la boca entre respiración y respiración.

—No te preocupes —le digo—. Tendremos botellas de oxígeno. Ahora mismo, solo respira previamente y concéntrate en tus respiraciones.

Inhalamos el oxígeno al cien por cien, que eliminará el nitrógeno de nuestro torrente sanguíneo y nos ayudará a evitar el síndrome de descompresión.

—Menos mal que has dejado de fumar —digo.

—¿Por qué? —pregunta él con voz recelosa.

—Puede hacerte más susceptible a la hipoxia.

—Estupendo. Y, ¿me recuerdas qué es eso otra vez? —Inhala el oxígeno.

—Cuando tu cuerpo no recibe suficiente oxígeno. Un saltador que sufre de hipoxia puede perder la conciencia y entonces no podrá abrir su paracaídas.

—Joder —sisea Griff y respira más profundamente que antes—. Si muero, Lexi me va a matar.

—Lo vas a hacer muy bien, CIA —le digo y palmeo su hombro.

Antes de que nos demos cuenta, nos estamos poniendo los cascos, el arnés y el paracaídas. Griff besa su mochila antes de deslizarla sobre su espalda. Lo reviso y me aseguro de que todo esté bien abrochado.

—¿Alguna última pregunta? —inquiero.

Parece un poco verde.

—No, solo dile a Lexi que la quiero.

—Puedes decírselo tú mismo dentro de un rato —lo animo—. Nos ponemos las máscaras y miro el reloj—. Casi en la zona de aterrizaje.

La puerta de carga baja y un viento helado entra por la abertura. La caída es de 35.000 pies, la altura típica a la que vuela un avión comercial, y en la oscuridad más absoluta. Nos situamos en el borde de la rampa y nos preparamos para saltar.

—Maldita sea —masculla Griff.

Le hago la señal de aprobación y él me la devuelve. Entonces, me tiro de un avión en perfecto estado.

Capítulo 31

Avery

Sentada en el asiento del pasajero del Aston Martin Valkyrie, miro el perfil de Freya.

Antes, cuando ella acuchilló el brazo de Easton, lo perdí. En ese momento, solo tenía las manos atadas, así que me lancé de la silla y me abalancé sobre ella. Ambas caímos con fuerza y conseguí golpearla con el codo antes de que me apuntara a la cara.

—Te vienes conmigo —siseó—. Y tú —le dijo a Easton—. Quiero que entregues un mensaje por mí.

Easton me miró y yo asentí tratando de tranquilizarla. Sabía que había sido secuestrada por su acosador no hacía mucho tiempo, pero Freya Singer era lo más malvado que había. Me di cuenta de que Easton estaba asustada y quise darle una inyección de confianza.

—Está bien —dije—. Jax va a venir.

—Cállate —espetó Freya y me dio una patada en la pierna—. No me cabe duda de que tus hombres están volviendo a toda prisa ahora mismo, preocupados hasta la médula. Así que, cuando vuelvan, díles que será mejor que entreguen La Rosa Verde en veinticuatro horas o mataré a Avery. Y, lo disfrutaré a fondo.

Después de atar a Easton a la silla con una cremallera, Freya me agarró por el pelo y me levantó del suelo. Maldición, traté de no chillar, pero me dolió. Me empujó hacia la puerta principal y le agradecí que hubiera decidido dejar a Easton atrás.

Nunca me perdonaría que Easton no llegara a su boda la semana que viene con ese precioso vestido de Chanel.

Ahora, miro fijamente a Freya. En cuanto tenga la oportunidad, me cargaré a esta zorra. «Solo aguanta, Ave, y espera tu momento», pienso. Ella tendrá un desliz en algún momento. Siempre lo hacen.

Y yo estaré lista.

Mi mirada se pasea por el elegante interior del coche y no me impresiona. «¡Qué desperdicio de dinero!», pienso. El motor ruge. «Un coche como este está destinado a los fanfarrones», me digo.

—En mi opinión, tres millones de dólares por un coche es un poco excesivo —hablo.

Ella me lanza una mirada.

—Fue una gota de agua. Proteger a un narcotraficante colombiano se paga muy bien.

—Dijiste que te debía —le recuerdo.

Una oscuridad se instala en su rostro. Si no fuera tan malvada, sería bonita. Sus rasgos son bastante llamativos, con pómulos altos y ojos oscuros en forma de gato. Pero la podredumbre de su alma borra cualquier belleza potencial.

—Antonio Castillo es un cabrón —dice y empieza a conducirnos colina abajo hacia Sunset Boulevard.

«Hmm, interesante», pienso. No puedo evitar preguntarme qué pasó entre los dos que acabó con su relación. No creo que me lo vaya a decir, pero se lo pregunto de todos modos.

—¿Qué hizo?

—No es de tu incumbencia —me contesta.

No hay nada que hacer para que nos unamos por nuestra aversión mutua a Castillo. Miro por la ventana tintada.

—¿A dónde vamos? —pregunto.

—¿Tengo que amordazarte otra vez?

Pongo los ojos en blanco y tiro de los amarres. Conduce durante unos cuarenta y cinco minutos y me dice que baje la cabeza al regazo. Con un suspiro, hago lo que me dice. Sin embargo, sigo prestando atención al lugar al que nos dirigimos, que es un lugar al norte de la ciudad, en las montañas de Santa Clarita.

El elegante coche no va demasiado bien por las carreteras secundarias, pero conducimos durante otros diez minutos más o menos después de salir de la autopista. Finalmente, nos detenemos y levanto la cabeza. Veo una pequeña casa en medio de un patio polvoriento.

Freya sale y da vueltas alrededor del coche, con la pistola en la mano. Abre la puerta y me hace un gesto para que salga.

—Vamos. —Cuando me deslizo fuera, me agarra del brazo y me empuja hacia la casa—. Muévete —ladra.

Puedo sentir su impaciencia y molestia, pero soy extremadamente paciente. Igual que Luke y Ryker tenían que serlo cuando salían en ciertas misiones. Recuerdo que Luke me dijo que a veces pasaban el noventa por ciento del tiempo al acecho del enemigo.

Eventualmente, Freya metería la pata de alguna manera y entonces, yo atacaría.

Freya abre la puerta y me empuja dentro. El lugar es polvoriento y oscuro. Es obvio que nadie ha estado aquí en mucho tiempo. Aparta una silla de la mesa.

—Siéntate —me ordena sacando más bridas.

Con un suspiro, me dejo caer en la silla y veo cómo me sujeta los tobillos a las patas de madera. Luego, saca su cuchillo, corta la cremallera que ata mis muñecas y vuelve a sujetar cada una de ellas a los reposabrazos de la silla.

Bueno, si no pude escapar antes, seguro que ahora no puedo.

Freya se acerca al mostrador y deja las armas en el suelo.

—Si intentas moverte de esa silla, te dispararé.

—No podría moverme aunque quisiera —le aseguro y hago un esfuerzo por las apretadas ataduras. El plástico me corta la piel y dejo de tirar.

—Bien. Porque no quiero que me manches el suelo de sangre.

Con otro suspiro, me encorvo en el asiento.

—Sigo sin entender por qué quieres que bajen y entren en el recinto de Castillo.

—Por la esmeralda —dice—. Ya lo he explicado.

—Pero ¿por qué? Obviamente tienes más dinero de con el que sabes qué hacer.

Freya me estudia durante un largo momento con ojos negros como la obsidiana.

—Eres más inteligente de lo que creía. Cuando hice que Miller te diera esa información falsa sobre el ejército de Castillo, supuse que eras el chivo expiatorio perfecto. Una rubia tonta tratando de impresionar a su jefe.

—Las rubias tontas no trabajan en la Agencia Central de Inteligencia —le digo con voz agria.

—Parece que no. Te he subestimado. —Cruza los brazos sobre el pecho—. Nunca pensé que volvería a escuchar tu nombre, y mucho menos que tú y tu novio estaban investigando la verdad.

«Mi novio», pienso. La idea de Ryker hace que mi corazón se hinche. Y, esta mujer de pie frente a mí lo envió a una selva llena de fuerzas de Castillo, esperando completamente que muriera como el resto de su equipo.

Pero, no lo hizo. Sobrevivió. «Gracias a Dios por eso», pienso. Freya no solo me robó a mi hermano, sino que también intentó quitarme a Ryker. Siento que mi ira por toda la situación comienza a convertirse en una furia ardiente.

Quiero que ella pague.

Y no tengo ningún problema en ser el Ángel de la Muerte que se abalance y haga justicia.

—No has respondido a mi pregunta —digo haciendo fuerza contra las cremalleras—. ¿Por qué necesitas una esmeralda de mala muerte cuando ya tienes millones y millones de dólares?

Tengo la impresión de que ella y Castillo no terminaron en buenos términos y espero sacarle toda la información posible. ¿Quién sabe? Podría ser útil más adelante.

—En primer lugar, nunca se tiene demasiado dinero —explica—. Y, en segundo lugar...

Cuando su voz se interrumpe, levanto la mirada, sin perder de vista la expresión de su rostro.

Dolor.

Freya se encoge de hombros y el momento pasa. Continúa hablando:

—Una historia tan antigua como el tiempo. Hizo daño a alguien que me importaba.

Levanto una ceja.

—¿De verdad? Bueno, entonces supongo que sabes lo que se siente. Siento que hemos cerrado el círculo.

—No fue un estúpido tipo del que me enamoré —suelta—. Era alguien mucho más importante que un hombre cualquiera.

La estudio detenidamente. Por sus palabras, supongo que fue un miembro de la familia.

—¿Quién?

No espero que responda, pero tras un momento de duda, lo hace.

—Mi hermana —dice con voz grave y atormentada.

Bueno, si eso no es karma, no sé qué lo es y probablemente debería haberlo pensado bien antes de soltar:

—El karma es un perro, ¿no?

Con los ojos brillantes, Freya se acerca y me da una bofetada tan fuerte que creo que siento que mi cerebro se mueve dentro del cráneo. Mi cabeza se inclina hacia un lado y mi visión se llena de estrellas.

—Cierra la boca —sisea.

«No, no va a suceder», pienso.

—Tú eres la razón por la que mi hermano está muerto —le recuerdo.

Suelta un aliento furioso y reprimido, coge un jarrón vacío de la mesa y lo golpea contra el suelo. Luego, se gira para mirarme y veo fuego infernal en sus ojos.

«Mierda», me digo. La he presionado demasiado.

De repente, una inquietante calma se apodera de ella. Levanta el teléfono, lo gira hacia mí y pulsa grabar.

—Saluda a Ryker, Avery.

Se me revuelve el estómago cuando se acerca, pero pongo cara circunstancial.

—¿Qué estás haciendo? —le pregunto.

—Haciendo un vídeo para enviárselo a tu hombre grande y fuerte.

Cuando me pone la cámara en la cara, giro la cabeza, intentando ignorarla. Entonces, se mueve rápidamente, como un rayo, y antes de que me dé cuenta, está detrás de mí y deslizando algo alrededor de mi cuello.

Intento agacharme y apartarme, pero no puedo moverme demasiado porque tengo las muñecas sujetas a la silla. Freya tira de la cuerda con fuerza y yo grito cuando empieza a estrangularme. La presión sobre mi cuello aumenta y agito mi cuerpo, tratando de escapar de la cuerda cada vez más apretada.

—Para —jadeo.

Mientras tanto, ella graba.

«Oh, Dios, por favor no dejes que Ryker me vea morir así», pienso. Justo cuando siento que me voy a desmayar y la oscuridad empieza a cerrarse en el borde de mi visión, Freya libera la presión sobre mi cuello y retira la cuerda. Caigo hacia delante, ahogándome y jadeando. Quiero frotarme el cuello, pero solo puedo tirar de las bridas y apretar los puños.

—Consigue la esmeralda o la próxima vez no pararé hasta que esté muerta —amenaza Freya—. No contactes conmigo hasta que la tengas.

Ella golpea el botón que detiene la grabación.

—Por favor —digo con la voz rasposa—. No envíes eso.

Cuando pulsa «Enviar» mi corazón se hunde.

Freya me sonrío un poco.

—Demasiado tarde.

—Te vas a arrepentir —esgrimo con rudeza.

Freya vuelve a dar la vuelta, me mira de cerca y arrastra la cuerda entre sus dedos.

—No puedo decidir si eres estúpida o realmente valiente.

Toso, sintiendo aún la presión de la cuerda contra mi cuello.

—No soy estúpida —confirmo entre dientes apretados.

—Sin embargo, creíste la información de John Miller que llevó a la muerte de esos valientes y jóvenes hombres. Incluyendo a Luke —ataca.

Diga lo que diga, decido que voy a dejarlo pasar. Ella solo está tratando de molestarme, de desconcentrarme.

—Su muerte ya no está en mi conciencia. En el momento en que supe que eres la responsable, hice las paces. — Sus ojos se estrechan—. Pero, estoy dispuesta a apostar que no has hecho las paces con lo que Castillo le hizo a tu hermana.

Una vena salta en la frente de Freya y sé que he encontrado su punto débil. Posiblemente, su único punto débil. Y pienso aprovecharlo al máximo.

—¿La asesinó? —pregunto.

—Cállate —dice en voz baja.

—Dijiste que la lastimó. ¿La torturó? ¿La violó? ¿La castigó por algo que tú hiciste?

—He terminado con esta conversación —decide Freya. Coge sus armas del mostrador y se va.

«Bien», pienso. Espero que esté enfadada y se mantenga alejada de mí durante un tiempo. Me dejo caer en la silla y suelto un suspiro. Tengo que idear un plan. Pensar en una forma de escapar. Me pregunto qué habrá hecho con mi teléfono.

Me vuelvo a sentar tirando de los amarres y miro a mi alrededor, con un plan que empieza a formarse en mi cabeza. Ryker y Griff no volverán de Colombia hasta mañana.

«Si consiguen salir», susurra una vocecita. Por supuesto que lo harán. Jesús. «Sé positiva, Ave. Y tú también vas a salir de aquí», pienso.

Mientras tanto, solo me tengo a mí misma para confiar. En algún momento, espero que Freya se duerma. O, al menos me deje en paz como ahora. Solo tengo que seguir metiéndome en su piel, alejarla y entonces eso me dará la

oportunidad de intentar salir de aquí.

«Lo primero es lo primero», pienso.

Tengo que echar mano de un cuchillo y cortar estas malditas cremalleras antes de que se me corte la circulación.
Luego, voy a buscar mi teléfono.

Solo espero que Freya se aleje lo suficiente como para dejarme hacerlo.

Capítulo 32

Ryker

Me lanzo fuera del avión y doy un salto mortal en la oscuridad. Cuando alzo la vista, veo a Griff justo encima y a mi lado. Le hago un gesto para que se acerque y nos agarremos las muñecas.

La sensación de caer a través del viento y la noche es irreal. Un subidón como ningún otro.

Nos hacemos un gesto de saludo y nos soltamos.

Compruebo mi altímetro y, tras unos ochenta y cinco segundos de caída libre, es el momento de desplegar mi paracaídas. Un momento después, veo que el paracaídas de Griff se despliega por encima de él y surcamos el aire nocturno, aterrizando finalmente en el suelo.

Aterrizo sin problemas y empiezo a quitarme el arnés. No muy lejos, Griff llega para su propio aterrizaje y se arranca el casco.

—¡Mierda! —exclama—. Ha sido un viaje infernal, Flynn.

Sonrío. Tiene razón. No hay nada como un salto HALO, especialmente de noche.

—¿Cuántos has hecho? —pregunta.

—Oh, diablos, no lo sé. ¿Un par de cientos quizás?

—Dios, son muchos —añade riendo y se pasa una mano por el pelo revuelto—. Creo que me he tragado el puto chicle.

Me río y, de repente, se encienden los faros y se abre la puerta de un coche.

—Bonito aterrizaje —saluda Gray y se acerca a nuestro encuentro—. Me alegro de verte de nuevo, Ryker — agrega y nos damos una palmada en la espalda.

—Este es Griff Lawson —lo introduzco—. Griff, te presento a Grayson Shaw, también ex-CIA.

Se dan la mano.

—Tengo que decir que no esperaba verte de vuelta tan pronto —reconoce Gray. Empezamos a caminar hacia su todoterreno, que está bien equipado para atravesar los abruptos caminos de la selva, y empiezo a ponerle al corriente de lo que ha pasado.

—Cuando localizamos a la fuente de Avery, John Miller, advirtió a Freya Shaw, alias Valquiria, de que estábamos tras ellos. Ella vino tras Avery y Easton, la prometida de mi amigo. Se llevó a Avery. —Mi voz se quiebra y aprieto los puños.

—Oh, mierda —suelta Gray.

—La tiene retenida en algún lugar y hará un intercambio por alguna esmeralda que debemos robar.

—La Rosa Verde de Castillo, supongo —acierta Gray.

Subimos al todoterreno y Gray nos conduce de vuelta hacia la carretera.

—Sí, ¿qué sabes de eso? —pregunta Griff.

—Solo que vale millones. Y, una propiedad que probablemente robó a uno de sus rivales.

—Lo vi cuando Avery y yo escapamos de su complejo. Está en una vitrina en una habitación en la parte trasera de la casa.

—He traído unos cuantos artilugios de la CIA que deberían ayudarme a sacarla de ahí —interviene Griff.

—Ah, los buenos tiempos —recuerda Gray—. Bien, ¿cuál es el plan?

—Abriremos una brecha en el muro trasero junto a la torre de vigilancia y derribaremos al guardia. Una vez dentro, nos dirigiremos a la sala donde se encuentra la esmeralda, neutralizando silenciosamente a los tingos mientras avanzamos. Harlow está analizando las marcas de calor mientras hablamos, pero las últimas vistas mostraron aproximadamente veinte cuerpos presentes.

—Vamos a intentar entrar y salir sin alertar a todo el maldito complejo —dice Griff—. Pero, ya sabes cómo puede salir eso.

—¿Verdad? —Los ojos plateados de Gray brillan.

—Mientras Griff asegura la esmeralda, nosotros vigilaremos que no haya amenazas. Luego, saldremos por las puertas correderas y pasaremos por encima de la pared.

—Suena bastante sencillo —dice Gray.

Mi teléfono zumba y lo saco de un bolsillo con cremallera.

—Espero que Harlow tenga alguna información sobre...

Pero el mensaje no es de Harlow.

«Desconocido» aparece en la pantalla y me rasco la nuca, con el temor llenando cada grieta de mi cuerpo.

—Joder —siseo.

Los dos miran.

—¿Qué es? —pregunta Griff.

Me siento como una goma elástica tensada a punto de romperse.

—Un vídeo —respondo a la fuerza. Me paso una mano por la cara, respiro hondo y le doy al *play*.

Las imágenes se agitan cuando la cámara se mueve hacia arriba y hacia abajo. Entonces, oigo la voz de Freya.

—Saluda a Ryker, Avery.

La cámara se gira y veo a Avery, con las manos y los pies atados a una silla de madera. Levanta la vista y esos ojos azul aciano que tiene brillan.

—¿Qué estás haciendo? —pregunta Ave.

Se me aprieta el corazón. Parece tan valiente.

—Haciendo un vídeo para enviárselo a tu hombre grande y fuerte.

Freya empuja la cámara a la cara de Avery y ella se da la vuelta. Entonces, Freya rodea la silla y desliza una cuerda alrededor de su cuello.

«Dios mío, no», pienso. Dejo de respirar.

Avery intenta agacharse y apartarse, pero no puede porque está sujeta a la silla. Cuando Freya tira de la cuerda, Avery grita y empieza a agitarse.

—Para —jadea.

No puedo apartar la vista del vídeo y una parte de mí siente que se muere cuando Avery deja de luchar y sus ojos se cierran. Me arden los ojos al ver cómo la mujer que amo con todo mi ser empieza a desmayarse por falta de oxígeno.

De ser estrangulada hasta la muerte.

Entonces, tan repentinamente como golpeó, Freya retrocede, tirando de la cuerda. Avery cae hacia delante ahogándose y jadeando.

—Consigue la esmeralda o la próxima vez no pararé hasta que esté muerta —amenaza Freya—. No contactes conmigo hasta que la tengas.

El vídeo se detiene.

Una rabia como nunca había conocido surge dentro de mí. Quiero romper mi teléfono en un millón de pedacitos, pero en lugar de eso, golpeo mi puño repetidamente contra el salpicadero del coche de Gray.

—¡Ryker! ¡Ryker! —Griff emite inclinándose sobre el asiento trasero, agarrando mi hombro—. Cálmate. Avery está bien.

—No, no lo está. Casi la estrangula, joder. —Muerdo con una voz salvaje.

«Oh, mierda», pienso. Creo que he roto el tablero. Pero, estoy tan malditamente enfadado y frustrado ahora mismo porque no puedo ayudarla. Estoy tan lejos y lo único que quiero hacer es ir a donde sea que esté y rescatarla. Y no puedo.

«La maldita Freya Singer es una mujer muerta», pienso.

Respiro profundamente, cuento y me paso las palmas de las manos por los ojos. Tengo que concentrarme, conseguir la esmeralda y usarla para recuperar a Avery. Y la recuperaré, sana y salva.

«Tengo que hacerlo», pienso. Si algo le pasa a Avery, nunca me recuperaré. Moriré.

—Avery es fuerte —me alienta Griff—. Conseguiremos la esmeralda y la rescataremos. Pero, ahora mismo, tienes que mantener la calma para que podamos completar esta misión. ¿Entendido?

Asiento con fuerza, con los ojos puestos en el salpicadero agrietado. Griff me da una palmadita en el brazo y se sienta.

—Lo siento, lo pagaré —le digo entre dientes a Gray.

—Lo entiendo —dice Gray—. Cuando estos gilipollas hacen daño a los que queremos... —Deja escapar un suspiro—. Realmente no hay vuelta atrás.

—Tu hermana —agrego recordando cuando Avery conectó los puntos sobre la pérdida de Gray.

—Sí.

—Lo siento. —Me paso una mano por el pelo, tratando de refrenar mis emociones. Es hora de concentrarse, de

ser claro y estar presente.

—¿Cuánto falta? —Griff pregunta.

—Tiempo estimado de llegada: diez minutos —informa Gray.

—Vamos a repasar el plan B —indico—. Si la mierda golpea el ventilador, y siempre lo hace, quiero asegurarme de que tenemos una salida.

Mientras repasamos el plan de contingencia, me pongo en modo guerrero. A los cinco minutos, compruebo mis armas. En el asiento trasero, puedo oír a Griff haciendo lo mismo. Entonces, saco las gafas de visión nocturna.

Estoy listo.

Cuando Gray se detiene detrás de un grupo de árboles y apaga el motor, salto y me cuelgo el HK416 al hombro. El rifle de asalto está muy modificado con un supresor, una culata personalizada, varias ópticas y una linterna. El cargador de treinta balas está listo para funcionar.

Cada uno de nosotros se coloca un diminuto comunicador en la oreja y yo me coloco el gancho especialmente diseñado para ello. Entonces, nos conectamos con Harlow.

—Hola, chicos —dice con su voz grave y jadeante. Hay una cualidad tranquilizadora en su tono que inspira confianza y calma—. Tengo dieciocho marcas de calor en el complejo, incluyendo los cuatro guardias en cada torre.

—Seis tipos por cabeza. Hay más posibilidades de lo que pensábamos —dice Griff y se mete un chicle en la boca.

—Me encanta tu optimismo, 007 —lo felicita Harlow.

Gray saca el GPS y entrecierra los ojos en la oscuridad.

—Tenemos que dirigirnos 2,6 *clicks* al sur.

—Entendido —digo.

Inicio la marcha en esa dirección empujando todos los pensamientos de Avery a un compartimento separado en mi mente y cerrando la tapa. Los soldados que no pueden concentrarse en la situación que tienen delante tienen tendencia a morir.

«Ese no voy a ser yo», decido, y me ajusto las gafas de visión nocturna sobre los ojos.

Bajamos por un sendero de la selva y, cuando divisamos el muro que rodea el complejo, nos detenemos.

—Shadow Walker —le digo a Harlow—, estamos en posición. Desactiva las cámaras y las alarmas.

—Entendido, Solo. —Se oye un débil golpeteo y no puedo evitar pensar en la última vez que estuve aquí abajo y usé mi nombre en clave. Pero, rápidamente alejo esos oscuros pensamientos y espero a que Harlow se ponga en marcha.

—Las cámaras están en bucle y la alarma ha sido desactivada —confirma Harlow—. Todo listo, chicos.

—Vamos a entrar —digo.

Compruebo la torre de vigilancia de la esquina y levanto el dedo índice para comunicar a un guardia. En silencio, nos acercamos al borde de la jungla, alzo mi rifle, apunto y elimino al guardia de un solo disparo.

En el momento en que cae, nos acercamos a la pared y subo a Griff primero. En lo alto del muro, Griff lanza una pierna y se queda colgado, observando. Después de unos treinta segundos, nos hace un gesto para que le sigamos.

Impulso a Gray y luego doy un salto corriendo y subo. Gray me agarra de la muñeca y me ayuda a subir el resto del camino. Gray se deja caer al lado de Griff y yo le sigo, colocando mi rifle en posición en el momento en que mis botas tocan el suelo.

Es un lugar tranquilo. «Casi demasiado», pienso.

Nos dirigimos a la puerta de la esquina que Avery y yo abrimos la última vez. Griff abre la cerradura en veinte segundos y entramos. Yo voy delante, Griff en el centro y Gray va de último, vigilando detrás de nosotros.

A mitad del pasillo, uno de los soldados de Castillo gira el mostrador y prácticamente camina hacia mí. «Pop, pop». Cae por mis disparos y Griff lo agarra por debajo de los brazos y lo arrastra a través de una puerta cercana abierta. Cierra la puerta de un tirón y volvemos a avanzar.

Nos topamos con otros dos guardias sorprendidos y los despachamos rápidamente. Cuando llegamos a la sala donde se guarda la esmeralda, alzo un puño y todos se quedan paralizados.

La puerta está cerrada.

Extiendo una mano y pruebo el picaporte. No cede. Hago un gesto a Griff, que se acerca y le cubrimos, con los ojos puestos en el pasillo, mientras trabaja con la cerradura.

Treinta segundos después, la puerta se abre y todos nos apresuramos a entrar y cerrarla tras nosotros. La habitación está vacía y nuestras miradas se fijan en la vitrina que contiene la esmeralda. Griff se acerca y empieza a examinar el montaje mientras yo me dirijo a las puertas correderas de cristal traseras y me pongo en posición. Gray vigila la puerta por la que acabamos de introducirnos.

El pulso me late en los oídos y miro a Griff desde la oscura noche. Desliza las manos por la vitrina, aparentemente buscando algo. Luego, saca un dispositivo de su mochila, lo acopla al cristal y pulsa un botón.

Antes nos ha explicado el dispositivo y nos ha dicho que recorrerá cientos de miles de combinaciones de números hasta encontrar la secuencia correcta que desactivará la alarma de la vitrina. La CIA seguro que tiene algunos artilugios extravagantes y agradezco que mi amigo esté en posesión de unos cuantos. Ya sea legalmente o no.

Mientras esperamos a que el descodificador haga su magia, Gray hace una señal de repente. El sonido de unas botas pesadas y un silbido bajo suenan en el pasillo. Mierda.

Griff se agacha tras la vitrina, yo me deslizo detrás de un largo y pesado panel de la cortina y Gray se mueve a un lado de la puerta, fuera de la vista en caso de que se abra. Todos esperamos, con los nervios de punta, y entonces la puerta se balancea hacia dentro.

En el momento en que el soldado cruza el umbral, Gray baja su arma con fuerza. El tipo cae y cuando Gray lo rodea para cerrar la puerta, aparece otro soldado, levanta su arma y dispara.

«Joder», pienso. Demasiado para entrar y salir sin que nadie se entere. Empujo la cortina a un lado, levanto mi rifle y disparo. Luego, me dejo caer, usando un sofá para cubrirme, y disparo dos veces más. Otros dos soldados muertos caen al suelo.

—¿Cómo va todo por ahí? —presiono a Griff.

—Todavía estoy esperando los dos últimos números —responde con los ojos puestos en el aparato.

—Se acercan —advierde Gray y se mueve detrás de la silla más cercana.

Tres soldados más vienen corriendo, uno balbuceando por su radio. No es bueno. Empiezan a disparar, pero se quedan justo fuera de la habitación, lo que hace más difícil que les demos. Las balas vuelan dentro de la estancia y luego una ráfaga de disparos destroza la gran puerta corredera que hay cerca de mí.

Los fragmentos de cristal me salpican y me doy la vuelta, cubriéndome la cara. Siento que se avecina un desastre como el de antes y me niego a que vuelva a ocurrir. «No podemos quedarnos atrapados en esta habitación», pienso. Me doy la vuelta y empiezo a disparar al primer par de soldados que irrumpen por la puerta corredera rota. Caen, pero hay más afuera, esperando el momento adecuado para atacar, alineados como hormigas.

De repente, uno de los soldados lanza una granada aturdidora.

—¡Bombardeo! —grito y todos nos dejamos caer. En el momento en que detona, emite una explosión intensamente fuerte y un destello cegador. Es desorientador y está hecho para causar problemas temporales como confusión, ceguera por *flash*, pérdida de coordinación y sordera.

Las manchas bailan ante mis ojos y parpadeo con fuerza, intentando aclarar mi visión. Mi audición ya se ha ido al infierno, así que no me preocupa demasiado. Pero sí me preocupan Griff y Grayson.

Y, entonces, veo a un soldado entrando por las puertas correderas rotas, rápido y bajo, y acercándose por detrás de Griff.

—¡Griff! —grito.

Griff gira, le quita el arma de la mano al maldito y empiezan a lanzarse puñetazos. Mientras tanto, Gray está ocupado luchando contra los soldados en el pasillo. Un flujo de hombres entra y yo empiezo a eliminarlos. Pero, mi visión todavía está estropeada por la granada de destello y no me muevo a tiempo cuando un soldado dispara.

La bala me golpea en el centro del pecho y todo el aire sale disparado. Suelto el fusil y salgo volando hacia atrás, ruedo sobre el sofá y caigo detrás de él en el suelo. Me tumbo de espaldas, aturdido, y me siento como si me acabara de atropellar un camión mientras me abro el chaleco.

«Mierda», alcanzo a pensar. Respiro profundamente y busco la hoja en mi bota mientras me levanto.

De repente, dos soldados se abalanzan sobre mí a la vez. Consigo rebanar a uno en el cuello y patear al otro en la pierna. Pero entonces aparece otro y me da un fuerte puñetazo en el brazo y mi cuchillo sale volando. Me doy la vuelta, barro una pierna y lo derribo. Al girar, golpeo al otro con fuerza en el riñón.

Me alejo a trompicones, recogiendo mi cuchillo y volviéndolo a enfundar, y veo al oponente de Griff en el suelo. Y, Griff, Dios lo bendiga, está sacando la esmeralda del estuche. De la nada, aparece otro soldado y cuando levanta su arma en dirección a Griff, saco mi SIG Sauer y disparo.

Griff mete la esmeralda en su mochila y no veo más soldados fuera. Creo que los tenemos a todos. Por el momento, al menos. Me vuelvo hacia Gray y disparo un par de veces a los tipos que aún rondan por el pasillo.

—¡Vamos! —Griff grita.

Todos empezamos a retroceder, a disparar, y nos deslizamos por las puertas correderas traseras hacia la noche.

Y, directamente, aparecen un par de soldados armados que flanquean a Antonio Castillo.

—No pensé que lo vería de nuevo tan pronto, señor Flynn —dice Castillo y levanta su cigarro. Da una calada, con los ojos oscuros llenos de venganza.

«Hijo de puta», pienso.

Capítulo 33

Avery

Intento deslizar la silla, pero para moverla tengo que meter todo el cuerpo y las patas raspan más fuerte de lo que quisiera por el suelo. Maldita sea. Espero a que Freya salga y vea lo que estoy haciendo, pero no lo hace.

Debo haberla hecho enojar mucho. Oh, bueno, que pruebe de su propia medicina, creo. Lo importante es que se mantenga alejada para que yo pueda salir de aquí.

Mi mirada se dirige a la pequeña zona de la cocina y espero que haya un cuchillo en uno de esos cajones. El problema es que no estoy segura de cómo voy a alcanzarlo con las muñecas y los tobillos bien sujetos a la silla.

Tiene que haber una manera. «Piensa, Ave», me digo.

Ojalá me hubiera atado con cinta adhesiva o algo que pudiera manipular y retorcer y romper. Pero, no, ella usó bridas. Si mis muñecas aún estuvieran atadas, podría levantar mis brazos y golpearlos hacia abajo con suficiente fuerza para que el plástico se rompiera. Pero ella tiene cada muñeca sujeta a los brazos de la silla, lo que hace que mi trabajo de escapar sea mucho más difícil.

Busco a mi alrededor un borde afilado o una superficie dura con la que pueda frotar los amarres. La fricción debería ayudar a romperlos. Lo único que puede funcionar es el borde de la mesa de la cocina y lo mejor es que está literalmente a mi lado.

Me muevo un poco, inclino mi peso hacia la izquierda y me apoyo en las puntas del pie izquierdo. Esto inclina mi lado derecho hacia arriba lo suficiente para que pueda empezar a frotar la esquina de la mesa contra la brida de plástico de mi muñeca derecha.

Solo tienes que tener un brazo libre, me recuerdo a mí misma. Entonces, puedo saltar de mi silla y buscar un cuchillo.

Freya me deja sola durante unos veinte minutos y, cuando oigo que empieza a moverse por el dormitorio, me vuelvo a tumbar y compruebo mis progresos. No es muy bueno, pero puedo ver una marca. Cuando vuelve a entrar, parece estar más controlada.

—Espero que no hayas tirado mi teléfono —le digo esperando que me revele dónde está escondido—. Es nuevo. Perdí el otro en Colombia.

—Podrás recuperar tu precioso teléfono cuando tu novio me entregue la esmeralda —sisea.

Bien, eso significa que está aquí en alguna parte.

«Es hora de probar una nueva táctica», pienso. Enlazarme con mi captor.

—No quise molestarte antes... —comienzo.

—Claro que sí —me interrumpe.

—No importa cuál sea la situación, el hecho es que tú perdiste a tu hermana y yo a mi hermano. No sé tú, pero yo estaba muy unida a Luke.

Sus ojos oscuros se estrechan.

—Nosotras también estábamos unidas —revela entre dientes apretados.

Me imagino que mientras una parte de su mente esté ocupada en su hermana, no estará centrada al cien por cien en mí.

—Me responsabilicé de su muerte. Al menos tú no tienes que vivir con ese tipo de culpa.

De repente, Freya resopla. Es lo que esperaba, pero es aún más épico de lo que podía esperar.

—No tienes ni puta idea de lo que he estado viviendo, rubia —suelta y se acerca, aproximándose a mi cara. Su rostro se tuerce en un gruñido desagradable—. La muerte de Yesenia no tuvo nada que ver con el karma y sí con Castillo —espeta. No digo nada, solo espero que siga desahogándose—. No le advertí sobre un rival. Recibí la información demasiado tarde y él perdió un cargamento de sus preciadas drogas cuando se lo robaron. Tiene miles de millones. Un gran y jodido problema, ¿verdad?

—Suenas como una gota en un vaso.

—No fue ni siquiera una gota. Pero, él quería enseñarme una lección para que nunca se me escapara nada de nuevo. Una lección que me golpeará en casa, él dijo.

Tengo la sensación de que ya sé a dónde va esta historia y siento una ola de simpatía. Por muy malvada que sea esta mujer, sigue siendo alguien que amó y perdió a su hermana.

Ella continúa:

—El bastardo la secuestró. Y, luego la entregó a sus hombres. Como recompensa.

—Jesús —susurro.

—No sé cuántas veces la violaron o cuánto tiempo la golpearon hasta que murió por una herida de cuchillo. — Freya deja escapar un largo suspiro. Luego, me mira con ojos duros que brillan de venganza—. Espero que tu pequeño equipo lo mate.

—Sabía que esto nunca fue por la esmeralda —confieso.

Ella resopla.

—Me importa una mierda esa estúpida piedra. Solo quiero a Castillo muerto. ¿Y quién mejor para hacerlo que un ex SEAL de la Marina, y un ex agente de la CIA con una cuenta pendiente?

Me cabrea que su necesidad de venganza ponga a Ryker en peligro, pero reprimo mi ira.

—Si sirve de algo, lo siento.

Freya me mira por un momento y se encoge de hombros.

—He oído que hizo lo mismo con la hermana de Grayson Shaw. Ha querido vengarse incluso más tiempo que yo —comenta ella.

Mi corazón se hunde. Pobre Gray. ¿A cuántas mujeres ha arrojado Castillo a sus hombres como si fueran sobras para los lobos? Dios, espero que Ryker, Griff y Gray se encarguen de ese bastardo para que no vuelva a hacer daño a nadie.

Y, aunque Freya Singer es una persona horrible, puedo empatizar con ella a nivel humano.

Pero, aún así planeo acabar con su trasero.

Se hace tarde y reprimo un bostezo. Me encorvo en mi silla y finjo que voy a dormir un rato. Con los ojos encapuchados, veo a Freya acercarse a la nevera y sacar una botella de agua. Le quita el tapón y bebe un largo trago. Luego, pasa junto a mí y desaparece de nuevo en el dormitorio.

Gracias por ofrecerme un poco.

En el momento en que la oigo tumbarse en la cama, abro los ojos por completo y me pongo a serrar la cremallera de nuevo. Sí, Castillo es un ser humano repugnante, pero Freya Singer está a su altura. Me siento mal por su hermana, la hermana de Gray y el equipo de Ryker. Por no hablar de todas las demás víctimas entregadas a sus hombres.

Ahora mismo, Ryker está en Colombia en el complejo de ese monstruo y le pido a Dios que él y los demás estén a salvo. Estoy aterrorizada por ellos y el hecho de que Freya le enviara el vídeo de mi asfixia podría ser suficiente para sacarlo de su juego. Romper su concentración.

Envío una rápida plegaria por ellos y continúo arrastrando la cremallera de un lado a otro de la afilada esquina de la mesa. Cuando ejerzo más presión y voy más rápido, la muñeca se me resbala y se me clava en la piel. Ay. Aprieto los dientes y empiezo a serrar de nuevo.

Seguramente acabaré arrancándome la mitad de la piel, pero así son las cosas. Ahora tengo un plan en la cabeza y estoy dispuesta a llevarlo a cabo.

Una hora y media más tarde, creo que Freya por fin está dormida o al menos descansa profundamente. Ha estado moviéndose por el dormitorio y ha salido dos veces para ver cómo estaba. Pero, me dejé caer en mi silla y fingí estar durmiendo. Quiero que crea que no soy una amenaza y que no tengo planes de escapar esta noche. Que sólo voy a aguantar esto y esperar hasta que Ryker venga montado en su caballo como un caballero de brillante armadura y agitando la esmeralda.

«Sí, claro», pienso. Estoy tan fuera de eso.

Mi muñeca está en carne viva y sangrando, pero sigo serrando. Finalmente, parece que se ha desgastado una buena parte del plástico, así que tiro con toda la fuerza que puedo. Aprieto los dientes mientras el plástico afilado me corta la piel y entonces oigo lo que estaba esperando...

¡Un chasquido!

Mi corazón da un salto cuando la cremallera se rompe. Bien, ahora tengo el brazo derecho libre y tres ataduras más que cortar. Vaya, me lo ha puesto muy difícil. Podría haber escapado hace una hora si solo me hubiera atado las manos y los tobillos. Pero, separarlos y asegurar cada extremidad a esta silla me está haciendo el trabajo tedioso y difícil.

Me limpio la muñeca ensangrentada contra los pantalones y miro hacia los cajones de la cocina. Por favor, que haya un cuchillo en uno de ellos. Si fuera inteligente, guardaría una navaja en mi bota como Ryker. «Seamos

realistas, ni siquiera llevo botas», pienso y echo un vistazo a mis zapatillas.

Mientras miro mis zapatos, inclino la cabeza y me doy cuenta de que hay un bolígrafo debajo de la mesa. Perfecto. Me inclino hacia delante todo lo que puedo, estirando la mano e intentando alcanzarlo. Desplazo la silla un poco y mis dedos lo rodean.

Entonces, no pierdo tiempo y meto el bolígrafo entre la brida y el brazo de madera de la silla. Empujo todo lo que puedo, mordiéndome el labio contra el dolor, hasta que la maldita cosa se rompe. Me froto la muñeca en carne viva y luego me dejo caer hacia delante y hago lo mismo con cada tobillo. Con la suficiente presión, ambas ataduras de plástico se rompen y dejo escapar un suspiro de alivio.

Soy libre.

«Bueno, casi», pienso.

Todavía no se oye nada en el dormitorio, así que me pongo de pie y me dirijo de puntillas a la zona de la cocina, buscando algo que pueda utilizar como arma. En el tercer cajón que abro, hay un cuchillo para carne. Mejor que nada, supongo, y lo aprieto en mi puño.

Bien, ahora necesito encontrar mi teléfono.

Mi mirada se desplaza por la habitación y se posa en una mochila que Freya dejó en el sofá. Me acerco, con mis pies silenciosos contra el suelo, y abro la cremallera tan lenta y silenciosamente como puedo. Está oscuro y es difícil de ver, así que deslizo mi mano libre dentro y rebusco. No hay armas, solo algo de ropa, agua, aperitivos y... mi teléfono.

Lo saco con una sonrisa triunfal. Sin embargo, mi felicidad dura poco cuando veo el aviso rojo de «baja batería». «Oh, Dios, mantén la carga un poco más», suplico.

Dejo el cuchillo en el suelo, pulso la aplicación Mapas y espero a que aparezca mi ubicación actual en la pantalla. Entonces, hago una foto y le envío un mensaje de texto a Ryker. Justo cuando estoy a punto de enviar otro texto con la imagen a Jax y Harlow, mi teléfono se apaga.

Maldita sea.

Suelto un suspiro frustrado y me meto el teléfono en el bolsillo. Al menos, Ryker ya tiene mi ubicación. El único problema es que está a casi 3500 millas de distancia.

«Está bien», me digo porque me voy. Ahora mismo.

Cuando me giro hacia la puerta principal, oigo el suelo crujir detrás de mí. Mierda. Antes de que pueda mirar hacia atrás o coger el cuchillo de carne, Freya me golpea con el cuerpo y nos dejamos caer, rodando por el suelo. Se mueve con fuerza y rapidez y me da unos cuantos puñetazos antes de que le clave la rodilla en las tripas.

Con un gemido, se deja caer a un lado y yo me levanto y corro hacia la puerta principal.

Pero el disparo me detiene en seco.

—Te sugiero que vuelvas aquí a menos que quieras una bala en la espalda —dice Freya. Mi cabeza cae hacia atrás y me doy la vuelta lentamente—. Buen intento.

Pongo los ojos en blanco.

—¿Por qué estoy aquí? Ya no me necesitas. A estas alturas, ya están en el recinto y luchando contra Castillo y sus hombres. Si se salen con la suya, pronto estará muerto.

—O, son capaces de entrar y salir a escondidas sin que nadie se entere. Y, si ese es el caso, entonces volverán a entrar para matar a Castillo.

—Eso nunca fue parte del plan original. Dijiste que solo querías la esmeralda.

—Los planes cambian, rubia. Gracias a ti —añade.

—¿De qué estás hablando?

—Con todas tus preguntas indiscretas sobre mi hermana, he decidido que simplemente tomar la preciada posesión de Castillo no es suficiente. También lo quiero muerto.

—No puedes hacer que vuelvan a entrar. Solo toma la esmeralda y olvídate de ella.

—¿Lo hiciste? ¿Olvidar a tu hermano?

—No se trata de mi hermano ni de tu hermana. Se han ido y nada los traerá de vuelta. Pero, Ryker, Griff y Gray todavía están aquí, si Dios quiere, y si salen de allí con vida, y luego los envías de nuevo a morir...

Ni siquiera tengo palabras para terminar. Aprieto la mandíbula y mis fosas nasales se agitan.

—Eso no es realmente mi problema —sisea con voz fría.

—Oh, va a ser tu puto problema —le advierto.

Freya sonrío.

—¿No es magnífico el amor? Te pone nervioso y te llena el corazón de miedo. Miedo de que algún día pierdas a la única persona sin la que no puedes vivir.

La fulmino con la mirada.

—Ahora, siéntate —dice y señala el sofá con la cabeza.

Con un resoplido, me dejo caer y me cruzo de brazos.

Freya se acerca a su mochila y saca algo.

—No quería hacer esto —dice—, pero tu gran maniobra de huida no me deja muchas opciones. Mientras se dirige hacia mí, veo la jeringa en su mano. Mis ojos se abren de par en par y levanto las piernas, lista para salir a patadas.

—Solo un pequeño cóctel para que te quedes quieta el resto de la noche —me explica.

Y, aunque estoy preparada para patalear, ella ataca por el costado, más rápida que una víbora.

Siento que la aguja se hunde en la parte superior de mi brazo, grito y doy un puñetazo. Mi puño golpea su hombro, pero entonces ella vuelve a alejarse de mi alcance.

—Buenas noches, rubia.

—¿Qué me has dado? —pregunto.

La habitación empieza a balancearse ante mis ojos y me llevo una mano a la cabeza. Cuando vuelvo a abrir los ojos, todo parece borroso y extraño, como si me estuviera mirando en un espejo de feria.

«Tal vez si descanso los ojos un minuto», pienso, «y apoyo la cabeza en el sofá». De repente, estoy tan cansada...

Espero por Dios que Ryker tenga más suerte que yo.

Capítulo 34

Ryker

«Hablando de suerte de mierda», pienso y veo a Antonio Castillo soltar otra bocanada de humo.

—No pensé que te volvería a ver —digo.

Estamos en un punto muerto. Los soldados nos apuntan con sus armas y nosotros les apuntamos con las nuestras.

—No veo a la encantadora señorita Archer —comenta Castillo—. Es una pena. Mentiría si dijera que no quiero conocerla mejor.

Siento que un músculo se contrae en mi mejilla y quiero golpear a este imbécil en el suelo. Pero lucho por mantener la compostura.

—Y, muchas gracias por liberar a mi víbora de foseta —dice con voz peligrosa y levanta un brazo vendado—. Por suerte, tengo antídoto cerca.

«Ja, me alegro de que la maldita serpiente le haya mordido. Se lo merece por tener a la pobre encerrada en ese acuario», pienso.

Castillo mira a Griff.

—No te conozco —dice—, pero he estado esperando mucho tiempo por ti, Grayson Shaw. Es una pena que tu hermana no haya podido estar con nosotros también.

Con un gruñido, Gray comienza a moverse hacia Castillo, pero Griff y yo lo retenemos con nuestra mano libre.

—No lo hagas —le advierto manteniendo mi arma apuntando a Castillo.

—Ah, Sabrina Shaw —recuerda y se mete la mano entre las piernas—. Ella fue un gato salvaje. Hasta el final.

—¡Vete a la mierda! —grita Gray intentando zafarse de nuestro agarre—. Maldito cerdo asqueroso. —Pero, solo apretamos nuestro agarre y sentimos una ola de simpatía por Gray. Castillo es un ser humano aún peor de lo que pensé en un principio y le lanzo una mirada de absoluto asco.

—¿Yo soy el cerdo? Al menos no soy un ladrón. —Nos mira largamente a cada uno de nosotros—. Entrar en la casa de otro hombre y robarle. —Sacude la cabeza—. Me gano el dinero trabajando duro. Tengo un negocio, un imperio, y no tomo de los demás como ustedes tres.

Gray se ríe.

—Diriges un cártel de la droga. Eres lo más bajo de lo bajo. Maldita escoria. —escupe.

«Oh, hombre, aquí vamos», pienso. La mirada de Castillo me dice todo lo que necesito saber. Ha terminado de hablar y si no nos movemos rápido, estamos muertos. Intercambio miradas con Griff y nos soltamos del brazo de Shaw.

Entonces, todo sucede a la vez.

Todo el mundo abre fuego y yo me lanzo fuera del camino y ruedo detrás de la cobertura disponible más cercana. Me asomo por el árbol y disparo mi SIG a un soldado y este cae. Veo a Griff no muy lejos, agazapado detrás de una roca y disparando, y Gray está al aire libre acuchillando a un soldado.

«Maldita sea, va a hacer que lo maten», pienso.

En medio de toda la locura, veo a Castillo huir con uno de sus guardias en dirección a su casa. «De ninguna manera, no va a suceder», me digo. Los persigo, mato al guardia y disparo a Castillo en la pierna. Grita y cae.

Miro hacia atrás para ver cómo Griff acaba con el último soldado. Grayson se sujeta el brazo por el que se filtra la sangre entre los dedos, su adversario yace en el suelo con el cuchillo de Gray clavado en el pecho. Cuando me vuelvo y miro la cara de sorpresa de Castillo, siento que Griff y Gray se mueven a ambos lados de mí.

—Te disparé en la pierna —bramo—. Por mis hermanos.

—Vete a la mierda —gruñe Castillo.

Gray levanta su pistola y le mete una bala en la otra pierna y Castillo grita una sarta de obscenidades.

—Eso es por Sabrina —añade.

Gray y yo intercambiamos una mirada, apuntamos nuestras armas y los dos últimos disparos le dan en el corazón al mismo tiempo.

—Y, eso es por todos los demás —dice Gray mirando fijamente al hombre muerto cuyos ojos están congelados

con sorpresa.

—Salgamos de aquí —dice Griff.

Mientras nos dirigimos hacia la pared, Gray saca su cuchillo del soldado muerto, lo limpia y lo vuelve a meter en su funda.

—Tienes que vendarte el brazo —le recomiendo—. Estás perdiendo mucha sangre.

Gray coge la camisa de un soldado y rompe la parte inferior de la misma. Luego, la envuelve alrededor de su brazo.

—Está bien. Sobre el muro.

Una vez más, impulso a Griff, luego a Grayson y salto el último. Cuando mis botas tocan el suelo al otro lado del muro, golpeo mi comunicador.

—Está hecho —aviso.

La voz de Harlow llega a través de mi auricular, fuerte y clara. Y, llena de alivio.

—Gracias a Dios —responde—. ¿Todos están bien?

—Gray tiene una herida de cuchillo. Castillo está muerto y tenemos la esmeralda.

La escucho informar lo que digo.

—¿Está Jax ahí? —pregunto.

—Sí. También Lexi y Easton.

—Dile a esa pelirroja mía que voy de camino a su casa —dice Griff.

Harlow repite el mensaje de Griff y luego transmite:

—Lexi pide que te apures.

—Nos veremos pronto —me despido.

Mientras recorremos el camino de vuelta al coche de Gray, nadie habla. Miro el cielo negro y lleno de estrellas y juro no volver nunca más a este país. Me alegro de que Castillo esté muerto porque ahora no puede hacer daño a nadie más. Pero, Avery sigue en problemas y no descansaré hasta encontrarla y llevarla lejos de Freya Singer.

Gray nos lleva directamente a la base de la Fuerza Aérea de los Estados Unidos en Malambo, donde se supone que debemos reunirnos con el contacto del capitán Cutler, quien nos llevará en el próximo vuelo que salga de aquí. Cuando arriba a la puerta de embarque, todos salimos, recogemos nuestro equipo y nos despedimos.

—Fue un placer conocerte, Gray. Gracias por cubrimos las espaldas —admite Griff.

Gray asiente con la cabeza.

—¿Vas a estar bien? —pregunto. Otro asentimiento—. Sabes, ahora que Castillo se ha ido no hay razón para que me quede aquí abajo. Puede que sea el momento de volver a casa. Deberías —insisto—. Y, si te encuentras en Los Ángeles, piensa en venir y trabajar con nosotros en Platinum Security. Tendríamos suerte de tenerte.

—Maldita suerte —añade Griff.

—Te lo agradezco —agrega—. Ahora, ve a por tu mujer, Flynn.

—Bien. —Me giro hacia la puerta—. Ya voy, Avery. Aguanta, cariño.

La suerte está de nuestro lado porque conseguimos coger un vuelo en una hora y llegar de vuelta a California por la mañana. Ha sido una larga noche y estoy al límite, desesperado por contactar con Freya y cambiar la esmeralda por Avery.

Griff y yo metemos nuestro equipo en la parte trasera de mi Expedition y, antes de salir de El Segundo, saco mi teléfono para enviarle a Freya una foto de la esmeralda. No he mirado el teléfono a propósito desde que vi el vídeo porque tengo miedo de que una parte morbosa de mí lo vuelva a reproducir. Y, no puedo soportar eso ahora mismo.

Así que me sorprende ver un mensaje de Avery.

—¿Qué demonios? —Abro el mensaje y Griff me mira desde el asiento del copiloto.

—¿Y ahora qué? —demanda y se pasa una mano por el pelo revuelto.

—Es un mensaje de Avery. —El corazón se me acelera en el pecho—. Es un mapa. —Miro a Griff—. Debe ser el lugar donde Freya la tiene retenida.

Estudio la imagen y hago una rápida búsqueda en Internet.

—Está cerca de Santa Clarita, en las colinas.

—Vamos, hermano —dice Griff y se mete un chicle fresco en la boca.

—Tengo una idea —propongo—. ¿Dónde está la esmeralda?

Griff se mete la mano en el bolsillo y saca la piedra verde brillante.

—Extiéndela para que pueda hacer una foto —le digo.

La maldita piedra le llena la palma de la mano y rápidamente le saco una foto en primer plano y se la envío a Freya.

«Lo tenemos», le mando un mensaje. Pero, seguimos atascados en Colombia. Volamos dentro de una hora.

—¿Crees que se lo creará? —le pregunto.

—No veo por qué no lo haría.

Mi teléfono zumba con su contestación:

«¿Castillo está muerto?».

—Mierda. ¿Qué digo? —Miro el texto tratando de encontrar la mejor manera de responder—. ¿Mentirle?

Pero, Griff niega con la cabeza.

—No. Dile que está muerto. De todas formas, se va a enterar.

«Está muerto», escribo.

Pero, dudo, esperando que sea la respuesta correcta. Cierro los ojos, rezo una oración rápida y pulso enviar.

Esperar su mensaje de vuelta es una tortura, pero llega un minuto después:

«Bien. Ponte en contacto conmigo cuando aterrices».

Dejo escapar un suspiro y giro la llave.

—Tenemos 40 minutos para idear un plan.

Griff llama a Jax, lo pone en el altavoz y decidimos cuál es el mejor curso de acción que podemos tomar. Tenemos el elemento sorpresa de nuestro lado, lo cual es bueno, y concretamos una idea.

Todavía es bastante temprano y es domingo por la mañana, así que el tráfico fluye y, antes de darme cuenta, salgo de la autopista y me dirijo a las austeras colinas de Santa Clarita. Tengo los nervios a flor de piel y siento que no he visto a Avery en mucho tiempo.

Y lo odio.

La echo tanto de menos que me duele. Lo único que quiero es estrecharla entre mis brazos y oler su aroma azucarado. Quiero besarla con fuerza y sentir los latidos de su corazón contra el mío. No quiero volver a estar sin ella.

Y, decido que nunca lo estaré, porque me voy a casar con mi pequeño diablillo.

Griff nos guía lo más cerca posible de nuestro destino sin alertar a Freya de que estamos allí. Aparco el Expedition y salimos. El sol brilla en el perfecto cielo azul de arriba y nos ponemos en marcha de nuevo. «Dios, me alegraré cuando esto termine», pienso. «Solo tengo que entrar y rescatar a mi chica».

Tras una rápida comprobación de las armas, bajamos una pequeña colina y nos acercamos al lugar que Avery envió por la retaguardia. Veo una pequeña casa en la distancia y nos movemos rápido y bajo, utilizando grandes rocas y cactus para cubrimos.

Las cortinas se cierran con fuerza sobre las ventanas y nos acercamos a la parte trasera de la casa y nos apretamos contra ella. Levanto la mano, señalo la entrada trasera por la que entrará Griff y luego hago un círculo con los dedos para indicar que entraré por la puerta principal. Griff asiente y levanta su Glock.

Mientras bordeo el lateral de la casa, acerco mi SIG Sauer a mi cuerpo, con los codos doblados y la empuñadura apretada. Estoy preparado para acabar con esta mierda ahora. Veo un coche delante y reconozco al instante el Aston Martin Valkyrie. «Lo tengo», me digo.

Miro mi reloj y cuento los segundos.

Tres.

Dos.

Uno.

Levanto el pie y doy una patada a la puerta principal mientras Griff hace lo mismo por detrás. Me apresuro a entrar, aguardando ver a una sorprendida Freya. Esperando como el demonio ver a Avery.

En cambio, me encuentro con Griff y miramos la casa vacía. Puedo decir que estuvieron aquí recientemente, pero ya no.

—¿Dónde coño están? —pregunto.

Como respuesta, se oye un disparo desde algún lugar del exterior.

Capítulo 35

Avery

Cuando mis ojos se abren, no tengo ni idea de si he estado fuera una hora o un día. Parpadeo y me incorporo, notando que la luz del sol se cuela por una rendija de la cortina. Miro hacia abajo y veo que Freya me ha atado las muñecas, pero mis tobillos están libres.

«¿Dónde está ella?», pienso.

Miro a mi alrededor, no la veo y decido salir corriendo. Sin pensarlo mucho, me levanto de un salto, me apresuro a ir a la puerta trasera, la abro y salgo corriendo a la brillante mañana. A los tres pasos, oigo una fuerte maldición desde el fondo de la casa.

Salgo, con las piernas en movimiento, y subo una colina. Estamos en un valle y tendré un mejor punto de vista si subo a la cima de la colina. Tengo que averiguar dónde está la carretera y, en este momento, mi plan es sencillo. Escapar de la perra.

El sudor gotea por mis sienes, resbala por mis axilas y corro más fuerte de lo que he corrido nunca, en línea recta por la pendiente. Me alegro de estar acostumbrada a correr todos los días y, aun con la experiencia, me arden las piernas y los pulmones.

A mitad de la colina, me atrevo a echar un vistazo por encima de mi hombro y veo a Freya acercándose. Mierda. Cuando levanta su arma y dispara, me escabullo hacia un lado y me muevo más evasivamente para que no pueda conseguir un buen objetivo. A pesar de ello, una bala impacta en la arena rocosa a un metro de mí.

«Vaya», pienso. Acelero el paso, pero es difícil correr por este suelo arenoso. Sin embargo, la adrenalina se dispara a través de mí, y ya casi estoy en la cima. «Solo un poco más, Ave», me digo.

Otro disparo y no tengo ni idea de lo cerca que ha llegado ese. Todo lo que sé es que, por suerte, no me dio a mí. Finalmente, llego a la cima y me detengo. Vaya, estoy en lo alto y justo al borde de un precipicio que cae hacia abajo, con vistas a la autopista 5 Norte.

Se me contrae el estómago. Estoy demasiado alto, me doy cuenta, y la colina es muy empinada para intentar bajar. Oigo a Freya, espero un segundo para juzgar su distancia, luego giro y, al mismo tiempo, lanzo mi pierna con una potente patada.

Sin esperar el movimiento ni la fuerza de mi pie contra su muñeca, Freya suelta el arma con un grito y ésta sale volando por el borde de la colina, cayendo en algún lugar más abajo, en el barranco rocoso. No pierdo tiempo y me lanzo hacia ella. Caemos al suelo rocoso y rodamos, justo al borde de la empinada caída, todo el tiempo lanzando y esquivando golpes.

Estoy sin aliento por la carrera, sudando en la tierra, con el sol caliente golpeándome y luchando contra Freya con todas mis fuerzas. Sin embargo, ella se impone y consigue inmovilizarme debajo de ella. Levanto el brazo, le rodeo el cuello con las manos y empiezo a apretar. Pero, entonces, su mano encuentra una piedra, la agarra y la golpea contra mi cabeza.

Aturdida, veo estrellas y mis manos se separan de su cuello.

«Oh, Dios», pienso.

Intento parpadear y disipar la neblina que amenaza con consumirme.

«No te desmayes, no te desmayes, no te desmayes», repito el mantra en mi mente, pero no sirve de nada y siento que los ojos se me cierran.

Se acabó. Voy a morir aquí arriba, en la tierra, bajo el sol que pega.

Y entonces mi mente evoca a Ryker. Tan alto, tan fuerte. Y me mira con esos hermosos ojos color *whisky*. Pero, están tristes. Y, sus palabras vuelven a mí sonando tan crudas y atormentadas como cuando las dijo:

«Recuerdo que estaba tirado en el suelo... y pensé que iba a morir. Y que tal vez estaba bien. Entonces, vi tu cara. Me dio fuerzas... algo por lo que vivir... Creo que tú eres la razón por la que estoy vivo».

Acordarme de sus palabras me infunde nuevas fuerzas y hago acopio de todo lo que me queda de lucha dentro de mí.

«Siempre has sido tú, Ave».

No voy a dejarlo solo en este mundo, decido. Le quiero demasiado.

Abro los ojos de golpe y le doy un puñetazo en la cara a Freya. Ella cae a un lado y yo me alejo, agarrando la piedra con la que me golpeó. Mis dedos se enredan en ella y me giro para ver que ya se abalanza sobre mí. No se espera la piedra que tengo en la mano y la golpeo con la fuerza suficiente para desequilibrarla.

Los pies de Freya resbalan por el borde del barranco. Con los ojos muy abiertos, se desliza por la ladera, con los dedos clavados en el suelo arenoso, pero éste se desprende, sin dejarle nada a lo que agarrarse. Un grito sale de su garganta al caer.

Jadeando con fuerza, estoy a punto de abatirme en el suelo cuando oigo que alguien me llama por mi nombre.

Es Ryker, me doy cuenta y me giro. El sol le da por detrás cuando se acerca a la colina, y la luz de fondo hace que parezca que brilla como una especie de ser etéreo, como un ángel de la guarda.

Doy un paso hacia él, con los brazos extendidos, y siento que el resto de mi energía se agota. Cuando empiezo a caer, Ryker se abalanza y me coge en brazos.

—Te tengo —susurra. Aprieto mi cara contra su pecho y siento un millón de emociones que me atraviesan.

Al levantarme la barbilla, no me doy cuenta de que las lágrimas salen de mis ojos y bajan por mi sucia cara.

—¿Estás bien? —me pregunta.

—Solo la cabeza. —Consigo decir, incapaz de apartar la mirada de su preocupación y de la forma en que la luz del sol hace brillar sus ojos marrones.

Se fija en el corte sangriento que tengo en la línea del cabello y hace una mueca.

Cerca, Griff mira por el borde del barranco.

—¿Está muerta? —pregunta Ryker.

Griff asiente.

—Sin duda alguna.

Ryker cierra los ojos y me besa la cabeza.

—Vamos —insta y empieza a bajar la colina.

—Te he echado de menos —murmuro en su pecho. Siento que sus brazos me rodean y me desmayo.

Cuando abro los ojos, huelo a jabón y pino, y tardo un momento en darme cuenta de que estoy en la cama de Ryker. Sus brazos me rodean y miro hacia abajo para ver que llevo una de sus camisetas de la Marina. Me desprendo de sus brazos y, en cuanto me muevo, me duele la cabeza. Levanto una mano tímidamente y noto un vendaje en la sien.

Ryker abre los ojos y se desliza sobre un codo.

—¿Cómo te sientes? —pregunta.

—Tengo un fuerte dolor de cabeza, pero aparte de eso, creo que estoy bien.

Alarga la mano y me la levanta, estrechando los ojos al ver las costras y los círculos rozados alrededor de mi muñeca. Luego, besa la delicada piel y entrelaza sus dedos con los míos.

—¿Tienes idea de lo preocupado que estaba por ti? —pregunta en voz baja.

—Probablemente tan preocupada como yo por ti —le digo.

—Me sorprendes, Ave. —Me tira hacia delante y me besa—. Qué valiente —murmura entre besos—. Tan fuerte.

Abro la boca y saboreo el sabor de la suya moviéndose sobre la mía. Nuestras lenguas se deslizan una contra la otra y yo gimo. He echado mucho de menos a este hombre. A mi hombre.

Mi mano se enrosca en su duro pecho desnudo y mi estómago se agita cuando sus labios y su lengua recorren la línea de mi mandíbula. Me retiro y miro fijamente sus ojos líquidos.

—No sabía si iba a volver a verte —admito. Mi voz se entrecorta y pongo mi mano sobre su corazón, presionando mi palma contra su piel suave y cálida, y saboreando el fuerte latido de su corazón.

—Estoy aquí y no voy a ir a ninguna parte —promete y cubre mi mano con la suya—. ¿Sientes eso? Late por ti. —Se inclina hacia delante y roza sus labios sobre los míos—. Te amo, Avery.

El calor me recorre y sonrío por primera vez en días.

—Qué bien. Porque te amo mucho. —Recorro con mis manos su rostro suave y querido y sé que no deseo volver a alejarme de él. Entonces, le toco la nariz con el dedo índice—. Para bien o para mal, creo que te has quedado conmigo —bromeo.

—Sueno perfecto —murmura y me atrae para darme otro largo beso. Luego, mira el reloj de su mesita de noche y frunce el ceño—. Será mejor que nos pongamos en marcha.

—Sea lo que sea, ¿no puede esperar? —le pregunto pasando un dedo por su pecho.

Aspira con fuerza y agarra mi mano, que desciende rápidamente.

—No. En realidad tenemos planes para encontrarnos con tus padres para cenar.

—¿Qué? —Me echo hacia atrás y me siento recta.

—Espero que no te importe, pero les he llamado. —No digo nada, solo espero a que continúe—. Les he contado un poco lo que ha pasado —agrega—. Sé que no has estado cerca los últimos dos años, pero necesitan saber que la muerte de Luke no fue tu culpa. Y...

Su voz se interrumpe y traga saliva. Casi parece nervioso, lo que me pone nerviosa porque Ryker Flynn siempre es la personificación de un macho alfa seguro de sí mismo.

—¿Qué? —pregunto con voz suave.

—Hay algo más. —Duda y luego suelta un suspiro—. Voy a pedirle a tu padre permiso para casarme contigo.

Me quedo con la boca abierta y, tras un momento de estupor, siento que las lágrimas me queman el fondo de los ojos. Literalmente, no tengo palabras. Soy un amasijo de emociones femeninas.

Sus ojos buscan los míos.

—¿Está bien?

Nunca le había visto tan vulnerable y se me escapa una enorme sonrisa.

—Lo mejor desde que me salvaste de rodar por un acantilado.

—Cariño, te has salvado tú sola —susurra—. Y estoy muy orgulloso de ti.

Me inclino, beso a mi futuro marido y sé que soy la mujer más afortunada del mundo.

Esa noche, volvemos a mi apartamento. Ryker prepara pollo y patatas en mi pequeña cocina mientras yo me alisto y arreglo el lugar. Me detengo en la puerta y le observo inclinarse sobre los fogones y probar algo. Está muy sexy. No tenía ni idea de que supiera cocinar.

Me encanta la idea de seguir conociendo cosas sobre él. Voy a pasar el resto de mi vida haciendo exactamente eso.

Me acerco a Ryker por detrás y le rodeo la cintura con los brazos.

—Te ves bien en la cocina —le digo y le doy un pellizco en la espalda.

Se ríe.

—Esperemos que sepa bien.

—Oh, no tengo dudas —murmuro deslizando mis dedos bajo su camiseta y deslizándolos entre sus duros abdominales inferiores y la cintura de sus pantalones cargo.

—Ave...

—¿A qué hora llegan mis padres otra vez? —indago empujando contra su espalda.

Como respuesta, llaman a la puerta.

Suelta un suspiro tembloroso, se da la vuelta y me da un beso duro y rápido.

—Un infierno. Ahora ve a dejar entrar a tus padres y dame un segundo para recomponerme.

Sonríe y, cuando me doy la vuelta, me da una palmada juguetona en el culo. Chillo y me apresuro a abrir la puerta. No he visto a mis padres desde el funeral de Luke. Hemos hablado por teléfono, pero nada fue igual después de su muerte. No conocían ningún detalle concreto de la Operación Armagedón, pero los detalles tienden a filtrarse, sean ciertos o no, y cuando me preguntaron si lo ocurrido era culpa mía, les dije que sí. Asumí toda la responsabilidad de una carga que nunca fue mía.

—Hola —les saludo y les doy un abrazo a cada uno. Les hago un gesto para que entren y agito una mano sobre mi casa—. Sé que no es mucho, pero me gusta.

—Es bonito —dice mi madre.

Miran a su alrededor y yo trago saliva, sintiéndome incómoda. Nunca quise que nos distanciáramos. Luke siempre fue el pegamento que mantuvo unida a mi familia. Pero creo que hay esperanza de que tengamos una mejor relación. Que podamos estar más cerca.

Cuando Ryker aparece, siento que algo de la tensión se alivia de mis hombros. Mis padres aman a Ryker, siempre lo han hecho, y se iluminan cuando lo ven. Mi padre le da la mano y le da una palmada en la espalda y mi madre le da un gran abrazo. Empiezan a hablar maravillas de él y a decir lo mucho que echan de menos verlo.

Pero, ¿y yo? No tanto. No puedo evitar sentirme como la hija pródiga y me muerdo el interior de la mejilla.

Ryker parece un poco avergonzado por el efusivo saludo que recibe y se acerca a mí, deslizando un brazo alrededor de mi cintura. Mi padre levanta una ceja y mi madre se queda con la boca abierta. No puedo evitar sonreír, una oleada de satisfacción me invade. Sí, estamos juntos.

Si soy lo bastante buena para Ryker, quizá se den cuenta de que soy lo bastante buena para ellos. Es un pensamiento algo infantil, pero no puedo evitarlo. Como cualquier otro niño, todo lo que he querido es su amor y aceptación, que estén orgullosos de mí.

—Entonces, ¿estáis saliendo? —pregunta mi madre con cuidado.

—¿Por qué no nos sentamos? —Ryker sugiere—. La comida está lista y tenemos que ponernos al día.

Tengo que reconocerlo... Ryker sabe cómo tomar el control de una situación. Se las arregla para mantener la conversación fluida y fácil. Incluso cuando se pone difícil y tenemos que hablar de Luke y de su misión. Inmediatamente me pongo tensa, pero entonces siento la mano tranquilizadora de Ryker en mi rodilla por debajo de la mesa.

Ryker les recuerda que la operación en la que participaron él, Luke y el resto del equipo es clasificada. Sin embargo, explica que hace poco descubrimos información que acabó demostrando que un agente deshonesto se aseguró de que yo recibiera mala información que inevitablemente comprometió la misión.

—Fuimos a Colombia y encontramos la prueba que necesitamos para limpiar el nombre de Avery —dice—. Quiero que quede claro, de una vez por todas, que la muerte de Luke no fue culpa de ella. Le tendieron una trampa sin saberlo.

Me acerco y entrelazo mis dedos con los suyos.

Entonces, mi madre rompe a llorar. Es lo último que esperaba y no sé qué hacer.

—¿Mamá? —Frunzo el ceño.

—Oh, cariño, lo sentimos mucho. Me siento fatal por todo lo que ha pasado en los últimos dos años.

Me levanto de un salto, camino alrededor de la mesa y abrazo a mi madre. Las lágrimas me queman los ojos y siento que mi padre me pone una mano en la espalda. Me siento tan bien al comunicarme por fin con ellos y miro al maravilloso hombre que hizo posible todo esto.

Ryker me hace un gesto de ánimo, se aparta de la mesa y me acomodo entre mis padres. Hablamos, lloramos y perdonamos. Puede que las cosas nunca sean perfectas entre nosotros, pero ahora mismo nos sentimos muy bien.

Después de darnos un tiempo para hablar, Ryker vuelve. Nos turnamos para calentar nuestros platos en el microondas y luego nos sentamos todos en el salón a hablar y reír como en los viejos tiempos. En algún momento, Ryker y mi padre hablan en voz baja entre ellos mientras yo charlo con mi madre.

Cuando me mira y sonrío, sé que mi padre acaba de dar su bendición. Y, maldita sea, vuelvo a sentir la punzada de las lágrimas. No estoy segura de cuándo me he convertido en un bebé tan grande, pero una cosa es segura: a pesar de todas mis lágrimas recientes, nunca he sido más feliz.

Capítulo 36

Ryker

Se supone que los padres de Avery tienen que volar de vuelta a Ohio por la mañana, pero deciden prolongar su viaje un par de días más y quedarse en la habitación de invitados de Avery. Y me alegro. Mientras sus padres están de visita, los llevamos por la ciudad, vamos a la playa y comemos fuera. Es muy agradable ver la sonrisa en la cara de Avery y saber que están arreglando su relación fracturada.

Yo estaba muy unido a mis padres, así que deseo lo mismo para ella.

El último día, la madre de Avery la ayuda a prepararse y, cuando sale de la habitación, se me contrae el estómago. Está tan guapa que me cuesta recuperar el aliento durante un segundo.

Me levanto del sofá y me acerco, con los ojos puestos en el vestido blanco. Tengo la sensación de que es algo que Easton describiría como de inspiración *vintage* —lo sé, he estado rodeado de demasiadas mujeres últimamente—. La parte superior es un corsé ajustado y la falda se abre en un tul de puntos suizos que le llega a la mitad de la pantorrilla —eso es lo que me han dicho después—.

Sinceramente, los detalles no significan nada para mí. Lo único que sé es que parece un ángel y que soy el cabrón más afortunado del mundo porque estoy a punto de casarme con ella.

—Estás muy guapa —le digo en voz baja.

Un rubor resalta sus mejillas.

—Y tú estás extremadamente guapo —agrega ella mirando mi uniforme de la Marina y todas las medallas que tengo en el pecho. Es la primera vez que me pongo el uniforme desde que recibí las medallas. Se siente extraño, pero al mismo tiempo reconfortante. Como si Luke y mis hermanos perdidos estuvieran aquí conmigo para el día más importante de mi vida.

Nos dirigimos al juzgado y, una hora después, intercambiamos votos y el juez nos declara marido y mujer. Mierda. Hablando de un torbellino. Atraigo a Avery a mis brazos y la beso.

Y, nada se ha sentido tan increíblemente bien.

Almorzamos y dejamos a sus padres en el aeropuerto. Lloran y se abrazan y prometen volver a visitarnos pronto. Luego, me dirijo a su casa, pero en el camino, me detengo en una panadería del vecindario y elegimos un pequeño pastel de bodas para más tarde.

Bueno, ese es el plan, de todos modos. Pero, una vez que Avery entra en la panadería, se terminan las apuestas. Acabamos saliendo con la tarta y una caja rosa llena de otros dulces, como galletas, *brownies* y creo que también eligió una magdalena y un *donut*.

Liberty sigue pasando el rato con Lexi, Griff y su gato muy enfadado, Whimsy, pero prometimos recoger a Libs por la mañana. Le digo a Griff que ha surgido algo importante y que los pondremos al corriente mañana.

Porque esta noche es nuestra noche de bodas y, por mucho que quiera a Liberty, me gustaría tener algo de intimidad con mi nueva esposa.

Y, por mucho que haya disfrutado de la visita de sus padres, es agradable volver a un apartamento tranquilo.

Avery se quita los tacones, deja caer su ramo de rosas rosas sobre la mesa y se vuelve hacia mí con una sonrisa traviesa.

—Lo hemos conseguido —chilla.

La alcanzo en dos largas zancadas y la levanto. Sus piernas me rodean por la cintura y yo sumerjo la cabeza y la beso profundamente. Hace días que no tenemos tiempo a solas y estoy deseando que llegue esta noche como no se puede creer.

El beso se vuelve ardiente y la vuelvo a empujar contra la pared, deslizando una mano por debajo de toda la pelusa y el volante, deslizándola por su muslo y apretando su culo. Gime en mi boca y siento sus uñas arañando mi nuca.

Mi cuerpo responde a cada una de sus caricias, ya sea el más ligero aleteo de las yemas de sus dedos o el suave deslizamiento de sus cálidos labios por mi cuello. Ninguna mujer ha tenido nunca este tipo de efecto sobre mí. Supongo que eso es lo que pasa cuando amas a alguien.

Y cada centímetro de mí ama a Avery Archer-Flynn. Ella me hechizó desde el primer día y ahora nos pertenecemos oficialmente el uno al otro para siempre.

—Tenemos que conseguirte un anillo —murmuro entre besos.

—También a ti —dice ella deslizando sus manos sobre mis medallas—. Será mejor que te quites el uniforme, guapo. No quiero ser responsable de dañarlo.

Me río y la pongo de nuevo sobre sus pies descalzos. Sin los tacones, apenas me llega al hombro.

—Lo mismo con ese vestido —agrego.

—Hablando de eso... —Se da la vuelta—. ¿Puede bajarme la cremallera, señor Flynn?

—Estaré encantado, señora Flynn.

Me acerco y tiro de la cremallera hacia abajo, olvidándome por completo de mi uniforme. El vestido se desliza por sus curvas y cae alrededor de sus pies como una nube. Se quita el vestido y se queda ante mí con un sujetador de encaje y unas bragas del mismo color que su ramo de flores rosa claro. Todavía lleva el pelo recogido, sembrado de capullos de rosa, y me trago un nudo en la garganta.

Una parte de mí todavía se pregunta si la merezco. Supongo que los viejos hábitos son difíciles de superar.

—Pareces un ángel —susurro. Tengo la horrible sensación de que si parpadeo, ella desaparecerá.

Avery se acerca a mí y empieza a desabrochar cuidadosamente cada botón de mi chaqueta de doble botonadura. Me la quita de los hombros y la cuelga con sumo cuidado. De nuevo, sus dedos rozan las medallas y algo en mi interior se retuerce. Estuve a punto de morir en la selva y perderme lo que claramente se está convirtiendo en la mejor parte de mi vida.

Cuando vuelve a acercarse a mí, me agarra la corbata y afloja el nudo.

—Desnúdese, teniente comandante Flynn —ordena con una curva diabólica de sus labios.

Me quito la corbata de un tirón y, mientras ella abre los botones de mi camisa blanca, me desabrocho el cinturón y me lo quito. Luego me quito los zapatos y me quito los pantalones azul marino, perfectamente plisados.

Avery desliza sus manos por mi pecho y se acerca para besar el tatuaje de mi brazo.

—Mi héroe —murmura con sus labios recorriendo mi espalda.

El corazón me retumba cuando desliza un dedo por la cintura de mis calzoncillos y cierra la banda elástica con fuerza.

Me doy la vuelta y la atraigo hacia mí, atrapando su boca en un beso acalorado. Nos devoramos mutuamente como si estuviéramos hambrientos, intentando saciarnos. Pero los dos somos insaciables y nada puede apagar el fuego que nos consume.

La levanto y la llevo a su dormitorio. No deja de deslizar su mano por mis calzoncillos y, si no lo hace, le arrancaré esa bonita lencería rosa. En lugar de eso, la tiro a la cama y me quedo mirándola, empapándome de la imagen de ella tirada en el colchón con rosas en su pelo rubio y encaje rosa transparente que apenas cubre los lugares que estoy a punto de lamer.

—Ven aquí —dice y me hace un gesto con el dedo para que me acerque.

Pero niego con la cabeza, disfrutando de la vista.

—Si supieras lo deliciosa que estás ahora mismo. Como un postre de color rosa. Jodidamente comestible.

Noto que su respiración aumenta y sus ojos azules adoptan una mirada sensual y encapuchada. Cuando deja que sus piernas se abran, ya no me conformo con mirar. Me dejo caer en la cama entre esos tentadores muslos y empiezo a besar la parte superior de sus pechos, rozando con mi lengua el borde del encaje rosa.

—Eres como un trozo de algodón de azúcar. Tan dulce y toda mía.

—Toda tuya —asiente y mueve sus manos por mi espalda.

El ligero rasguño de sus uñas se siente tan bien y yo muerdo el borde de su sujetador y tiro. Me estorba y quiero que desaparezca.

—Quítatelo —le digo—, antes de que te lo arranque.

Mientras Avery se quita el sujetador de encaje, yo me deshago de las bragas a juego. Necesito sentir su cuerpo desnudo contra el mío, piel con piel, nada entre nosotros. «Y, Dios, se siente bien», pienso. Es tan suave y tersa, como la seda, y hundo mi cara en la curva de su cuello y su hombro.

Sus largas piernas me envuelven, acercándome, y empujo hacia arriba frotando la punta de mi polla contra su núcleo. Ella grita, arqueándose, y yo deslizo una mano entre nuestros cuerpos.

—Nunca has estado tan mojada —murmuro deslizando dos dedos en su cuerpo—. Tan jodidamente apretada.

Las caderas de Avery se restriegan contra mi palma y yo bajo la cabeza para adorar sus pechos perfectos y sonrosados. Me meto un pezón en la boca y ella me pasa los dedos por el pelo cortado y por las orejas.

Y, por primera vez, no me tenso. Levanto la cabeza y ella me mira con ojos azules inquisitivos midiendo mi

reacción.

—¿Está bien? —pregunta con voz tentativa, mientras sus dedos recorren el borde de mis orejas rodeando los lóbulos—. ¿Puedo tocarte aquí?

—Puedes tocarme donde quieras —le respondo.

Y lo digo en serio. Después de todas las cosas que nos hemos hecho y nos haremos, no hay razón para sentirse cohibido por mis audífonos.

Sonríe y sus manos se alejan de mis orejas y bajan por mi mandíbula.

—Bien. Porque hay bastantes lugares que todavía quiero explorar.

Empiezo a mover los dedos de nuevo, entrando y saliendo, y luego subiendo por sus pliegues, arrastrando su humedad hasta el sensible capullo y aplicando luego la cantidad justa de presión para hacerla agitarse y gritar. Es como un maldito botón mágico. Lo toco bien y...

—Oh, Dios, Ryker —ronronea. Veo cómo el placer recorre su cara, el color de sus mejillas. Sus caderas se agitan. El orgasmo le arranca un grito de la garganta y entonces me sitúo en su resbaladiza entrada.

Sus piernas se abren aún más y empiezo a deslizarme, lentamente, sin querer hacerle daño, pero también queriendo tomarme mi tiempo. Llevarla al límite.

—Ryker, por favor —me suplica arqueándose, tratando de llevarme más adentro.

—Paciencia —susurro y coloco mi peso mejor sobre los codos.

—Más rápido —grita ella.

Pero no me apresuro. Solo entro y luego me retiro, luego profundizo y luego me deslizo hacia atrás, provocándola hasta que se retuerce debajo de mí.

—Oh... Dios...

Está al borde y en el momento en que siento que todo su cuerpo se estremece, la introduzco hasta el fondo. Más fuerte y rápido ahora. Llevo la mano hacia abajo, acariciando justo por encima del lugar en el que estamos unidos y nuestras miradas se fijan.

El marrón y el azul se funden.

Su aliento sale en forma de pequeños jadeos y la pasión le hace brillar los ojos. Luego, su cabeza cae contra la almohada y siento cómo su cuerpo se agita alrededor de mi polla. Cada vez que se corre, emite unos gemidos que me encantan.

—Podría ver cómo te corres todo el día —le digo.

Sus ojos se abren, se agacha y desliza sus manos por mi culo.

—Tu turno —exige apretando a mi alrededor con fuerza, ordeñándome.

La presión empieza a aumentar y siento que se me escapa el control. Me sumerjo con más fuerza y, tras unos cuantos empujones más, todo mi cuerpo se pone rígido, se estremece y se vacía en el calor de Avery. Me derrumbo, todavía dentro de ella, y entonces levanto la cabeza y encuentro su boca. Tras un beso lento y sensual, me retiro y me dejo caer a su lado.

—Si no tenemos más cuidado —susurro y le doy un beso a lo largo de la mandíbula—, te vas a quedar embarazada.

—¿Sería eso tan malo?

Mis ojos se encuentran con los suyos y mi boca se inclina hacia arriba.

—En realidad, nada me haría más feliz.

Se acuesta frente a mí y me pone una mano en el corazón.

—Igualmente.

Dejo escapar un suspiro y miro fijamente sus ojos azules.

—¿Qué he hecho para merecerte? —le pregunto.

—Te mereces todo lo bueno que te llegue —dice con voz firme—. Has visto demasiados horrores. Has experimentado mucho más dolor del que nadie debería en una vida. Eres un guerrero y un héroe, Ryker Flynn, y no te atrevas a menospreciarte nunca más.

La ferocidad de su voz me hace preguntarme si tiene razón. ¿Ha llegado el momento de dejar atrás el pasado y los oscuros pecados que me persiguen? ¿Puedo hacerlo?

Mientras me acurruco con Avery bajo sus sábanas con olor a caramelo, me doy cuenta de que pasar el resto de mi vida lleno de culpa no es una forma de vivir. Y, ciertamente, no es lo que Luke o mis padres querrían. Ellos querrían que fuera feliz y que me perdonara. Querrían que me centrara en Avery, que fuera un buen marido para ella y que formara una familia.

Froto mi nariz contra la suya, mirando esos ojos que hipnotizan y sonrío.

—¿Siempre has sido tan inteligente? —inquiero.
—Siempre. Y no lo olvide, señor Flynn.
—Nunca, señora Flynn.

Epílogo

Avery

A la mañana siguiente, todos vamos a la casa de Easton en lo alto de las colinas de Hollywood. Todavía me cuesta creer que pueda llamar a Easton Ross, la novia de América, mi amiga íntima. Es algo irreal y, al mismo tiempo, completamente normal.

Todo el mundo nos recibe a Ryker y a mí con enormes abrazos y Liberty no para de maullar y lamerme. Entonces, Easton me agarra de la mano y me aleja de Ryker. Me encojo de hombros mientras me arrastra para charlar con ella, Harlow y Lexi. Es tan divertido pensar que hace menos de un mes mi única amiga era Liberty y ahora estoy sentada junto a tres de las mujeres más simpáticas, divertidas y amables que he tenido el placer de conocer.

Me hacen un millón de preguntas sobre todo lo que ha pasado en las últimas semanas y yo empiezo por el principio y les cuento nuestra aventura en Colombia —lo que provoca algunas sonrisas y miradas de complicidad— y cómo fuimos a conocer a Grayson Shaw.

Por supuesto, la mención de un soltero potencialmente guapo las desvía al instante.

—Suenas misterioso —comenta Easton.

—¿Pelo oscuro y ojos grises? —pregunta Lexi y levanta las cejas—. Parece una combinación llamativa.

Cuando asiento con la cabeza y confirmo que es guapo de una forma escabrosa y desgredada, todos miramos en cierto modo a Harlow, la chica soltera del grupo.

—Oh, por el amor de Dios, el hombre está en Colombia —dice Harlow—. Además, no me gustan las relaciones a distancia. Especialmente cuando él vive en otro continente.

—Pero, mencionó que tal vez se mudaría a los Estados Unidos, ¿no es así? —pregunta Easton, toda inocencia de ojos verdes y labios rojos curvados.

—Lo hizo y Ryker le dijo que debería venir a trabajar a Platinum Security.

—Hmm, bueno, supongo que veremos qué pasa con el señor Shaw —dice Lexi con una sonrisa socarrona—. Hay algo un poco excitante en los antiguos hombres de la CIA —añade, sus ojos marrones se desvían hacia donde Griff se apoya en la pared, bebiendo una cerveza con los chicos.

Al sentir su mirada, él se da la vuelta e inclina su botella hacia ella con una sonrisa devastadora.

—¿Habéis elegido ya una fecha? —pregunta Easton.

Pero, Lexi solo deja escapar un suspiro soñador.

—No tenemos ninguna prisa —dice y se pasa una mano por su larga melena pelirroja—. Pero, probablemente en algún momento del próximo año.

—¿Y tú? —me dirijo a Easton—. El gran día está casi aquí.

—Podría haberme casado con Jax ayer —sostiene—. Así que, sí, no podría estar más preparada. No necesito un asunto extravagante. Solo a él. —Mira el enorme anillo de diamantes que lleva en el dedo y luego mira a su larguirucho prometido de pelo oscuro.

—Si quieres, puedo hacerte las fotos de la boda —le ofrezco.

—Me encantaría.

—Todavía no nos has dicho dónde te vas a casar —dice Lexi.

—Lo sé. Lo siento, pero mi publicista ha insistido en que no debemos decírselo a nadie hasta justo antes de la ceremonia si queremos asegurarnos de que no se hable de ello. Jax probablemente me dejaría en el altar si apareciera algún paparazzi.

—Lo dudo mucho —agrego—. ¿Has visto cómo te mira?

Easton se sonroja.

—Solo espero de verdad que su hermano aparezca en la boda —comenta en voz baja.

—¿Jax tiene un hermano? —averiguo. Nunca había oído nada sobre un hermano.

—Un hermano menor... Sebastian. Es lo que podríamos llamar la oveja negra de la familia. Y, un poco comodín. Todavía no lo conozco, pero sé que Jax se puso en contacto con él la semana pasada y lo invitó.

—Vendrá —predice Lexi—. Es un día importante y estará allí por su hermano mayor.
—Eso espero —dice Easton. Luego, dirige esos ojos verdes hacia mí—. ¿Y tú y Ryker?
Ahora, es mi turno de sonrojarme.

—¿Finalmente son oficiales? —indaga Harlow.
—Podría decirse que sí —contesto con una vaga sonrisa.

Todavía no le hemos dicho a nadie acerca de nuestro casamiento, pero tengo la sensación de que todo el mundo está a punto de enterarse.

Easton pone su mano perfectamente cuidada sobre la mía y la aprieta.
—Me alegro mucho de que te hayas acercado cuando lo hiciste, Avery. Te necesitaba de verdad —añade.
—Yo también lo necesitaba —admito.

—Entonces, cuéntanos qué pasó con Castillo —demanda Lexi retomando la conversación—. Y, ¿quién es esa tal Freya?

Les cuento el resto de la historia y me escuchan atentamente, interrumpiendo de vez en cuando con alguna pregunta y pareciendo embelesados cuando llego a la conclusión.

—Dios, eso es casi tan loco como la aventura que Griff y yo tuvimos en Nueva York —apunta Lexi.
—Entonces, ¿dónde está la esmeralda? —pregunta Harlow.
—Ryker y yo decidimos venderla. Luego, vamos a dividir el dinero y darlo a las familias de sus compañeros caídos. Algunos tenían esposas, hijos... Les ayudará.
—Eso es muy dulce de su parte —dice Easton—. Estoy segura de que lo agradecerán.

Asiento con la cabeza, sabiendo que nuestra decisión de destinar el premio robado a Castillo a algo bueno da a Ryker una sensación de satisfacción. Incluso posiblemente un sentimiento de redención.

—¿Qué pasa con esos tres que atraen el peligro de la forma en que lo hacen? —pregunta Lexi.
Todas miramos hacia donde están, tan guapos a su manera. Todos ellos nos miran a la vez y nos reímos.
—¿Qué es tan gracioso? —pregunta Griff y se acerca.

Agarra a Lexi por debajo de los brazos y ella chilla mientras la levanta para darle un beso.
Jax y Ryker también se acercan. Jax se sienta en el sofá junto a Easton y la arrastra a su regazo, susurrándole algo al oído que la hace reír.

Levanto la vista y Ryker se agacha y me levanta en sus brazos. Me acerca y presiona su frente contra la mía.
—¿Tiene un beso para mí, señora Flynn?

Sonrío y rozo mis labios con los suyos. Entonces, me retiro y ambos nos damos cuenta de que todo el mundo nos está mirando.

—¿He oído bien? —pregunta Griff y sacude la cabeza como si hubiera escuchado mal.
Vuelvo a mirar a Ryker y sonreímos.

—Has oído bien —responde—. Nos fugamos anoche.
Las bocas se caen y los ojos se abren de par en par.
—¡Mierda! Felicidades, hermano —exclama Griff y le da una palmada en la espalda.

Entonces, todos estallan en felicitaciones y empiezan a hablar a la vez. Las chicas vuelven a abrazarme.
Easton agarra a Jax y tira de él hacia la cocina.

—Volveremos con champán —anuncia.
—¿Qué más? —pregunta Jax con una sonrisa.
—Me alegro mucho por los dos —dice Griff mirando de mí a Ryker, todavía asimilando la noticia.
—Gracias —dice Ryker y entonces se dan su apretón de manos secreto y se abrazan.

Jax y Easton regresan con copas de Taittinger's Blanc de Blancs y todos aceptamos una copa del caro líquido burbujeante.

Ryker me rodea la cintura con un brazo y todos levantamos nuestras copas.
—Como único hombre casado aquí, ¿tienes algún consejo para mí? —pregunta Jax.
—Y para mí —añade Griff y lanza una mirada a Lexi—. Mierda, no estoy muy lejos de vosotros dos.
Ryker piensa un momento y luego me mira, con sus ojos color *whisky* brillando.
—En realidad no es un consejo —dice—. ¿Más bien sabiduría, tal vez?
—Casarse con Avery ya le ha hecho más inteligente —bromea Griff.

Ryker agita el champán en su copa y luego me mira.
—Sé que estuve viviendo en la oscuridad durante mucho tiempo, pero tú me enseñaste que ahí es donde brillan las estrellas. Y que estar roto está bien y que no debo mirar lo que he perdido, sino lo que me queda. —Ryker me

levanta la barbilla—. Me has querido cuando creía que menos lo merecía, pero cuando más lo necesitaba, y te amo mucho, Ave.

Mi corazón se hincha de amor y los silbidos y los aplausos llenan el aire cuando se inclina y me besa. Luego, se retira y vuelve a levantar su copa.

—Por la increíble mujer que un día entra en tu vida y no puedes recordar cómo has podido vivir sin ella —brinda.

—Oído, oído —dice Jax y besa a Easton.

Griff se inclina y captura la boca de Lexi y yo enrosco mis dedos en los de Ryker.

—Te quiero —susurro. Mientras me besa de nuevo, lanzo una rápida mirada a Harlow.

Aunque sonrío y bebe su champán, me siento mal, es la única que no tiene a nadie.

Pero, Harlow Vaughn es inteligente y hermosa. No me cabe duda de que algún día llegará el hombre adecuado para ella, como ocurrió con Easton, Lexi y conmigo.

Cuando rodeo el cuello de Ryker con mis brazos y le miro profundamente a los ojos, la habitación y todos los que nos rodean parecen desaparecer. Solo estamos él y yo.

Entonces, Liberty se acerca y da un pequeño gemido. Miramos hacia abajo y sonreímos.

—Creo que está contenta de que seas su nuevo papá.

Ryker baja una mano y acaricia su cabeza peluda. Luego, vuelve a centrar su atención en mí y aprieta los brazos.

—Y yo estoy feliz de que sea mi esposa, señora Flynn. —Me pone de puntillas y me besa como un verdadero Navy SEAL.

Concentrado, comprometido, implacable.

Recuerdo que Luke me dijo una vez que en los equipos tienen un dicho para actuar con «extrema violencia de acción». Lo que esto significa es que o van al 110% en algo o no van en absoluto.

¿Y Ryker? Bueno, puedo dar fe de que todo lo que hace, definitivamente va más allá. Y eso me convierte en una mujer muy, muy afortunada.

El cliché afirma que el tiempo cura todas las heridas, pero he aprendido que eso no es del todo correcto.

Es el amor el que lo hace.

Siguiente libro de la serie



DARK,
DAMNED &
Dangerous

SECRETOS *oscuros*

KELLY MYERS

SECRETOS *oscuros*

Es un hombre peligroso y debería mantenerme apartada de él...

No tengo ninguna intención de enamorarme de Bastian.

Pero él está adueñándose de mi corazón... poco a poco.

Quiero confiar en él. Quiero decirle cómo me siento.

Pero no hay forma de que nuestra realidad lo permita.

Bastian es salvaje.

Lo sé porque trabajo para su hermano mayor.

Me esfuerzo por mantenerme apartada de él.

Pero cuando aparece en mi puerta con una herida de cuchillo.

Mi mandíbula cae al suelo.

Mi corazón empieza a palpar.

Y solo tengo una opción... acogerlo.

Algo me dice que esta relación va a acabar haciéndome daño... Pero si no puedo confiar en él con mi corazón, ¿puedo al menos confiar en él con mi vida?